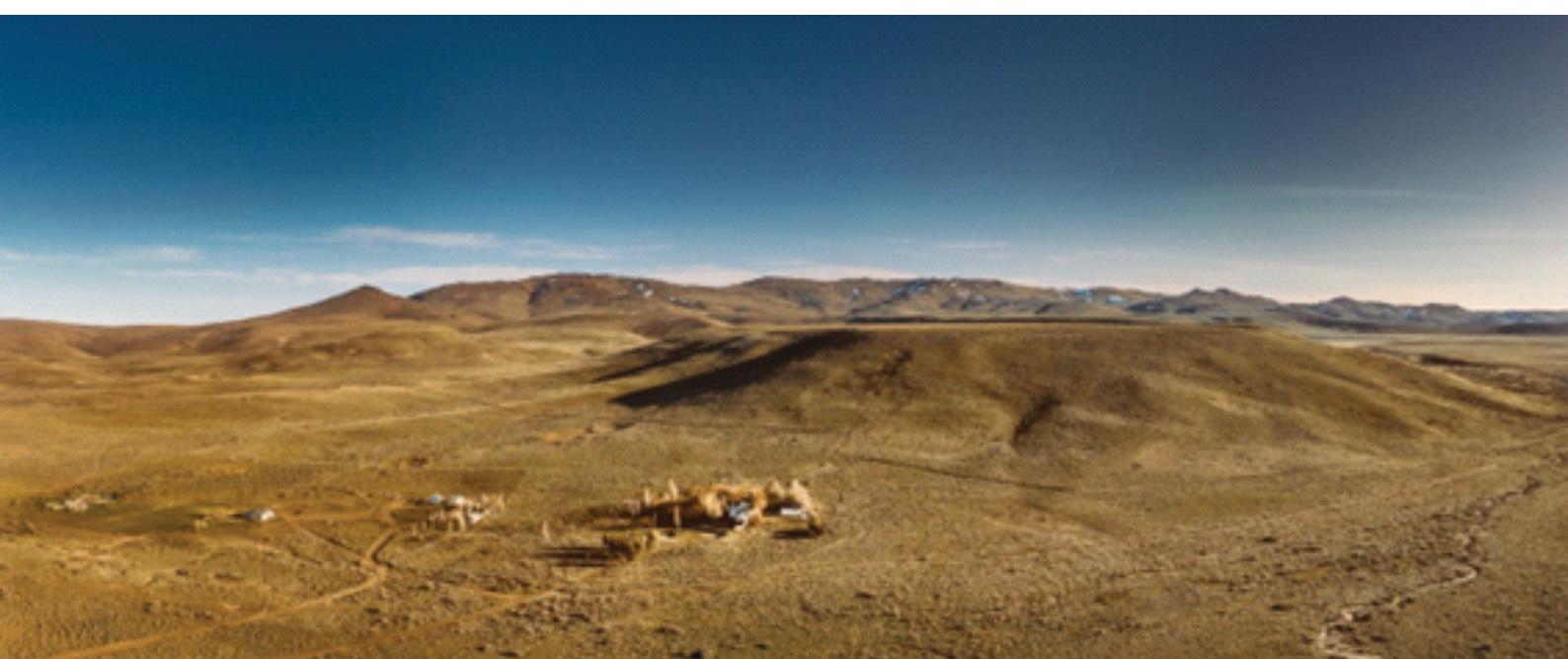


LOS CASARES

-CONCLAVE EN LA PATAGONIA-



ÍNDICE

Introducción	pag. 5
Traslado a Los Guanacos	pag. 9
1ra. Jornada -Habla VAC	pag. 17
2da. Jornada -Habla VAC	pag. 40
3ra. Jornada -Sebastián Nicomedes	pag. 62
4ta. Jornada -Habla Gervasia	pag. 77
5ta. Jornada -Habla VAC	pag. 99
6ta. Jornada -Habla VAC	pag.128
7ma. Jornada -Habla Sebastián Casares	pag.150
8va. Jornada -Tertulia testamentaria	pag. 163
9na. Jornada -Encuentro extraoficial de mujeres	pag. 181
10ma. Jornada -Madre de Charles	pag. 228
11ma. Jornada -La Tempestad	pag. 236
12va. Jornada -Charles	pag. 241
Coda	pag. 257

Introducción

Nobleza obliga. Debo aceptar que algunos de nosotros tenemos mala fama.

En la literatura universal (y últimamente en profusos filmes que se nutren de ella) hemos sido retratados de manera inquietante, como seres que, cuanto menos, somos de temer. La lista de referencias críticas es inmensa, y viene de muy lejos. Ya en la Biblia y en las peripecias de Ulises se nos mencionan con intenciones aviesas, elucubrando acciones maliciosas. Los más benignos autores nos presentan con una patética voluntad de permanecer enredados entre las cosas mundanas, siempre molestando.

No niego que los comportamientos de varios de mis camaradas plasmen algunas de estas prácticas lamentables. Pero quiero advertir al amable lector que existen muchos de nosotros que no somos ni malignos ni vengativos. Ni siquiera, nostálgicos. La mayoría pasamos nuestro tiempo repasando las acciones del pasado: lo vivido y lo que nos hemos perdido de vivir. No con melancolía, sino con una intención más bien reparadora.

Cuando los Casares decidieron buscar un investigador que los ayudara a esclarecer su situación, mi nombre llegó hasta ellos sin demoras, dada la fama que me precede, aquí y allá. Los escuché con atención y, como estaba algo aburrido con lo que tenía entonces entre manos, acepté el desafío que me propusieron.

Y aquí estoy, haciendo lo mío. Soy literalmente un ghostwriter. Uno de verdad.

Estos Casares, que en verdad eran solo dos, me explicaron con no pocos detalles el caso que les afligía. Dijeron que sus memorias, las memorias del clan, habían perdido el don de la ubicuidad (algo, por cierto,

bastante habitual entre nosotros) y, peor aún, que algunos de sus miembros «fingían demencia».

—Puede tratarse de «criptomnesia»... —susurré.

El más pretérito de ellos agregó:

—Tenemos evidencias de que se están recordando asuntos familiares de manera incompleta y distorsionada. Fabricando recuerdos falsos, ¿me entiende? Modifican las historias. O peor, las olvidan por completo. Ya no se sabe quiénes somos. De dónde venimos. Ni se reconocen entre ellos... ¡Y pareciera que les da igual! Debe tratarse de una alteración en la red filogenética o algo así... ¿No es verdad, Charles?

Este asintió y completó:

—La cuestión es que necesitamos un experto en ajustar memorias. Se está perdiendo el rastro de nuestros orígenes. Y por aquí corre la voz de que usted es buen baquiano...

Ambos Casares, aunque no se parecían mucho, se complementaban muy bien en sus discursos. El que luego supe que se llamaba Alejandro Sebastián, remató:

—Y lo más importante es que usted, según dicen, puede hacer cuajar los resultados. Eso es lo difícil: materializar la memoria.

Por los síntomas descritos comprendí que estaban ante un trastorno estructural del relato familiar, con riesgo de parálisis genealógica en la transmisión simbólica de lo heredado. En términos sencillos, su preocupación era que se diluyera, en la huella de los tiempos, el rastro dejado por los innumerables miembros de su linaje, en especial aquellos que habían pasado por ese país austral que aún llaman Argentina, donde no es raro que las memorias queden desastradas.

Les confirmé entonces que sí, que investigo y escribo para otros, y que todavía conservo buenos contactos al otro lado del velo, lo cual me permite proceder con solvencia en asuntos de esta índole.

También les expliqué una verdad que quienes ejercemos este oficio conocemos bien: todos tienen algo que decir. Siempre. El problema está en no saber cómo hacerlo, en qué momento, a quién. Hay secretos que se

llevan muy dignamente a la tumba. Sin embargo, otros silencios se lamenta eternamente no haberlos revelado. Ahí suelo intervenir yo: me contratan para exhumar relatos antiguos, aquellos que no se contaron a tiempo y que ahora no saben cómo transmitir.

De allí que no se trate tan solo de escribir. Hay mucho trabajo previo de investigación y de logística, amén de saber desplegar ciertas habilidades cuánticas ya desarrolladas. Se necesita paciencia, mucha paciencia; porque quienes tienen que hablar ya han perdido la costumbre humana de la conversación y pueden estar muy lentos en sus dicciones. También debe arbitrarse el famoso criterio de veracidad, porque nunca se sabe si un fantasma se lo está inventando todo o realmente dice la verdad. En mi larga experiencia como ghostwriter, puedo decir que los referentes a mí nunca me han mentido, pero sé de muchos otros colegas, algo fantoches, a los que les da igual. Y tejen novelas ficticias con trozos de historias bastante dudosas. Yo me doy cuenta enseguida si un asunto es cierto o no porque, tal como les comenté a los Casares, aún conservo la capacidad de regresar y verificar, en tiempo real, lo que supuestamente sucedió. Es un ejercicio de apnea. Si no se ha desarrollado una particular habilidad para el asunto, se pierde mucha energía en cada uno de estos retornos al plano terrenal, como ya han comprobado varios de por aquí... Resulta penoso verlos errando como zombis. Quedan lánguidos, inconsistentes, por haberse gastado alegremente lo mejor de su energía en viajes improcedentes. Para todo hay que ser un profesional, saber cómo hacer las cosas y no correr riesgos innecesarios.

Sin alardear, les confesé que mi principal talento consiste en moverme con soltura entre la desmemoria de los vivos y el silencio de quienes ya han bebido el agua del río Lete, ese brebaje que ayuda a los de este lado a ir olvidando los nombres, los detalles, las heridas, las culpas, la identidad... hasta por fin, descansar.

Las conversaciones con los Casares se labraron, pues, con un acuerdo muy preciso. Ellos saben bien lo que quieren y han confiado totalmente en cómo yo hago estos trabajos. Fue un lujo. No me pusieron condiciones y se allanaron a todos mis requerimientos. A casi todos.

En realidad, fue una tarea realizada en conjunto: ellos, los Casares, han desplegado sus historias; por mi parte, hice lo necesario para que las recuerden. Y luego, lo propio para que tales confidencias puedan ser es-
cuchadas.

El lector, en las páginas que siguen, se encontrará con relatos sorprendentes contados por sus propios protagonistas. La historia misma de la Argentina podría caber en esta saga familiar de los Casares. Así todo, no hemos querido ser tan pretenciosos. Solo se consignan aquí algunos de los episodios y sucesos más significativos. Sabemos muy bien que ha diferencia de nuestro tiempo, que es inmutable, el de los lectores siempre es escaso.



Traslado a Los Guanacos

1.

Debo confesar que fue complejo dar el puntapié inicial. Tras conversar largamente con los Casares, ideé un plan centrado en recuperar aquellas memorias extraviadas.

Los Casares se entusiasmaron. Sucede que, en la medida en que se adquiere y se conserva esta conciencia extendida de estar todos a bordo de una misma nave, se vislumbra mejor el movimiento que empuja hacia algún puerto verdadero y esperanzador... De lo contrario, la embarcación se extravía en las tinieblas frías de un universo monocromo, boyando en la nada, con el peligro de convertirse todos sus tripulantes en un amasijo de partículas descoloridas.

No quiero recargar las tintas, pero así son las cosas. Nuestra posible redención depende, en gran medida, de nutrirnos de la energía que viene de la memoria de los nuestros, de aquellos del clan que aún corretean por la faz de la tierra acordándose de nosotros. El propósito es complejo, porque por naturaleza estos vivientes piensan más en su mañana que en el ayer... Y hacen bien. Sin embargo, no hay mañana promisorio si se tiene un pasado desconocido.

Con mis contratantes trabajamos, pues, de la siguiente manera: primero fue elegir el lugar idóneo, analizando todos sus potenciales. Luego siguió el que todos los «elegidos» pudieran congregarse allí. Esa fue la tarea más peliaguda. Analizar la coherencia del grupo, organizar los traslados... Preparar las cosas para que, al llegar a ese plano de energía tan baja, se encontrasen lo suficientemente cómodos y a gusto como para rememorar sus historias de modo sinérgico... Por último, traerlos de vuelta sanos y salvos a todos (que siempre hay alguno que se preña de melancolía y pretende quedarse).

Tras sopesar varias «locaciones» con los Casares, concluimos cuál sería el sitio ideal: Charles prestó su conocimiento de campo actualizado para allanar las alternativas que barajamos: el cónclave pergeñado se haría en Los Guanacos. Una estancia familiar, remota y solitaria, arraigada en las entrañas de la Patagonia... ¡Resultó ser un sitio ideal!

Siguió entonces la compleja tarea del casting. El grupete que trasladaríamos allí no podía ser, por cuestiones logísticas, muy grande. Así es que, de toda la lista de Casares trascendidos, seleccionamos a los que estrictamente nos parecieron necesarios para reconstruir esta historia. La historia de los Casares en Argentina. En particular, la historia de los que a ellos más interesaba recuperar del olvido (ese rincón de espesas neblinas que a todos nosotros tanto nos afecta).

Con el “patriarca” de los Casares no tuvimos dudas. Don Vicente Antonio es la cabeza del clan. Un ser audaz y encantador. Apenas le contamos del proyecto, se mostró muy colaborativo. Confesó que a él siempre le gustaron los emprendimientos familiares. Quizá por eso pidió, casi como una condición *sine qua non*, que entre los demás elegidos para el cónclave patagónico estuviese Gervasia, su mujer. Me pareció razonable, aunque claro, la condición que a su vez impuso Gervasia Rodríguez Rojo para trasladarse con nosotros fue que también viajara algunos de sus hijos... Hubo nuevas deliberaciones. Finalmente concluimos que lo mejor sería solo convocar a miembros del linaje al que pertenecen ambos, el que se inicia con Sebastián, uno de los once hijos de Vicente Antonio y Gervasia.

Don Alejandro Sebastián y Charles me resultaron espectaculares como equipo. Quise tenerlos cerca todo el tiempo. Fueron mis asesores parabólicos y ayudantes de campo imprescindibles. Por la experiencia familiar del primero, adquirida gracias a la posición bisagra que ocupa en el entramado intergeneracional del linaje; y el segundo, por sumar entre otros méritos ser el dueño original de Los Guanacos. De Charles aproveché en particular su memoria, aún bastante fresca, y el conocimiento que tiene de todos los sitios por donde deambularíamos. Cuando me topé con algunas claves de acceso muy tercas a pliegues espaciotemporales, no hubiera podido sortear tales desafíos sin su ayuda. Fue un verdadero placer desarrollar mi trabajo de eutonía fina con su consejo y compañía.

Así la lista de los que llame “mis argonautas” se cerró, incluido yo, en siete. Aunque luego hubo acontecimientos impertinentes e insalvables

que exigieron una ulterior apertura del cónclave a otros «invitados» más...

Avanzamos rápidamente en los trámites previos para nuestra partida. Teníamos una estrecha ventana de bucle cronotópico, enmarcada por una buena estación meteorológica que evitaba la Patagonia más impía (demasiada ventosa y fría para nuestra condición) y aprovechaba la ausencia en Los Guanacos de los actuales propietarios (un puñado de Casares que suelen pasar períodos de vacaciones en los mares de Grecia). Sin ellos en la casa y con el ambiente fractal propicio, fijamos los últimos días de septiembre para el desarrollo de nuestro cónclave.

2.

Ateniéndonos al cronograma diseñado, mis dos acompañantes y yo nos trasladamos a Los Guanacos un poco antes que los demás para obrar los acondicionamientos correspondientes.

Mientras Charles y don Alejandro prefirieron tomar posesión cuanto antes en la casa, yo quise, antes que nada, inspeccionar un poco la zona. ¡Hay que estar siempre atento a las periferias, tener una idea física de los paisajes circundantes!

Charles me recomendó ir a la ciudad de Esquel y a los poblados cercanos de Gobernador Costa y General San Martín... Me determiné visitar, en esta primera dispersión, únicamente Gobernador Costa. Habitualmente es allí donde se proveen de víveres los que habitan en Los Guanacos y donde se detienen a cargar gasolina en la YPF quienes van de visita a la estancia, tras interminables kilómetros. Fui instruido en no dejar de dar una ojeada por el restaurante «El Petiso» y eso hice. Me acochó en un rincón y contemplé una fascinante escena telúrica. Fue un verdadero baño de realidad que sentí como una bofetada de cariño antiguo. Aquel calor humano que se respira en el local... la música de la radio colándose desde la cocina... el olor al caldo de verdura con huesos de caracú que el propio petiso va sirviendo de mesa en mesa con un largo cucharón que rasca el fondo impredecible de su enorme cacerola quemada... la visión, en otros platos, de inaccesibles bifes de chorizo asados a la parrilla, montados por un huevo frito... o el mítico flan con dulce de leche... Todo aquello, verlo de golpe, casi me hace plantar un lagrimón.

Salí a tomar aire para recomponerme de esa emoción extraña. Di una vuelta por el pueblo, coleccionando otros aromas y escrutando los movimientos pesados de los transeúntes, aunque vi más perros que paisanos. Era la hora de la siesta y el viento empujaba pelotas de cardos por las calles desiertas.

Escaso de energía como estaba, me procuré un aventón subiéndome a la caja de una camioneta que frenó en la estación de servicio. Escuché al conductor conversar con un muchacho que allí levantó que rumbeaban hacia Los Guanacos... Durante el largo trayecto fui parando la oreja y así me informé de que era época de esquila. Esta interferencia humana, imprevista, podría poner en peligro nuestro cónclave. Así que estuve atento a lo que fueron conversando, aunque los ventarrones y el ripio del camino dificultaron la tarea.

El paisaje patagónico me deslumbró en su impresionante sencillez. Una extensión incommensurable, sin cultivos, casi sin vegetación. Los chicos en la cabina desdecían mis percepciones embotadas: hablaban de las riquezas de la provincia de Chubut, de sus metales, de sus minas de oro; de su petróleo (el oro negro), de la lana de sus ovejas (su *oro blanco*); de sus tierras raras, de sus nuevas bodegas vitivinícolas... Lo que me interesaba saber fue dicho en una frase que rescaté textual al detenerse la camioneta ante una de las tres tranqueras que dan acceso a Los Guanacos. El que conducía le dijo al vellonero (que iba hacia unos galpones lejanos, a la izquierda de la huella): «Apenas cargue la bomba estropeada, pego la vuelta enseguida. Se viene un chubasquero y no quiero que me agarre en plena ruta».

Ya repuesto de las intensidades humanas, salté en busca de mis colegas. Los encontré conversando alegremente sentados en unos sillones de madera maciza, afuera de la casa. Discurrían sobre cómo se debe enlazar un caballo. Me enredé yo también en estas añoranzas. Discutimos sobre si el mítico gaucho había o no desaparecido... Don Alejandro decía que cuando cumplió los doce años le habían regalado un Martín Fierro, recién publicado. Charles asentía y agregaba algunas anécdotas graciosas sobre un tal Sandoval, muy conocido en la zona.

Era una delicia oírlos conversar, abstraídos en sus recuerdos, pero había que ponerse a trabajar. El tiempo allá corre vertiginoso.

Les sugerí pasar al living y comenzar a descubrir de sabanas las cabezas de ciervos y jabalíes que colgaban de las paredes; sacar también las telas blancas que cubrían muebles, sillones y sillas. «Podríamos organizar una fiesta de carnaval con estos trajes a medida», bromearon.

Charles abrió todas las ventanas y se fue para la zona de la cocina, donde inspeccionó la heladera...

—Bien, nadie muere por no comer un día —dijo— al comprobar que estaba vacía.

—Algún beneficio tiene esto de carecer de estómago —opinó don Alejandro.

Charles agregó, casi lamentándose:

—Igual yo tengo hambre...

Interrumpí entonces el dueto de mis colegas para precisar las ideas sobre lo que estábamos organizando. Di algunas instrucciones que quizá incomodaron o cayeron algo autoritarias al que había sido dueño de casa: había que disponer la mesa del mejor modo, con la mejor vajilla que hubiese; poner cubiertos de plata, copas de cristal, candelabros (con



velas bien colocadas, ninguna torcida), improvisar algún arreglo floral... Y ubicar los cartelitos con los nombres de los comensales ante cada uno de sus platos.

—Como si fuera una cena de gala —dije. Es muy importante que todos se sientan homenajeados y a gusto.

Ante las expresiones de incomprendimiento que observé en sus nublados rostros, tuve que volver a explicar cómo trabajaríamos.

—Se trata de provocar reminiscencias... Que los viejos momentos de un tiempo ido vuelvan a ellos... que el ambiente alegre, entrañable, luminoso de la velada haga que en todos fluyan los recuerdos y las confidencias, como si volviesen a estar vivos... Haber trascendido -completé, con inusual predicamento- nos quitó a todos algunos sesgos de humanidad que aquí queremos y necesitamos rescatar. Así que, aunque no comamos, habrá comida en nuestros platos. Y aunque ya no bebamos, habrá el mejor vino posible en nuestras copas.

—¡De eso me ocupo yo! —repuso rápido Charles, captando bien la idea. Y a continuación desapareció por una de las puertas del fondo.

Debo reconocer que casi caigo yo mismo, también, en la tentación de aprovechar aquellos sublimes momentos de *physical interaction* al acercarme a la biblioteca del primer piso y aspirar el embriagador aroma de los libros allí apilados... Tuve que poner gran esfuerzo en no abismarme en la lectura de uno de sus libros, *La invención de Morel*, porque advertí que los invitados estaban por llegar en cualquier momento...

Charles reapareció con botellas de vino, que dijo saber dónde se ocultaban, y quiso ocuparse de los fuegos, conocedor de cómo prender la chimenea para hornear unos cuartos de capón que también se había procurado vaya a saberse de dónde. El plan era impregnar los ambientes con aquellos aromas tan gratos que se sienten (o se sentían) en las horas previas a las comidas familiares. Distribuimos así mismo, un montón de velas para que, al caer la noche, el resplandor señalase el sitio a los visitantes.

Una vez que todo quedó encausado, nos preparamos también nosotros para la recepción. Quisimos lucir pulcros y luminosos.

Tocó luego que me relajase un poco, tratando de no gastar demasiada energía en aquellas tareas organizativas. Debía concentrarla para la observación del flujo de lo que aconteciera: mirar con atención, pero sin intención, el movimiento intrínseco de aquella constelación de Casares, con todas sus luces y sus sombras, para comprender cómo se proyectaban. Y luego, como un buen amanuense, ser capaz de escribirlo todo.

El comedor de Los Guanacos parecía haber aguardado siglos aquel cónclave. No era un salón solemne ni grandioso: era más bien como un recinto alargado, rectangular, austero, atravesado por un frío que no provenía del clima externo, sino de la ausencia de los invitados. Las paredes conservaban el color de la cal apagada, y en los rincones sobrevivía el olor a madera quemada, a leña extinguida, que solo conocen las casas bien vividas. En el centro, habíamos dispuesto la mesa. Con sus ceras derretidas las velas bien distribuidas sugerían haber sido varias veces usadas, apagadas y encendidas, durante generaciones. Las llamas oscilaban con una lógica inquieta, con voluntad propia, bosquejando sombras que se movían más despacio de lo que deberían. Aquellas candelas modelaban el aire, espesándolo. Bajo ese resplandor, el comedor parecía más pequeño, más íntimo, más profundo. Y, sin embargo, cada tanto, algo vibraba en los rincones, como si el espacio pudiera estirarse o encogerse presagiando las visitas.

El menú, si es que podía llamarse así, no fue preparado para alimentar cuerpos, sino para despertar remembranzas. Sobre fuentes de loza inglesa descansaban alimentos que pertenecían a distintas épocas. Pretendíamos que cada uno recordase lo suyo: se dispuso un puchero colorido, del que apenas se elevaba un hilo de vapor; pan de maíz, áspero y amarillo, partido a mano; varios trozos de quesos endurecidos que a nadie importaría si ya no eran comestibles. Las botellas de vino ostentaban diferentes denominaciones de origen. Al centro, una sopera de plata humeante que no debía ser destapada por completo: el elixir de su esencia pertenecía más a la memoria que al gusto. Cada objeto, cada elemento, lo fuimos colocando con precisión ritual.

Pronto el espesor del aire desprendió esa densidad propia que surge cuando la noche está por iniciar algo irrevocable. Entonces, como si un soplo imperceptible hubiera abierto un pasaje, se abrieron las puertas y entraron todos los invitados.

No hubo ruido de pasos. No hubo portazos. Ni siquiera un cambio brusco en la temperatura. Los Casares se presentaron con la naturalidad con que se regresa a la propia casa después de un largo viaje.

Primero aparecieron los que habían trascendido más recientemente, de a dos o de a tres. Por último, solitario, lo hizo el patriarca de todos ellos. La energía que emanaba su presencia llenó el salón.

Fueron ocupando sus lugares en silencio, reconociendo cada grieta de la madera, cada sombra de la pared. No se miraban entre sí, porque ya se conocían demasiado. Las velas ardieron más alto, como si celebraran la asistencia completa. Vi a todos acariciar sus copas, haciéndolas vibrar, esperando que el líquido rojo las llenase de vida. Eso hice. Llené sus copas con el fruto de la vid. Luego extendí la mano hacia la sopera y dije, con una voz que no fue mandato, sino una especie de contraseña: «Comed hasta saciar la memoria de lo que queda de vosotros antes de que el Velo de Lete vuelva a coagularse».

Don Vicente Antonio, el patriarca, rubricó lo dicho con una frase portentosa: «Aquí es Casares», dijo. Y todos al unísono respondieron: «Aquí es Casares».

Así quedó inaugurado el cónclave. La casa, la mesa, el resplandor de las velas y las sombras sellaron el pacto: cada uno contaría sus historias, tal como la muerte, o el olvido, se las había permitido conservar.



Primera Jornada

Habíamos decidido que fuera Charles quien abriese las alocuciones con unas palabras de bienvenida. Serían necesarias para centrarse, para adquirir cierta nueva densidad. Algunos sabían bien por qué estaban allí, pero otros se encontraban algo confusos, con ideas trastornadas. Preví que ello podía suceder; por eso había tomado los recaudos necesarios para que ese *jet lag* metafísico se superara cuanto antes.

El desajuste emergente por el desfase ontológico-temporal pudo remediarlo dándoles a oler, a ellos, una lata de tabaco para pipa, y a ellas, que apretasen un camafeo de plomo antiguo pintado de dorado. Les fui diciendo a cada una estas palabras: «Tócalo. Su peso te fija. Deja que el tiempo que te pertenece vuelva a adherirse a tu nombre».

Funcionó.

Charles comenzó a hablar. Sus palabras eran algo oscuras, pero el tono con que las pronunciaba sonaba muy familiar, como si todos hubiésemos escuchado esa voz alguna vez. Quizá envueltas en el viento del sur:

—Al reunirnos aquí —dijo—, en esta solitaria y querida estancia... cenando, riendo y conversando juntos... al compartir pesares y esperanzas, recordando el gusto de la vid y los resabios de la vida, puede ocurrir, y esperamos que ocurra, que encontremos un portal hacia esa realidad tangible que hemos olvidado. Una puerta de retorno al mundo perdido.

Hizo un gesto leve, como tanteando un espacio que ya conocía de memoria, y prosiguió:

—Es probable que muchos de nosotros hayamos pasado noches infinitas dando vueltas alrededor de los nuestros, acechando la conciencia

de quienes aún respiran, tratando de arrojar a sus sueños alguna piedrita que haga ruido detrás de sus párpados... solo para que sepan que seguimos por aquí.

Levantó la copa, pero no para beber, sino para sostener el hilo de sus palabras.

—Ceguemos ahora nuestros ojos. Verán que ya estamos dentro. La memoria, a veces, es como estas casas viejas: uno primero palpa las paredes, tantea el piso, y solo después encuentra el paso. Caminemos juntos en esta oscuridad sin miedo. Bajemos por este suelo subterráneo, por las venas de estas montañas que nos conocen mejor que nadie. Sumemos nuestras huellas a las otras: nuestros pasos dentro de los pasos de quienes fueron antes... y quizá dentro de los nuestros propios en algún ciclo distinto.

Hubo un silencio breve, y Charles respiró como si volviera a sentir el aire en sus pulmones.

—Es pueril dejar migas de pan para regresar. El tiempo, a diferencia del espacio, tiene sus atajos. Cortes en la historia por donde uno entra o sale cuando menos lo espera. Aquí, en esta casa escondida en la soledad del desierto, estaremos a salvo. Ocultos como la mulita en su cueva. Estos huecos familiares... —miró alrededor, casi con ternura— ...son refugios donde lo ya dado puede volverse otra cosa.

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos sobre la mesa, y su voz se volvió más íntima:

—Aquí venimos a hablar entre nosotros de lo que todos hicimos, pero pocos conocen. A contar los sueños que hemos soñado... y cómo esos sueños, a su modo, nos han soñado a nosotros. Nadie sale indemne de ese trato. Yo menos que nadie.

Una sombra leve pasó por su mirada, no sin dulzura, y luego se disipó. Reanudó, recobrando firmeza:

—Imagino que algunos, en estos días, se sentirán algo desfigurados por lo que nos aguarda. Sugiero tomárselo con deportividad... o con un sentido sagrado: exorcizando las fuerzas que siempre buscan dejarnos fuera. Esta copa que libamos, los manjares que se nos ofrecen, las man-

zanas de las Hespérides que quizá aparezcan en algún rincón del parque serán defensas. Otras veces, serán las palabras rutilantes de ustedes, con sus ecos viejos, enclenques, raídos... las que darán refugio al demiурgo cansado.

Se detuvo un momento y añadió, con una sinceridad abrupta y quebrada:

—El amor y el dolor... es una doble llave que abre puertas diferentes. Lo divino está ahí, y también lo espantoso. Tal vez solo sean temblores del infinito. No lo sé. Pero sí sé que nadie puede esquivar a uno sin enfrentarse al otro... Ojalá en estas noches de íntimas veladas tengamos todos, junto a la desdicha, la suerte de comprobarlo.

Un silencio aún más profundo envolvió toda la sala.

Finalmente, Charles elevó la copa, esta vez con una sonrisa apenas ladeada, que conservaba algo de una vieja ironía:

—Agradecemos sus evanescentes presencias en Los Guanacos... Apenas pueda, daré a cada uno un abrazo de bienvenida.

La copa de Charles aún vibraba sobre la mesa cuando un movimiento imperceptible recorrió el salón. No fue el viento, que esa noche había decidido quedarse afuera, ni el chisporroteo del fuego en la cocina. Fue algo más hondo: una atención que se concentraba, un respeto genuino que se acomodaba en cada silla.

Las velas parecieron enderezarse.

Las sombras, recogerse.

Los presentes, sin mirarse, supieron que el turno no le correspondía a cualquiera.

Entonces, Vicente Antonio se incorporó, no con gesto solemne, sino con esa naturalidad propia de quien nunca necesitó imponerse para ser oído. Y dijo:

—¡Buenas noches! Se me ha dicho que, por una cuestión de precedencia, me corresponde a mí empezar con los relatos que amenizarán nuestras veladas en esta amable estancia patagónica. Además de ser el

más antiguo de todos vosotros, creo entender que soy de los más longevos de nuestra familia, por lo que, a lo largo de mi existencia, he observado muchos acontecimientos, curiosos y relevantes, siendo también protagonista de no pocas situaciones dignas de ser consignadas en los libros de historia.

Nací antes de que existiera esta república... un país en ciernes al que he visto frágil, necesitado, como cada uno de mis once hijos cuando recién fueron desterrados del útero materno... Así, con la inestabilidad propia de los bebés, vi crecer a la Argentina, superando enfermedades de todo tipo; soportando fiebres altas, gripes y catarros; crisis de adolescente, momentos recurrentes de dudas y zozobras, de peleas furibundas entre hermanos. Ver nacer una nación es privilegio de unos pocos... De la misma forma que se hincha el corazón de gozo cuando se ve crecer una familia surgida desde la nada misma... Me corrijo: nada crece desde la nada... Y una familia como la nuestra ha surgido a partir de un gran amor. Mi impresión es que el Todopoderoso ha dotado a la vida de las personas y a sus instituciones sociales con una fuerza difícil de comprender, pero fácil de observar. ¿Cómo puede una criatura tan diminuta, no más grande que los platos donde se nos han servido los manjares de esta noche, sobrevivir a tantas vicisitudes externas...? Desarrollarse, a pesar de todos los pesares, en un ser autónomo; transformarse en un ser consciente, hábil, fuerte, libre... Así he visto que sucediera con cada uno de mis hijos. Y así lo he visto con este país donde ahora nos encontramos. Una bendita tierra que he pisado por primera vez cuando ella era aún la remota extensión colonial americana del Imperio español al que yo pertenecía. La llamaban «virreinato del Río de la Plata».

Seguramente a otros miembros de este honorable grupo de familiares les gustará hablar de las guerras de independencia, de los años de tiranía, de las grandes tareas que supuso a los diferentes gobiernos poblar y educar a quienes quisieron habitar este enorme y hermoso territorio argentino, porque no pocos de mis descendientes estuvieron entreverados en estas vicisitudes... Pero permitan que yo aproveche vuestra amable atención para contar lo que eran estas playas cuando puse ancla en ellas. Eran tiempos aquellos en los que el imperio más importante que hubo sobre la faz del mundo no sabía bien cómo defender sus posesiones más valiosas de una incursión de bribones británicos...

VAC, que a medida que hablaba fue adquiriendo un timbre de voz cada vez más nítido, empezó, sin embargo, a carraspear. Gervasia,

sentada a su lado, le alcanzó un vaso con agua, pero el patriarca hizo ademán de preferir beber del vino que tenía en su copa.

Desde la otra punta de la mesa se alzó una voz vigorosa para preguntarle:

—Don Vicente, tenemos varias veladas por delante... Y visto que aquí las noches están previstas no para dormir, sino para escuchar historias, nuestras historias, no se adelante demasiado usted con la suya... Antes de hablarnos de la fracasada invasión de los ingleses, sería estupendo que pudiera hablarnos del terruño de donde partió, de los ancestros Casares que allí dejó... De aquel viaje de ultramar que debe haber hecho desde España hasta nuestras costas...

VAC, ya mejor entonado, respondió con cierta aspereza:

—¿Y quién es usted? Desde aquí no puedo ver bien a todos...

—Sebastián, señor.

—¿Sebastián? Hay muchos sebastianes entre mis descendientes... ¿Sabe usted qué parentesco tiene conmigo?

—Claro, soy Sebastián Adolfo Inocencio... Aunque solían, simplemente, llamarle «Tatán»... Mi abuelo Sebastián, también aquí presente, es uno de sus hijos...

—Bien. Ahora te reconozco... De la tribu de los sebastianes, claro... Algunos decían que yo era una especie de Josué, el patriarca del Antiguo Testamento, y que cada hijo nuestro, los que han dejado descendencia, formaba su propia tribu. Sebastián, el quinto de mis hijos, fue el primero del linaje de los sebastianes... También estaba la tribu de los franciscanos... la de los vicentinos... los carlistas...

Las expresiones de VAC hacen reír a todos. Desde sus respectivos lugares, los Casares empezaban a sentirse más cómodos en la nueva situación que les proponía el cónclave.

Quien se había animado a interrumpir la dirección del relato de VAC, continuó interactuando con él:

—Pareciera que todos los quintos hijos descendientes de aquel primer Sebastián llevan ese nombre... Mi padre, Sebastián, es el quinto entre sus hermanos; yo también entre los míos...

—¡Así es! Un sorprendente patrón que se repitió en tres generaciones... Pero ¿sabéis de dónde salió tal nombre? Lo elegimos para nuestro quinto hijo porque su padrino de bautismo también se llamaba así. ¡Mi amigo Sebastián Lezica! Con quien hicimos muchos buenos negocios juntos... Veréis, en el barrio donde vivíamos en la primitiva Buenos Aires, nos concentrábamos muchas familias provenientes de la Vasconia. Los Echeverría, por ejemplo, también estaban allí... Nuestros vecinos. No sé por qué ahora rememoro particularmente a José Domingo Echeverría, el padre de Esteban Echeverría, aquel escritor lúcido y valiente por muchos conocidos. José Domingo también era vizcaíno como yo, comerciante como yo y se casó también él con una criolla como yo... ¡No la misma, eh!

A pesar de irse por las ramas, las chanzas que intercalaba don Vicente en sus relatos fueron el mejor antídoto contra la amnesia que aún podrían sufrir alguno de los presentes.

—Su mujer —continuó relatando VAC— fue Martina Espinosa, amiga de Gervasia... Solían ir a misa juntas, a la parroquia de San Pedro González Telmo. José Domingo y yo, durante los oficios, nos quedábamos en el atrio de la iglesia hablando de negocios. Era dueño de un importante almacén, no tanto como el de los Garay, en el que yo había trabajado cuando llegué a Buenos Aires, pero muy boyante... Los vascos controlábamos el comercio diario en aquella época en que ya dejaba de ser «la gran aldea», como se la llamaba entonces. La ciudad tenía unos cuarenta mil habitantes, mientras que Bilbao solo diez mil. Los negocios eran prósperos para quienes querían trabajar y lo hacían bien. Sin embargo, tanto José Domingo como su mujer, Martina, tenían una salud frágil... Dejaron huérfano al querido Esteban Echeverría, que de comerciante conservaba poco. Sebastián Lezica lo empleó en su propia tienda... Cuando yo iba a visitarlo, veía a la hora de la siesta al empleado de mi amigo Sebastián, sobre los fardos de mercaderías de los almacenes, tomando lecciones de lengua francesa... ¡Acabó siendo el primer escritor del Río de la Plata en publicar romances, algunos en París! Gervasia y mis hijas se volvieron apasionadas de sus novelas románticas. Aunque hay que decir que en varias de sus obras se hacían agudas críticas, políticas y sociales... Lo que le valió persecuciones y penurias por parte del

poder gobernante... Lezica le financió a Echeverría su viaje a Europa. Un viaje iniciático. ¡Se fue como empleado de comercio y regresó como literato consumado! Años más tarde, él mismo nos contó cómo fue aquel viaje a Bordeaux, bastante desgraciado, por cierto... ¿Recuerdas, Gervasia? Había cogido para su traslado el bergantín francés «Matilde», que debió recalcar en el puerto de Bahía para reparar las averías de la nave, pues hacía aguas por todas las costuras. Allí tomó otra embarcación, creo recordar que se llamaba la «Aquiles», con destino a Le Havre y con escala en Pernambuco, que también sufrió todo tipo de percances... Total, que tardó en llegar a Francia más de cuatro meses... ¡Lo que a Colón le supuso solo cinco semanas! ¡Vivir para contarlo!

Cuando nació nuestro quinto hijo y le pedí a Sebastián Lezica que fuera su padrino, recién había fundado con sus hermanos la casa comercial que también con este nombre actuaba como entidad bancaria. Llegó a ser muy importante... A Gervasia le gustaba el nombre porque ella siempre fue muy devota de San Sebastián, a quien solía rezarle para que nos protegiese cuando había embates de fuertes pestes en Buenos Aires, como el cólera o la fiebre amarilla... Que por esos años eran frecuentes. Ya sabéis que este santo es protector ante las epidemias que se ensañan cada tanto con los humanos.

El padrino de nuestro hijo Sebastián también era muy devoto... ¡pero del dinero! Lezica fue miembro fundador de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y de la Caja de Conversión... ¡Un gran hombre! Así que su ahijado, a falta de ejemplaridad mía, no tenía más remedio que salir bueno en eso también.

El ambiente en torno a don Vicente en aquella sala de Los Guanacos se hacía a la vez que más entrañable, más animado. Tan *animado* que comencé a abrigar algunas sospechas de que no estábamos solo nosotros. Mientras yo me mantuve atento a que todo se desarrollase como lo habíamos previsto, VAC no vacilaba en continuar entusiasmado con sus relatos.

—Éramos todos vecinos... Al barrio donde vivíamos los vascos se lo llamaba Alto de San Pedro. Allí, en un hueco situado sobre la calle Defensa, tenían su parada los carros que provenían con mercaderías desde el Riachuelo... «El hueco del Alto» o «El Alto de las carretas» le decían. Tanto Lezica como yo fuimos quienes hicimos acrecentar aquel tráfico con nuestros comercios... Lezica, además de vizcaíno, era medio pariente de los Anchorena... Fuimos socios en el acopio de cueros para la expor-

tación... Nos llegaban desde la Mesopotamia. Y en las curtiembres que teníamos a orillas del Riachuelo, se preparaban los envíos que exportábamos a Europa. Allí, mi hijo Sebastián, tu abuelo, era quien organizaba las tareas.

Él podrá contar con detalles cómo se hacía toda esa operación...

Mi hijo fue un importante dirigente de las instituciones de aquel distrito... Lo sabéis, ¿verdad?

Desde el Riachuelo salía lo producido del faenamiento: grasa, sebo, jabón, suelas... etcétera. Sebastián Lezica tenía su barco, que se llamaba «Los dos hermanos»; iba y venía con las mercancías sin descanso. Luego yo le compré esa balandra con la que traímos desde el Litoral todos aquellos cueros, pieles y derivados, y en el Riachuelo se embarcaban en naves de mayor calado para cruzar el Atlántico y venderlas en Londres o en Ámsterdam...

Bueno, pero no me dejéis hablar de barcos ni de negocios ahora; ya sabéis que son mi debilidad... ¿En qué estábamos?

Tatán le recordó el hilo de su discurso que él mismo, en parte, había desbaratado:

—Iba a contestar mi pregunta, don Vicente... Usted derivó luego en lo del padrino de mi abuelo, Sebastián Lezica.

—Vale, ¿y cuál era su pregunta?

—Desearía que nos contara algo más de nuestros ancestros Casares... De dónde provenimos... Y por qué terminó usted en Argentina.

—Es verdad, es verdad. Entonces haré lugar a su propuesta, muchacho. Y con permiso de los organizadores, retrotraeré el relato a mi infancia. Permítanme que tome asiento...

Así lo hizo don Vicente, y prosiguió su alocución con voz cada vez más alta y clara.

—Nací en San Pedro de Abanto, una aldea pequeña de Vizcaya, no muy lejos de Bilbao, en la región que llaman de «Las Encartaciones». Un nombre extraño con una historia que tiene también mucha tela



Ruinas de la iglesia de San Pedro de Abanto donde fue bautizado Vicente Antonio Casares en 1791

marinera... Y que no viene al caso contar. A estos pagos donde nací también se los llamaba «Abanto de Yuso», que me gusta más. Soy hijo de Francisco y de mi madre María Cruz, de apellido Murrieta, a quienes la vida les ha dado solo dos hijos... pero varios disgustos, de los que mejor no hablar ahora, puesto que la velada se haría demasiado extensa...

La picardía, la meticulosa memoria, su proverbial oratoria y elocuencia... hacían intuir que habían sido recursos con que don Vicente se había valido en vida para cosechar tantos de sus notables éxitos.

—Pero como dice aquel mozuelo de la pregunta, por ser el patriarca de este clan, me van a permitir que les narre algunas otras historias interesantes... A todos viene bien conocer y profundizar de vez en cuando sobre la gesta de sus ancestros, la de la propia familia, la del país. Por eso está bien que en primer lugar aproveche vuestra atención para hablarles de nuestros orígenes, los míos y que también son los vuestros. Todos nacisteis en estas pampas chatas... pero yo no. Yo llegué al sur de América desde el viejo continente y en cierto modo tengo la obligación de transmitirles antiguas memorias que hacen a nuestro linaje. Porque recuerden que cuando no se sabe bien hacia dónde ir, cuando se ha perdido el rumbo... lo mejor es volver atrás para mirar de dónde se viene.

Los Casares somos vascos. Varios de vosotros bien sabéis que siempre he querido y honrado mis orígenes vascongados. Les guste o no, esa es la sangre que corre por nuestras venas. ¡Sangre vasca! Tanto los Casares como los Murrieta descienden de la antiquísima estirpe vasca que hunde sus raíces en tiempos inmemoriales... De los Casares hay vestigios de sus gestas varias generaciones atrás. Mi abuelo Juan Ángel solía relatarme la historia de los hermanos Juan y Pedro Casares que en las Navas de Tolosa lucharon contra los moros junto con el rey Alfonso VIII de Castilla.

¿Recordáis aquella batalla imponente que se libró en España entre una coalición de reinos cristianos contra 120.000 musulmanes? Fue una victoria decisiva que impidió el avance de los almorávides en la península ibérica... Supuso un antes y un después en la historia. ¡Pues en ella los Casares ya estábamos presentes! Y mientras Aita me hacía esos relatos más o menos mitológicos, yo me imaginaba con mi hermano Francisco siendo sus protagonistas.

Aunque había bastante de cierto en todos esos relatos heroicos sobre nuestros ancestros... En su momento, en España, pude leer con mis propios ojos la obra de otro Sebastián, Sebastián de Lisazo, escrita a fines del siglo diecisiete, y que lleva por título *Nobiliario de los Palacios, Casas Solares y linajes nobles de la Muy Leal y Muy Noble provincia de Guipúzcoa...* En ella comprobé que se narraba lo que mi abuelo Juan Ángel Casares nos contaba a mi hermano y a mí cuando éramos niños.

En fin, que mis orígenes, y por tanto también los vuestros, explican bastante bien quién soy y lo que he querido hacer en mi vida. O más bien, cómo lo he hecho. Los vascos somos audaces y tozudos. Y de eso quisiera hablaros también, aprovechando que vuestra atención sigue siendo amable, que la noche es larga... ¡y que no falta el buen vino en nuestras copas!

VAC entonces se despachó con otro gran speech sobre la importancia de sus orígenes vascos, que al principio me pareció algo desvariado y, sin embargo, terminé dándome cuenta de que guardaba una enseñanza solapada para sus oyentes, y acaso para toda su descendencia. Sin que le temblara la voz, dijo:

—Habréis oído que dicen que el vasco da su medida cuando el horizonte está despejado y se abren caminos nuevos para su andadura.

Opino que, entre nosotros, los Casares, este rasgo sigue siendo preponderante. El vasco que se encierra, o encierra, actúa como un lunático y tropieza con la primera piedra que encuentra en su camino. Siglos de peleas y conflictos en nuestros pequeños terruños fueron superados cuando España se echó a la mar y se abrió al Nuevo Mundo. América nos dio grandeza de miras, un horizonte magnífico donde ahogar las disputas y cañutazos de aldea. Todos los pueblos de las vascongadas han tenido su representante en este nuevo continente; todas las familias del valle de Somorrostro, de Galdames, de Balmaseda... todas han tenido descendientes que intentaron fortuna por estas tierras benditas.

Cuando con Gervasia fuimos a pasar una temporada al pueblo donde nací, nos maravillamos de que la mayoría de las noticias que se comentaban a diario, en las plazas, en el mercado, en las ferias, ¡en los sermones de los domingos!, eran sobre asuntos americanos. Los llamados «indianos», aquellos que regresaban a su tierra natal tras haber hecho fortuna en las Indias, eran respetados y admirados por sus vecinos. Ostentaban las riquezas obtenidas en América con la construcción de curiosas casonas. Estos *indianos* solían hacer donaciones importantes a las iglesias o a los ayuntamientos... También nosotros, acabada nuestra estadía, legamos a San Pedro de Abanto unos solares que habíamos adquirido.

En aquellos pueblos no dejaban de circular los cuentos que llegaban de hijos, de hermanos o de sobrinos que vivían en México, Uruguay, Chile, Argentina... Todos los que habían crecido junto a la ría del Nervión sabían dónde quedaba el Río de la Plata. Y esto es así porque hay una tradición de vascos en Sudamérica desde hace siglos. ¡De aquellas tierras vascas salieron navegantes valientes, soldados morrocotudos y conquistadores cabezas duras con cojones de acero!

Don Vicente se entusiasmó y elevó entonces un poco más el tono de su voz.

—Las hazañas descubridoras y bélicas de incontables vascos llenan las páginas más heroicas de la historia del Imperio español, en donde, como sabéis, nunca se ponía el sol. Y si bien es verdad que algunos de los nuestros partieron de sus aldeas con arcabuces y espadas, la mayoría lo hicieron como marineros, como tripulantes de naves que se perdían en la mar... en dirección a lo desconocido.

Hay una lista magnífica de marinos vascos... pero entre mis preferidos está aquel del cual desde pequeño asimilé con admiración todas sus proezas: Juan Sebastián Elcano, el gran héroe de Guetaria. Este vasco de ley fue el primer hombre que dio la vuelta al mundo, en una navegación azarosa y cruel, de tres años de duración. Por la ruta a Filipinas que él abrió, siguieron luego otros grandes marinos, como Legazpi y Urdaneta, que se hicieron dueños, sin lucha alguna, de ese puñado de islas que ofrecieron a Felipe II.

Siempre quise ver a algunos de mis descendientes heredando la osadía vasca de estos navegantes. Dentro de lo que pude, yo intenté imitarlos.

Pero los vascos no solo hemos sido empedernidos navegantes, también ingeniosos constructores. Por eso Andagoya, otro paisano, en vez de dar la vuelta al mundo para propiciar las naves que se necesitaban en el Pacífico, se dedicó a construirlas *in situ*. Una destreza que yo mismo practiqué cuando en el Río de la Plata se necesitaban embarcaciones para hacerle frente al pirata inglés, al francés o incluso al portugués, en tiempos de guerra, ya que los españoles no dejaron nada en el Plata cuando América se independizó. Varios vascos afincados en Buenos Aires hicimos lo que Andagoya había hecho en las costas americanas que dan al Pacífico, en la Colombia y en el Perú: abrir astilleros y fabricar allí las naves. Así fue como Andagoya se convirtió en el primer carpintero de ribera de las costas del Pacífico... ¡Y yo, en uno de los primeros de las costas bonaerenses!

Hubo algunos aplausos y vítores. VAC sin duda entusiasmaba a los suyos.

—¡Siga, siga, don Vicente! Siga, que estamos de lo más entretenidos. ¡Nos congregamos aquí para escucharle! Cuéntenos también de sus aventuras...

—Pues, las actividades marinas siempre fueron bien vascas —continuó el patriarca—. Yo crecí en un ambiente marinero, escuchando cientos de relatos de verdaderos navegantes y de armadores... Y gasté parte de mi juventud queriendo emularlas, sin descuidar los negocios con los que pude fundar y sustentar una numerosa familia. Siempre fui un hombre fuerte y animoso. ¡Dios me otorgó buena salud y no poco entusiasmo!

Quizá desconozcan que el gran almirante genovés que llegó primero a las tierras de América llenó su nave principal con tripulación vasca... Esto, evidentemente, habla a las claras de cuánto reconocimiento teníamos los vascos en cuestiones marítimas. En aquella época, las estimaciones en navegación estaban más ligadas a la probabilidad que a la certeza. La experiencia lo era todo. Pilotos y marinos de tradición reconocida marcaban la diferencia. Eso hizo que una hornada de vascos, muy duchos en el durísimo Cantábrico o en el mismo golfo de Vizcaya, región de donde provenimos los Casares, se incorporaran a la expedición de Colón como hombres avezados de mar, en un número aproximado de cuarenta. Sí, señor, ¡fuimos de los primeros del Viejo Mundo en pisar América!

Hubo más risas, aplausos y propuesta de brindis. Entre tanta buena algarabía, yo noté que la densidad de las brumas que nos rodeaban, más allá del amable espacio de luz que brindaban las candelas, era cada vez mayor. VAC continuaba sin perder energía:

—En fin, como os digo, oí muchas historias de navegantes a lo largo de mi vida mientras atravesaba los mares... O las escuché de viejos marineros varados en las rústicas tabernas de tierra firme, siempre aledañas a los puertos... Ya de pequeño colecciónaba en mi memoria unas cuantas de estas historias. Bien podéis imaginaros entonces la emoción que sentí cuando subí por primera vez a un barco para irme al Nuevo Mundo. Era un niño. Mis sentimientos oscilaban entre la congoja de la despedida y el entusiasmo de verme por fin protagonista de alguna de aquellas historias que cada noche recreaba en mi cabeza, antes de dormir...

Don Vicente por fin puso proa en su relato a lo que más querían conocer los allí congregados. El silencio se agudizó perfilando cada una de sus palabras.

—Creo que el anuncio de malos tiempos para las vascongadas, provenientes de un frente de guerra colosal que se estaba creando con la entrada de las tropas napoleónicas a la península ibérica, fue lo que hizo que mis padres considerasen seriamente mi pedido, no carente de fantasías, de irme a vivir al sur de América, donde moraban mis tíos Murrieta, hermanos de mi madre.

Los franceses necesitaban cruzar España para atacar a Portugal, aliada de los ingleses, pero terminó siendo una invasión a toda regla. Murieron muchos jóvenes de nuestras tierras a causa de aquellas guerras napoleónicas... El emperador Napoleón traicionó la buena fe que los Borbones pusieron en él y España, de aliada de Francia, terminó siendo ocupada y gobernada por su hermano José Bonaparte. Nadie supo bien a qué atenerse... En nuestras aldeas, los chavales, antes de ser adolescentes, ya estaban obligados a reclutarse en alguno de los diferentes ejércitos que se formaban según las negociaciones diplomáticas que se hacían. Napoleón era más astuto y ambicioso de lo que nuestros gobernantes querían reconocer... Yo le oí decir a mi padre que, si los franceses entraban a España, no era para ir de paseo a Portugal, sino para traer la guerra a nuestra tierra y usarnos de carne de cañón, como sucedía en el resto del continente.

Mi hermano Francisco era aún demasiado pequeño, pero yo, con doce años, podía perfectamente ser arrastrado a las levas de aquellas tropas invasoras... O, en el mejor de los casos, como luego sucedió, para luchar contra ellas. Mis padres no lo dudaron demasiado. Prefirieron que me forjase un futuro en la lejana América que saberme cerca, pero en medio de batallas atroces... Ni bien supo mi padre que un amigo suyo conocía a quien fletaba embarcaciones desde Santander a Buenos Aires, hizo los trámites necesarios para que se concretara mi partida.

Fue todo muy rápido. El día anterior a dejar mi pueblo, Abanto, asistí a misa junto a mi madre en la iglesia de San Pedro, donde me bautizaron y donde mis padres se habían desposado. Me despedí luego de un par de amigos. Cené a solas con mi madre, escuchando toda una retahíla de consejos y mandatos... Al día siguiente, muy temprano, partimos hacia Santander.

Una vez embarcado en el *Stella Maris*, junto a toda la emoción que sentía por la aventura de verme ya sobre una nave y atravesar los mares rumbo al Nuevo Mundo, me embargó de pronto una enorme congoja al contemplar desde estribor cómo aquella tierra, la única conocida por mí, iba esfumándose poco a poco del horizonte... Comprendí que era muy probable que no volviese a ver nunca más a mis padres y a todas las gentes y cosas queridas de mi aldea. Lloré apenado, angustiado, todo aquel primer día de navegación... Sentía una soledad desconocida entre aquellos marineros recios, todos aplicados a las tareas propias del mar. Ni bien

subí al barco, su capitán, un tal Pedro Urieta, me había dicho que, si no iba a ayudar en algo, tratase de no obstruir ninguna de las tareas que desarrollaban los demás. Fui corriendo a esconderme en un rincón del camarote para evitar que me viesen llorando. Metido dentro de mi camastro colgante, permanecía invisible a todos.

Durante años yo me había acostumbrado a pasear de vez en cuando junto a mi padre y a Francisco por el viejo puerto en la desembocadura de la ría del Nervión con el mar Cantábrico. Veíamos masteleros, jarcias y velámenes diversos, y me fascinaba la vida del marino... Una vida que siempre había deseado tener... Pero estar viviéndola realmente y ya no solo en mi cabeza, hizo que se me cerrara el estómago y se apoderara de mí un sentimiento insólito sobre lo irreversible de mi destino. Nada de lo ya conocido volvería a ser visto. O más bien, ¡todo lo que comenzaría a ver sería absolutamente nuevo para mí! ¿Qué otra cosa es sentirse lanzado a la aventura?

Al día siguiente me levanté y solo había agua ante mis ojos. Un paisaje que hasta que no se lo ve es imposible imaginar. Los marineros estaban en su salsa; desplegaban su actividad con una fuerza y precisión sorprendentes. Todos sabían qué hacer. El capitán en la proa fumaba su pipa, escudriñando siempre el horizonte. Brillaba un sol limpio, enorme, sobre un cielo despejado. ¡Quedé fascinado! Y me dije: «¡Nunca bajaré de este barco!».

Aquella segunda noche observé, bajo la luz de una luna como jamás volví a ver, que el agua del mar tenía un brillo extraordinario, particularmente cuando el viento agitaba las olas y estas golpeaban en el costado de la nave. Varios años después leí en un periódico inglés que los físicos atribuyen a varias causas este fenómeno que se observa en aquellos mismos paralelos, como lo supieron contar muy bien los señores Wallis, Carteret y el célebre Cook en sus relatos de viajes alrededor del mundo... Para mí, aquello fue una revelación fascinante. Parecía estar envuelto en un sueño. De improviso entró un golpe de mar en el alcázar y casi toda la cubierta se llenó de unos pequeños globulitos lúcidos del tamaño de una lenteja. Su luz blanquinosa, bastante viva al principio, empezó a decaer. Seis minutos más tarde, los globulitos se habían apagado enteramente... Mi padre me había regalado su reloj de bolsillo antes de partir, así que yo controlaba todo lo que podía con él. ¡Esta es la maravillosa vida de los marinos!, pensé. Obviamente, sin saber aún nada de lo que me depararía el futuro próximo.



Bergantín como en el que pudo haber emigrado VAC desde España hasta el Río de la Plata.

Todavía bordeábamos la península en dirección a Cádiz, y la navegación era buena. Aquella misma noche fue que comenzamos a oír enigmáticos sonidos, llantos dramáticos que llegaban desde las lejanías... Atrayentes y terribles. Toda la tripulación hizo silencio para escuchar. Alguno se tapaba las orejas. «No tengas miedo», me dijo Urieta, que por ser el más pequeño de la embarcación tenía conmigo una especial consideración a pesar de su rusticidad. «Son las pardelas, que emiten esos graznidos para cuidar a sus crías y alejar así a cualquier extraño que quiera acercárseles. Antiguamente, los marineros creían que era el llanto de sirenas».

Aunque creamos que el mar ofrece una regular monotonía, ninguna jornada es igual a otra. Luego de haber dejado atrás las islas Canarias, nos enfrentamos a un huracán por el que casi naufragamos. Como sabéis, los navegantes españoles desde siempre han utilizado los alisios para llegar al Nuevo Mundo. Te dejas llevar por el viento de popa y llegas a América, habitualmente sin demasiados contratiempos. A Centroamérica o al norte de Brasil. Luego se pone proa al sur. Pero no fue el caso. De la nada, el viento comenzó a soplar con una furia por mí desconocida, lo que provocó que las olas se alzasen como gigantes. El *Stella Maris* empezó a sacudirse y crujía bajo el embate de la tormenta. Los bramidos del viento se mezclaban con el estruendo de los truenos y los gritos de la tripulación.

Yo estaba parado en la cubierta, aferrándome a la barandilla con fuerza, hasta que alguien me sacó de allí con improperios y advertencias, y me sujetó con unas cuerdas a un gancho que había en la cubierta principal, junto a unos barriles. Me dio un cuchillo y me dijo: «Si nos hundimos, ¡corta las sogas y aférrate a cualquier cosa que flote!». Aun allí, en medio de la nave, el agua del mar salpicaba mi rostro. Mis piernas temblaban... ¡Eso sí que era sentir miedo, señores! Mi llanto se confundía con la lluvia. El cielo se iluminaba con cada relámpago que rasgaba la oscuridad. Cuando eso ocurría, yo tomaba dimensión de aquella vasta extensión de agua encabritada, de espuma blanca, que estaba irremediablemente a mi alrededor... Mi alma supo entonces que yo no era más que un miserable escupitajo sobre el mundo. Y nuestra nave, una insolente nada que perseveraba en no hundirse. ¡Recé a todos los santos conocidos y por conocer!

La tripulación corría de un lado a otro luchando por mantener el control del barco. Las velas se desgarraban con cada ráfaga de viento y muchos objetos caían al suelo con estrépito a mi alrededor. El capitán, don Urieta, bramaba órdenes que se las llevaba el viento, pero todos sabían qué debían hacer; todos trabajaban desesperadamente para evitar un posible naufragio. Desde mi posición podía contemplar aquel espectáculo imponente de un puñado de hombres valientes luchando contra las fuerzas colosales de la naturaleza. El mar rugía con furia incontrolable. Sentía que las olas golpeaban el casco del barco, y estaba seguro de que lo destrozaría en mil pedazos. A pesar de que la pavora me apretaba el pecho, traté de mantener la calma recordando las historias de marineros que había escuchado en mi pueblo, marineros que sobrevivieron a muchas tormentas en extremo peligrosas... El *Stella Maris* se inclinaba de un lado a otro. Algunos bultos del cargamento que me rodeaban resbalaron sobre la cubierta mojada y caían a la mar. Recordé a la Virgen del Carmen, patrona de los marineros, a quien mi madre siempre rezaba. Apreté en mi bolsillo el rosario que ella me había dado al despedirme. Cerré los ojos y me aferré a la esperanza de que aquello también pasaría... Y así fue. Aquel vendaval pasó. No duró mucho, aunque tuve la impresión de que se había extendido una eternidad. El viento amainó en su ferocidad y las olas se volvieron más benignas. El bergantín, maltrecho pero resistente, emergió de la oscuridad de la tormenta hacia una mar más tranquila. A mi alrededor vi los rostros exhaustos pero aliviados de los marineros. Nos habíamos enfrentado a la furia del océano y había-

mos sobrevivido. Aunque el peligro aún acechaba en cada ola, el optimismo renacía en los corazones.

Algunos de la tripulación contaron luego sobre las temibles galernas vividas en el golfo de Vizcaya... Un fenómeno meteorológico fatal, muy temido en nuestras costas, que se cobraba, cada tanto, la vida de decenas de pescadores. Solo los marineros muy avezados saben lidiar con estos temporales violentos que aparecen de manera súbita en jornadas apacibles de calor.

Aquel día yo aprendí algo más sobre la fragilidad de la vida y la fuerza implacable de la naturaleza. Y también descubrí la valentía y fortaleza que anidan en lo más profundo de nosotros y que pueden aflorar ante las adversidades. Supe que aquellas carcasas de madera son mucho más resistentes de lo que a primera vista puede suponerse, y que, aunque naufragar es siempre una posibilidad, el marino lo asume como asume el final el hombre religioso. Algo que puede acaecer en cualquier momento, pero para lo cual su vocación lo ha preparado, en silencio, dándole humildad y confianza para afrontar tales trances.

En fin, muchas anécdotas puedo contar de aquel primer viaje mío atravesando el Atlántico. Pero con el mismo apuro que tenía entonces en llegar a mi destino, pasaré por alto varias otras vicisitudes y os contaré directamente mi llegada a las tierras del Plata, un momento crucial para el cual parecía haberme preparado durante mis quince años anteriores de vida.

Tuve varias emociones encontradas cuando se me advirtió que estábamos llegando al fin de nuestra larga navegación. Ya habíamos desembarcado brevemente en varios puertos previos. En Canarias, en Cuba, en el Brasil. Mi espíritu se había transformado en una bitácora de viaje que guarda detalles de cada sitio que se visita. En cuanto al puerto de aquel Buenos Aires, al que arribábamos, capital de un virreinato recientemente fundado, puedo confesaros que la primera impresión fue la de un ancladero bastante triste. Se lo llamaba puerto, pero no lo era... Tanto había escuchado a los navegantes de Vizcaya sobre los espléndidos territorios del sur del Nuevo Mundo, tanto había leído y estudiado sobre los viajes de aquellos primeros conquistadores y sus búsquedas del Dorado... que, a decir verdad, cuando entramos al estuario del Río de la Plata, quedé decepcionado.

Una mirada ingenua, como era la mía de entonces sobre la ciudad de Buenos Aires, de su geografía y de sus recursos, podía concluir precipitadamente que, comparada con otras capitales, poco se ofrecía allí para prosperar. Sin embargo, aquel paisano nuestro, Juan de Garay, «el gran abridor de puertas a la tierra», como se le decía, supo bien dónde fundar la «ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre». A las espaldas de su territorio, este fortín contaba con vitales arterias que posibilitaban un imponente tráfico comercial, como lo eran el río Paraná y el río Uruguay y, a través de estos, los ríos Paraguay, Bermejo, Salado y Pilcomayo... Con el tiempo comprendí que toda esta red hídrica del inmenso desierto que se extendía al sur del Alto Perú, es decir, desde Bolivia y hacia el este de los Andes, era la que proveía de bienes a la ciudad portuaria y hacía de ella un enclave estratégico. A Buenos Aires llegaban cientos de productos y se despachaban luego, impuestos y estivas de por medio, hacia España y Europa. Ya desde el 1600 las administraciones asentadas en el Río de la Plata arbitraban la navegación de aquellos ríos cuyas desembocaduras confluyen en su estuario, estableciendo reglamentaciones monopólicas de tránsito o dictando prohibiciones, con las abundantes ganancias resultantes de todo ello.

Al crear un nuevo virreinato, con Buenos Aires como su capital, los Borbones establecieron también la prohibición de sacar los metales preciosos del Potosí vía Lima: debían bajar hacia Buenos Aires y desde allí se dirigían a España. Era lo más práctico. Se optaba por el camino más corto y ágil, potenciando con ello la ruta atlántica y las actividades comerciales de la nueva capital, que necesitaba recursos impositivos. A partir de ese momento, todo el flujo mercantil del subcontinente se orientó definitivamente hacia Buenos Aires...

Para cuando llegué a la capital del virreinato, aunque parecía un ancladero modesto, este ya se había transformado en la salida oficial de la totalidad de las mercancías de exportación hacia los puertos habilitados en la península ibérica y en la América española. Los bienes más importantes eran los cueros, el sebo, las carnes saladas, diversos artículos regionales... Y, por supuesto, aquel codiciado metal, la plata, que provenía de las minas del Potosí, aunque estas cada vez estaban más exiguas. Pronto tomé debida nota de todo esto, ayudado por las conversaciones que supe tener con mi tío Murrieta, el hermano de mi madre, comerciante español de los más sobresalientes de la ciudad.

VAC hizo entonces una pausa para pedir amablemente fuego con el cual prender el habano que había sacado de una cigarrera de plata sin bruñir. Hizo todo el ritual correspondiente y continuó:

—Como dije, y comprobé ni bien llegamos, las condiciones de navegación por el Río de la Plata eran muy dificultosas... Siempre lo fueron. Mis ganas de saltar cuanto antes a tierra ni bien avistamos Buenos Aires se vieron frustradas. Mi entusiasmo tendría que moderarse y esperar. Sucedío que, durante el largo y accidentado viaje, me hice amigo de un marinero de Bilbao, muy jatorra. Lo llamaban Iñachu. Fue él quien me enseñó los primeros secretos de la navegación. Todo aquel viaje, entre mi antiguo hogar y el nuevo, fue una escuela para mí. Supe aprovechar sus enseñanzas para hacer algo valioso con mi destino. Cuando entramos al estuario del Río de la Plata, Iñachu me hizo prestar atención al tamaño de las olas que se formaban en la proa por el avance del buque. La aparición de un «bigote», como él les decía a estas olas de proa, era un indicio claro de haber ingresado en aguas poco profundas.

Don Urieta embocaba su barco en aquel mar dulce por primera vez en su carrera, pero Iñachu ya conocía el estuario de viajes anteriores. Respetuoso de uno de los lemas principales que se me inculcó en aquel viaje, ese de que en donde manda capitán no manda marinero, Iñachu me surró al oído lo que jamás hubiese dicho en voz alta: «Una milla más y encallamos». ¡Estábamos en sizigia!

La noche anterior habíamos estado navegando con luna nueva. Por seguridad, la mayoría de los grandes navíos anclaban en el Río de la Plata a cuatro millas de distancia de la costa de Buenos Aires... Empezaba a soplar el viento propio de esta zona que llaman «sudestada», una de las curiosas palabras que pronto adopté del diccionario criollo. Urieta quiso apurarse a desembarcar antes de que la corriente fuese más intensa. Pero el viento en contra le ganó la partida y quedó entrampado en su intento. Aún después de un mes de viaje, ya llegados, tuvimos que aguardar día y medio para poder desembarcar, a la espera de la marea propicia para hacerlo en bote...

Cuando finalizó la tormenta y se disiparon las brumas con que nos había envuelto aquella sudestada, apareció ante mí un escenario inesperado. El sol iluminaba, antes que un puerto, un paisaje lacustre donde se veían más bueyes tironeando carretas que embarcaciones. Se trataba de unos carromatos enormes, que eran los que iban y venían cuando ba-

jaba la marejada del río, transportando personas y mercaderías desde los buques hasta la rada.

Era tanto lo que se tardaba en hacer aquel trayecto hasta la costa que decidí seguir las indicaciones poco ortodoxas de Iñachu. Aquel trámite del desembarco se me presentó como una señal de mi nuevo destino, el cual debía saber sortear. Para muchos, ese pasaje se convirtió en una pesadilla. Yo, literalmente, tiré por la borda el equipaje, que era una gran bolsa de trapo hecha por mi madre, donde guardaba un par de botas buenas, de cuero, una camisa blanca, otro pantalón de paño para las grandes ocasiones que me deparase el futuro y algo de ropa interior... También, entre todo ese embrollo, había cartas para mis tíos y un librito muy amado, mi admirado *Robinson Crusoe*... Todo bien amarrado para que nada se perdiera hasta llegar a casa de los Murrieta... Así me lo indicaba Iñachu, gritándome: «¡Tira todo por la borda!». Fue un momento de gran zozobra. Pensé que mi vida anterior se iba con ese traperío lanzado al vacío. No estaba nada seguro de que pudiese recuperar lo poco que traía de mi historia pasada, aunque fueran escasas... Los últimos dulces resabios de mi existencia en la aldea. Para los aventureros como yo, la ilusión de lo que vendrá suele eclipsar los buenos y malos momentos del pasado...

Mi amigo, sin embargo, atajó el embalaje con habilidad y evitó que terminasen en las turbias aguas del río. Finalmente, bajé yo... Y ya con mis prendas sobre la cabeza lo seguí, andando con el agua por la cintura y aferrado a una soga, que era todo nuestro resguardo por si nos caímos a un pozo. La cuerda era una gastada amarra tirada desde uno de esos carros enormes empujados por bestias, propiedad de un paisano conocido de Iñachu, que se había acercado lo más posible.

El espectáculo era dantesco. Los carretones regresaban a la costa con gran trabajo de los bueyes, avanzando sobre el accidentado lecho del río, bamboleándose de un lado a otro y salpicando a los resignados viajeros y sus bultos. En otras ocasiones he visto cómo toda la mercadería terminaba arruinada o perdida en estos trayectos endiablados. En varios de aquellos carromatos también había pescadores que se dedicaban a la captura del pejerrey, un pescado que no me parece muy sabroso, pero que luego me acostumbré a comer a pesar de sus muchas espinas. Esta pesca desde las carretas, con los mansos bueyes metidos en el agua hasta casi las orejas, podía durar horas. Cuando el carretero se cansaba de pescar, se

iba a la plaza a venderlos desde la misma carreta a un precio que era ínfimo.

Mientras nos acercábamos a la costa, vi también en las hoyas que se formaban entre peñascos una enorme cantidad de mujeres, la mayoría de ellas negras, lavando prendas. El paisaje de toda esa franja costera era sorprendente. ¡Parecía un puerto de carretas más que de naves!

Buenos Aires tuvo que esperar décadas para tener un puerto como Dios manda. Bernardino Rivadavia fue el primero en intentar solucionar esta carencia, treinta años después. Y eso fue su perdición política. Me lo contó él mismo mientras navegábamos por ese mismo Río de la Plata, puesto que yo lo trasladé en una de mis naves, la «Armonie», cuando decidió abandonar para siempre el país. Para entonces, estoy hablando del año 1838, ya habíamos forjado una amistad sincera. Rivadavia quiso construir un verdadero puerto, como el que se merece Buenos Aires, pero el empréstito que le habían otorgado para ello los ingleses de la Baring Brothers terminó siendo todo un escándalo, y finalmente esos fondos se utilizaron para pagar la guerra que se sostuvo contra el Brasil. Cuando don Bernardino Rivadavia renunció a la presidencia, su proyecto portuario se fue al garete.



Vista del puerto de Buenos Aires a principios del s. XIX.

En fin, recuerdo que unos días después de mi llegada, escribí una carta a mis padres contándoles toda la odisea de mi viaje y diciéndoles que

había llegado a Buenos Aires no en barco, sino ¡en carreta tirada por bueyes!

Sea como fuere, ¡ya estaba en el Nuevo Mundo!

Y así fue como, doscientos veinticinco años después de que el vasco Garay trazara con su sable una cruz en ese bendito suelo, yo me encontraba allí, apenas arribado y ya trabajando como empleado en la tienda de otro vasco, también llamado Juan Garay.

¡Al destino le gusta jugar con estas casualidades! —exclamó por último don Vicente, y su voz quedó suspendida sobre la mesa como una brasa tenue.

Luego, como colofón, añadió algo más, no con nostalgia, sino con la serenidad de quien comprendía la trama que daba sentido a nuestro cónclave:

—Y así comenzó mi vida en estas tierras. No lo sabía entonces, pero cada paso dado en aquel Nuevo Mundo iba a sellar no solo mi destino, sino el de todos vosotros. Somos hijos de esas decisiones fortuitas, de esas historias cruzadas, de esos azares caprichosos... que luego pueden percibirse que formaron una línea tan clara como la marca de un arado en la tierra húmeda.

El patriarca guardó unos instantes de silencio que todos respetaron. Las velas parecieron inclinarse hacia él, como queriendo escuchar un poco más, pero don Vicente necesitaba que su memoria reposase. ¡Ya mucho jugo le habíamos sacado!

—Basta por hoy —dijo—. El que mucho arranca en la primera noche, poco deja para las siguientes. Mañana, si aún estamos por aquí, seguirán escuchando mis desventuras... y quizá también alguna hazaña digna.

Se inclinó ligeramente en señal de despedida.

La casa respiró.

Las sombras de nuestro cónclave se recogieron.

Así terminó la primera jornada.

Segunda Jornada

1.

Encontré a Charles sentado, en actitud contemplativa, frente al ventanal de la cocina. El amanecer insinuaba apenas una franja tenue detrás de la línea desolada de la estepa. Su silencio no era tanto de introspección como de escucha, una especie de complicidad con el paisaje, como quien vuelve a encontrarse con un viejo amigo y lo observa sin apuro, esperando que el otro hable primero.

Necesitaba aclarar con él las dudas que me habían asaltado durante la velada. Elucubraba varias hipótesis, algunas más inquietantes que otras. Cuando percibí que estaba receptivo, lo abordé sin rodeos:

—Charles... ¿has notado anoche esa variación repentina en la densidad de las sombras?

Al verme, sin tener en cuenta lo que le había preguntado, exclamó:

—¡Qué maravilla los cuentos de nuestro patriarca, ¿verdad?! Me siento muy feliz por el trabajo que estamos haciendo. Será oro puro para toda la familia...

Luego agregó, con ánimo jocoso:

—Don Vicente estaba en su salsa. ¡Cómo maneja los relatos, eh! Uno lo escucha y siente que vuelve a nacer. Noto cómo estábamos todos escuchándole. Parecíamos chicos participando de la experiencia de nuestro primer fogón...

—Sí —repuse—, eso es lo que pretendemos: que fluya diáfanaamente la memoria postergada... Pero decime, Charles... ¿también notaste que

anoche éramos más?

Lo vi entrecerrar los ojos, como si repasara mentalmente la lista de los convocados. Después sonrió con la serenidad de quien ya ha atravesado demasiadas fronteras y sabe no alarmarse por los detalles. Comprendí que estaba más allá de mis incipientes sospechas. Que probablemente las había visto venir y que, por algún motivo, les restaba importancia.

—Cuando habla don Vicente —dijo al fin, embebiendo el aire fresco de la aurora—, sucede algo curioso. Su voz tiene imán. Atrae poderosamente la atención... Puede que eso ocurra no solo con los que estamos convocados... También a los del clan que aún buscan comprender de dónde vienen. Es la fuerza de los orígenes.

Guardé silencio unos segundos, calibrando el alcance de sus palabras.

—Bien —respondí—. Pero algo habrá que hacer. No podemos permitir que esto se desborde. Ya advertí en nuestra primera charla sobre los riesgos que comporta todo esto... Si empezamos a recibir presencias que no estaban en la lista... habrá que sellar mejor Los Guanacos.

Charles, sin perder la calma, acarició con los dedos el marco de madera del ventanal, como si la casa pudiera escuchar nuestra conversación.

—Lo sé... Pero démosle tiempo a la memoria. Ella sabrá quién debe entrar... y quién debe esperar.

Permanecí inmóvil, esperando que el comentario se completara con algún tipo de indicación operativa. No ocurrió.

En cambio, Charles se incorporó con entusiasmo, como si hubiera recordado algo muy importante, y exclamó:

—Hace años que no se arma un partido de polo en Los Guanacos. ¿Se imagina? Todos los convocados ahí afuera, con el pasto fresco del amanecer, dándole a las bochas... —Abrió más los ojos, sinceramente ilusionado—. Hay que organizarlo. Y si no hay bochas, ya veremos qué inventamos. Algun taco debe quedar por ahí, en los galpones.

Lo miré en silencio. No sabía si reírme o agarrarlo de los hombros

para recordarle que estábamos ante un fenómeno ontológico delicado.

—Charles... —dije, tratando de ordenar mis ideas—. Si empezamos a recibir presencias no convocadas, esto puede desbordarse. Ayer hubo una... fisura. No podemos permitir que se nos metan todos los Casares.

Él asintió... pero no en señal de preocupación. Más bien como si yo le hubiera dicho que al capón habría que agregarle un poco más de sal.

—No hay que ser tan meticuloso —dijo, entre risas contenidas—. Está bien, está bien: si quiere, más tarde revisamos esas «fisuras». Pero ahora míreme esto, por favor.

Se inclinó hacia el ventanal, señalando con el dedo unas ondulaciones azuladas que empezaban a formarse sobre el horizonte.

—Ahí está —susurró con auténtico deleite—. El Cerro Loco. ¿Lo vio? No siempre se deja ver... Cada tanto cambia de lugar, jajaja. Está pidiendo una visita. ¿Qué le parece si en una de estas jornadas nos damos una vuelta por allá? Es un paseo corto. Bueno... corto para nosotros. Para los que respiran es una paliza.

Yo me quedé observando la línea azul del horizonte. Algo en ella parecía vibrar.

—Charles, lo que sucedió anoche no fue un desajuste menor. Hubo un ingreso. Alguien más estuvo presente, aunque no habló. Necesitamos sellar Los Guanacos antes de que la permeabilidad aumente. No podemos permitir una avalancha genealógica.

Él se levantó, estirándose como quien se prepara para un día de campo.

—Mirá —dijo mientras acomodaba una pequeña petaca entre los pliegues interiores de la vestimenta—, cuando uno vuelve a su casa después de tanto tiempo, lo peor que puede hacer es ponerse solemne. Deje que las cosas respiren un poco. La memoria también tiene sus caprichos. A veces entra quien debe entrar. A veces se asoma quien solo quiere escuchar... —Me guiñó un ojo, y agregó—: Y a veces uno simplemente tiene ganas de taquear...

Respiré hondo. Él rio.

—Está bien —concluyó Charles—. Después veremos cómo sellamos el lugar. Pero primero el Cerro Loco. Ya me dirás si tenés ganas de hacer esa excursión. Allí se aclaran muchas cosas. Hasta las sombras se vuelven francas.

Y sin esperar respuesta, salió de la cocina con paso ligero, rumbo a los galpones.

2.

Cuando la noche descendió sobre Los Guanacos, un aire quieto entró por las hendiduras de la casa, impregnando el salón comedor. Nadie había pactado una hora exacta para el reinicio del cónclave; todos fueron llegando a su modo, guiados por una sincronicidad singular.

Las velas, ya encendidas, ardían con un pulso firme. La mesa había recuperado su pulcritud: copas alineadas, vajilla brillante, restos mínimos del banquete dispuesto la noche anterior.

Charles llegó último, con una energía vivaz que contrastaba con la parquedad de los otros. Traía en la mirada un destello que solo puede tener quien ha pasado el día recorriendo los linderos de una tierra que le pertenece y lo sostiene. Saludó inclinando la cabeza y se acomodó en su lugar, evitando exhibir demasiado entusiasmo.

A diferencia de la primera noche, no hubo murmullos previos, ni tanteos, ni el desconcierto propio de un inicio. Como había previsto que sucedería con el correr del tiempo, las presencias estaban algo mejor definidas. Cada uno parecía haber recuperado mejor espesor. El simple hecho de escuchar al patriarca la noche anterior seguramente había dado una parcela mayor de consistencia a los convocados.

Un leve tintinear de copas anunció que la segunda velada estaba ya en marcha. Los asistentes fueron tomando asiento sin mayor ceremonia, como si simplemente retomaran una conversación interrumpida la noche anterior. El ambiente tenía una calidez distinta: menos expectación y más familiaridad, un ánimo predisposto a que don Vicente Antonio siguiera hilando sus recuerdos.

Él acomodó la silla con un gesto suave, se inclinó apenas hacia ade-

lante y dejó que el murmullo se apaciguara. No hizo falta señal alguna: todos entendieron que era su turno otra vez. Ajustó la mirada hacia un punto indeterminado, respiró hondo y, sin levantarse, comenzó su relato:

—Yo llegué a la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre... —VAC pronunció estas palabras de manera enfática, provocando las primeras risas y algún aplauso en la sala— a finales de septiembre de 1806. Unos meses después de aquellas primeras invasiones que los ingleses perpetraron en tierras rioplatenses con magros resultados. La sociedad en general y las instituciones de gobierno se hallaban aún convulsionadas por estos acontecimientos que habían alterado la habitual tranquilidad de la ciudad. Al virrey Sobremonte, en una acción insólita, el Cabildo lo había revocado de sus funciones militares dada su actuación vergonzosa... O cuanto menos, vidriosa. Luego de regresar de Córdoba, se refugió en Montevideo, y en Buenos Aires fue reemplazado por el jefe de la Guardia Real, don Santiago de Liniers, proclamado héroe de aquellas primeras batallas contra los ingleses. Liniers no se durmió en los laureles... Sabedor de que los británicos buscarían revancha, dedicó todos sus esfuerzos a organizar en la ciudad un ejército hecho y derecho para hacer frente al nuevo embate, puesto que corrían voces de que una gran flota inglesa se aproximaba a las costas del Río de la Plata.

De allí que, cuando llegué, viví en una Buenos Aires que era un hervidero de rumores. Todos hablaban sobre cómo y cuándo se produciría esta otra invasión, la cual se preveía más grave que la anterior... Las autoridades locales se apuraban a ultimar un sistema defensivo que pudiera protegernos del peligro. Defensas que por desidia se habían postergado durante años.

Los comerciantes hacían cálculos de conveniencia mientras las mujeres iban a misa... Unas a llorar por los familiares caídos en los combates de julio, otras a implorar a todos los santos por el futuro de sus hijos en las próximas batallas. Observaba yo aquellas circunstancias tan exóticas con los ojos de un chaval de aldea recién llegado a una gran ciudad... aunque de gran ciudad tampoco os creáis que tenía mucho. Pero sí es cierto que lo que estaba sucediendo me fascinaba. No evaluaba bien el peligro que realmente implicaba toda la revuelta. En casa de mis tíos me hicieron cien relatos de cómo habían sido aquellas primeras invasiones. Cada uno contaba su propia versión.

Antes de decidir hacer su primera incursión militar al Río de la Plata, los ingleses habían obtenido buena información sobre el estado de las defensas. El apostadero naval de Montevideo conservaba solamente pequeñas embarcaciones que transitaban entre Buenos Aires, Colonia del Sacramento y Montevideo. Se poseía una pequeña fragata, una corbeta y un bergantín. Alguna de ellas había sido equipada, precariamente, para una eventual defensa... Pero poco más. Los buques de mayor porte fueron llevados a Europa para combatir en aquellas aguas. España pasaba por su peor momento naval tras el desastre de Trafalgar... ¡Imaginaos que la oficialidad de la Real Armada estaba en tierra, puesto que se habían quedado sin sus naves! El jefe del Apostadero en Montevideo era el capitán Pascual Ruiz Huidobro, un gran hombre, mientras que en Buenos Aires comandaba Liniers, acompañado por el capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha, que era oriundo de Cantabria. Yo aún no estaba en tierra americana, claro, pero a todos ellos los conocí personalmente unos meses después.

Los temores de la gente tenían fundamento y cristalizaron a principios de junio. Buques de bandera inglesa habían sido avistados merodeando las costas tanto de Buenos Aires como de Montevideo durante varios días. Era evidente que estaban realizando tareas de reconocimiento para decidir dónde desembarcarían. Por las maniobras que se observaron desde la costa, se pensó que lo harían en la zona de la ensenada de Barragán. Y fue allí donde se alistaron los pocos efectivos con que se contaba para impedirla. Craso error. ¡Todo lo organizado por el virrey Sobremonte estuvo equivocado! Los ingleses fueron más listos: primero enviaron dos grandes buques a Montevideo y a Maldonado con el objetivo de cortar las comunicaciones con el otro lado del río. Los dirigía el comodoro Popham. Mientras tanto, el general Beresford desembarcaba en la zona de Quilmes con más de mil quinientos hombres apoyados por una flota de doce unidades, cuatro de ellas navíos de línea de cincuenta a sesenta cañones cada una. No había nada que hacer. Sobremonte fue sorprendido. Todas sus previsiones fracasaron. Su inacción indignó a la población, más aún cuando los vecinos se enteraron de que había escapado a Córdoba, según se dijo, siguiendo las ordenanzas que indicaban que debía poner a salvo los caudales reales. El caso es que Buenos Aires quedó abandonada a su suerte, sin posibilidad de defensa alguna. Ante la enorme superioridad de las fuerzas inglesas, el fuerte se rindió... Beresford y sus hombres se pasearon felices y contentos por la ciudad. En un primer momento, los británicos intentaron ganarse el apoyo de los veci-

nos, sobre todo de la población criolla, con una serie de medidas tendientes a calmar las aguas y aplacar las sospechas de lo que podría ocurrir con semejante cambio de gobierno. Dieron muestras de que todo el mundo podría seguir frecuentando los templos y mantener las costumbres católicas, que siempre fueron muchas y muy arraigadas en la sociedad virreinal. Párrocos y obispo recelaron de las amables manifestaciones de tolerancia cristiana y se abrió un breve pero tenso interregno de convivencia. Los comerciantes, como mi tío, pudieron continuar con sus actividades mercantiles. Todos advirtieron cómo los productos ingleses inundaron el mercado rioplatense. Evidentemente, era ese uno de los principales objetivos de la ocupación. Rápidos para los negocios, los británicos demostraron, sin embargo, un desconocimiento supino de las realidades locales. No solo no entendían el idioma, sino que se hallaban perdidos a la hora de abarcar la gran variedad de lealtades de una sociedad colonial muy religiosa y también muy orgullosa de sus propias costumbres. Si para los Borbones los criollos suponían un permanente dolor de cabeza, imaginámos para los protestantes ingleses. Tuvieron que vérselas no solo con el obispo, sino con el Cabildo eclesiástico, de gran autoridad, y también con cada una de las órdenes religiosas, que rivalizaban entre ellas por ver quién era más chupamedias de la Corona española o más autónoma respecto de sus múltiples ordenanzas.

Años más tarde, conversando con mis socios, sacamos cuentas y concluimos que entre aquellos dos años de las invasiones, en 1806 y 1807, los comerciantes ingleses vendieron sus artículos en el Río de la Plata por un valor aproximado a un millón de libras... Tengan en cuenta que en todo el virreinato no habría más de quinientas mil almas... Aun frenadas sus intenciones de conquista territorial en la región, tal flujo de comercio siguió expandiéndose y resultó finalmente imparable en el nuevo esquema económico que impuso el libre mercado en el mundo. Si no tendrían asiento en Buenos Aires, lo tendrían en Río de Janeiro. Por eso, años más tarde, mis socios, los Anchorena, pondrían también allí una base de operaciones. Pero esa es otra historia... En esta que les estoy contando, los ingleses venían por todo. Tras invadir Buenos Aires, aun queriendo mostrarse como libertadores, pretendieron obligar a sus habitantes a que jurasen fidelidad a la monarquía británica. Fueron muy pocos los que vieron ventajoso cambiar un rey por otro. Era interesante observar con qué argumentos se decantó cada grupo, el de los españoles peninsulares y el de los criollos, lo que aseguró su fidelidad a la Corona... Los ingleses también erraron estratégicamente al subestimar la importan-

cia que tenía Montevideo como bastión militar y naval del virreinato. Apuntaron todos sus cañones a Buenos Aires y descuidaron la retaguardia. Pronto empezaron a surgir grupos de resistencia y planes para desalojar a Beresford y sus hombres de la ciudad. Liniers se trasladó a la Banda Oriental en busca de ayuda y desde allí reorganizó las fuerzas para reconquistar Buenos Aires. En pocas semanas regresó acompañado por varios oficiales navales y dos mil hombres. A pesar de los intentos hechos por la escuadra inglesa de impedir el desembarco de las barcazas del francés, las condiciones marineras de las lanchas, pequeñas y fácilmente maniobrables, permitieron tales acciones en medio de una de esas encrespadas sudestadas, tan habituales en el Río de la Plata. La operación de Liniers fue todo un éxito y el general Beresford, luego de ocupar Buenos Aires durante cuarenta y seis días, tuvo que capitular.

Don Vicente Casares hizo una pausa, sacó su pipa y repitió, parsimonioso, el ritual de su encendido que ya le conocíamos. El humo de su tabaco nos impregnó de recuerdos sensuales a todos los comensales... Reacomodados en los asientos, los Casares se sirvieron bebidas unos a otros, y al cabo volvieron a mostrarse bien predisuestos a escuchar el resto de su largo relato, aunque como ya era frecuente en él, lo mechaba cada tanto con apostillas divergentes.

—Uno de vosotros me ha preguntado hoy cuál es el tabaco que yo fumo... Digamos, con mayor propiedad, cuál era el que fumaba cuando los pulmones hacían su trabajo. Os lo cuento: se trata del «flake», un tabaco sin desmenuzar, compacto, que tiene una historia particular... Ya sabéis que entre la gente de mar fumar en pipa es muy habitual... pero uno de los problemas que han tenido siempre los marineros fue cómo conservar el tabaco para que no se secase. Durante los largos viajes es habitual que al abrir esos paquetes de tabaco uno se lo encuentre seco y con un sabor deteriorado.

La fórmula que empleaba Urieta, el capitán del barco que me trajo al Río de la Plata, era muy curiosa. Lo miré hacerlo varias veces, fascinado. Consistía en hervir agua a la que añadía azúcar y esa melaza luego la vertía sobre el tabaco. Con este método, me dijo, lograba que su tabaco fuera «graso» y actuaba como cola cuando lo presionaba con las manos, y así se formaba una especie de bloque, que además ocupaba menos espacio... ¡el gran problema de los barcos es siempre el reducido espacio en el que se desarrolla la existencia!

En algún momento, las fábricas de tabaco adoptaron esta técnica y así reemplazaron los diferentes «inventos» artesanales que se probaron durante mucho tiempo. El tabaco tipo flake fue el que solucionó un problema que irritaba a todos los marineros fumadores del mundo.

Todo placer tiene un costo... De paso os cuento que, cuando las naves estaban en el mar, los marineros tenían que seguir las reglas del capitán sobre cómo fumar a bordo, para prevenir incendios. Cuando el capitán lo permitía, debía fumarse en cierta parte de la nave... Aquel momento era un ritual sagrado. Cuando a un marinero se le concedía permiso para fumar, rápidamente agarraba su tabaco y su pipa y marchaba al lugar del barco señalado. Allí ponía sobre una tabla un bloque de tabaco y comenzaba con su navaja a rebanarlo de manera muy finita... A este corte marinero se lo llamaba «escama»; es el «Navy Cut». Una vez que el número apropiado de «escamas» era cortado, el flake se doblaba hacia abajo, presionando en el centro de la lámina y doblándolo en forma de «U», con gran cuidado de no aflojar el tabaco. Recién entonces se rellenaba la pipa. Todo esto se hacía rodeado de camaradas. ¡Un gran momento! Todos los autorizados por el capitán para fumar se reunían y, mientras disfrutaban de sus pipas, discutían asuntos importantes de la navegación... el clima, el próximo puerto al que se llegaría, chismorroteos sobre algún tripulante... Las noticias pasaban de boca en boca, a todo el barco, tras una fumada, ya que cada uno, terminado el tiempo de fumar, regresaba a su puesto en las diferentes zonas de la nave. No cabe duda de que los oficiales utilizaban esta pausa para la pipa como forma de conocer qué se «cocía» entre los integrantes de la tripulación... Sin embargo, el fumar en pipa tenía sin duda otra función muy importante... Imaginaros estar a bordo de un barco navegando en medio de una gran tormenta... Durante días, el viento azota las velas y las inmensas olas barren la cubierta... Se lucha sin pausa contra las fuerzas de la naturaleza. Todos quedan exhaustos...

Los que hemos dirigido a estos hombres, rústicos y valientes, sabemos cuánta tensión se acumula en ellos. Cuando el peligro finalmente se aleja y el capitán da permiso para fumar, son necesarios estos recreos... Llenando la pipa, encendiéndola, exhalando lentamente el humo... la satisfacción y el disfrute que se tiene no se compara con nada. Los marineros reunidos, cada uno con su pipa, se relajan charlando entre sí. Muchos expresan sus pensamientos, sus emociones... Y ya sabéis, hablar de los propios miedos o de una situación peligrosa que se ha vivido permite aflojar esos nudos. Alguna vez consideré a estas latas de tabaco que tengo

entre mis manos como botiquín de primeros auxilios psicológicos... En torno a esos momentos de camaradería compartidos se recupera el buen humor...

A mí también se me hace más fácil hablaros así de asuntos que... quizá me han dolido, que aún preocupan a la familia...

Pero disculpadme... ¡Os estaba hablando de la primera invasión de los ingleses! En fin, que la importante fue la segunda... Porque aquella primera batalla contra el invasor fue ganada. Sin embargo, la guerra continuó... Y para cuando yo llegué, lo que se podía observar en la sociedad era que imperaba la confusión y el miedo ante un nuevo suceso. La gente mejor plantada manifestaba la necesidad de organizarse de un modo más eficaz y permanente ante la amenaza británica, que como león herido daba vueltas receloso en torno a su deseada presa...

Esa actitud de autodefensa de los ciudadanos de Buenos Aires fue el verdadero inicio de las ansias de independencia que eclosionaron en los años siguientes. Por lo pronto, el Cabildo le revocó el mando militar al virrey Sobremonte cuando regresó de Córdoba con refuerzos militares que ya eran inútiles. Tuvo que retirarse a Montevideo, como ya dije, y fue Liniers quien a partir de entonces se ocupó de preparar tropas mejor pertrechadas y de organizar las milicias urbanas para la defensa de la ciudad. Lo hizo con la ayuda de toda aquella oficialidad de la marina española que, aunque no tenía naves, sabía muy bien cómo alistar un ejército para entrar en combate. Los puertos y fuertes del Río de la Plata estaban nuevamente en manos españolas, pero en Londres, una vez conocida la noticia de aquella primera ocupación inglesa, se organizó una expedición de apoyo y zarparon algunos barcos con municiones y provisiones para las tropas que se suponía todavía ocupaban Buenos Aires. Venían acompañadas de numerosos comerciantes, y traían todo tipo de productos para introducirlos en el prometedor mercado de estas tierras. Cuando llegaron... ¡la historia había cambiado! Sus mercancías fueron confiscadas.

Una de estas naves traía gran cantidad de telas y llegó justo cuando se estaban organizando las milicias para resistir la segunda invasión... Los géneros ingleses se utilizaron de inmediato para confeccionar nuestros uniformes, el de las tropas que combatirían... ¡contra esos mismos ingleses!

Si no fuese que en verdad estábamos entrando en guerra con el mayor ejército del orbe de aquel tiempo, hubiese parecido que Buenos Aires se preparaba para una fiesta de carnaval.

Artistas y sastres diseñaban una gran cantidad de uniformes diversos, según la milicia a la que se perteneciera. Los artilleros de la provincia de Buenos Aires iban con su elegante casaca y su fanega de cúpula alta; los patricios, pagados por el Ayuntamiento, con el clásico morrión y sus lujosos bordados... En aquel jolgorio que era Buenos Aires, cada bando se ocupaba de su carroza y cada cofradía de su procesión. Estaba el batallón de los jóvenes de familias adineradas, que se autodenominaban «batallón de jóvenes decentes», que eran los que vestían los mejores trajes. Otro de los bandos milicianos era el de «los mozos de la Reconquista»; se disfrazaban más modestamente, pues no podían pagar el rico uniforme de aquellos otros. También estaban los «voluntarios arribeños», es decir, de las provincias «de arriba». Y el bando de los indios. El de los mestizos y morenos... Todos probándose sus vestimentas, queriendo lucir colores y características propias. Yo me aliste, junto con un círculo de amigos, con los voluntarios vizcaínos, que eran parte a su vez del batallón de Cantabria. Lleno de ardor y entusiasmo, como todo vasco cuando se trata de defender el suelo querido, alterné mi presencia en la tienda de Garay, donde había empezado a trabajar.

Los comandantes euskaros, don Prudencio de Murguiondo y don Ignacio de Rezabal, fueron quienes organizaban nuestro batallón... Aunque tuve que ocultar mi edad, por ser aún menor, me aceptaron como soldado de la quinta compañía que capitaneaba don Pedro de Ansoategui. Me sentía orgulloso vistiendo aquella casaca azul, la pechera roja, los pantalones blancos, la faja verde... ¡Me hubiera encantado que me viese mi padre y mis amigos del pueblo! El sombrero que usábamos era parecido al que luego siguieron usando los Patricios, único ejército sobreviviente de todo aquel conjunto colorido de batallones. Entre los que éramos oriundos del golfo de Vizcaya se mezclaban también algunos de Navarra y de Guipúzcoa.

Cada pelotón se distinguía de los demás con alguna prenda o color singular. ¡Los sastres trabajaron como nunca! El más vistoso y mejor preparado era el cuerpo de montañeros de Castilla la Vieja. También estaban los cazadores de Corrientes, unos exóticos catalanes con túnicas profusamente doradas. Pero los que de verdad imponían respeto por su profesio-

nalismo eran los del primer escuadrón de húsares, al mando de Juan Martín de Pueyrredón... Otros bravos eran los de la segunda escuadra, conocida como «escuadra de Vivas». Y también los cazadores de la reina y los fusileros de Castex, que tenían un uniforme confeccionado con los colores rojo y amarillo de la bandera española... El adiestramiento estaba a cargo de militares rigurosos. En aquellas semanas en las que me enseñaron a usar escopetas y trabucos y a manejar el sable, conocí en persona a Pueyrredón, a don Martín de Álzaga, a Gutiérrez de la Concha, a Ruiz Huidobro, a Jacinto Romarate, a Cándido de Lasala... Y al propio don Santiago Antonio María de Liniers... ¡Un personaje de otro siglo! Creo que de ellos ya no se acuerda nadie. La revolución de 1810, con los hombres que la llevaron a cabo, opacó la importancia de estos otros héroes junto a quienes luché para evitar que la bandera inglesa flamease en estas tierras. Repito que fue batallando contra los ingleses cuando yo vi claramente, por primera vez, que entre mis amigos y compañeros de armas criollos surgía el deseo germinal de una patria libre.

Mientras VAC decía estas palabras, no sin cierta emoción en su voz, volví a percibir que el frío de la sala había descendido de repente y que entre las brumas que nos envolvían podría esconderse algún polizonte. Busqué con la mirada a Charles, pero estaba absorto en lo que decía su ancestro, totalmente despreocupado del proceso. Traté de no alarmarme yo tampoco porque en verdad nada grave estaba ocurriendo. Igual me quedé con mala espina.

El patriarca continuaba a paso firme trayendo a la mesa sus recuerdos marciales:

—Ya sabéis que al soldado se le conoce por sus hazañas, al sabio por sus reflexiones, al labrador por su trabajo arduo, al comerciante por su sagacidad... Pero en aquel momento todos teníamos que ser soldados. Y nuestra hazaña fue conjurarnos en defender a la propia ciudad ante el usurpador. El Cabildo de Buenos Aires, una vez relevado el inútil Sobremonte, organizó todo con inteligencia y previsión. Liniers supervisaba los detalles de los ingentes preparativos. En cada casa, en cada plaza, en el fuerte, en las iglesias, en el campo... En todas partes se gestaban planes coordinados para saber cómo repeler mejor a los invasores esta vez.

Los voluntarios, engalanados con los vistosos uniformes, nos las sábamos haciendo mítines que de por sí eran un espléndido espectáculo. Se sabía que habría espías dando vueltas y se nos dijo que era bueno que

se nos viese siempre en plan militar. Las mujeres nos aplaudían al vernos pasar desfilando y algunas nos tiraban flores o nos regalaban tortas fritas... Fueron mis primeros coqueteos. ¡Aún no habíamos tirado ni un balín, y ya nos veían como héroes...!

A mí el Todopoderoso me dotó de una muy buena memoria... Pero cualquiera que hubiese estado en aquellos momentos recordaría los detalles de tanta agitación popular. Se palpaban por doquier expresiones de valentía. Tengo muy grabada la impresión que me produjo la primera revisión general que se hizo el 15 de enero de aquel año de 1807 en el campo de Barracas, al sur de la ciudad. Todos los batallones fuimos movilizados allí a las dos y media de la mañana. Desde la fortaleza, los tambores llamaron a la asamblea al son de alegres marchas musicales que se extendieron por las calles de los diferentes barrios. La población, sobre todo la femenina, animada y festiva a pesar de la hora, salió de sus casas para vernos pasar y saludarnos. La noche estaba fresca después de una jornada que había sido un bochorno de calor. Movilizábamos tropas a pie, y también a caballo o en carretas de diferentes tamaños. A las cuatro estaba ya todo el cuerpo del ejército en el lugar convenido y esperábamos en formación al reverendísimo obispo, quien a las ocho se aprestó a celebrar la santa misa. Al comenzar la ceremonia religiosa, los artilleros y fusileros dispararon una salva general. Luego estaba la revista. La ciudadanía también había tomado su lugar en los huecos que rodeaban aquel sitio. El número de soldados era tan grande que, a todos, tanto a los soldados como a la población civil, vernos allí congregados por primera vez nos llenó de orgullo y seguridad. No sabíamos con cuántos miles de ingleses nos enfrentaríamos, pero nosotros no éramos pocos. ¡Y les daríamos batalla! Al finalizar el oficio religioso, se nos ofreció un desayuno campestre, pagado por el Cabildo, que aquel día dilapidó sus finanzas. ¡Había de todo! Pan y vino a razón de un barril por regimiento. El banquete fue largo y abundante... Recién a las siete de la tarde todo el ejército regresó a la ciudad. Tengan en cuenta que las tres cuartas partes de aquel ejército, preparado para defender nuestras tierras, eran voluntarios como yo.

¿Os sorprende? Pues así era. Las tropas regulares veteranas de España destacadas en Buenos Aires no superaban los quinientos hombres. El Real Cuerpo de la Marina, doscientos; los de la Artillería Real, unos ciento cincuenta; la tropa montada, también unos doscientos. Los Blanquengues de Montevideo sumaban otra centuria... Y poco más. Mientras que los milicianos, entre pitos y flautas, éramos unos siete mil. Solo los

de Asturias, Cantabria y Vizcaya contábamos cuatrocientos. Y, como ya dije, junto a nosotros estaban también los voluntarios de Navarra y de Castilla la Vieja.



Uniformes de las tropas voluntarias para la defensa de Buenos Aires. Vicente Antonio Casares se alistó en 1807 junto a sus paisanos de Vizcaya y de Cantabria con una muy destacada actuación.

Después de aquel tiempo de carnaval, en el que cada cofradía ajustó sus vistosos uniformes, se pasó al tiempo de cuaresma. Toda la ciudad, con los primeros fríos de marzo y entrado abril, se recogió en rezos y penitencias. Me llamó la atención lo religiosas que eran las familias de mi entorno; incluso practicaban costumbres cristianas que yo no conocí en mi valle... La tía Murrieta era muy piadosa y quizá llegó a pensar que podía influir para que terminase siendo el sacerdote de la familia. «Tan bueno e inteligente que eres —me repetía—. ¡No como los diablillos de tus amigos!». Se ve que mi timidez de entonces, por estar recién llegado, servía para mantener ocultos mis defectos... La tía me llevaba a muchos eventos parroquiales; se sentía orgullosa mostrando a su sobrino como todo un ejemplo a seguir para los hijos de los vecinos, los cuales se reían porque varios de ellos sí que conocían mis picardías. A mí no me disgus-

taba acompañarla a estas actividades religiosas porque quería conocer más gente... y porque allí solían congregarse también las muchachas más bonitas de la ciudad.

En Semana Santa nadie se libraba de ir a la iglesia. Nosotros concurríamos a la catedral, donde los imponentes sermones del padre Montero tenían lugar por la mañana. En el resto de las iglesias, los oficios solían ser por las tardes... Se refería a los ingleses que habían invadido la ciudad un año antes, como... ¡«los herejes de la perfida Albión»! Se agradecía a la Virgen de la Merced la gracia de habernos librado de aquella plaga de soldados protestantes y se imploraba la bendición del santo protector de la ciudad, San Martín de Tours, para resistir el próximo embate.

Delante de los arcos del Cabildo se ponía una cátedra y aquel reverendo sacerdote recoleto, que tenía una voz que se podía oír a cuatro cuadras, nos condenaba a todos los pecadores al infierno. Mi tía, al igual que varias señoritas amigas suyas, se hacía transportar por los sirvientes negros algunas alfombras y almohadas. Se sentaba sobre ellas, y así participaba de estos oficios religiosos que podían durar horas... No solo había fervorosos feligreses de la alta alcurnia, sino también de todas las clases sociales. Me llamaron la atención los hombres del campo que llegaron a caballo y que, sin bajarse de sus bestias, formaban un círculo por detrás de la muchedumbre. Los servicios religiosos y misas congregaban grandes cantidades de gentes en la plaza. En aquel Buenos Aires la religión tenía mucha fuerza. Todo el mundo tenía que sacar patente, no de corso, sino de buen cristiano... Un día a la semana durante la Cuaresma, cada cura en su parroquia se sentaba a examinar a los feligreses sobre la doctrina cristiana. A instancias de mi tía, tuve que ponerme de rodillas ante uno de ellos, que, viendo que era español, se divirtió conmigo tratando de ponerme en apuros... Si respondías bien a sus preguntas, te daba una pequeña cédula impresa que decía: «Examinado».

El Sábado Santo de 1807, mi tía preparó una exquisita cena pascual en la que se juntó todo lo que nos habíamos privado de comer en los muchos días anteriores. Y apenas dieron las campanas de las doce, se pusieron los manjares sobre la mesa. Con el Resucitado, resucitó en mí un hambre voraz. Luego del atracón, esperamos piadosamente los repiques de la campana, a las tres o cuatro de la mañana, llamando a la gloriosa misa del gallo.

Las procesiones resultaron bastante similares a las que había visto en

la Vasconia desde mi primera infancia. En el Buenos Aires de entonces, las que más concurrencia sumaban eran las que se hacían con la imagen del Señor Resucitado, que salía de La Merced al terminar la misa, ya en la madrugada, y la que venía de Santo Domingo cargando a la Virgen. En la plaza confluyan las dos procesiones, se saludaban la Virgen dolorosa con su Hijo resucitado y se daban la vuelta. Cada cofradía regresaba a su iglesia. Y todos los demás también: «Taza, taza, cada uno para su casa». A dormir y a levantarse para el gran almuerzo de Pascua, en el cual todos los criados habían estado colaborando. En lo de los Murrieta, en aquel domingo pascual, más que hablar de los sermones escuchados, se habló de los ingleses que estaban *ad-portas*.

Disimulando cuanto pude mi presencia entre los distinguidos invitados al ágape, escuché cuáles eran los planes del Cabildo y de Liniers, que sustituía al virrey, para afrontar la situación. Desde Montevideo se recibían noticias de los barcos ingleses que llegaban sin interrupción a las costas orientales... Algunos eran de mercancías, pero otros, fragatas militares con pertrechos y hombres prontos para una invasión definitiva. Se estimaba que llegarían alrededor de diez mil soldados.

Tres meses después, lo que eran rumores y presagios se convirtió en una apocalíptica realidad. Teníamos al invasor entrando a la ciudad...

Don Vicente Casares volvió a encender su pipa. Se le había apagado por descuidarla, abstraído en su propia narración. En seguida continuó con su relato:

—Los ingleses contaban con una considerable fuerza naval que seguía rondando por el Río de la Plata. Dado el fracaso de la primera invasión, decidieron que la segunda se iniciaría en Montevideo. Sin embargo, el Río de la Plata no es para cualquiera. Sus buques de gran calado no pudieron acercarse al puerto por las condiciones del río y entonces se dirigieron a Maldonado. También llegaron allí los refuerzos enviados desde Londres. A principios de febrero de aquel año de 1807 se habían producido en la Banda Oriental combates muy cruentos, que ocasionaron numerosas bajas. La poderosa fuerza británica derrotó a Ruiz Huidobro. Otra vez Sobremonte, que casualmente había abandonado Montevideo, se convirtió en blanco de todas las críticas. Poco después, las autoridades de Buenos Aires lograron que se lo detuviese y fuera destituido. Fue cuando Santiago de Liniers lo sustituyó definitivamente y tomó el mando de todas las defensas del virreinato. Hacia finales de junio, veinte embarca-

ciones de guerra inglesas rodearon Buenos Aires. Las comandaba esta vez el general Whitelocke, quien tenía bien estudiada la situación para obtener la rendición de la ciudad luego de atacar y vencer a cada una de las defensas establecidas.

El 2 de julio decidieron desembarcar al sur de la ciudad, mientras los vecinos de Buenos Aires nos preparábamos para una lucha encarnizada, de vida o muerte...

Mi tía nos hizo rezar frente a una imagen de la Virgen de la Begoña que había en la casa. Fue el padrenuestro y las tres avemarías más sentidas que hombres de la casa, mi tío y los sirvientes, salimos a la calle para unirnos a nuestros pelotones.

Yo me sentía orgulloso viéndome cómo me quedaba el uniforme verde y azul que me habían confeccionado, igual al de los demás milicianos voluntarios de Cantabria... Poco me duraron esas zalamerías frente a un espejo. Por el contrario, estaba próximo a conocer el miedo que produce enfrentar a un poderoso enemigo dispuesto a liquidarte.

VAC hizo un silencio largo. Pareció que no iba a continuar. El mutismo en la sala era absoluto... Se aclaró la voz —que anteriormente se le había quebrado— y reanudó:

—Las tropas inglesas vencieron inicialmente a las nuestras con facilidad, primero en el Puente de Barracas, después en los Corrales de Miserere... Luego avanzaron hacia el centro de la ciudad para tomar el fuerte, confiados en la superioridad numérica y la de sus armamentos. Sin embargo, allí estaba esperándoles la trampa final.

No los quiero aburrir contando los detalles de mi actuación en la resistencia durante esos tres primeros días de la invasión, el 2, 3 y 4 de julio, cuando, como ya dije, tuve mi bautismo de fuego. Les hicimos frente como supimos... pero fuimos retrocediendo ante el ordenado avance de las tropas inglesas, muy superiores a las nuestras. Sin poder hacer demasiado, más que medir sus fuerzas y sus comandancias. Guardábamos municiones porque sabíamos que la gran batalla sobrevendría cuando se entrase en zona urbana. Allí, sigilosa, toda una ciudad esperaba al enemigo.

Eso ocurrió el día 5. Los generales ingleses decidieron dividir sus fuerzas en cuatro columnas que avanzarían hacia el fuerte por las calles de la ciudad. Mi batallón, el de los cántabros, comandados por don Pruden-

cio Murguiondo y don Ignacio de Rezabal, se fue distribuyendo en diferentes pelotones por el sur, según las calles asignadas, que podían ser las de los accesos previsibles al fuerte. Debíamos permanecer apostados y a la espera, llevando noticias al cuartel general, que estaba instalado en el Cabildo, respecto al movimiento de tropas que viésemos llegar. Pero la arremetida de los ingleses sobre la ciudad fue de tal magnitud que no se pudo hacer una resistencia muy coordinada; más bien, cada barco aguantó su vela. Eso sí, todos lo hicieron con una valentía y un fervor como no volví a ver nunca más, ni en tierra ni en mar. La providencia hizo que uno de los brazos principales de los ingleses, el comandado por el mismísimo teniente coronel Denis Pack, intentara penetrar a la ciudad por la calle que luego se llamó Moreno y otro pelotón lo hiciera por la calle Belgrano. Todo el mundo permanecía oculto. Les habrá llamado la atención el silencio reinante en las calles, aunque se percibían murmullos y movimientos dentro de las casas. Pensaron que entrarían a la ciudad sin encontrar más resistencia que la que pudiéramos hacerles desde el fuerte.

Y por eso se dividieron en diferentes pelotones que tendrían que confluir allí, desfilando por diferentes calles. El caso es que, cuando doblaron hacia la iglesia de San Francisco, y otra columna que iba con la de Pack encaró hacia la calle Perú, recibieron una terrible descarga de fusilería que los hizo retroceder. Eran los patricios que, desde las alturas de los techos y balcones, los acribillaron. Los británicos se refugiaron en la casa de Rafaela de Vera y Mujica, futura suegra de mi amigo Bernardino Rivadavia, en la esquina de Belgrano y Perú. Resistieron allí durante tres horas... Fue una encerrona tremenda.

Durante bastante tiempo después, se pudo ver la sangre de los ingleses que fueron allí destrozados impregnando las paredes del frente de aquella vivienda en cuyos techos intentaron resistir...

A pesar de ese primer encoronazo y las bajas que sufrieron, el pelotón al mando del comandante Pack continuó y nos tocó enfrentarlo a los de la quinta compañía de los cántabros. Ellos venían por la calle que, justamente por aquella acción que desplegamos entonces, se la llama Defensa: allí los sorprendimos, a la altura de la calle Venezuela, con el fuego de toda nuestra artillería. Pasmados e impotentes ante la fuerza de las descargas, buscaron refugio en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, entrando por la parte trasera del convento de Santo Domingo.

Entonces nos desplegamos estratégicamente haciendo un fornido cer-

co para impedir que saliesen de allí. ¡Ya estaba la rata bajo la lata!

Aunque ellos eran bastantes más soldados que los de nuestra compañía, como teníamos el apoyo de muchos fervorosos vecinos del barrio, pensaron que éramos cientos. Estaban despavoridos. Por mi parte, me sentía transformado. En tres días me había hecho adulto y no pensaba en las consecuencias de riesgo alguno...

Se nos ocurrió entonces que podía instalarse un cañón en la casa de enfrente, en la esquina de Defensa y Moreno, la de Francisco Telechea, que yo conocía bien porque era amigo de los Murrieta. Se lo comentamos a nuestro capitán, don Pedro de Ansoategui, a quien le pareció buena idea, y desde allí comenzamos a bombardearlos sin piedad, disparando contra la única torre que entonces tenía la iglesia. Queríamos obligarlos a rendirse. Las escaramuzas duraron varias horas...

Ellos intentaron romper el cerco varias veces con sus disparos. Nos mantuvimos firmes hasta que un grupo de los más embravecidos pedimos permiso para entrar directamente al templo. Lo hicimos media docena de soldados, cantando una marcha vascuence muy conocida mientras recibíamos los tiros de sus rifles. Vi caer a mi lado a uno de mis compañeros... Una vez conseguida esa punta de lanza intramuros, ingresaron más soldados y los ingleses se fueron rindiendo... ¡Al comandante Pack lo encontramos escondido en un confesionario!

Nunca se supo bien por qué los curas betlemitas les procuraron asistencia y escondite. Algunos dijeron que fue a cambio de promesas de dinero... Yo me permito dudar. Los ingleses se rindieron pasadas las tres de la tarde. Nuestra presa sumaba seiscientos soldados y cuarenta y siete oficiales, incluidos el coronel Pack y el general Craufurd... Fue por nuestra ingenua piedad que salvaron el pellejo aquellos británicos, porque ciertamente se merecían el peor castigo dada la manera tan deshonrosa que tuvieron de capitular.

Entre tanto, las noticias iban y venían confusas por los diferentes frentes de la ciudad. Aunque sus mejores tropas estaban siendo vencidas por nosotros, se decía que los ingleses se habían apoderado del cuartel de Retiro y el de la Residencia. Era imperativo sostener y hacer visible nuestra ventaja... Recién cuando las noticias del rendimiento de Denis Pack y de Craufurd llegaron a los otros escuadrones ingleses, estos fueron declinando las armas y dándose por vencidos.

Frente a Santo Domingo se fueron juntando todos los demás batallones que ya habían concluido sus faenas, anoticiados de lo que habíamos logrado nosotros. Reforzados por tanta milicia, fuimos marchando hasta el fuerte con nuestros cautivos bien controlados. Los vecinos enfervorizados nos seguían detrás, engrosando aquel desfile victorioso, cantándonos hurras e insultando a los vencidos. Cuando entramos al fuerte, Liniers nos recibió con grandes honores y festejos. Para mí, aquello fue apoteósico.

No existía aún la capitulación del comandante Whitelocke, pero estaba claro que, teniendo detenidos a tantos oficiales, las negociaciones para el armisticio serían rápidas y exitosas. Los enfrentamientos habían causado dos mil quinientas bajas a los ingleses, en tanto que los defensores de Buenos Aires sufrimos trescientas, además de quinientos heridos.



Rendición de las tropas inglesas en la primera invasión. Charles Fouqueray, autor de la pintura, muestra a Liniers rechazando la espada del derrotado Beresford. Detrás de él se encuentra –con la cabeza vendada– Dennis Pack, comandante del Regimiento 71 de Highlanders, contra quien el propio VAC se medirá en la segunda invasión. *Museo Nacional del Cabildo de Buenos Aires*.

Al día siguiente comenzaron las negociaciones entre Liniers y White-locke, mientras aún se escuchaban algunos disparos aislados. Liniers, por carta, le ofreció liberar a todos los prisioneros, incluso los que habían sido tomados en la primera invasión, si desistía de realizar más ataques a la ciudad. Pero le advirtió que, por el estado de exasperación de la población, no podía responder por la seguridad de los cautivos... White-locke aceptó.

Los ingleses se comprometieron a abandonar el Río de la Plata en seis meses. Liniers insistió en que fuera en dos y que entregasen Montevideo, base de sus operaciones. El día 7 al mediodía se firmó el armisticio. Las campanas de las iglesias sonaron al unísono avisando que todo había concluido. Claro que hubo una que no pudo sonar... la de Santo Domingo, ¡porque nuestro batallón se había encargado de silenciarla el día anterior!

Cada una de las partes fue devolviendo los prisioneros, en orden y con cortesía. Liniers fue hinchido de respeto y consideraciones por sus ocasionales adversarios. Eran tratos de otros tiempos. Nada que ver con lo que luego vi en la época de Rosas, entre unitarios y federales. Los ingleses, a decir verdad, fueron también buenos perdedores y cumplieron todo lo que habían firmado...

Al día siguiente, comenzaron a embarcarse. A principios de septiembre, partió desde Montevideo hacia Europa el último barco de los invasores...

La voz de don Vicente se fue deshilando hasta asentarse en un silencio espeso y confortable. Nadie quiso hablar de inmediato: era evidente que cada uno estaba aún acomodando las escenas heroicas que el patriarca había rescatado con tanto brío.

El patriarca terminó su alocución con un gesto sencillo, casi doméstico: apoyó las manos sobre la mesa, dejó que el eco de su propia historia se asentara y sonrió con serenidad. Los demás quedaron en un estado que no era reconocimiento ni sorpresa: era una atención sostenida, un hilo fino que aún los unía a lo que acababan de escuchar.

—Bien —anuncié, procurando que mi voz sonara tan rutinaria como fuera posible—. Mañana seguimos.

Luego me puse a apagar las velas. Charles, que había escuchado al

patriarca con un entusiasmo casi juvenil, se inclinó a decirle algo a Alejandro Sebastián. Y luego ambos se me acercaron. Charles dijo bromeando:

—Si usted hace también de cancerbero, esté atento a que si tenemos algún polisón a bordo no nos sustraiga el vino de nuestras bodegas...

Don Alejandro soltó un resoplido divertido:

—Mientras se quede en el fondo calladito y no intervenga reclamando viejas deudas, será mejor no hacer escándalos expulsando a nadie.

Sonréí sin darles demasiado pie a continuar hablando allí del asunto, aunque agradecí la liviandad del comentario. Mentalmente anoté el detalle: lo habían visto. Los dos.

Los comensales se disiparon lentamente, llevándose consigo el eco de las palabras de don Vicente. Las velas se encogieron un poco en sus candelabros, el viento se coló por la hendidura bajo la puerta, y el comedor de Los Guanacos volvió a quedarse quieto... aunque no del todo. Intuía yo también que algo —o alguien— permanecía adherido, flotando inopinadamente entre las cosas de la casa.

Ya me ocuparía al día siguiente del asunto.

En aquel momento di por concluida, al menos para mí, la segunda jornada.

Tercera Jornada

1.

A media tarde me reuní con Charles y don Alejandro Sebastián fuera de la casa, en el lugar donde los que viven en Los Guanacos hacen sus asados cuando el viento de la Patagonia se los permite. Estuve dudando todo el día si convenía convocarlos... No deseaba distraerlos de sus propios procesos, pero necesitaba ordenar lo ocurrido la noche anterior. Estaba preocupado. Ellos, sin embargo, llegaron con un ánimo bastante más relajado del que la situación ameritaba.

Charles apareció primero, con un mate en la mano y ese aire jovial que adoptaba desde que había recuperado lo que llamaba «sus dominios». Don Alejandro llegó después, impecable, con una compostura que recordaba la de las tertulias decimonónicas. Ambos se acomodaron con naturalidad en los butacones.

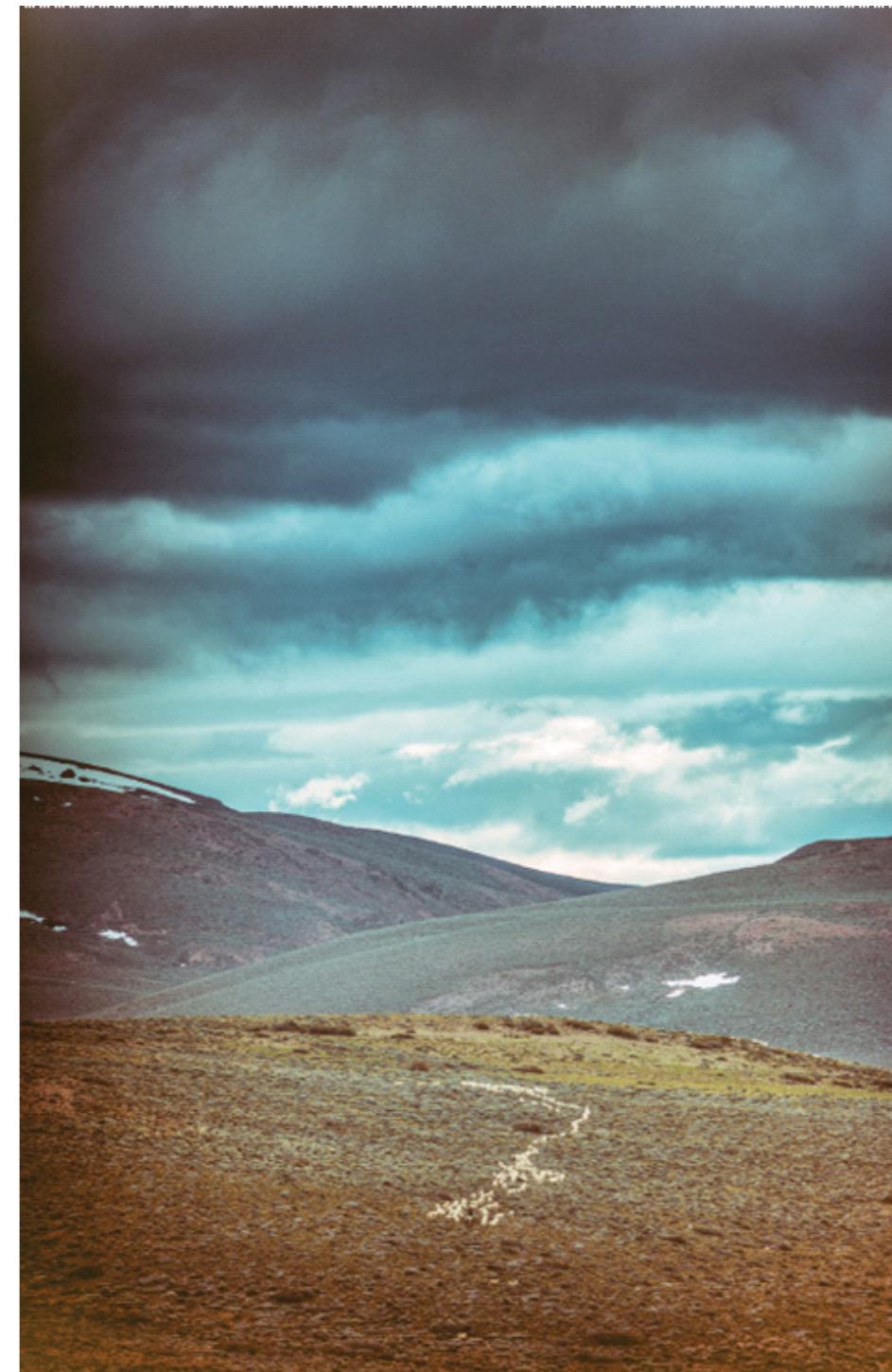
Comencé sin rodeos:

—Gracias por venir. Necesitamos revisar lo sucedido anoche. La presencia adicional... el desajuste... —busqué la palabra adecuada—, la filtración.

Charles se encogió de hombros, risueño.

—Ah, sí. Siempre con esa cantinela... Nuestra sombra misteriosa. Si preguntan mi opinión, me parece muy perseverante en su interés. ¡Eso ya es buena señal! Cualquiera que venga con ganas de escuchar es bienvenido...

—No, Charles —interrumpí—. Justamente eso es lo que debemos evitar. Este espacio está calibrado para un número preciso de convocados. No podemos permitir ingresos espontáneos.



Me retrucó, con aire divertido, pero a la vez con la autoridad de un patrón de estancia.

—Mirá, maestro: Los Guanacos siempre fue una casa de puertas amplias. Si un pariente escucha que el patriarca habla, ¿cómo no va a venir a curiosear? Esto es normal. Lo raro sería que no pasara. Y más raro aún es que no se le franqueasen las puertas.

Don Alejandro carraspeó con cierta altivez, señal de que algo iba a contradecirle:

—Depende de qué pariente, Charles. Porque yo sé quién era. No es una presencia indefinida. No es «cualquiera». —Me miró con firmeza y agregó—: Se llama Nicomedes.

No reaccioné de inmediato.

Charles exclamó con sorpresa juguetona:

—¿Nicomedes? ¿Y ese quién es?

—Es un primo... Un Casares, pero no de nuestra rama. Nieto de Vicente Antonio, por el lado de otro de sus hijos, no de Sebastián.

—¡Bueno, un Casares es un Casares! No me venga con aduanas de sangre.

—No es aduana, Charles —le respondió Alejandro, reacomodándose en la silla—. Es estructura. Este cónclave reúne al linaje de los sebastianes. Nicomedes pertenece a otra fracción familiar... Y siempre tuvo cierta inclinación a colarse en territorios ajenos...

Ahí estaba la rencilla, mínima pero palpable: no de enemistad, sino de esas disputas silenciosas que las familias arrastran durante generaciones.

—¿Está seguro de que se trata de él? —pregunté.

—Absolutamente. El modo en que se condensó el aire lo delató. Y además... estuvo en la guerra del Paraguay. Vivió escuchando y haciendo relatos de batallas. Cuando anoche el patriarca habló de las invasiones inglesas, puedo imaginar perfectamente cómo esa vibración lo alcanzó... Y él nunca deja pasar la oportunidad de completar lo que considera «incompleto».

Charles soltó una carcajada.

—¿Será de los que cuentan las batallas con la espada todavía en la mano? Si lo dejamos entrar, va a querer hacerlo vestido con uniforme de general... ¡Será divertido!

—De coronel, en todo caso —aclaró Alejandro. Si anoche no entró del todo, fue porque esperaba un resquicio claro, un permiso por parte de los sebastianes.

Charles arremetió:

—Eso de los sebastianes que mencionó el patriarca para mí resulta equívoco... Hay sebastianes en diferentes ramas... No solo en la del primer Sebastián... que supuestamente es la nuestra.

Don Alejandro titubeó:

—Bueno, a decir verdad, el nombre completo del susodicho es... Sebastián Nicomedes.

—Ahí está —saltó embravecido Charles—. Es lo que yo digo... Se autoinvitó porque se cree o se sabe un Sebastián. ¡Hay que dejarse de joder con esa historia de las tribus! Yo además sería entonces de los carlistas...

—Se autoinvitó porque siempre tuvo esa actitud... —Corrigió Alejandro, cruzándose de brazos—. Como es militar, el único militar que hubo entre los Casares, se siente en la obligación de contarle a todos las historias de las batallas que él conoce al pelillo... Seguramente ahora quiere completar el relato de don Vicente. Lo conozco. Si el patriarca habló de las invasiones inglesas, Nicomedes debió de sentir una llamada directa...

—El llamado de las armas... —volvió a bromear Charles.

—Entonces... ¿qué hacemos? —pregunté.

Charles respondió apresurado:

—¡Lo invitamos! Que cuente en una noche lo que tenga que contar. No se nos va a caer la casa por un primo de más.

Don Alejandro respiró hondo, calibrando cada palabra:

—A mí no me entusiasma abrir la ronda a ramas ajenas. Pero... es cierto que podría aportar información valiosa. Y completaría la épica familiar del patriarca. Si le ponemos límites...

—Señores, lo personal no importa —dije, recordando los acuerdos iniciales—. Lo que importa es que entró sin invitación. Y eso implica que la barrera está permeable.

Si lo aceptamos, será una excepción puntual. Pero necesitamos control. Sellar *nuestros* límites.

Charles levantó el mate.

—Entonces se hace. Pero démosle reglas claras: un momento de la velada, un tramo del relato, y luego cada cual a su sitio. ¿Le parece bien, maestro?

—Está bien —respondí finalmente—. Sea como sea, ya está entre nosotros... Mejor que hable esta noche y luego abandone Los Guanacos. Haremos que sea esta noche.

Muy astuto, Charles completó:

—Cuando se vaya podemos poner atención para ver por dónde ha venido...

2.

Aquella tercera noche del Cónclave se instaló en Los Guanacos con un aire distinto, como si el viento, por alguna razón que no alcanzábamos a descifrar, hubiera decidido guardar silencio. No era la calma de costumbre: había algo expectante en la penumbra.

Charles lo notó primero.

—Hoy la casa respira hondo —murmuró, no sin cierta picardía—. Diría que nos está preparando la puerta.

Yo no quise darle más importancia de la debida, pero la vibración del ambiente anunciaría que la barrera estaba lista para abrirse; quizás que estaba ya abierta.

Alejandro llegó unos minutos después, impecable en su sobriedad, aunque en su mirada había un resabio de resignado orgullo familiar.

—Lo he comprobado. Ya está aquí —dijo simplemente.

Las velas temblaron con un pulso que no provenía ni del viento ni de nuestras presencias. Una figura comenzó a delinearse junto al ventanal

que daba al parque: primero un contorno apenas perceptible, luego un espesor creciente, hasta que la forma de Nicomedes Casares se volvió nítida, sólida, casi demasiado sólida para un trascendido.

Traía postura marcial sin proponérselo, barbilla alzada, mirada de quien está acostumbrado a inspeccionar territorios antes de pisarlos. Saludó con un leve movimiento de cabeza, un saludo militar domesticado por la familiaridad.

—Presentándome sin aviso previo... temo haber quebrado algún protocolo —dijo, con una voz que conservaba ecos antiguos—. Vengo por respeto al patriarca. Y por precisión histórica.

Alejandro tensó apenas la mandíbula.

—Lo sabemos —respondió—. Y también sabemos por qué estás aquí. No exageremos los protocolos: serás escuchado. Pero deberás atenerte al tema del cónclave.

Conversaron con cierto recelo, pero apaciblemente. Guardando las formas en todo momento. Yo no quise intervenir en las cuestiones familiares de pertenencias o en las presuntas rivalidades genealógicas. Solo estuve atento a ver cómo había entrado a nuestro campo específico y a calcular cómo haría para abandonarlo, así sellábamos esa fisura.

—No pretendo desviarne de las cuestiones que se atienden en este cónclave. Por el contrario, las invasiones inglesas fueron un punto crucial para nuestro linaje. Don Vicente omitió por modestia detalles que pueden engrandecer aún más el recuerdo de su gesta. —Nicomedes hizo una pausa breve, casi dramatúrgica, y continuó—: Y ya que él los omitió, debo contarlos yo.

Charles sonrió abiertamente.

—Don Nicomedes, usted parece siempre listo para entrar al combate. —Luego, guiñándome un ojo, le espetó—: Pero por una noche está bien. Acérquese a la mesa con nosotros. Despues lo escoltamos de regreso a su regimiento.

Nicomedes aceptó el comentario sin molestarse; incluso se le dibujó una sombra de satisfacción. Aquello —la referencia militar— lo ubicaba en su elemento.

Alejandro, educadamente, dijo a Nicomedes:

—Bienvenido oficialmente al cónclave, primo. El patriarca ha hablando a partir de sus recuerdos; tú completarás la escena de aquellos sucesos, con lo que le hayas escuchado otras veces o leído en los libros de historia... Pero dejemos claro un punto: esta noche no habrá batallas del Paraguay. Esa parte de tu vida pertenece a otro ciclo. Aquí solo tratamos la gesta de nuestro abuelo.

Por primera vez, Nicomedes se permitió un gesto que rozó la sonrisa.

—Entiendo las reglas. Y no necesito excederme. Lo que ocurrió en Buenos Aires habla por sí solo. —Miró a Charles y a Alejandro con una mezcla de cortesía y superioridad militar—. Les aseguro que seré conciso.

Alejandro murmuró, casi inaudible:

—Eso habrá que verlo.

Charles se frotó las manos.

—Bueno, bueno... ¡Que corra el vino y empiece el desfile de cañonazos!

Yo me dispuse a observar qué sucedía en aquel espacio proverbial de Los Guanacos mientras Nicomedes tomase la palabra. Quería asegurarme de que no se estuviese filtrando más nadie... Sin embargo, lo primero que advertí no fue presencias nuevas, sino el hecho preocupante de una fragante ausencia: VAC no se encontraba en la sala. Fue doña Gervasia la que, susurrante, me explicó:

—Vicente hoy no se siente con fuerzas... Dijo que prefiere reponer energías para las próximas veladas.

Nicomedes tomó asiento junto a la silla vacía del patriarca. Al acomodarse, la mesa pareció alinearse de nuevo.

Alejandro Sebastián tomó la palabra para presentarlo. No hubo en sus palabras ninguna traza de animadversión. Por el contrario, quizá forzó un poco los elogios hacia su primo como un modo de darle ya de entrada lo que no queríamos que Nicomedes buscase al final.

Esto dijo:

—Acaban de informarnos que nuestro patriarca no podrá estar esta noche compartiendo la mesa con nosotros... El intenso testimonio dado en las noches pasadas ha sido deslumbrante y por demás intenso. Es un verdadero privilegio oírle contar asuntos entrañables de un tiempo ya muy lejano para casi todos nosotros. Vicente tiene el doble mérito de saber rememorar con extraordinaria lucidez acontecimientos gravitantes de nuestra historia, junto al hecho de que haya sido él mismo un protagonista central de tales acaecimientos. Por supuesto, es algo que nos llena de orgullo a todos sus descendientes. Y estamos precisamente aquí para hacer posible que el tesoro de sus acciones, junto a las de otros Casares, llegue con fuerza a nuestros descendientes...

Sus relatos pueden ser escuchados como el origen de un milagro que hoy se nos hace evidente... ¡Para eso la historia despliega sus sorprendentes alas!

Los invito a que reflexionemos sobre un dato baladí, pero que esconde un secreto sagrado: los cientos, o quizá, miles de Casares que existen o existieron tienen en él, en don Vicente Antonio, su origen americano. Si una bala inglesa o una tormenta atroz cegaba su vida siendo aún joven, nadie de los aquí presentes, ni de los que están dando vueltas por otros universos, hubiera existido. Creo que por el solo hecho de haber sobrevivido a tantos avatares, todos los descendientes de don Vicente ya le debemos un enorme reconocimiento.

Y justamente, esta noche tenemos con nosotros a Sebastián Nicomedes, uno de sus ilustres nietos, que podría hablarnos de cómo también él sobrevivió a las peores circunstancias que pueden acaecerle a un mortal: estar en medio de una guerra desenfadada y cruel. Mi querido primo lo estuvo y supo transitar, según se cuenta en los enjundiosos anales de este país, con valentía y honor... Sin embargo, no desea que le preguntásemos nada sobre aquellas amargas experiencias... Nicomedes está aquí, porque al parecer, don Vicente nos ha contado una historia verídica, pero no completa. Ha pecado de modestia y, en concreto, nos ha dejado sin algunos detalles puntuales de su heroica participación en aquellas jornadas patrióticas de 1807. Para remediar algo de esos pudorosos silencios, hemos pensado que nadie podría ilustrarnos mejor sobre su gesta contra los ingleses que su propio nieto militar, el teniente coronel Sebastián Nicomedes Casares.

3.

La presentación de don Alejandro Sebastián había logrado con altura marcarle la cancha a su primo castrense. Así quedó todo listo para que aquella inesperada presencia de Nicomedes Casares se desplegara en fructíferas memorias.

Y eso hizo:

—Agradezco tan sentida introducción y a todos los presentes el hecho de que me permitan compartir esta amable mesa familiar. Advierto en la mirada de ustedes el genuino interés con que me reciben, y lo comprendo, ya que mi foja de servicio a la Nación Argentina me precede...

En ese momento Charles, que estaba a mi lado, me pegó un codazo... Yo me preparé para lo peor.

—Prefiero no hablar de la guerra del Paraguay; no por modestia, como el abuelo, sino más bien por vergüenza. Los inasibles años de silencio me han hecho valorar con otras perspectivas aquello que he vivido en el litoral de nuestra Patria. Fue aquella una guerra cruel y bestial, probablemente innecesaria, en la que hermanos latinoamericanos nos destrozamos mutuamente. Un militar no se espanta ante un desenlace fatal, ni ante el propio ni ante el que puede provocarle en combate al enemigo, si el objetivo es noble, si fue educado para obedecer y si cree que con ello sirve a su país. Debo decir, no obstante, que nunca me sentí vanagloriado por aquellos acontecimientos de los que fui protagonista...

Alejandro Sebastián comenzó a toser de manera evidente. Aprovechando la ruptura en la atención que se había suscitado en la sala, Nicomedes cambió el derrotero de lo que parecía estar por contar.

—En fin, lo que aquí sí quiero hacer es volver a poner en valor, desde la visión de un militar de la familia, la relevancia que tuvo la participación del adolescente Vicente Antonio Casares en los gloriosos días de la defensa de la ciudad de Buenos Aires.

Los tres copilotos intercambiamos miradas de alivio. La nave había enderezado el rumbo salvando un escollo que parecía insalvable.



—Todo sucedió en aquellas segundas invasiones inglesas, efectivizadas los días 4, 5, 6 y 7 de julio de 1807. El abuelo me ha contado varias veces, dados mis requerimientos, esta gesta memorable del pueblo de Buenos Aires en la que él heroicamente participó. Fue en aquellas jornadas cuando nació el verdadero sentimiento patriótico, que luego Belgrano, San Martín y tantos otros eximios militares expandieron de manera sublime. Y esta pequeña gran historia de cómo fue derrotado el ejército al que el propio Napoleón le temía, y que lo venció en Waterloo, no solo me fue relatada por don Vicente y otros heroicos milicianos en las tertulias que de vez en cuando se tenían en su casa cuando recordaban aquellos gloriosos acontecimientos, sino que también fue objeto de estudio en mi formación como militar, consultando fuentes documentales, tanto en nuestros archivos castrenses como en los de la academia inglesa.

Para no hacer excesivamente largo mi relato, me voy a ceñir a un par de peripecias de aquella gesta que estimo interesante.

No se puede hablar del segundo intento de invasión perpetrado por los ingleses al Río de la Plata sin hablar de tres conocidos militares con una impresionante foja de servicios a la Corona británica: recuerden estos nombres; ellos son Whitelocke, Craufurd y Pack.

No es mi intención destacar sus méritos; al contrario, deseo que sus proezas calibren mejor las de quienes los vencieron en estas playas. Sus

ejércitos eran reconocidos en el mundo entero por su superioridad en armamento y por su disciplina... Fue a ellos a quienes repelieron las limitadas fuerzas alistadas entre los vecinos de la ciudad de Buenos Aires... Y me gustaría referirme particularmente al oficial Denis Pack, un teniente coronel del temido Regimiento de Highlanders, fogueado en las feroces guerras napoleónicas, quien tuvo que enfrentarse y rendirse frente a un joven de quince años, voluntario en las milicias cántabras del Río de la Plata, llamado Vicente Antonio Casares.

Todos los presentes rompimos en un espontáneo aplauso. Nicomedes sabía entusiasmar a sus oyentes.

—El regimiento del teniente coronel Pack fue sumado a las fuerzas que el general Beresford alistó para aquella primera intentona de invasión, en la cual los ingleses cometieron muchos errores, tácticos y estratégicos, y terminaron siendo vencidos por Liniers. Ambos oficiales ingleses, Pack y Beresford, fueron tomados prisioneros y recluidos en la villa de Luján.

Faltando a su juramento de no regresar nunca más al Río de la Plata, el coronel Pack volvió sin embargo a nuestras tierras en 1807 con las tropas del general John Whitelocke e integró nuevamente la vanguardia del ejército invasor que contaba con alrededor de seis mil ochocientos efectivos. Desde Ensenada, donde desembarcaron sus tropas, se dirigieron hacia Buenos Aires esquivando al ejército del recién designado virrey, Santiago de Liniers, quien imprudentemente los esperaba de espaldas al Riachuelo. Liniers retrocedió rápidamente hacia los Corrales de Miserere, donde se encontraba el matadero de reses de la ciudad. Allí tuvo lugar el llamado Combate de Miserere. Los veteranos de Craufurd no tuvieron problemas en derrotar en pocos minutos a las tropas de Liniers.

Mientras el virrey Liniers preparaba su rendición bajo los efectos de la derrota recién sufrida y Craufurd avanzaba hacia el indefenso centro de la ciudad, Whitelocke inesperadamente le ordenó al general regresar hacia su campamento. Durante los tres días siguientes, Whitelocke esperó la llegada de refuerzos y exigió la rendición de Buenos Aires.

Los ánimos para entonces habían cambiado y la indecisión de los ingleses abrió una grieta de esperanza. Pocas horas antes de la llegada de los esperados refuerzos, Whitelocke ordenó el ataque de forma insólitamente inadecuada: las tropas irían divididas en doce columnas, una por

cada calle por la que debían avanzar. No debían disparar sus armas hasta llegar a la Plaza Mayor, la que más tarde se llamaría Plaza de la Victoria.

Aquel expisionero de la primera invasión, Denis Pack, estaba a las órdenes de Craufurd. Tenía a su cargo nueve compañías de un batallón. Como conocía muy bien la ciudad, el día 5 de julio fue quien se dirigió a tomar las iglesias de San Ignacio y Santo Domingo, para desde sus torres campanarias, hacer lo propio con la de San Francisco y dominar el fuerte. No le fue fácil. Los batallones porteños se habían reorganizado y habían construido trincheras de todo tipo en las calles. La realidad resistía sus planes. Intentó encolumnar a sus soldados por la calle Bolívar, pero, al llegar al atrio de San Ignacio, su partida fue destruida desde los cantones de ambos lados de la calle, como contó don Vicente.

Con los hombres que le quedaban, y levemente herido en una pierna, marchó hasta encontrarse con el general Craufurd. Entonces, ambos oficiales con sus hombres, que sumaban un centenar, se dirigieron hacia el convento de Santo Domingo y, bajo una ráfaga de fuego interminable, buscaron refugiarse en el interior del convento por una pequeña puerta posterior que daba a la calle Venezuela, la cual derribaron de un cañonazo... A pesar de la lucha que se libraba en las calles del barrio o quizá por eso mismo, aquel domingo 5 de julio, el fraile del convento se dispuso a celebrar misa. Se estaba vistiendo en la sacristía cuando el tropel de soldados británicos entró en el edificio. El acólito huyó despavorido hacia el interior del convento, pero el sacerdote se demoró algo más porque primero quiso despojarse de sus ornamentos. Al llegar al claustro, los pasos de las tropas inglesas que se acercaban a ocupar el lugar lo llevaron a esconderse en un confesionario. Quizá habría allí algún soldado inglés católico arrepentido de sus fechorías. No lo sé. El caso es que el cura se mantuvo allí dentro durante horas.

Las crónicas de la época también cuentan que los invasores iban y venían por todo el templo robando los objetos del culto ante la indignación del religioso. Tras la entrada triunfal del abuelo y los de su batallón, sobrevino la rendición tal como fue relatada por él mismo... Sin embargo, hubo un par de asuntos interesantes que don Vicente no narró y que quisiera agregar. Como las tropas de las milicias de Cantabria, en las que revestía servicios el abuelo, les estaban causando numerosas bajas a las fuerzas inglesas, Pack le aconsejó a Craufurd abandonar esa posición y movilizarse en dirección sur. Pero les fue imposible. En ese momento, una gruesa columna, la que don Vicente contó que era la suya, ingresó llena

de bríos y cantando marchas vascas. Avanzaron sobre el atrio y en menos de un minuto liquidaron al mayor Trottet y a más de cuarenta soldados. Asimismo, desde el patio de la casa vecina, que pertenecía a los Tellechea, comenzaron a tirar sobre el templo con un obús.

Cuando el repique de las campanas circundantes anunció el triunfo criollo, el prior del convento, el presbítero Leyva, se dirigió a uno de los pequeños locutorios que tenía el edificio al costado para agradecer a Dios los beneficios recibidos. Al empujar la puerta, se encontró frente a frente con el coronel Pack, que se había refugiado allí, temeroso de ser sacrificado. «¡Favorézceme, padre!», exclamó el inglés, en el poco español que había aprendido en su tiempo de presidio. En ese momento entró el abuelo y descubrió cómo al coronel Pack se lo intentaba esconder en el camarín de la Virgen. Entonces les apuntó con su rifle a ambos, al cura y al coronel inglés, para que se rindieran, aunque no sabía bien cómo comportarse dado que era un oficial protegido por un sacerdote. Pack gritaba «están calma, están calma». El abuelo gritaba a su vez a sus camaradas: «Que vengáis aquí, ¡aquí, coño!». Enseguida entraron más soldados a la sacristía y un oficial criollo desenvainó su espada y, cuando estaba por ultimar al odiado inglés, el padre Leyva lo contuvo diciendo: «No profane usted este lugar sagrado, que harto lo ha sido hoy». Finalmente, el capitán Pampillo se hizo cargo del prisionero, pero, para resguardar su vida, debió acompañarlo también el fraile camino a la fortaleza, ya que el pueblo estaba furioso con Pack y quería lincharlo. Si bien ya se había proclamado rendida la fuerza inglesa, aún flameaban en la torre sus banderas. El abuelo, junto con el oficial Antonio Leiva, fue corriendo con el estandarte español a reemplazarlas. Estaban desenganchando las insignias enemigas cuando, en medio del entusiasmo, Leiva perdió el equilibrio y se precipitó al vacío. De un modo increíble, las telas rojas y amarillas que tenía en ambas manos le sirvieron como una suerte de paracaídas, al estilo Jacques Garnerin, y Leiva aterrizó en el suelo con vida, aunque por el golpe perdió el sentido. Todos pensaron lo peor, puesto que le salía sangre por los oídos. Fue un milagro: al rato resucitó.

A causa de este accidente, el oficial quedó absolutamente sordo. Ya anciano, la municipalidad de Buenos Aires, gobernada entonces por otro primo nuestro, Alberto Casares, le concedió uno de los premios anuales que otorgaba a los ciudadanos beneméritos cada 25 de mayo.

Con los años, nuestro abuelo don Vicente fue contando con menos ínfulas estas historias, pero siendo yo pequeño, ante mi insistencia, me

las narraba con todo tipo de detalles y con los sentimientos encendidos del gran guerrero. Recuerdo que hablaba de Pack como un hombre pér-fido, decía que en la ciudad se sabía que previamente a la rendición había maltratado, profiriendo toda clase de insultos, a los religiosos de aquel convento en el que procuraba refugiarse. A pesar de ello, aquellos inge-nuos frailes fueron su amparo. La turba de la soldadesca intentó tres ve-ces hacer justicia por mano propia, pero la caridad del respetable prior Francisco Javier Leyva lo protegió.

El 7 de julio, luego de la derrota en Santo Domingo, el general Whi-telocke aceptó finalmente la capitulación, que incluía la entrega de la pla-za de Montevideo. Todavía después de la noticia, mientras Santiago de Liniers compartía la mesa con un grupo de oficiales en el fuerte, algunos vecinos irrumpieron para exigir que Pack les fuera entregado... Tanto le odiaban en Buenos Aires. Liniers, según testigos, se puso furioso y se vio en apuros para echarlos en medio del bullicio y la confusión. Por la no-che, dio instrucciones al maestre general del fuerte para que disfrazase a Pack de español, le procurase un caballo y se fuera a las líneas británicas escoltado por un edecán... Devolver a los oficiales prisioneros era parte de las negociaciones pactadas y Liniers sintió temor de que a Pack lo hi-cieran pedazos antes de que eso ocurriese. No obstante, a pesar del odio de la población, el coronel Pack continuó en amistades con los curas de Santo Domingo que lo habían protegido y a quienes años más tarde envió como recuerdo un juego de té de loza inglesa. A pesar de su mala fama en nuestras tierras, su carrera militar continuó con honores... Se casó con una hermana de su antiguo jefe Beresford. Estuvo en la batalla de Water-loo, donde fue herido, pero sobrevivió... Ya ven que, al menos, pudo contarles a sus nietos esa victoria sobre las tropas imperiales... A mí, el abuelo me contó esta otra, en la que el valeroso pueblo de Buenos Aires venció a aquellos mismos que luego derrotaron a Napoleón.

Al cierre de la alocución de Nicomedes, Alejandro se apresuró a le-vantar su copa y proponer un brindis final por VAC, seguramente con la intención de que Nicomedes ya no agregara más historias.

—Agradezcamos —dijo— a nuestro abuelo que, siendo español, de-fendió estas tierras como si fuera un hijo de ellas; y en verdad lo fue, mul-tiplicado, porque, no habiendo nacido aquí, quiso que sus hijos crecieran en una tierra libre de un dominio extranjero.

Apenas terminó el brindis, la sala quedó suspendida en una quietud distinta. No era el silencio solemne que había seguido a las palabras del patriarca en las noches anteriores, ni tampoco la vibración tensa que había provocado, al inicio, la irrupción del visitante. Era algo más sereno, más delimitado, casi el efecto de un deber cumplido.

Vi que Charles y Alejandro habían llevado a Nicomedes hacia un rincón de la sala, y que mientras le hablaban, este bajó la mirada, como si fuera ordenando mentalmente sus armas antes de retirarse.

Me acerqué a ellos.

—Quiero felicitarlo —dije—. Ha entregado lo que vino a entregar.

Nicomedes inclinó la cabeza, aceptando la frase como un cierre formal. Luego dio un paso hacia atrás. Su contorno empezó a perder precisión, no por debilidad, sino porque ya había recuperado la dirección desde donde había sido atraído. Antes de desvanecerse por completo, dejó una última frase:

—El linaje hablará mientras el origen lo permita.

Y desapareció. Sin estridencia, como quien se retira de un cuartel sin hacer sonar las botas.

Durante unos instantes ninguno de nosotros se movió.

Nos quedamos atentos, casi vigilantes, sin dejar que nuestras miradas se alejaran del punto exacto en el que Nicomedes se había disipado.

Fui yo quien rompió la inmovilidad:

—La fisura no se cerró del todo —murmuré—. Pero ha cambiado de tono.

Alejandro asintió con un leve gesto.

—Sí —dijo—. Lo que quedó no viene de afuera. Es algo interno... como un hueco que reclama voz.

Cuarta Jornada

1.

El desarrollo del cónclave, con sus más y sus menos, avanzó satisfactoriamente. Si bien no todo iba según lo que se había planificado, con la ayuda de don Alejandro Sebastián y del inefable Charles fuimos empujando las ovejas hacia el corral.

Aquella mañana, la cuarta en Los Guanacos, me enteré de que tendríamos nuevamente que cambiar el programa previsto, puesto que VAC volvería a estar ausente. Ausente con aviso, ya que fue la propia doña Gervasia, su mujer, quien me comunicó la noticia. No quise explorar demasiado los motivos, pero el hecho me preocupaba por cuanto tuviese que ver con alguna descompensación en los cálculos de energía que habíamos realizado. Organizar un cónclave de este tipo no es muy diferente a cuando nos íbamos de vacaciones con toda la familia a una isla remota: el buen cálculo de los víveres y del agua potable según los días de estadía previstos resultaba primordial si no queríamos que nuestra feliz estancia mutase de una experiencia inolvidable a un experimento de penurias y lamentos. Mi temor era que la aparición imprevista de Nicomedes hubiera desbarajustado los cálculos de vibración en la conciencia familiar ampliada, lo cual resultaba esencial para que la memoria de los Casares cris-



talizase convenientemente. Además, mantenía la sospecha de que siguiera abierta aquella brecha: la falla en el sistema que había sabido aprovechar el visitante inesperado de la noche anterior y que aún ignorábamos si estuviese resuelta.

Rápido de reflejos, apenas doña Gervasia me transmitió las disculpas de VAC, la intimé a que fuera ella la oradora principal de nuestra velada. Premedité que sus relatos podían ofrecer una compensación equilibrada de lo que sin don Vicente nos faltaría. Vistos los resultados, no me equivoqué. Es más, el aporte de la visión femenina sobre la historia fundante de la rama argentina de los Casares terminó siendo un bálsamo para las asperezas que suelen propiciar las contingencias genealógicas.

Doña Gervasia no puso mayores reparos a la propuesta, y mientras ella se fue a una habitación de las habitaciones superiores a ensayar su oratoria (así me dijo), yo fui a comunicarles tales cambios a mis dos camaradas.

Los encontré platicando animadamente. Se hallaban inspeccionando un rústico galpón lleno de cueros oreándose, cerca de un corral de ovejas vacío. Bajo un alero azul pendían las pieles endurecidas por el frío, curtiéndose, quietas en un ambiente lleno de aromas silvestres... Era el sitio ideal para que dos fantasmas estuviesen cuchicheando. Con su techo de chapa ajado y sus paredes de madera y metal que filtraban caprichosas geometrías de luz sobre el suelo, aquello era un acopio de memorias antiguas de las cuales seguramente Charles se alimentaba. Frente a la entrada, herramientas viejas y restos de otros cueros formaban un pequeño santuario del trabajo rural detenido en el tiempo.

—Menos mal que llega —dijo don Alejandro, al verme llegar—. Charles está intentando convencerme de que el episodio de anoche fue parte del plan. Del plan de quién, todavía no sé.

—No tergiverse, Alejandro. Lo único que dije es que no deberíamos dramatizar. Las veladas siempre generan ecos. Algunos vienen, otros se cuelan. No es tan inusual.

—Inusual sí que es —respondí—. Y saben bien que lo ocurrido no era lo pautado. Hubo una presencia que no estaba en la lista. Que no debía estar.

Alejandro me sostuvo la mirada, sin incomodarse.

—No debía... según usted. Para ciertos miembros de la familia, la voz del patriarca tiene un magnetismo difícil de resistir. Las primeras noches vibró más fuerte de lo previsto. Don Vicente abre la boca y medio linaje se remueve. Hasta los que no fueron invitados.

—Ese «medio linaje» —repuse— puede desequilibrar las capas de energía que ahora necesitamos estabilizar. Ya tuvimos suficiente con Nicomedes.

—Nicomedes vino porque pertenece. No nos engañemos. Es sangre directa del patriarca, como la mía. Y no tolera que la historia de la familia se cuente incompleta. Él no vino por nosotros. Vino por don Vicente. Quería corregirlo. Esa manía de la exactitud militar que tuvo siempre...

—Allí está el problema —dije—. Si cada rama decide participar en cuanto reconoce un detalle de su propia gloria, el cónclave se vuelve inmanejable... Necesitamos cerrar esa grieta antes de que aparezca otro fisgón.

Charles, que exploraba un candado oxidado, respiró hondo antes de hablar.

—Esa grieta no la abrió Nicomedes. La abrió el recuerdo. Para mí eso no se sutura solo con voluntad...

Don Alejandro añadió:

—Pero algo habrá que intentar. No creo que Los Guanacos soporte la entrada y salida de almas sin aviso. Toda casa siente su desorden.

Yo asentí, remarcando el peso del asunto y aprovechando para informar el cambio que habría en la cena, con la ausencia de VAC.

—¿Don Vicente no hablará esta noche? ¿Por decisión propia?

—Por decisión de alguien más. Fue doña Gervasia quien vino a decírmelo. Le propuse que hablase ella... Aceptó sin dudar.

Alejandro miró para las casas, como si necesitara medir el aire antes de opinar.

—Si habla ella —dijo—, cambiará el eje de la noche. No sé si para bien o para mal. Puede equilibrar lo que quedó vibrando después de lo

de Nicomedes. O desarmarlo todavía más. No lo sabremos hasta que empiece.

—¿Y el patriarca? ¿Está bien? Preguntó Charles mientras encontraba un clavo en la pared donde dejar colgado el candado.

—Está... desplazado —respondí—. No percibo riesgo, pero sí un corrimiento. Y habrá que medir si ese corrimiento, por pequeño que sea, afecta la arquitectura del cónclave.

Alejandro exhaló lentamente.

—Conozco ese movimiento. Sucede cuando alguien dice algo que él mismo decidió callar.

Lo miré, intentando leer si se refería a algo puntual o hablaba en general. Él no aclaró. Solo agrego que su abuelo siempre seleccionaba qué contar. Mientras que su abuela no filtraba igual.

—Si abre algo que él desea dejar en secreto, habrá que sostenerlo —remató.

Charles levantó la vista hacia el horizonte, donde una nube oscura comenzaba a descoserse.

—Entonces conviene que esta noche permanezcamos muy atentos. Las mujeres hablan desde una memoria guardada en el corazón.

Nos quedamos los tres escuchando cómo el viento empezaba a soplar con mayor fuerza; entraba y salía por entre las chapas de la tapera como si buscara un hueco propio.

Yo rompí el silencio:

—Gervasia dijo que quería «ordenar algunos asuntos». No especificó cuáles.

Charles soltó una risa breve, sin alegría.

—Eso puede significar muchas cosas... De todos modos —dijo—, si habla ella, habrá que darle espacio para que el linaje respire distinto.

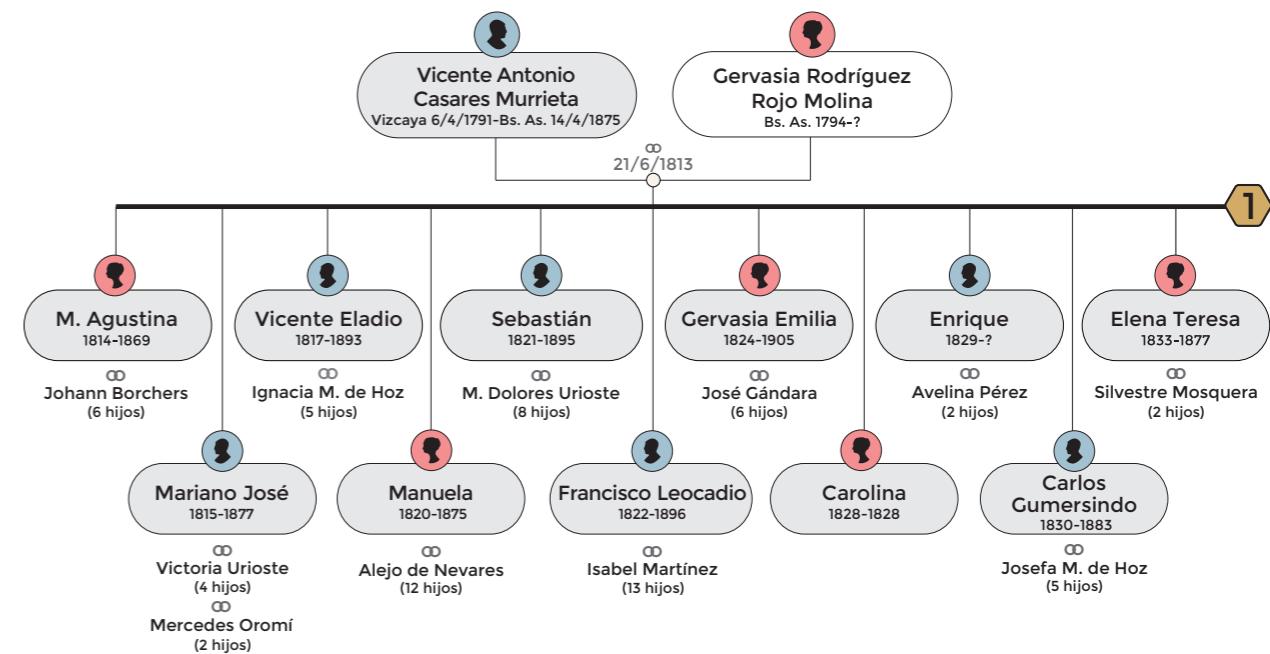
—De acuerdo —completó don Alejandro—. Estaremos preparados... —Y añadió—: Espero que Angélica, mi mujer, no sienta que está habilitada también ella a meter bocadito...

—La noche será de Gervasia —dije, por todo comentario.

Nos alejamos de aquel curioso galpón sin medir apuros.

Observé que también en las ramas de unos árboles cercanos, retorcidos por la terquedad de las lluvias, colgaban más cueros, endurecidos por el viento y el frío. No se movían: parecían reliquias suspendidas en un altar imaginario. La luz sesgada de la tarde les daba un brillo áspero, casi metálico. Detrás, la loma ocre repetía su pendiente con la indiferencia de siempre. Nada en ese paisaje pedía explicación. Era un recordatorio mudo de que en la Patagonia todo termina por secarse al aire libre: la carne, los secretos, las historias. Allí solo queda lo que resiste aferrado a un tronco.

2.



La sala parecía haber recuperado su calma habitual; solo se percibía una leve vibración en el aire, un murmullo contenido que no provenía de voces, sino de presencias acomodándose en su sitio. Las velas ardían más bajas que en noches anteriores; el resplandor que proyectaban no buscaba iluminar, más bien dar un claro suficiente para que cada uno recono-

ciera su lugar. Los asistentes entraron sin prisa. No hubo comentarios, ni saludos, ni aquella electrizada expectativa que precedieron a los relatos de VAC. Lo que flotaba en el ambiente era otra cosa: una atención más fina, más recogida, quizá por la ausencia del patriarca, quizá porque todos intuían que aquella velada tendría un tono distinto.

Don Alejandro se sentó temprano, discreto, casi ensimismado. A su izquierda estaba Angélica Benita Bullrich, su mujer, y a su derecha don Sebastián Casares, su padre. Charles, más inquieto, repasaba con la mirada los bordes de la mesa, como si quisiera asegurarse de que nada perturbara la geometría del encuentro. Yo solo aguardé a que se desplegara con naturalidad todo lo que había planificado, atento a percibir si las fisuras habían remitido efectivamente.

Cuando doña Gervasia descendió las escaleras y entró en la sala, no hubo grandes gestos de sorpresa. Aunque su belleza era deslumbrante.

Enseguida comprobé un ajuste en el cuerpo sutil del ambiente, una concentración inmediata.

La gran dama tomó asiento sin apuro. Ajustó el mantón que llevaba sobre los hombros y dejó que la sala respirara unos segundos antes de hablar. Cuando por fin lo hizo, su voz no reclamó autoridad: la ejerció.

—Buenas noches, familia querida. Gracias por estar aquí, acompañándome... Me emociona compartir con todos ustedes algunas de mis remembranzas.

Quizá por ser mujer y entender la vida de un modo diferente a varios de ustedes, quisiera aprovechar este espacio que han querido ofrecerme los organizadores del cónclave para compensar la ausencia de Vicente, y contar algo de cómo fueron nuestros orígenes, del nacimiento de mis hijos y de alguna otra cosa que vaya surgiendo desde el corazón.

Mi padre, funcionario del Reino de España, estuvo involucrado en los primeros esfuerzos que intentó desplegar el virrey Sobremonte para la defensa de la ciudad ante aquellas tropas invasoras, esfuerzos que resultaron tardíos e inútiles. Y también tuvo que ver en lo que se calificó como la *huida* a la ciudad de Córdoba. Los responsables de la tesorería del virreinato, mi padre y los demás funcionarios de la corte, intentaron dar cumplimiento a un protocolo ya establecido en tiempos del virrey Vértiz,

según el cual, si Buenos Aires era atacada por una fuerza extranjera sin posibilidades de victoria pronta, debía hacerse un repliegue hacia el interior y organizar la defensa en Córdoba, poniendo a buen resguardo los tesoros. De esta manera, se preveía conservar el resto del virreinato y reconquistar la capital con probabilidades de éxito. Y eso fue lo que hizo Sobremonte para cumplir tales ordenanzas, aunque ciertamente con bastante torpeza de su parte... Con tal propósito, más temprano que tarde, salieron disparando hacia el interior del territorio.

Mientras mi padre y los otros funcionarios del virreinato arriesgaban el pellejo tratando de salvar el tesoro de la ciudad, mis hermanas y yo estábamos encantadas ante el desfile de soldados tan vistosos, altos y rubios, que veíamos pasar a través de los visillos de nuestras ventanas. ¡Nos parecían todos muy simpáticos!

Las chicas y las no tan chicas disfrutamos, a nuestro modo, aquel tiempo de la ciudad durante aquella primera invasión de los ingleses. Pasados los primeros días de confusión, siempre que el desfile de soldados, con sus preciosos uniformes británicos, acompañados por sus magníficas bandas de músicos militares, desfilaba por las puertas de nuestras casas, se producía un gran revuelo entre nosotras. Desde la frivolidad adolescente, no nos preocupaban los asuntos bélicos... sino los románticos.



Pintura de una tertulia porteña, como las que frecuentaba doña Gervasia Rodríguez Rojo, realizada (circa 1830) por el padre del presidente Carlos Pellegrini, amigo de los Casares.

Debo confesar que, a mí, con el paso del tiempo, los asuntos bélicos que antes también me entusiasmaban fueron resultándome cada vez más fastidiosos... Suponen evaluar la vida, la VIDA con mayúsculas, solo desde el lado del coraje y el orgullo. Nosotras, no sin gran esfuerzo, traemos hombres al mundo, los criamos con mucho desvelo y amor... para que luego entre ellos se anden arrancando la vida. ¡Qué despropósito! ¡Qué tristeza! Siempre le he agradecido a Dios que ninguno de mis hijos haya sido militar, ni que hayan tenido que defender con sus vidas lo que con tanto orgullo llaman «la patria».

A lo largo de los años he visto decenas y decenas de mujeres llorar a sus maridos, incluso a sus hijos, seres queridos que regaron con su sangre tierras desconocidas, en batallas que ni ellos sabían por qué o para quién se libraban.

Doña Gervasia hizo una pausa para tomar un sorbo de agua.

—Claro que estos son pensamientos de un espíritu viejo... Cuando se es joven, la vida no tiene tanta importancia y se la suelta por ahí, con toda liviandad. Lo cierto es que yo deseaba hablar en este cónclave para transmitirles otras historias.

A mí me tocó vivir en un tiempo difícil y peligroso; no obstante, a decir verdad, aunque tuve una vida muy azarosa, fui muy feliz junto a Vicente. Lo conocí a los quince años... Y dos años después nos desposamos. Apareció ante mis ojos, buen mozo y afable... aunque también algo presumido. Fue en una de las tertulias que organizaban los Sáenz Valiente los sábados por la tarde. La fama del «vasquito Casares» lo precedía, porque ya muchas de nosotras habíamos escuchado hablar de su heroica participación en la rendición del convento de Santo Domingo durante la segunda invasión.

Gervasia tuvo un acceso de tos. Le acercaron una jarra con agua para llenar su vaso. Se aclaró la voz y continuó.

—De muy pequeña había escuchado a papá contar las aventuras de José de Mazarredo, aquel vizcaíno al cual todos los grandes marinos de la época reportaban. Siempre había oído historias sobre la audacia y determinación de los vascos. Así que pueden imaginarse el impacto que me provocó la presencia de Vicente cuando lo vi parado frente a mí, pavoneándose con su uniforme verde y azul. Ese uniforme ya le quedaba un

poco apretado... Aunque había crecido, igual lo siguió usando durante bastante tiempo, como también lo hacían varios otros en aquellas tertulias de la alta sociedad porteña. Fue el primer muchacho que me miró directamente a los ojos... Con cierto desparpajo.

Y a quien yo le sostuve la mirada... unos segundos. Apenas hubo ocasión, me sacó a bailar. Se interpretaba una gavota de Vestris que Vicente tenía muy practicada, al parecer, porque la bailó con mucha naturalidad. Cada vez que nos arrimábamos, me susurraba, muy desvergonzadamente, un montón de cosas.

Vicente siempre fue galante a pesar de su sobriedad. Sabía establecer rápidas complicidades con su interlocutor... o interlocutora. La tercera vez que nos vimos, me dijo:

—¿Cuántos dedos tienes en tus manos, Gervasia?

—Diez —le respondí—, como todo el mundo. —Y el muy tunante siguió:

—Pues ese mismo número de hijos tendremos... y no todo el mundo tiene tantos.

Al final tuvimos once... Una familia numerosa, alegre, con hijos estupendos, ¡que nos dieron más nietos que los dedos de nuestras manos y pies! No sabría decir si aquello que me dijo Vicente era una proposición deshonesta, la promesa de un gran futuro como mujer o una estrategia para ponerme a prueba antes de intentar pedir mi mano a mis padres. Al poco tiempo lo intentó... Aunque tuvo que esperar que yo cumpliera los diecisiete para obtener el consentimiento definitivo.

Vicente era empleado en la tienda de los Garay, la más importante de todo Buenos Aires. Le apasionaba vender y comprar cualquier tipo de mercancías. Y de eso se la pasaba hablando con sus amigos... Mas, cuando conversaba conmigo, solo me contaba historias de mar, porque sabía lo mucho que a mí me gustaban. La vida del almirante lord Nelson, que había muerto en Trafalgar, me apasionaba. Vicente decía que los de su tierra eran los mejores navegantes del mundo... Ya lo habrán oído ustedes. ¡No se cansa de contar historias marineras, verdaderas o inventadas, de todos los vascos que hubo o pudo haber... sobre océano conocido y por conocer!

Debo reconocer que a mí siempre me fascinaron sus historias. Y más en aquella época en la que andaba como una tonta, perdidamente enamorada de él. Contaba los días para poder casarnos y viajar lejos de mi casa.

¡Y fue así, nomás! Mucho de lo que él imaginaba que haría como hombre de mar lo hizo. No solo como marinero, sino también como empresario naval, como armador. Vicente montó la mayor flota mercante que hubo en Buenos Aires durante muchos años. Pero eso fue bastante tiempo después de habernos casado... Montó la naviera en sociedad con nuestros hijos.

Antes de casarnos, su vida transcurría no a nivel del agua, sino sobre las polvorientas calles que separaban la tienda de los Garay, en la esquina de Victoria y Defensa, sobre la Plaza Mayor, y mi casa. Allí, en el zaguán de los Rodríguez Rojo, se me apersonaba el hombre cada tarde para que le convidara con una limonada con hierbabuena cuando concluía su jornada de trabajo. Con esa elegancia y cordialidad tan suya, había logrado cautivar también a mis padres. Yo debía mantener a raya a mis hermanas porque a todas Vicente les hacía cumplidos. Desplegaba en casa una simpatía muy especial. Ellas me envidiaban...

La vivienda de mis padres era la típica de la época. Por entonces no existía demasiada diferenciación entre los dormitorios y las áreas de recepción. Las primeras veces que vino fue todo un revuelo para poner orden y atenderlo de manera decente en un lugar apropiado... Luego ya pasó a ser como de la familia.

Buena parte de la vida se hacía al aire libre, en los patios traseros, que en la casa de mis padres eran enormes, de hasta un cuarto de manzana, como luego también tuvimos nosotros al regresar de Europa en la calle Balcarce. Por cierto, fue el amigo de Vicente, Bernardino Rivadavia, en sus tiempos como ministro del gobernador Martín Rodríguez, quien decretó llamar «Balcarce» a esa calle donde teníamos nuestra casa. Lo hizo en honor a González Balcarce, el vencedor de la batalla de Suipacha. Era la calle más antigua de la ciudad, la ribereña, la del fuerte de Buenos Aires. Antes de las invasiones se llamaba la calle del Santo Cristo, porque en tiempos coloniales, en medio de unas lluvias torrenciales que desmoronaban la ciudad, con el paso de su imagen milagrosa, cesaron los diluvios... Rivadavia logró darle ese nombre nuevo a la calle, no sin mediar muchas discusiones, haciendo lugar al pedido de la viuda de aquel héroe

de la independencia, que fue también una buena vecina nuestra. Vivían enfrente de la casa que compramos con Vicente. Nosotros a la altura del 110 y ellos en el 161. Muy cerca de la esquina sobre la Plaza Mayor donde estaba la tienda de los Garay que les conté.

La casa donde yo me crie también quedaba muy cerca de allí. Mi padre había hecho construir unas pequeñas unidades de viviendas que daban a la calle para alquiler, e incluso le ofreció una a Vicente, pero él rechazó el ofrecimiento para evitar demasiada «promiscuidad». Así decía él. Su rechazo me enfureció bastante, pero a mi padre le pareció muy serio de su parte. Lo cierto es que muchas veces se quedaba para la cena. Ya era parte de la familia.

Gracias a los ingleses que se quedaron viviendo en Buenos Aires tras su fallida conquista, se fueron modificando algunas costumbres. Al abrirse el comercio con el resto del mundo, y no solo con la península, también se importaron nuevas modas que todos querían adoptar de manera entusiasta. Los platos ingleses sustituyeron a la anticuada vajilla española. Nuestras mesas comenzaron a ser servidas de otro modo y también empezamos a comer de otra manera, con platos playos y cubiertos de plata; con un vaso para cada comensal en lugar de que todo se repartiese entre unos y otros, como aún se lo hace con el mate... Con Vicente siempre hemos tomado esa infusión hecha con la yerba mate, pero no en calabaza como la toman los gauchos... Ya saben ustedes que fue gracias al general Belgrano que en Buenos Aires se pudo seguir consumiendo, ya que fue él quien prohibió severamente la tala de árboles de yerba mate en su expedición al Paraguay en 1810... De lo contrario, se hubiera extinguido la costumbre ya tan arraigada entre algunos de la familia. Gran parte de las naves mercantes de Vicente, que años después navegaban sin cesar por los ríos Paraná y Uruguay, transportaban esta yerba...

Aprovechando un alto en su locuaz testimonio, otro de los comensales le preguntó a doña Gervasia:

—¿Puede recordar cómo se vivió en su casa el 25 de mayo de 1810?

—¡Linda pregunta! ¡Claro que me acuerdo! Debo decir que, siendo una adolescente criolla, hija de españoles, viví aquellos sucesos revolucionarios desde una perspectiva muy personal.

Fue una jornada que sin duda quedó marcada en la historia de nuestra tierra y en mi memoria también, porque cambió el curso de nuestras vidas...

Me encontré de pronto en una posición peculiar, atrapada, como mis padres, entre dos mundos y dos lealtades. Todo fue muy atropellado. Desde temprano, en la mañana del 25, el ambiente en las calles de Buenos Aires era tenso y lleno de expectación dado lo sucedido en los días anteriores. La gente comenzó a congregarse en la Plaza de la Victoria, a las puertas del Cabildo, símbolo del gobierno español en nuestra ciudad. Allí estaba papá, encerrado junto con todos los principales funcionarios del virreinato. Afuera, hombres y mujeres de diferentes clases sociales se iban juntando, igual que como había pasado ya en los días anteriores, gritando todo tipo de proclamas... Yo me encontré con Vicente, que cerró la tienda luego del mediodía, por si las moscas. El clima en las calles estaba muy tenso. A medida que avanzaba el día, diferentes noticias iban llegando, unas tras otras. Se supo que el virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros había sido destituido y reemplazado por una Junta de Gobierno. Esta Junta, compuesta por criollos y españoles, buscaría gobernar en nombre del rey Fernando VII, como también se había hecho en varias ciudades de España, que ya estaba invadida por franceses. Sin embargo, muchos criollos querían ir más allá. Exigían que se proclamase la independencia, lisa y llanamente... ¡Como si fuera soplar y hacer botellas!

Ese era el ambiente. Las calles se llenaron de celebración y júbilo, pero también de incertidumbre y miedo. Como hijas de españoles, con mis hermanas nos preguntábamos qué significaría todo eso para nosotras. Mi padre había sido cesado en su cargo... ¿Serían nuestras familias consideradas como traidoras? ¿Tendríamos que huir a España o podríamos mantener nuestra identidad y nuestras raíces españolas en ese nuevo contexto? Todo eran zozobras. Vicente lo tenía más claro y me consolaba. Decía que todo se iría acomodando y que lo importante era no pronunciarse por nadie mientras no se supiera cómo evolucionaría la llamada «revolución». A mí todo eso me refrescaba los cuentos que se narraban sobre la Revolución francesa... Y ya me imaginaba siendo yo guillotinada como María Antonieta...

Papá regresó esa tarde muy preocupado. Lo oí hablando con mamá asuntos sobre personajes del Cabildo que luego fueron famosos y que prefiero no repetir... Lo cierto es que, a medida que pasaron los días, la situación se fue volviendo cada vez más compleja. Las tensiones entre los

criollos y los españoles aumentaron, y las discusiones sobre el futuro de las provincias del Río de la Plata se hicieron más acaloradas. Todos tenían algo de razón. Yo me encontraba dividida entre el amor por mi tierra natal y el respeto por las raíces españolas de mi familia. Vicente estaba en una situación similar, pero él veía las cosas con otra perspectiva, a largo plazo. En principio, le parecía bien que estas tierras fueran independientes de España, más cuando España misma estaba bajo la regencia de un francés, el hermano de Napoleón Bonaparte, al que llamaban Pepe Botella.

Todo lo que empezó a vivirse luego de aquella proclama del 25 de mayo fue despertando en mí el deseo de comprender mejor lo que sucedía en Buenos Aires y más allá... En el mundo. La sociedad de entonces era muy cerrada, pero las criollas siempre estábamos cotilleando, atentas a los cambios y a las noticias extranjeras... A mí me encantaban las historias que nuestros padres nos habían contado siendo pequeñas sobre cómo eran las cosas en aquel universo de reyes y princesas de la corte de Carlos IV en Madrid. También de la aristocrática Sevilla, donde tantas cosas ocurrían... Pero, con Napoleón, toda Europa había cambiado y, aunque este nombre era mala palabra en mi casa, yo me daba cuenta de que las ideas republicanas, las de la Revolución francesa, auspiciaban un mundo muy diferente. También lo discutíamos con Vicente, aunque él decía que yo no entendía cómo eran las cosas... Que Napoleón no era republicano, sino un emperador absolutista. Lo que nunca entendí muy bien fue por qué Vicente prefería a los ingleses, contra quienes había combatido, antes que a los franceses. Esta preferencia fue incluso anterior al tiempo en que nos fuimos a vivir a Inglaterra... Sin embargo, sus mejores camaradas corsarios fueron, más tarde, franceses. En cualquier caso, Vicente aborrecía a los Bonaparte.

Hacia 1810, Wellington y Napoleón eran los militares más prestigiosos de aquellas épocas. San Martín aún no había asomado por el Río de la Plata. Los que hablaban de guerras, y todo el mundo hablaba de guerras, porque todo el mundo estaba en guerra, hablaban de ellos dos, de Wellington y de Napoleón, que se encontraban en la cumbre de la fama. Las batallas para echar a los franceses de la península ibérica habían convertido a Wellington en poco menos que un héroe nacional de España. La verdadera prueba de fuego sobre su genio militar sería un enfrentamiento directo contra Napoleón y sus enormes tropas, empeñadas en invadir Rusia... A partir de las noticias que llegaban a Buenos Aires, en nuestras casas se debatía sobre las transformaciones que sufriría el mundo según

ganases unos u otros. Nunca imaginé por entonces que yo estaría en Europa cuando todo aquello sucediera... Porque la gran batalla en Leipzig, que dicen que fue la más grande jamás librada, y luego la de Waterloo, que selló el ocaso de Napoleón, ocurrieron estando nosotros no muy lejos de esos escenarios. Por ese tiempo vivíamos con Vicente en Londres...

—Cuéntenos, abuela, usted que es tan memoriosa, sobre esos primeros años de recién casados... ¡Estaban fundando toda una dinastía!

—Así es... Tienes razón, Alejandro. La fundación de la rama argentina no fue una aventura individual. Fue una alianza. Una fe compartida. Y también una lucha, de las que no siempre quedan registradas en los papeles oficiales. Si les parece, contaré, aprovechando que no está Vicente, algunos detalles que suelen quedar relegados a los márgenes...

Haber tenido once hijos y varias decenas de nietos hace que tengas que recordar muchas cosas... Nunca en mi vida tuve necesidad de anotar nada... Son innumerables las historias que puedo contarles, pero no es mi propósito aburrirlos con anécdotas, sino que tengan más claro de dónde vienen... para que sepan ir con menos dudas hacia donde cada uno quiera ir. Puedo ahora recordar con claridad los desafíos y las dificultades que enfrentamos como familia. Nuestro siglo resultó ser una época de cambios vertiginosos, donde el mundo se transformaba rápidamente ante nuestros ojos. Estando en Inglaterra, hemos visto cómo cambiaban las costumbres en toda Europa, con la revolución industrial... Cientos de miles de familias que vivían en zonas rurales empezaron a residir en las ciudades... Ciudades que no estaban preparadas para acoger a esa cantidad enorme de gentes buscando cómo ganarse la vida en las nuevas fábricas. Comenzaron a construirse tipos novedosos de viviendas, ¡con baños! Los pudientes empezaron a dormir en camas separadas de las de sus hijos. Los barcos se transformaban para transportar personas y no solo mercaderías o cañones... En Inglaterra, cuando vivíamos allí, recién se había abolido la esclavitud, aunque seguía practicándose de manera ilegal la captura de negros en África para venderlos en América. Vicente me mostró en Liverpool cómo eran esas horribles embarcaciones que los ingleses usaban para transportarlos. ¡Inmundas!

Conocimos también la ciudad de Bristol, que vivía aún de las enormes ganancias que provenían del tráfico negrero... Un tal Colston era considerado el padre de aquella deslumbrante ciudad, porque con sus buques había amasado una fortuna gigantesca trasladando esclavos y pa-

trocinando luego las más importantes instituciones benéficas. Un personaje histórico que allí era venerado, y que Vicente admiraba... Sin embargo, a mí me repugnaba porque su riqueza me parecía que estaba maldita. Vicente decía que llegaría a ser como él... Y yo le rezongaba que no me interesaba tener dinero si este resulta del sufrimiento ajeno. Vicente me insistía en que el tráfico de esclavos ya no era legal para la mayoría de los países del mundo... Que lo importante no era lo que se trasladaba, sino en qué. El vasco de tu abuelo me explicaba en términos comerciales y, con palabras inglesas recién aprendidas, que no necesariamente la fortuna de los Colston fue comerciando negros. Me acuerdo de toda una tarde discutiendo sobre ello, mientras viajábamos de Liverpool a Londres... Unos años más tarde se apareció en casa, en Buenos Aires, con dos africanos, y me dijo al oído: «Te traje a uno para que te rasque la espalda y al otro para que te abanique». ¡Casi me desmayo! Los negritos sonreían... Ya les conté la impresión que de chica me daba toda esa pobre gente que vivía hacinada en los fondos de la casa de mis padres. Luego resultó que Vicente me estaba haciendo una broma. Los había contratado para trabajar con él en sus astilleros de Patagones, luego de haber abordado un barco portugués en el que se los estaba trasladando. ¡Típica chuscada que solía hacerme!

En Londres, Vicente también se interesó por ver los primeros modelos de ferrocarriles... Decía que esos caballos de hierro transformarían el mundo.

¡Y vaya si lo hicieron!

Recuerdo igualmente el día mágico en que se presentaron las calles iluminadas, gracias al alumbrado público de gas. Empezamos a ver la vida nocturna de otra manera. La burguesía cobró fuerza en estos nuevos escenarios y el orden social de los tiempos anteriores, tan rígido, se desmoronó rápidamente... Hubo un abismo entre la generación de mis padres y la de nuestros hijos. Todo el mundo quería tener los mismos derechos y eso llenó de tensiones la sociedad. Los que quedaban sin trabajo o perseguían otros horizontes buscaban emigrar hacia América... Los que sabíamos leer comenzamos a estar más informados sobre lo que ocurría en otros sitios. La gente quería participar en los cambios que se creían necesarios para vivir de un modo mejor. Pero no siempre los cambios eran para mejor... Cayeron los reyes, después cayeron los gobernantes que los reemplazaron... ¡Hubo revoluciones por todas partes! Las autoridades comenzaron a ser elegidas mediante el voto... Hasta las muje-

res empezaron a luchar para reclamar derechos. A nosotras se nos trataba como si fuéramos menores de edad. Teníamos que pedir permiso a nuestros maridos para todo.

Yo creo que la gran revolución fue la educación. Algunas mujeres empezamos a poder estudiar y tener un conocimiento más acabado de las cosas, a discutir casi de igual a igual con los hombres, que hasta esos momentos dirigían todos los hilos de la sociedad. A Vicente le encantaba discutir conmigo. Decía que yo era revolucionaria... ¡Que me parecía a una tal Teresa Cabarrús!

A pesar de todos esos cambios que atravesamos y esas confrontaciones de ideas con Vicente, siempre nos mantuvimos unidos. Nuestros desacuerdos no tenían tanto que ver con ideas políticas como con las decisiones que debían tomarse en relación con lo que fuera mejor para la familia. Los hombres suelen entender el mundo desde las grandes instituciones... hablan de la Patria para mejorarla o defenderla... O la empresa a la que dedican sus esfuerzos... Las mujeres miramos el mundo desde nuestro hogar. Las cosas son más simples y directas: si nuestros hijos están bien, el mundo no es un mal sitio; si nuestra familia pasa hambre o hay guerra, el país es un desastre. El sentido de lo urgente y de lo necesario es diferente. Durante años y años, Vicente abrazó cuanta causa heroica se presentase. Mucho me costó sacarlo de sus benditos barcos, no porque estos fueran buenos o malos, sino porque con ellos se mandaba a mudar... Se iba a cazar piratas o a intentar birlar los bloqueos de los enemigos de turno de la Argentina. Y cuando no volvía en el tiempo previsto, porque había quedado capturado o porque había naufragado, yo pensaba que ya no lo haría jamás...

¡Llevé luto por Vicente tres veces!

La sala se llenaba de risas con cada una de las expresiones jocosas de doña Gervasia. Cuanto más hablaba, más se perfilaban sus rasgos. Más claro el timbre de su voz. Fue un placer para todos escucharla.

—Mucho me costó que se quedase en tierra y que se comportara como un padre de familia normal, disfrutando de sus nietos en vez de ir despoticando por allí contra los gobernantes de turno...

Llegó un momento crítico en que la vida cotidiana en Buenos Aires le resultó a Vicente sumamente perturbadora para su carácter y salud. ¡Y

a la vejez... viruela! Me propuso irnos de viaje, con la intención de radicarnos en Europa. Estaba como enojado con el rumbo que habían tomado las cosas en la ciudad y en el país que él tanto amaba. Decía querer volver a sus orígenes. En ese entonces no había mucha cabida en la Argentina para los que habían batallado tanto y cumplido un ciclo, sea cual fuese. Rivadavia, San Martín, Rosas, Alberdi, Balcarce, Las Heras... gente de su generación, de uno y otro bando, buscaron también terminar sus vidas en otras tierras... Vicente quería ya dejar la empresa naviera en manos de sus hijos... Sentía deseos de visitar su aldea, en San Pedro de Abanto, su pueblo natal. Pasear tranquilo, visitar parientes... Es como que una ráfaga de amor vascongado había entrado de pronto en su corazón y manifestaba que allí, en aquel pintoresco valle de Somorrostro, quería concluir sus días... No me opuse a que viajáramos. Nuestros hijos ya estaban todos con sus propias familias hechas... Le animé a que lo hiciéramos, que lo acompañaría en su decisión. Entendí que necesitaba poner distancia con muchos asuntos, económicos, políticos, familiares... que lo habían agobiado. Aun así, conociéndolo, estaba segura de que no mantendría en firme esa decisión por mucho tiempo. ¡Y allí nos fuimos! El retraso en que vivían la mayoría de aquellos vascos en sus aldeas llamó poderosamente mi atención, aunque nuestro entorno social era de lo más señorial... Abanto nos recibió con su nobleza de siglos, sí, pero también con ese txirimiri obstinado que no perdona estación ni humor.

Vicente fue siempre un hombre de dos mundos. Tenía el alma dividida... Todos sus hijos y sus nietos estaban en tierra argentina. Allí en la Vasconia, pronto nos sentimos que ambos éramos como sapos de otro pozo. No hubo día de aquella pletórica estadía en su terruño en la que no le cayera una gota de melancolía porteña, horadando sus rudimentarios cimientos vascos...

A Vicente le llevó poco tiempo admitir lo que yo ya sabía: que la humedad vizcaína se le metía en el espíritu más que en los huesos. Así que no tardó nuevamente en proponerme regresar a Buenos Aires, donde nuestros nietos crecían y donde estaba, en verdad, nuestro hogar. Una mañana horrible de invierno, frío, gris... el vasco, mirando por la ventana, dijo «¡vámonos!». Y eso hicimos. Regalamos al ayuntamiento cuanta propiedad habíamos comprado y partimos en el primer barco disponible. ¡Deseábamos pasar las navidades nuevamente en casa!

A su regreso, como para conformarse, quiso hacer de nuestra casa en Buenos Aires un pedazo de territorio español... Así que se dedicó a dar

asilo y ayuda a sus connacionales como cónsul oficioso. Tanto hizo, que caído Rosas y reconocida la independencia de Argentina en el mundo entero, la reina Isabel II lo nombró cónsul general de España. Una responsabilidad que desempeñó durante varios años, con el aplauso de todos y el agradecimiento explícito de muchos. Tanto fue así que recibió el mayor galardón al que un español podría aspirar: ¡la Gran Cruz de Isabel la Católica! También fue consagrado Gran Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III... No sé si saben que es el título máximo que España otorga como premio a la lealtad de sus ciudadanos o de los extranjeros relacionados con territorios de ultramar.

En fin, así fue, creo yo, que sus dos almas se saciaron. Tanto por el empeño puesto en la prestación de servicios a sus coterráneos como por el reconocimiento que recibió de sus vecinos porteños.



Placa distintiva como la otorgada a VAC por la «Real y Americana Orden de Isabel la Católica», instituida a partir de 1815 para «premiar la lealtad acrisolada y los méritos contraídos en favor de la prosperidad de aquellos territorios».

Sin embargo, no piensen que se quedó quieto, organizando tareas burocráticas. Su espíritu corsario, como yo le decía, siempre asomaba, aunque sin exponerse tanto públicamente... El día en que cayó el tirano, sacó los rifles del ropero para tratar de imponer el orden en todo aquel caos que se apoderó de la ciudad. No pude detenerlo y casi fue víctima él también... Les contaré eso porque seguro que Antonio no lo hará...

Fue tras la batalla de Caseros y la huida de Rosas que sucedió algo extraño en la ciudad... Tal vez la gente no se creyó que Urquiza hubiera

vencido y que un nuevo país comenzaba. El hecho es que todos permanecieron escondidos en sus casas; nadie salió a vitorear a quien liberaba el país tras treinta años de tiranía. Y es que a la mayoría de los porteños no les caía bien ser gobernados por un caudillo de las provincias interiores. Al final, parece ser cierto que los pueblos también terminan prefiriendo malo conocido que bueno por conocer...

Se había creado un vacío de poder, pues ni Urquiza ni sus oficiales se adentraron en la ciudad para imponer el nuevo orden tras la caída del régimen anterior. Entonces los que se apoderaron de las calles fueron todos los maleantes y malvivientes de la ciudad, habidos y por haber, que brotaron como hongos, aprovechándose de la falta de autoridades que se había producido. Las cárceles quedaron sin carceleros y tanto policías como mazorqueros desaparecieron sin decir ni mu apenas se corrió la voz de que su valiente jefe había capitulado, o más bien, habíase embarcado para huir. Sucedió entonces con esta calamitosa situación lo que yo más me temía... Vicente volvió a sentir que era su deber hacer algo. ¡De pronto se transformó! A sus sesenta años, aquel cónsul honorario dejó el sillón y su pipa y, tomando un rifle del ropero, volvió a revivir sus tiempos de lucha callejera, aunque esta vez no contra los invasores ingleses, sino contra los ladrones criollos. Se habían sumado al pillaje de la ciudad tanto los dispersos del ejército de Rosas, saciando sus oscuras frustraciones, como algunos soldados de Urquiza, exaltados por su victoria, y la gente más pobre y bárbara de los arrabales... Todos se lanzaron a las calles del centro. Primero a las platerías y después a todo tipo de comercio. El saqueo se hizo general y el espanto llegó a apoderarse de la mayoría de los vecinos. No había autoridad que los frenase. Los únicos que inicialmente reaccionaron con hidalguía fueron los soldados norteamericanos que daban la guardia al cónsul, quienes, viendo que estaban saqueando una tienda vecina, balearon a los ladrones y dejaron tendidos a dos... Aquello dio ánimo a otros vecinos, todos extranjeros, para armarse y lanzarse a las calles en persecución de los maleantes. ¡Y allí iba el loco Casares, liderándolos y dando unos primeros tiros al aire para asustar a la turba multa...!

Como los saqueos no aflojaban, se puso a organizar a los vecinos de nuestro barrio en grupos armados para defender la ciudad de tales delincuentes. Revisó tropas y se fueron: unos con escopetas; otros con pistolas, chuzos y cuanto se podía en las manos. Yo alcancé a gritarle: «¡Si quedas mal herido, no vuelvas a casa!».

Con seis o siete conocidos del barrio de la Recova, decidieron ir más allá. Entre ellos iba otro vasco amigo de Vicente, Cristóbal Gasaita, muy intrépido también, que fue quien después hizo los cuentos... Con él tomaron posesión del fuerte, que estaba abandonado, y de donde sacaron fusiles y municiones. Con estos pertrechos fueron armando a los vecinos que se sumaban a la represión. Ordenaron patrullas de ocho hombres, nombrando un jefe de cada una y dando instrucciones para que saliesen por zonas en persecución de los salteadores. También estuvo con ellos otro español, Benito Hortelano, director de El Agente Comercial del Plata, que fue de los más activos y audaces en organizar esta defensa urbana contra la invasión de los forajidos. Los criollos solo reaccionaron cuando vieron que los maleantes se les metían en sus casas. Finalmente, como a las dos de la tarde, un batallón del ejército vino por fin a situarse delante del Cabildo para dar auxilio a la población. Entonces salieron varias patrullas a perseguir a los vándalos. Se estableció allí mismo una comisión militar por orden de Urquiza que se puso a juzgar... y a condenar en el acto a los culpables apresados. Una vez identificada la persona, la pasaban por las armas.

Vicente luego me confesó que se sentía muy arrepentido de haber entregado a varios de los apresados por ellos... Solo a dos pudo salvarles la vida alegando que habían cometido delitos menores y a instancias de otros jefes de banda.

Poco después la tranquilidad se restableció. Y empezamos todos a salir de las casas... Fueron unas quinientas personas las que murieron en las calles, entre inocentes y fusiladas por aquella comisión militar. ¡Un desastre!

Vicente decía que todo aquel disloque le pareció como salido de una novela de Charles Dickens... Los saqueos no tenían ninguna racionalidad... Habían durado solo cinco horas y, sin embargo, se necesitaron después, para recoger los efectos de bullo robados, más de trescientos carros. Durante varios días siguientes, fueron pasando los dueños a recoger lo que les pertenecía. Tras ese episodio ya nunca más vi a Vicente con un arma en la mano.

Ya ven que a lo largo de nuestras vidas hemos sido testigos de innumerables acontecimientos históricos, de todo tipo y color. Desde la batalla de Waterloo en aquellas cercanías europeas hasta la de San Martín en Maipú o estas revueltas civiles en las calles de Buenos Aires... Desde los

motores a vapor con los que se movieron locomotoras y barcos hasta las máquinas Singer con las que se empezó a coser ropa de manera industrial...

En el caso de Vicente, no solo espectador, también él fue protagonista de cientos de acontecimientos que cambiaron la historia de este país...

Sin embargo, ¿qué quieren que les diga? Lo más importante para mí fue el privilegio de dar a luz once hijos... Cada uno fue único... Agustina, nuestra primogénita que nació mientras estábamos en Alemania, Mariano, Vicente Eladio, Manuela, Sebastián, que está aquí con nosotros, Gervasía Emilia, Carolina, Enriquito... Carlos, Elenita.

Lo que una mujer pondera en su corazón no suelen ser los intereses financieros que puedan ofrecer ciertas inversiones bien hechas en moneda extranjera, las vicisitudes de a quién elegir socio para poder tener fiabilidad en la administración de un negocio, el empeño cotidiano para ser próspero... Ni siquiera lo es el amor que se ponga en la cosa pública, esa vocación política, como suele llamarse, que lleva a sacrificar tantos días y años de la propia vida por causas patrióticas, como lo han hecho mis hijos Vicente, Sebastián, Carlos... Las mujeres, sin dejar de importarnos el todo, estamos siempre mirando y velando por cada una de las partes. Nuestros hijos son, cada uno de ellos, nuestra ilusión, nuestro proyecto, nuestras proezas. Recuerdo la felicidad que sentí cuando el médico dijo que la viruela de Mariano era benigna... Y recuerdo también cuánto lloré, meses y a escondidas, cuando mi bebé Carolina, a las pocas semanas de nacer, se nos fue... Tenía diez hijos más... pero de ella me acordé cada día de mi vida. Siempre fue recordada como si estuviera creciendo entre los demás... Es algo que pocos hombres comprenden: el dolor y el gozo que nos provocan nuestros hijos. Quizá porque para ellos ser padres es una circunstancia, mientras que ser madre para nosotras es una condición... Dios, la naturaleza, nos ha dado ese inmenso privilegio de que otro ser se desarrolle dentro de nosotras... El vínculo establecido con nuestros hijos es permanente. Ellos han sido carne de nuestra carne... Nuestra Carolina se nos fue pronto y nos bendijo a todos desde el cielo. No hay dolor más grande para una madre que perder un hijo... El drama de lo vivido con el asesinato de Enrique nos derrumbó. Y, sin embargo, como se demuestra después de cada invierno, la vida continúa y cambian los ciclos... Nuestros hijos maravillosos nos han bendecido con decenas y decenas de nietos. Mi corazón se llenó de regocijo al ver a todos ellos creciendo en amor y sabiduría... Siempre he rezado mucho por mis hijas

cuando las veía embarazadas, sabiendo el duro trabajo que les aguardaba. Me recuerdo a mí misma en aquellas largas noches en vela, cuidando a cada uno de ellos. A veces, los recursos eran escasos y las condiciones eran duras, pero siempre encontramos la manera de superar cualquier obstáculo. La unidad familiar fue nuestra fortaleza, nuestro refugio en tiempos difíciles.

A medida que nuestros hijos crecían y formaban sus propias familias, ese sentido de unidad se extendió a través de las generaciones. Ver a mis nietos prosperar y a mis bisnietos florecer ha sido un regalo inmenso que me llena de orgullo. Cada uno es una prueba viva de que el amor nos hace trascender en el tiempo, más allá de las circunstancias.

De allí que hoy quisiera dejar este testimonio de la unidad familiar como prioridad. En tiempos de incertidumbre y de cambio será siempre la familia la que nos brinde consuelo y apoyo... Mi vida junto a Vicente ha sido una demostración de la importancia de este legado. Edificar sobre cimientos de amor y de unidad ayuda siempre a superar cualquier dificultad, a pesar de los altibajos de la historia y de los malos momentos que a veces toca atravesar.

Gracias a todos por estar aquí y escucharme... ¡Que viva siempre nuestra familia!

Las palabras de Gervasia encontraron un lugar hondo en cada uno de los presentes. No hubo aplausos ni gestos grandilocuentes; solo un recogimiento cálido, una especie de gratitud que se volvió palpable en el aire. Las velas titilaron con un brillo más sereno, y por un momento pareció que toda la sala respiraba al unísono. Nadie quiso añadir nada. Así quedó sellada la jornada, en un silencio habitado que prolongó, durante unos instantes más, la fuerza de lo escuchado.

Fuimos desapareciendo todos poco a poco, con la lentitud de las sombras nocturnas.

Así concluyó la cuarta jornada.

Quinta Jornada

1.

La idea no fue mía. Fue de Charles, que apareció temprano en la cocina con un aire decidido y anunció que aquel día no habría velada ni preparativos nocturnos.

—Hoy nos vamos afuera —dijo—. A todos nos vendría bien un poco de sol. El día está ideal, sin demasiado frío ni excesivos vientos.

No argumentó nada más, pero se puso a preparar el fuego en la parte de adelante de la casa, como si la propuesta ya estuviera aprobada. Yo, que había imaginado la rutina habitual para la jornada, no pude negar



que un cambio de escenario podía resultar saludable para el mayor dinamismo del cónclave. Después de noches de luces bajas, memorias densas y silencios prolongados, un mediodía abierto a la inmensidad patagónica era una iniciativa que ofrecería un respiro diferente a los invitados. Un asado en Los Guanacos, con su aire seco, el viento del oeste filtrándose entre los coirones y ese olor de leña que despierta recuerdos inevitables, podía propiciar una tertulia sugestiva. Acepté la propuesta sin demasiadas palabras.

Alejandro Sebastián llegó puntualmente, sorprendido al principio, aunque enseguida aprobó la improvisación.

—Al abuelo le gustará —comentó—. Siempre apreció los asuntos que ocurren a plena luz.

El fuego empezó a cobrar forma. La brasa tomó su color rojizo, sereno, y el sonido del viento se mezcló con el chisporroteo inicial. Improvisamos una mesa semicircular en torno a un disco enorme que parecía esperar algo más que carne y pan. La inmensidad de la estepa patagónica adquiría desde allí una visión fabulosa.

Fue durante esos preparativos, mientras Charles acomodaba las achuras y Alejandro revisaba la disposición de los asientos, que comprendí que aquel almuerzo tenía un propósito más hondo: darle a VAC un último marco, diferente y desacralizado, casi festivo, para aquello que todavía debía contar.

Don Alejandro agregó:

—Quizá podamos facilitarle los recuerdos al abuelo si le vamos haciendo una ronda de preguntas... Que hable de lo que quiera... pero también de lo que a cada uno más le interese.

Me pareció estupendo.

Y así comenzó la quinta jornada del cónclave, no bajo las velas, sino bajo el sol.

Cuando el asado estuvo en su mejor punto, se hizo evidente que algo iba a suceder. No hubo señal acordada, pero todos sintieron una cierta disposición en el aire: un orden silencioso, espontáneo, que se acomodaba para recibir lo que estaba por decirse.

2.



Charles había girado el costillar por última vez; el humo, más claro ahora, ascendía sin apuro hacia el cielo abierto. Algunos se aproximaron a la mesa rústica, otros permanecieron de pie, pero todos adoptaron una misma actitud expectante.

Fue entonces cuando VAC, que llevaba un rato observando en silencio los movimientos del grupo, se adelantó un paso. Su presencia no reclamó autoridad; simplemente la obtuvo.

Antes de hablar, hizo un gesto casi imperceptible hacia la sufrida arboleda, como si buscara recordar por dónde se había caminado esa mañana, o qué comentario había quedado resonando entre los alambres y los viejos corrales.

Y recién entonces empezó:

—Hace un rato, mientras paseábamos por los alrededores de esta hermosa propiedad, uno de vosotros me ha preguntado cómo fue que

comencé a ganar verdadero dinero... Quizá a varios de ustedes les interese este asunto...

Un murmullo leve recorrió el grupo. Nada intrusivo: solo la reacción natural de quienes sospechan que están por escuchar algo que durante generaciones permaneció cuidadosamente rozado, pero nunca dicho.

VAC prosiguió con calma:

—Visto que los organizadores han decidido cambiar el formato de este cónclave, se los voy a contar. Pero deben saber que en la Argentina siempre es difícil hablar de economía sin hablar previamente de política. Así que, como tenemos todo el día por delante y nada nos apura, ofreceré a los interesados un relato algo más largo...

Hizo una pausa muy breve, suficiente para que el silencio adquiriera firmeza, y añadió con una sonrisa casi pícara:

—Después de todo, para eso estamos aquí... En Buenos Aires, que por entonces tenía unos cuarenta y cinco mil habitantes, existía una notoriedad colectividad de vascos con la que yo me relacionaba. Muchos de ellos eran operadores importantes para el comercio con las provincias del interior... y con España. Los más renombrados eran Martín de Álzaga, junto a quien combatí en los días de la Reconquista, Letamendi, los Santa Coloma, Juan Larrea, Sarratea... Varios de estos paisanos, bien posicionados, provenían de familias de la región vizcaína de donde somos los Casares. Martín de Álzaga era primo de Narciso de Urquiza y Álzaga, quien, al llegar de la Vasconia, se instaló no en Buenos Aires, sino en Concepción del Uruguay y terminó siendo el padre de Justo José de Urquiza...

No pocos de estos coterráneos negociaban con Juan Garay, el dueño de la tienda en la que yo trabajaba como empleado, y de la que terminé siendo su responsable. Claro que también estrechó lazos con criollos, hijos de españoles, a pesar de que tuvieran el defecto de que en sus venas no corriese sangre vasca...

Un par de sonrisas escapó entre los oyentes; incluso Angélica Benita, siempre tan contenida, bajó la mirada para disimular la risa. Alejandro Sebastián negó suavemente con la cabeza, fingiendo reproche, mientras Charles murmuró algo sobre «defectos bien llevados». La broma disten-

dió el círculo, pero nadie perdió el hilo: todos aguardaban que VAC retomase el rumbo de la historia.

—Entre ellos estaba Manuel de la Quintana, Gregorio de Las Heras y los hermanos Anchorena, con quienes terminé asociándome... Buenos Aires en unos pocos años, entre mi llegada y la Revolución de Mayo, fue transformándose en una ciudad llena de candente vida social. No había tertulia en donde no se conversase de política, algo que a los porteños les apasiona. Fue extraño, porque poco a poco me fui sintiendo algo molesto en mi condición de español... Mi origen y mis actividades suscitaban curiosidad tanto en criollos como en peninsulares en cuanto a mi ideología. Todos trataban de hurgar en ella para conocerla.

Justamente fue Mariano Nicolás Anchorena el que me dijo un día, de manera tajante: «Vicente, no hables con esa chusma de lo que piensas, sino de lo que haces. Si te preguntan por la revolución o por el rey de España, tú contesta que el precio de los cueros está subiendo por las nubes...». Somos hombres de negocios, no de armas tomar.



Don Vicente Antonio Casares, nacido el 5 de abril de 1791 en San Pedro de Abanto (Vizcaya - España) y fallecido el 1 de mayo de 1875 en Buenos Aires (retrato encontrado en un antiguo ejemplar de la Revista *La Vasconia de Buenos Aires*, marzo de 1900).

Tenía razón. Y quizá aquella prudencia aconsejada me haya salvado, si no de ser fusilado, puesto que ello sería mucho, aunque casos no faltaron, sí al menos de no terminar en el ostracismo o en el exilio social... Criollos y españoles formaban bandos opuestos que desconfiaban unos de otros. Con los años eso derivó en unitarios y federales. En disputas y guerras entre porteños y provincianos que retrasaron el progreso de la Argentina y llevaron la vida cotidiana a márgenes imposibles de convivencia. ¡Qué gran pena!

Recuerdo que recién casados fuimos invitados a una de las tantas tertulias que se ofrecían en la ciudad. La recepción se hacía en casa de los Lezica, en lo de «los Rumualdos», como se le decía en broma al matrimonio de Rumualdo y Rumualda. Ella, Romualda de Las Heras, amiga de Gervasia, era además la hermana de Juan Gregorio, a quien yo conocía por asuntos comerciales, ya que era un buen comisionista de nuestros artículos en Córdoba. En la casa de su cuñado nos encontramos, pues, aquella noche varios de los que habíamos sido hermanos de armas en tiempos de las invasiones inglesas. Con Juan Gregorio intenté hablar de cómo estaban los negocios en Chile, del precio de las barras del cobre, etcétera, pero él derivó la conversación hacia lo político, y me contó sobre la suerte llevada por el doctor Vera Pintado, que de preso pasó a ser un héroe para el pueblo de Santiago. De allí continuó platicando de la situación de Azcuénaga y de Larrea, obligados a dejar la ciudad, y conjeturó en voz alta sobre cuáles serían las verdaderas intenciones de Martín de Álzaga, que parecía estar al margen del manejo de las cosas. Las Heras estaba en plena y rápida transición vocacional, propia de unos cuantos criollos que viraron con entusiasmo de los asuntos comerciales o profesionales a los militares. Meses atrás se había convertido en jefe de las milicias cordobesas y ahora estaba en Buenos Aires para alinearse con los propósitos de la junta revolucionaria. A esta conversación sobre la «cosa pública», como él la llamaba, se sumaron unos cuantos más. Recuerdo particularmente a Bonifacio Zapiola Lezica, que contó cómo su hermano, José Matías, el que había sido apresado por los ingleses en 1807 y enviado a Europa, terminó incorporándose a la Marina Real de Cádiz... Rememoramos con algunos de los presentes las peripecias vividas en las jornadas de la Reconquista... Estaba también en aquella ronda el patilludo Vicente López, que luego ejecutó al piano unas piezas de Mozart a pedido de los dueños de casa. Incluso se acercó Manuel Dorrego, quien, viendo que crecía el círculo de gente en torno a nosotros, con tono impetuoso, comenzó a dar cátedra de cómo habría que

gobernar en las Provincias Unidas del Río de la Plata, deshaciéndose en primer término de cualquier resabio realista. En las conversaciones de la sala sobrevolaban reproches y denuncias de confabulaciones contra aquellos primeros gobiernos criollos proclamados en las asambleas del Cabildo. Era notorio que había marcadas diferencias entre ellos. Mi parecer es que, en cuanto se amplió el número de asambleístas con la incorporación de los representantes del interior, todo se hizo más difícil. Las rivalidades se fueron expresando con rencor.

La mayoría de los vecinos con derecho a voto estábamos con Saavedra... Moreno quería centralizar el país en Buenos Aires y cortar todo vínculo con la península. En esto seguía a Castelli, otro radical, que para entonces ya había fusilado al héroe de la Reconquista, Santiago de Liniers, sin piedad ni honor alguno.

Dorrego, en cambio, era hijo de un comerciante portugués, José Antonio do Rego Da Silva, con quien desde la tienda de los Garay yo había mantenido buenas transacciones en el pasado. Manuel no siguió con los negocios del padre, sino que, con los años, se convirtió en un brioso político y en un indomable militar. Como Las Heras, había estado en Chile durante los movimientos revolucionarios y desde allí trajo pelotones de centenares de soldados chilenos que atravesaron los Andes mucho antes de que lo hiciera San Martín en sentido contrario. Un hombre muy temperamental, al que ya se le decía el «loco Dorrego». Así es que, inflamado por estos asuntos de los que estábamos tratando, se puso a despotricar contra las ideas que había impulsado Moreno dentro del gobierno, aunque ya hubiese fallecido. Me llamó la atención su vehemencia, sin reparar en sutilezas de apreciación en cuanto a una realidad internacional que, en mi opinión, era bastante más compleja de lo que él relataba.

En los años siguientes rememoré muchos rostros de esa y de otras tertulias de aquellos días de recién casado, puesto que varios de sus participantes fueron muriendo de manera absurda o penosa. Fusilados, como Martín de Álzaga y Dorrego, o en alguna de las cruentas batallas que tuvieron que librarse los argentinos para poder tener un país independiente. Pero fue en esa noche, lo recuerdo bien, que al salir de casa de los Romualdos le comenté a Gervasia que el horno no estaba para bollos... Que la gente en Buenos Aires seguía buscando cabezas de turco para atemperar la frustración de no ver ningún fruto tangible tras la revolución. Durante décadas, los vecinos se habían acostumbrado a la paz del

virreinato y ahora lo que reinaba era una cierta sensación de frustración porque no se hacía visible mejora alguna para la mayoría de los habitantes, sobre todo en lo que se refería a las cosas del comer.

Le dije a Gervasia que mi cuna podía delatarme como un traidor en cualquier momento. Era mejor bajar el perfil social, no acudir a tantas tertulias y fiestas, hasta que las cosas se aclarasen...

Las aguas bajaban turbias. Para frenar la incursión de los realistas, se estaban enviando tropas al Alto Perú, mientras que Buenos Aires mantenía una absurda guerra contra Montevideo, en la que ya habían entrado a tallar los portugueses... Toda la región era un polvorín y no había aún genios militares criollos que supieran encauzar y conducir las fuerzas caóticas desatadas con la revolución... No había tampoco dirigentes capacitados para arreglar tantos desaguisados administrativos, económicos, políticos...

Aprovechando la pausa que hizo don Vicente para acomodar su pipa, Tatán preguntó algo que no logré escuchar porque el viento chiflaba fuerte. VAC continuó; su voz siempre me llegó alta y clara.

—La familia Anchorena sí que tenía las cosas bastante claras. Para cuando los conocí, en la etapa final del virreinato, eran los comerciantes más poderosos de la región. Y lo siguieron siendo durante muchas décadas...

Me relacioné con los tres hijos de Anchorena «el viejo», como se le decía a don Juan Esteban de Anchorena y Zundueta. En realidad, era medio vasco porque nació en Navarra, y el Zundueta lo evidencia... A él no lo conocí, pero sí a su viuda, doña Romana Josefa, amiga de mi suegra, Narcisa Molina. Los tres hermanos Anchorena explotaron las enormes relaciones sociales y comerciales que había acopiado su padre, y las extendieron aún más. Eran conocidos no solo en Buenos Aires, sino también en varios países de América y en la península. Yo fui amigo, particularmente, de Mariano Nicolás... Sin su ayuda inicial, me hubiera sido bastante más difícil hacerme un camino propio en aquella Buenos Aires tan cerrada de principios de siglo.

Estos Anchorena eran unos mercaderes deslumbrantes. Cada cual a su modo. Aprendí todo lo que había que aprender de ellos. Lo bueno y lo malo.

Pensad que el viejo Anchorena llegó cuarenta años antes que yo, sin un cobre en los bolsillos, a un Río de la Plata donde apenas vivían veinte mil habitantes... Y aunque la fortuna que luego amasaría le daría un brillo distinguido a su apellido, lo cierto es que el primero de ellos no tenía nobleza de sangre, solo de espíritu. Empezó, muy de abajo, trabajando en una pulperia...

Si os gusta la historia del Renacimiento italiano y conocéis la de los Médici, podréis daros una idea de cómo desplegaron estos Médici portentos su poder. Sus tres hijos, de un modo natural, se fueron repartiendo diferentes áreas de acción, pues cada uno tenía una personalidad y modo de obrar muy diferente entre sí, aunque siempre operaban en clan, como les enseñé también a mis hijos a trabajar... La familia es lo primero, es lo más nuestro, y todo lo que se genere debe servir para fortalecerla. Los hombres de un clan deben saber bien con quién vincularse o asociarse. Y las mujeres, evaluar correctamente con quién contraer matrimonio...

Al oír esto, el grupo adoptó una escucha particular. No fue incomodidad: todos sabían que aquella máxima había guiado, de un modo u otro, generaciones enteras de decisiones familiares. Sebastián asintió con una gravedad casi filial; Angélica Benita entrelazó las manos sobre el regazo, como si esas palabras le incumbiesen particularmente... Igual que a la mujer de Tatán, doña Susana Palacios Capdevilla, que aquel medio-día lucía particularmente espléndida. Todos intuían que aquel principio había marcado más destinos de los que se podían calcular.

—De estos tres Anchorena contemporáneos míos, Juan José Cristóbal, el mayor, era el que dirigía la batuta. Reservado, algo desconfiado, siempre lúcido a la hora de prever sesgos o de planificar jugadas audaces. Lo mandaron a estudiar a España y cuando regresó se ocupó de desarrollar los asuntos comerciales de su padre, sobre todo en el norte del país. Comercializaban de todo, desde esclavos negros hasta palanganas, lencerías, paños de Segovia, hilos de oro, libros, peinetas... Luego, cuando murió el viejo Anchorena, Juan Cristóbal estableció su base en Buenos Aires y operó desde allí. En cambio, Tomás Manuel era un culo inquieto. Un amante de la vida pública y apasionado por la política que estrechó lazos con cuanto criollo con algo de poder se le cruzase... Siempre apoyó a los revolucionarios. Financiaba al ejército de Belgrano, asesoraba a Rivadavia en sus leyes reformadoras, estuvo en Tucumán como influyente congresista cuando se declaró la Independencia... Por último, estaba Mariano Nicolás, el hermano menor, que era un hombre de negocios nato.

Prefería no inmiscuirse en la política y rehuía los escenarios conflictivos. Durante los primeros años de la emancipación, cuando todo era confuso y nadie sabía bien en qué terminaría el ensayo revolucionario, estableció su residencia donde creyó que era mejor para poder operar y tejer lazos comerciales, lejos de imposiciones burocráticas. Vivió en Santiago de Chile, en Río de Janeiro, en Montevideo... Iba y venía a Europa. Fue él quien me introdujo a la familia. Y cuando se asociaron con el exportador Juan Nowell, me propusieron a mí como su representante en Londres. Por entonces, el giro de exportaciones que manejaban los Anchorena, sobre todo con cueros vacunos, empezaba a ser muy importante.

Pero los negocios de los Anchorena no solo abarcaban el rubro de las exportaciones e importaciones, sino también la compra de campos, el acopio de cueros y lanas, la siembra de grano... Tenían panaderías y almacenes por todas partes. Paralelamente a estas actividades de compra y venta de mercaderías, el viejo Anchorena había incursionado también en operaciones de préstamos de dinero a interés, con una ganancia que, según supe, alcanzaba un promedio anual del 25%.

¡Imaginaos! De allí que se ganara también la fama de usurero. «¡De diestro a diestro, el más presto!».



Puerto de Liverpool (hacia 1810) donde trabajó VAC (pintura de Robert Salmon).

Los Anchorena tenían tantos negocios de exportación de cueros con Europa que se les hizo difícil administrarlos desde América. Así que aprovechó sus ofrecimientos para poner proa rumbo a Inglaterra. Se trataba de ir y venir con algunas cargas importantes, recibir sus envíos en Liverpool y ocuparme de los cargamentos que se despachaban desde allí hacia el Río de la Plata. Gracias a esta propuesta que me hicieron los Anchorena, en 1812 me embarqué con Gervasia rumbo a Londres. Llevábamos un año de casados y nos hacía mucha ilusión, sobre todo a mí, poder residir allí, en la capital del país más poderoso del mundo. Me sentí reconocido y entusiasmado cuando firmé aquel primer contrato asociándome con Juan José Cristóbal Anchorena y Juan Nowell. Todos los hilos del comercio mundial, de un modo u otro, se manejaban desde Gran Bretaña, por la fuerza de su flota de ultramar, por su moneda fuerte, por sus bancos y financieras... ¡Londres era la gran casa matriz de los negocios internacionales! Pero yo llegué allí siendo un pichón. No me sería fácil, siendo tan joven y sin saber el idioma, hacerme responsable del creciente giro comercial que los Anchorena mantenían con aquella metrópolis. Sin embargo, me sobrepuso al desafío... Viajamos en el buque «Perseverancia», un nombre que para mí cifraba un buen significado y auguraba prosperidad. ¡Siempre he dicho que la perseverancia todo lo alcanza! Mi primera responsabilidad fue el desembarque en Liverpool de unos 17.000 cueros y liquidar la mercadería con los de la casa Hullet Hnos., famosos consignatarios que traficaban con todo el orbe. Se trataba de una verdadera fortuna, alrededor de 20.000 libras. Hubo algunas disparidades entre remito y entrega, pero poco a poco supe cómo manejarlo con mayor prolijidad. Se me había asignado un sueldo mensual de 25 guineas, como se decía entonces; algo así como 25 libras. También se puso a mi disposición 30.000 pesos para comprar mercaderías, pagar fletes y demás. Incluso podía hacerme del 3% sobre las ventas que realizara por mi cuenta.

Aunque en el mundo de los negocios el idioma que se usa es el de los números, y de ese ya me sabía todos los sustantivos, adjetivos y tiempos verbales, aprender inglés me fue imperioso para poder desplegar mayores actividades. Así que durante los años de residencia allí cursé estudios en un college de Londres, como si fuera un escolar más. Gervasia se reía cuando me veía salir rodeado de párvulos. Pero mi inglés resultó perfecto, y terminé siendo todo un gentleman.

Desde Londres me embarqué frecuentemente en viajes comerciales a los puertos de Francia, de Alemania, de los Países Bajos, incluso a Calcuta. Buscamos abrir mercado donde fuese que los productos de nuestra

tierra pudieran colocarse y a la vez importar los artículos de lujo que luego se vendían por toda Sudamérica. Los Anchorena fueron acumulando un capital que siempre estaba disponible para financiar cualquier buena operación de importación o exportación, por más costosas que fuesen. Algo que necesita de muy buena administración si está repartido en varias plazas. Aunque cierto es que solían buscar a alguien más con quien asociarse, para minimizar las posibles pérdidas de un negocio malogrado.

A medida que la era napoleónica concluía, el comercio internacional cobró un auge inusitado. Fueron unos años de relativa paz entre las naciones de Europa. Nuestros esfuerzos apuntaban a no quedarnos fuera de ese gran flujo, a pesar de que las cosas en el Río de la Plata parecían irse al garete... Había que moverse con rapidez, con prudencia y a la vez con determinación. El trío de los Anchorena sopesaba los riesgos por separado: pedían mi opinión y la de otros asociados, y luego resolvían. La correspondencia iba y venía frenéticamente. Incluso habíamos ideado un lenguaje en clave cifrada para que cierta información sensible fuese ininteligible si caía en manos indeseadas. Junto con la mercadería, me llegaban también enormes remesas de dinero para depositarlo en bancos londinenses, ya que no confiaban en dejarlo en Buenos Aires por su inestabilidad política...

Adivinad cómo me llegaban aquellos fajos de dinero... ¡Dentro de hormas de queso!

En fin, ciertamente aquella actividad en la city de Londres, operando en acciones financieras con los hombres de la Cámara de Comercio londinense, donde, gracias a los contactos generados, se me aceptó en calidad de exportador, era muy estimulante... Sin embargo, ¡qué queréis que os diga! A mí me gustaba más estar arriba de un barco navegando en alta mar, o en su defecto controlando las cargas y descargas en los diferentes puertos de ese universo marinero que cada vez conocía mejor. Programaba rutas, establecía conexiones, contrataba tripulación...

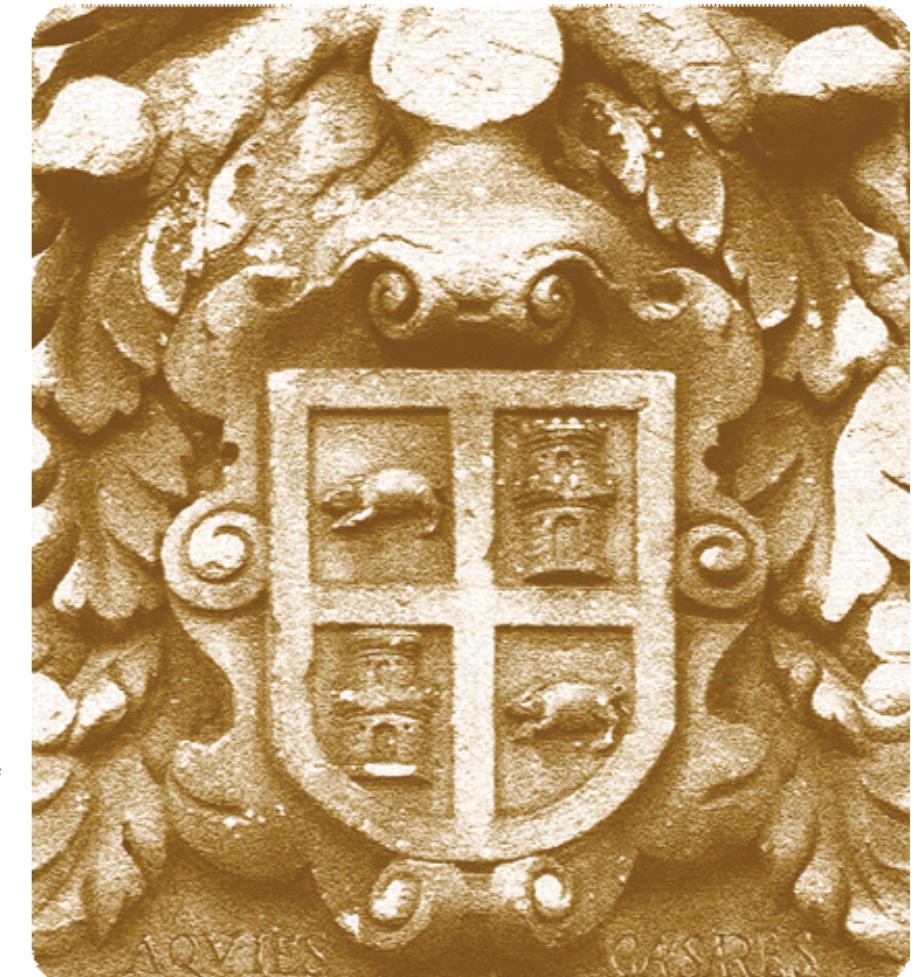
Gervasia me acompañaba con paciencia a todas partes. Al menos a los lugares donde una mujer pudiera residir dignamente en tierra firme. Mientras yo andaba por puertos y barcos, ella adecentaba nuestras moradas transitorias, leía mucho y cocinaba como los dioses... Como los dioses no, como una cocinera negra que tuvieron sus padres y que desde pequeña le enseñó todos los maravillosos secretos de la cocina criolla.

Concebimos a María Agustina en Berlín... La sorpresa y alegría de este primer embarazo nos empujó a regresar al Río de la Plata.

Si bien ella se crio en Buenos Aires, algo de aquella eventualidad la habrá marcado de manera inescrutable, puesto que veinte años después se casó con un alemán... ya sabéis, con el bueno de Augusto, con quien terminó viviendo en Bremen. Sus hijos, Juan, Simón, María Albina, Arnold, Augusto y Christoph, son todos alemanes: ¡los Borchers Casares! Suena bien, ¿verdad?

Tatán hizo un comentario por lo bajo, mostrándose intrigado por aquella derivación germánica del apellido que no recordaba haber escuchado nunca. Charles, me pareció que calculaba las muchas ramificaciones desconocidas que podía tener la familia. Don Sebastián, hermano de Agustina, solo sonrió, sin mostrar sobresalto alguno, como quien oye confirmado un episodio más de una odisea familiar muy consabida.

—Criar hijos sin tener familia cerca no es una experiencia muy amigable, y doña Narcisa Josefa reclamaba sus furos de abuela.



Escudo que luce en la fachada de la casa solar de los Casares, en Altza, Guipúzcoa, que da muestra de su hidalguía. Se trata de un escudo cuartelado, con un jabalí andante en el 1º y 4º campo y un castillo en el 2º y 3º. En la parte inferior lleva grabada la leyenda «AQUÍ ES CASARES».

Así es que a principios de 1814 regresamos muy esperanzados a fijar residencia en Buenos Aires... ¡Y a empezar de nuevo!

Aunque es verdad que con toda la experiencia acumulada y los contactos generados no me fue difícil bordejar hacia donde más me apetecía... Compré una casa y solar interesante sobre la calle Balcarce, en el margen del límite sur del ejido central de la ciudad, que aún era muy reducido, pero que pronto empezó a extenderse, mordiéndole leguas y leguas a la pampa bonaerense. Pronto llegaría también Mariano, nuestro primer hijo varón... Gobernaba por entonces en la ciudad de Buenos Aires mi amigo Manuel Luis de Oliden, otro vasco mercader y financista, metido en política, a quien honramos ofreciéndole, a él y a su señora, María Eustasia, ser los padrinos de Mariano.

El ambiente contra los españoles seguía siendo de desconfianza, pero yo ya había adquirido, vía Londres, credenciales políticas y empresariales lo suficientemente relevantes para lograr ser visto como alguien que apoyaba la causa de Mayo y no como un realista sospechoso. Las actividades conspirativas de Martín de Álzaga contribuyeron a crear un clima de desconfianza sobre los peninsulares, más allá de las ideas que se tuviesen en el fuero privado.

Don Alejandro Sebastián, que estaba al lado de VAC, pareció recordarle en voz baja algo a su abuelo, seguramente haciéndole retomar el hilo de su cuento principal.

—Con Mariano Nicolás Anchorena yo seguí haciendo algunos negocios más, pero, pasados los años y por cuestiones de ideas políticas divergentes, nos fuimos distanciando...

Juan Manuel de Rosas, emparentado con su familia, fue el motivo de nuestras desavenencias. Al llamado «restaurador de las leyes», los Anchorena lo habían tenido de capataz de sus estancias, la de Las Dos Islas, además de otras que los Anchorena fueron sumando en aquellas épocas en las que el gobierno nacional otorgaba «mercedes» a quienes ayudasen a mantener las pampas libres de indiadas.

Rosas fue, sin duda, un capataz que supo como nadie manejar la peonada, administrando con astucia las fuerzas productivas del campo. Gracias a Rosas, los Anchorena pasaron a ser los mayores exportadores de cueros, de carnes saladas, de cebo... Mariano Nicolás acumuló la for-

tuna más grande de Buenos Aires en el medio siglo que siguió a la Independencia... Una riqueza fabulosa. Rosas, llegado al poder, favoreció todo lo que pudo los negocios de los Anchorena, mientras que ellos obraron como garantes suyos en ámbitos nacionales e internacionales. Mariano se convirtió en uno de los hombres de estrecha confianza del dictador y, bajo su protección, también acrecentó, aún más, su enorme patrimonio. Claro que luego, caída la dictadura, como el mismo Rosas dijo de su antiguo socio, corrió Anchorena a «colgarse de los faldones de la levita de Urquiza».

El grupo retomó la atención con naturalidad, consciente de que VAC estaba entrando en zonas más resbaladizas de su memoria pública. Asunto que parecía interesarle particularmente a Tatán, quien preguntó sin recato:

—Don Vicente... ¿y usted no aprovechó la volada para hacerse también de unas cuantas leguas, habiendo tanta tierra a repartirse?

—Esos negocios nunca fueron los míos, mijito. Aunque es verdad que, si en los años veinte hubiese ocupado mi tiempo en la adquisición de campos, en vez de estar por la mar persiguiendo naves enemigas, hacia 1860 toda nuestra familia ya hubiera sido millonaria en tierras... Como los Anchorena, que podían ir desde Buenos Aires hasta la Laguna Las Cabrillas a caballo sin salirse de sus propiedades. Es un decir, claro. Porque Mariano Nicolás jamás recorrió estas posesiones... Sus ganados, centenares de miles de cabezas, se reproducían solos entre aquellos generosos pastizales de la provincia más rica del país y quizás del mundo... Pero es que muchas de estas tierras se adquirieron como fruto de turbias especulaciones... ¿Sabéis cómo? Se hacía correr la voz en Buenos Aires, incluso desde el gobierno, de que llegaban los malones... y los propietarios menores, asustados, vendían sus haciendas a precio de remate. Para comprar tierras había que tener dinero disponible, constante y sonante. Y los Anchorena siempre lo tuvieron. Ya se sabe, ¡el dinero llama al dinero!

Gracias a la relación de los Anchorena con su primo Rosas, antiguo administrador y socio, cuando este fue gobernador, gozaron de enormes facilidades para acceder a estas propiedades. Así todo, caída su estrella, como ellos nunca cometieron el error de dar prioridad excluyente a la política, no pagaron un precio excesivo ante el nuevo régimen... Fueron siempre una referencia importante para cualquier gobierno, por el volu-

men de negocios que manejaban como exportadores de cueros, carnes y sus derivados... El Estado obtenía, gracias a estas operaciones centralizadas por los Anchorena, la liquidación en divisas extranjeras que remediaaba las alicaídas arcas estatales. Siempre todos los gobiernos necesitaron equilibrar sus cuentas con el ingreso de divisas, y estas han provenido en su mayoría gracias a las exportaciones de los hacendados.

Es cierto que recibí unas pocas leguas cuadradas en frontera con los indios, tras mucho reclamo, como pago a mi empresa colonizadora en tiempos de Rivadavia. Un pago oscuro y unas tierras ingratis de las que prefiero no hablar ahora, puesto que por ellas he perdido un hijo...

Don Vicente hizo en ese momento una larga pausa. Todo el espacio se llenó de silencio.

—Queda claro, entonces, que no solo fue una falta de visión la mía, sino una decisión muy concienzuda respecto a cómo debe ganarse el dinero, algo que intenté transmitir a mis hijos, con quienes hemos trabajado codo a codo.

Nuestro modo de ganar dinero es un reflejo de nuestra valentía y determinación. Aquellos que buscan ganar dinero de manera noble y justa, trabajando con tesón y respetando los valores éticos, se convierten en verdaderos héroes de la prosperidad.

El buen modo de ganar dinero se caracteriza por la perseverancia, la dedicación, la pasión por lo que se hace... Y es importante recordar que el éxito no se mide solo en términos monetarios. La verdadera grandeza radica en la capacidad de generar un impacto positivo en la vida de los demás, de contribuir al bienestar de la sociedad y de encontrar un equilibrio entre la riqueza material y la espiritual...

Como antes les decía, en 1815 decidimos con Gervasia regresar a Buenos Aires. Mientras ella apuntalaba los cimientos del hogar donde criaríamos a todos nuestros hijos, yo intenté desarrollar desde estas playas lo que había soñado hacer de pequeño: tener mis propios barcos, ir y venir sobre la mar, observar qué ofrecían unos y qué necesitaban otros... Pronto se presentaría la oportunidad para que aquello que fabulaba dejase de ser una simple declaración de deseos y se convirtiera en hechos tangibles; aunque, ya sabéis, la realidad siempre resiste a la idea. No es fácil acomodar las propias iniciativas al flujo de las circunstancias.

Tanto en Londres como en Santander, Le Havre o en Hamburgo, había estado yo recibiendo mercaderías de los hermanos Anchorena o desempacando las propias. Mis contactos con los más importantes comerciantes y banqueros de Berlín y Ámsterdam me fueron abriendo puertas a diferentes negocios entre Europa y América del Sur. Fueron años en los que acumulé valiosos conocimientos sobre el mercado internacional, aprendí otros idiomas y adquirí habilidad para las finanzas. Todo eso me daba una preparación superior a la de muchos de mis congéneres como para poder aprovechar las oportunidades que ofrecía una nación incipiente. Aun así, nadie me regaló nada, puesto que mi condición de español me cerraba más puertas que las que se me abrían. Fui desenvolviéndome paso a paso, con modestia.

Generando confianza y sin pisarle los callos a nadie. Pero trabajando con astucia. Siempre les di este consejo a mis hijos, muy importante para un corsario: «¡Que no os vean venir!».

El panorama internacional era complejo, cambiante... Y en el Río de la Plata... ¡fuego fatuo y sur soplando, el tiempo iba empeorando! No había muchos que entendiesen cabalmente lo que sucedía en el mundo y eran menos aún los que alcanzaban a desarrollar una visión acertada de las coyunturas que se estaban abriendo. Tras las guerras napoleónicas y con el desmembramiento del Imperio español, el orbe que conocíamos cambió radicalmente. Si bien la emancipación de los pueblos de América desplegaba nuevas posibilidades, requería primero resolver antiguas necesidades. Independizarse, emanciparse, cortar los lazos económicos y culturales de un vínculo varias veces secular supuso una labor morroco-tuda...

En Londres conocí muchos criollos y extranjeros deseosos de sumarse a las guerras de la independencia americana: Alvear, San Martín, Miranda, al propio Bolívar... Mariano Anchorena, siempre avizor a los nuevos escenarios, me sugirió estar atento a sus movimientos. Las logias inglesas eran cónclaves de revolucionarios de todo tipo y color. Frecuenté algunas de estas reuniones, aunque no las más secretas. Los hermanos masones se conjuraban principalmente para combatir a gobiernos autoritarios; quizás por esa razón se plantearon como sociedades secretas. No eran bien vistos ni por ciertos monarcas ni por muchas iglesias, que los tomaban por asociaciones antirreligiosas, cuando en verdad la mayor parte de estos grupos hacían jurar a sus miembros la enemistad a toda manifestación totalitaria y profesar la creencia en Dios, el gran arquitecto.

to, que da sentido a la fraternidad universal... Claro que muchos han visto como muy peligrosa la separación de la Iglesia y el Estado, que toda monarquía siempre quiso establecer. Masones como George Washington, James Madison, Benjamin Franklin y todos aquellos «padres fundadores» de la extraordinaria revolución que se llevó a cabo en los Estados Unidos de Norteamérica eran la inspiración de estos patriotas criollos, hijos de españoles realistas. Los padres de la Nación argentina también fueron masones... Si queréis, os doy la lista. Cuando la masonería fue tan perseguida, sobre todo en España y en sus colonias, a ningún masón le estaba permitido decir quién lo era. Solo podía revelarse si públicamente el interesado lo decía...

No diré nada, por eso, sobre ninguno de los presentes... Pero tengo buena memoria para nombrar a muchas de las distinguidas personalidades que en algún momento manifestaron ser fervientes masones... Y que contribuyeron con sus vidas a que este país fuera no solo independiente, sino que estuviese también a la vanguardia de los más civilizados, como lo saben muy bien varios Casares aquí reunidos: José de San Martín, Manuel Belgrano, mi gran amigo Bernardino Rivadavia, Juan Martín de Pueyrredón, Mariano Moreno, Vicente López y Planes, Juan José Paso, Martín de Álzaga, Zapiola, Olegario Andrade, Guillermo Brown, Gervasio Posadas, Sarmiento, Justo José de Urquiza, Derqui, Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Florencio Varela, Carlos Pellegrini...

¿Continúo? La lista puede ser interminable... ¡Siempre se tiene a un buen masón sentado cerca!

Si bien esta fraternidad universal intenta ayudarse entre sí, algunos de los nombrados, paladines de la emancipación americana, recelaron en algún momento de mí por ser español. No obstante, yo siempre hice valer mi condición vasca y, aunque no me fue fácil mantener mi amor por España a la par de la genuina propensión que me insuflaba el país en el que había decidido vivir y tener una familia, supe imponer mi posición no solo con palabras, sino también con hechos. ¿Os parece fácil? ¡Pues no lo fue!

Varios de los que conocí como héroes luchando en las invasiones inglesas fueron fusilados en aquellos años siguientes a la Revolución de Mayo por considerarlos traidores a la causa patriótica. Liniers, Victorino Rodríguez, Juan Gutiérrez de la Concha, Santiago Allende...

En fin, cuando regresamos al Río de la Plata, como ya os dije, las cosas estaban muy difíciles. Había un clima de gran inestabilidad política. Tras la declaración de la independencia, se fueron sucediendo en Buenos Aires diferentes gobiernos. La población no entendía nada de lo que pasaba. Hubo una Primera Junta, conformada por casi todos miembros de logias masónicas; luego se pasó a una «Junta Grande», seguida de diferentes triunviratos; y finalmente el Directorio, que duró hasta 1820.

Gervasio Posadas era quien gobernaba cuando recalamos nuevamente en Buenos Aires. Varios de mis antiguos conocidos, ante los desafíos que exigía la nueva situación revolucionaria, trastocaron sus destinos.

El abogado Manuel Belgrano, que se dedicaba a temas de aduana en el antiguo consulado, andaba ahora disfrazado de general, tratando de hacer lo que podía con un ejército recién inventado en el norte del país. ¡Y, ciertamente, fue mucho lo que hizo!

Por su parte, José de San Martín, llegado también al Río de la Plata desde Londres, un año antes que nosotros, gobernaba por entonces la provincia de Mendoza. Lo que en verdad hacía en Cuya era estudiar cómo cruzar los Andes para liberar a Chile y seguir hasta el Perú, donde se hallaba el último bastión realista.

Cuando el 9 de julio de 1816 un congreso de diputados de las Provincias Unidas, reunido en Tucumán, proclamó formalmente la independencia de España, se agudizaron los problemas internos. En 1819 se dictó una constitución centralista que despertó el enojo de las provincias, celosas de su autonomía. Uno de los Anchorena trabajó mucho en aquellas efemérides, sin dejar de aprovechar la coyuntura para reacomodar los negocios familiares. Como varios de vosotros bien sabéis, en el país se fueron definiendo dos tendencias políticas claras: los federales, partidarios de las autonomías provinciales, y los unitarios, partidarios del poder central de Buenos Aires. Estas disputas políticas, muy encendidas, desembocaron en una larga y penosa guerra civil. Cuando los caudillos federales derrocaron al Directorio, cada provincia se gobernó por su cuenta. Y, sin embargo, la principal beneficiada por la situación siguió siendo Buenos Aires, que retuvo para sí las rentas de la aduana y los negocios del puerto. Y es que toda la vida política y económica de Buenos Aires giraba alrededor del puerto y de su suerte. Es verdad que su fortaleza fue asimismo su talón de Aquiles... Cuando en 1825 el Imperio del Brasil le declaró

la guerra a las Provincias Unidas del Río de la Plata, todo el comercio quedó paralizado. Los porteños supieron entonces lo que es la abstinen-
cia... Aunque el contrabando consuetudinario nos salvó de la hambruna.

Don Vicente pidió que le sirvieran otra copa. Tal vez era brandy.
Luego de saborearla lentamente, continuó:

—Quien está atento a los acontecimientos internacionales y trata de comprender qué cosas suceden en el mundo, por qué y cuáles son los cambios que de estos acontecimientos se derivan, sabe vislumbrar oportunidades. Cada uno de mis hijos puede dar cuenta del beneficio que le ha propiciado seguir esta enseñanza que siempre les inculqué... A vosotros ya os conté lo que significó para muchos vascos sacarse la boina y mirar el mundo, no con las anteojeras de la aldea, sino con la mirada amplia que da la mar, como la tuvieron aquella raza de marineros que forjaron la impresionante gesta de descubrir y explorar América...

El intercambio de mercaderías no paraba de crecer entre las naciones adscriptas al libre comercio. En todo aquel nuevo escenario de tráfico internacional, se me hizo evidente que tan importante como intermediar entre lo que se vende o se compra es desarrollar el arte de saber llevar y traer, es decir, el negocio del transporte y las redes de la navegación. Y en esos escenarios complejos, donde se hacía vital poder articular transacciones, decidí convertirme en un armador de barcos, tener astilleros, una empresa naviera. Vosotros sabéis que la provincia de Buenos Aires es inmensa. Casi toda España podría caber dentro de ella. La costa del Atlántico sur sobrecogía a todos los que la navegábamos, pues no había prácticamente ni puertos ni ciudades a lo largo de miles de kilómetros de costa...

Para alguien acostumbrado a mirar el continente desde el agua, Argentina siempre representó un gran enigma. Fuimos pocos los europeos que llegamos a estas tierras y no nos aquerenciamos al campo, atraídos por su riqueza colmada de recursos pecuarios.

Entre los hombres de mi generación, se produjo ante estos territorios indómitos una hipnosis gauchesca, en detrimento de la cultura marítima, por las oportunidades fabulosas que ofrecía el campo en torno al ganado y su comercio, como hicieron los Anchorena... Y yo mismo cuando fui socio de ellos.

La política colonial de los reyes de España también había propiciado que las cosas fueran así en el virreinato del Río de la Plata. Fue alrededor de estas ventajas rurales que se priorizó el intercambio comercial y se edificó la sociedad colonial. Y con razón. Es más fácil y económico carnear una vaca que salir a pescar en gran escala. A la ciudad de Buenos Aires, sin recursos mineros y con poca población, le cupo el papel de colonia productora de materias primas, sobre todo de cuero, grasa y carne, con puerto de salida hacia Europa. El saladero prácticamente fue la única gran industria exportadora. Luego los principales productos de exportación fueron la lana de oveja, las carnes y finalmente los granos. Alguno de mis hijos y casi todos mis nietos supieron insertarse en esa idiosincrasia telúrica... El estanciero pasó a ser en la pampa húmeda la figura central, tanto en lo económico como en lo social. Aunque yo me acomodé a estas realidades, siempre me hizo ruido en la cabeza semejante displicencia de los criollos al mar... Durante siglos, si los vascos no sacábamos algo del mar, nos moríamos de hambre... Al llegar a la Argentina, mi obsesión fueron siempre esos miles de millas náuticas que el país tenía sin que hubiese poblaciones costeras.

Retratos del gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, y su ministro de Gobierno, Bernardino Rivadavia, amigo de VAC.

Por entonces los diferentes gobiernos empezaron a mover recursos para expandir las fronteras del territorio nacional y, al igual que se hizo en el norte de América yendo hacia el salvaje oeste, nosotros emprendimos camino hacia el inhóspito sur.

Cuando en 1817 se fundó el Fuerte Independencia, que hoy llaman Tandil, algunos comenzamos a generar la idea de que también debía fundarse una ciudad-puerto sobre la bahía, a la que llamaban «blanca» por los salitres que se divisaban desde el mar.

Hace falta recordar que, en el Río de la Plata, una vez que se echó a los españoles, no había buques. La flota naval de este país consistía ¡en una sola nave! Se llamaba como nuestra virgen vasca, Aranzazu, y estaba destinada a cubrir las guardias de balizas, con una capacidad muy limitada para cumplir otras misiones. El escalafón estaba compuesto por media docena de oficiales y un centenar de subalternos... Eso era todo. La provincia de Buenos Aires controlaba, al menos en teoría, el inmenso litoral marítimo hasta Tierra del Fuego, incluidas las islas Malvinas. Toda la

vasta Patagonia era un desconocido territorio bajo la soberanía nominal del gobierno bonaerense...

Y ahí estaba yo, con don Bernardino, pergeñando proyectos para desplegar el poder naval en el marco de las reformas que él propugnaba para hacer de Buenos Aires un Estado moderno. Resultaba imprescindible poseer un control efectivo del área costera, impulsando «ciudades puertos», como las llamábamos nosotros, para el desarrollo de la provincia. Rivadavia, que era secretario de gobierno, tenía una visión clara al respecto. Estas colonias que se debían fundar serían focos de civilización y recibirían agricultores que podrían sacar desde sus puertos el fruto de sus cultivos, exportándolos a cualquier mercado que los requiriese. Sin embargo, el gobernador Martín Rodríguez promovía otras ideas: su pretensión era establecer un punto estratégico al sur del Salado desde donde controlar los malones y proteger las haciendas de los terratenientes porteños. En principio, estas dos estrategias podían combinarse para dar aliento al anhelo de avance civilizador sobre los territorios australes... Pero Rodríguez, el capitán de la nave, no era hombre de mar, sino de a caballo, al que solo le interesaba la llanura pampeana.

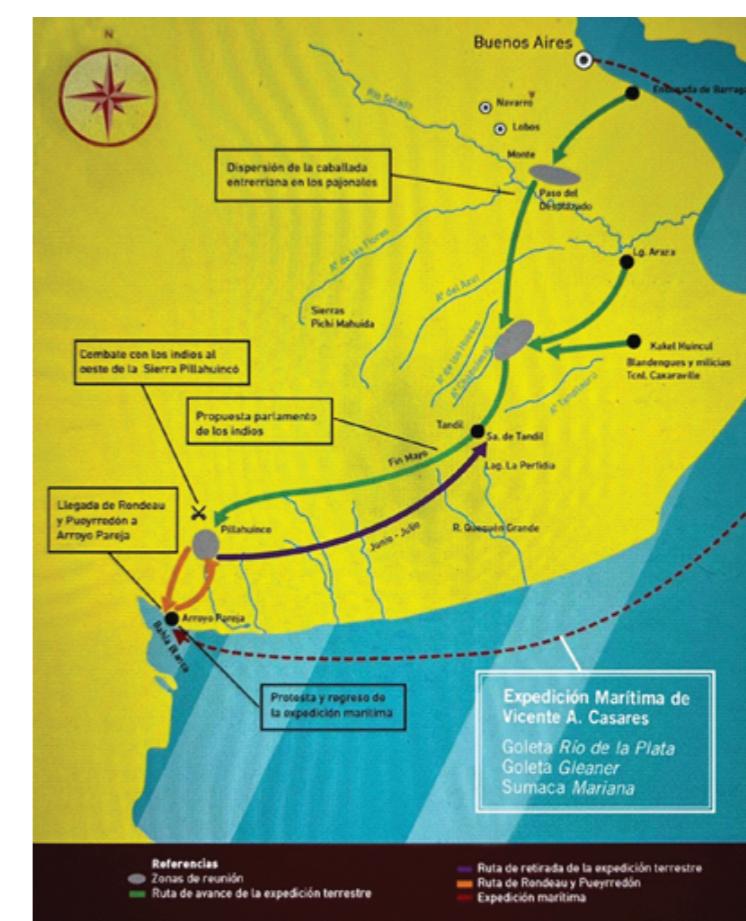
¡Parecía que el agua le daba miedo!

Rivadavia, en cambio, fue el clásico hombre adelantado a su época. De aquellos que muchas veces terminan incomprendidos por sus contemporáneos, cuando no vapuleados... Daba gusto compartir una conversación con él. Hablaba tres o cuatro idiomas, era culto, refinado... y un poco obstinado también, firme en sus determinaciones. Como ya les dije, el desarrollo de las *ciudades puertos* que imaginábamos con don Bernardino requería del control del área costera por parte de Buenos Aires... Nuestra amistad nos afianzó en esa búsqueda. Y así fue que me propuse desplegar en las costas del Plata aquellas ideas embrionarias que desde niño había imaginado a orillas del río Nervión: ¡ser yo también un colonizador en el nuevo mundo!

Pero valga una aclaración... No fue gracias a nuestra amistad que desarrollé aquellas actividades marinas, sino que esta amistad franca y leal con Rivadavia se forjó por haber trabajado juntos intentando expandir, con mis recursos, la grandeza del país moderno que él tenía en su cabeza. Aquel hombre fue un genio desaprovechado... Las luchas paliaciegas de aquellos tiempos opacaron su valía.

Por entonces, yo había empezado a fabricar pequeñas embarcaciones, que llamábamos sumacas, muy utilizadas en el Río de la Plata, dado que su casco aplanado las hacía ideales para transportar materiales en aguas de poca profundidad. Pero mis planes iban más allá... Por si no les ha quedado claro todavía, mi ambición era organizar un plan estratégico para el desarrollo de ciudades puerto a lo largo de las costas del país... Un país que, dicho sea de paso, recién comenzó a llamarse República Argentina en la fallida Constitución de 1826 que intentó impulsar Bernardino Rivadavia.

Desde el punto de vista náutico, se pretendía, en primer lugar, mejorar y afianzar la ruta entre Carmen de Patagones y Buenos Aires, estableciendo puntos intermedios de aprovisionamiento y vigilancia. Para ello hicimos varios viajes exploratorios, a pesar de los escasos recursos existentes en materia naval. Eran expediciones que se llevaban a cabo con un doble carácter: científico y militar. Para ello supe rodearme no solo de excelentes navegantes, sino también de brillantes científicos e ingenieros. ¡Estaba en mi salsa! Aún no se habían publicado cartas marítimas detalladas de esas costas, aunque la expedición del genial Malaspina las había relevado para España algunas décadas antes.



A fines de 1823, el gobierno de la provincia de Buenos Aires impulsó una misión de reconocimiento a la llamada Bahía Blanca, al mando del capitán Valentín García, conformada por dos naves contratadas. Una de ellas, la goleta Clive, era mía. A bordo teníamos al jefe del Departamento de Ingenieros, Martiniano Chilavert, y al agrimensor Fortunato Lemoine, junto con el piloto Joaquín Fernández Pareja. Trabajé codo a codo con este piloto, también español, que quiso explorar la desembocadura de un curso de agua que confundió con el arroyo Napostá... Casi hizo encallar la nave en aquel fondo fangoso. Con este incidente, yo estuve a punto de perder mi nave... Y él ganó para la posteridad que aquel pequeño estuario recibiera su nombre: ¡el arroyo Pareja! ¡Así son las cosas con la historia!

Por carecer la provincia de flota propia y visto que el estado de las finanzas era débil, a principios de 1824 Rivadavia decidió llevar adelante un concurso de propuestas para encargar aquella empresa marítima a particulares... Triunfó la mía. Por contrato, me comprometía a fundar un establecimiento en la bahía y realizar un relevamiento costero entre esta y el cabo San Antonio en busca de otros lugares también aptos para puertos. El modo en que me pagaría era con tierras en enfiteusis y una compensación de 20.000 pesos. Estaba feliz como perro con dos colas.

De modo tal que, lleno de coraje... y del entusiasmo que siempre le imprimí a mis tareas, armé y cargué por mi cuenta una pequeña flota. La integraban la goleta Río de la Plata, pilotada por Roberto Pulsifer, y en la cual acomodamos otra vez a los agrimensores Chilavert y Lemoine; más la goleta Gleaner, capitaneada por Diego Johnson, en la que iba yo; y como buque auxiliar, la sumaca Mariana, que transportaba los materiales.

Zarpamos con estas tres embarcaciones el 8 de marzo de 1824 y, una vez llegados a la zona, recorrimos y estudiamos minuciosamente toda la ría, sus canales e islas. Con el acuerdo de los dos ingenieros, decidí entonces el lugar preciso donde levantar el fuerte, sobre los márgenes de aquel arroyo Pareja. Era un punto magnífico. ¡Por fin mis sueños de conquistador se veían modestamente hechos realidad!

—Os dais cuenta? Un Casares fundando ciudades, como mis paisanos vascos, Juan de Oñate o Juan de Garay... ¡Si me viese mi padre...!, pensaba yo.

Resolvimos hacer allí el desembarco de todos los materiales... Y oficializamos con mis camaradas de expedición que ese día, el 6 de abril, en el que yo cumplía los 33 años, sería el de la fundación del fortín naval, que mis adláteros auguraban que se llamaría *Puerto Casares*...

Empero, todo lo que tiene rostro tiene dorso... Unos días después, llegó al lugar el mismísimo general José Rondeau con su tropa. Una avanzada del ejército del general Martín Rodríguez, que a duras penas había logrado llegar hasta Sauce Grande, en una travesía no falta de penurias debido a la aspereza del terreno, las hostilidades con los indígenas y la falta de pasturas para la caballada...

Tuvimos con Rondeau una reunión tremebunda. Un tipo rústico, bastante poco amable. Ante nuestro asombro, este emisario del gobernador nos informó, muy suelto de cuerpo, la decisión de suspender el proyecto de construcción del fuerte... ¡aduciendo que el sitio no era el apropiado! ¡Imaginaos!

Era evidente que aquella desgraciada expedición de Martín Rodríguez les había alterado las ideas. Yo monté en cólera contra el vencedor de la batalla de Cerrito, que me maltrataba por saberme español. Los ingenieros, más calmados y con argumentos bien fundados, explicaron al emisario que desde el punto de vista naval el sitio era inmejorable para el establecimiento de un poblado. Yo recordé que todo se estaba haciendo a mi costa y misión... En fin, que nos negamos tajantemente a abandonar la empresa.

El general Rondeau regresó con los suyos al grueso de la expedición, asentada en El Sauce, e informó lo conversado al gobernador, quien decidió, ante mi negativa de suspender los trabajos, intimarme a la retirada por intermedio de otro comandante, el coronel Manuel Pueyrredón.

Este militar tuvo la cortesía de acercarse a nosotros con quinientos hombres...

En este momento de su relato, don Vicente Antonio Casares se puso de pie y continuó hablando, visiblemente ofuscado:

—¡Aquella empresa terminó siendo todo un galimatías: político, militar y económico! El gobierno, que no podía con los malones, se nos venía encima a nosotros... ¡Sobre mis intentos civilizadores! Un gobernador, un general y un coronel contra mí y mis compañeros de iniciativa.

El único apoyo que tenía era el de Rivadavia, pero estaba lejos, en Buenos Aires... Pronto él mismo cayó en desgracia...

Hice labrar entonces un acta en defensa y fundamentación de la elección que habíamos hecho del sitio, en la que expusimos una detallada descripción de todo lo que ofrecía: la seguridad del lugar al abrigo de islas y canales y la capacidad de recibir y albergar naves de gran porte.

Aquel entorno marítimo era el mismo que había observado en el mar del Norte: en Róterdam, Liverpool o Amberes... Yo imaginaba que algo así sería posible crear en estas costas bonaerenses... La postura del gobernador se basaba exclusivamente en criterios terrestres. Según ellos, la ubicación del asentamiento era inapropiada debido a su difícil defensa frente a los indios y por la escasez de pasturas y agua dulce... Con Pueyrredón no se podía ni hablar. Un militar que se ufanaba de haber sido, tres años antes, parte del gran Ejército libertador y, sin embargo, exponía una foja de servicio bastante desgraciada... ¡Solo era admirable que pudiese continuar vivo luego de haber sido derrotado tantas veces en sus batallas!

Estos militares, que venían luchando contra indiadas ladinas, tábanos y pastizales que ni sus caballos querían atravesar, no comprendían las razones que pueden llevar a construir un buen puerto de cara a la navegación de ríos y mares. Solo pensaban en darles de comer a sus equinos y estar alertas a los peligros de tierra adentro.

¡Qué manía la de los criollos de querer llegar por tierra a un sitio costero, cuando es bastante menos complicado hacerlo por agua! Desde una visión marítima, nuestra posición era estupenda. ¡Irreprochable!

Aun así, tuvimos que levantar campamento.

Desde entonces comencé en Buenos Aires un largo litigio con las autoridades pertinentes para reclamar alguna compensación a mis gastos... La cual nunca llegó. ¡Adiós al sueño de una próspera Ciudad Casares en tierras de Sudamérica!

Hilando más fino, advertirán que este asunto, que marcó de manera tan conflictiva los inicios de mis negocios navieros, delata fuerzas subterráneas que años más tarde serían la causa flagrante de feroces luchas entre los argentinos. Mi intento fundacional fallido pone de manifiesto esas dos visiones contrapuestas que anidaban en las altas esferas del go-

bierno. Una, la que podría llamarse «terrestre», representada por el gobernador Rodríguez y un círculo con estrechos vínculos al sector ganadero, que querían asegurarse un punto de avanzada en tierra, con buenas pasturas y aguadas, susceptible de ser defendido de los ataques terrestres... La otra visión era la que representaba Rivadavia, que tenía puestos sus ojos en el mar, en la construcción de un puerto que sirviese a los fines del comercio y de la comunicación del vasto litoral provincial con el resto del mundo.

Por eso, la elección hecha de aquel lugar de la bahía blanca, hoy Punta Alta, cercana a la ciudad que finalmente terminó fundándose siete años después, en tiempos de Dorrego, era sin duda la mejor opción que se presentaba para tener un puerto y hacer prosperar una ciudad.

Menos exaltado, don Casares volvió a sentarse y habló a los suyos con una voz más íntima:

—Ya ven, pues, no todos nuestros proyectos, aunque sean buenos, logran concretarse. Lo importante es no quedarse mascullando enojos... Y volver a intentarlo. Quizá haciendo algunos ajustes, o bien, apuntando hacia otra dirección...

Años después de aquella gran decepción, fue un poco más al sur, desde Carmen de Patagones, que me di el gusto de batallar nuevamente contra los invasores. En aquel caso, los provenientes del Imperio del Brasil... Tampoco me faltaron experiencias corsarias en otros mares...

Gervasia siempre me ha dicho que debía escribir mis memorias... Pero nunca tuve tiempo para eso. Mientras haya cosas importantes para hacer, no se tiene tiempo para escribir...

Se hizo silencio en torno a sus palabras. La tarde se desdibujaba por los negros nubarrones que avanzaban a galope veloz sobre la estepa patagónica... Observé que VAC se encontraba algo fatigado. Me pareció que en el entorno había bajado abruptamente la extraordinaria intensidad anímica creada por el relato épico de Casares. Sin embargo, Tatán, siempre Tatán, se animó con otra pregunta:

—Don Vicente, ¿cómo es eso de que usted fue corsario? ¿Puede contarlo sin ahorrar detalles?

Algunos rieron; otros, como su padre, don Alejandro Sebastián, meñearon un poco la cabeza... Quizá porque preferiría cambiar de sitio para continuar con aquella tertulia tan animada. VAC respondió:

—Lo bueno de estas reuniones familiares es que surgen asuntos desconocidos de la vida de varios de nosotros. A mí, al parecer, la fama me precede... Pero debo agradecerte, muchacho, que me interpeles, para así aclarar algunos asuntos que quizá se hayan ido tergiversando a lo largo de las generaciones...

En ese momento, intervino don Sebastián, el hijo allí presente de VAC, abuelo de quien preguntaba, haciendo una moción de orden:

—Padre, sin duda estas jornadas patagónicas son las propicias para escuchar sus narraciones. Es un privilegio que otros, más allá de sus hijos, puedan escuchar directamente de su boca tantas empresas y aventuras suyas... Y así enterarse en detalle de asuntos que ya resultan leyenda... Hazañas legendarias para los pobladores del sur de la provincia, como lo son para los habitantes de Bahía Blanca, quienes, quizá sin saberlo, deben a usted gran parte de los míticos orígenes de su ciudad; esa que hoy cuenta con un puerto que nunca tuvo Buenos Aires... O los de Carmen de Patagones, escenario de patriadas sorprendentes que no muchos recuerdan... Estoy seguro de que sus choznos se maravillarán con los relatos que a mí también me han maravillado cuando, de pequeño, usted nos los contaba paseando por la costanera sur de la ciudad de Buenos Aires...

VAC lo interrumpió añadiendo a media voz:

—Son tantos los acontecimientos que he acumulado en mi existencia que hasta no lograr contarlos todos me parece que no tendré paz... En eso estamos, ¿verdad? Quizá Gervasia tuviera razón... Dicen que se vive para contarla. Aunque si no hay quien escuche ni recuerde, nuestras biografías se reducen a muy poco...

—Aquí somos todo oídos, don Vicente —intervino Charles.

—Sí, y me alegra que este sea el motivo por el cual se organizó el cónclave... Me da gusto que haya jóvenes que se interesen por la historia, por la propia historia al menos, puesto que ya pocos tienen esta capacidad de mirar el pasado para comprender mejor los tiempos en los que se vive.

Nadie nace de un repollo... Somos parte de un árbol, un árbol gigante, antiguo, lleno de ramas creciendo hacia lo alto y, a la vez, con fuertes raíces que penetran suelos profundos, a veces duros como estos en los que estamos... Es verdad aquello de que lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado... Cuando tratamos de conocer nuestros orígenes, se restablece en la mente un mapa magnífico y generoso que ayuda a saber por dónde navegar... Si ignoramos a dónde queremos ir, cualquier barco que pase nos vendrá bien... En cambio, si se tiene un propósito, si buscamos darle un sentido a los días que tocan, lo mejor será intentar subir al barco correcto que nos lleve al puerto deseado.

—Así es, padre —dijo nuevamente don Sebastián, mirando también a su hijo—. Le propongo a los organizadores de este fabuloso cónclave familiar que tengan la amabilidad de regalarnos una jornada más con usted... ¿Les parece bien que podamos tener toda otra jornada escuchándolo?

VAC reaccionó rápido:

—Lo que se disponga me parecerá bien. ¡Donde manda capitán, no manda marinero!

Fue don Alejandro Sebastián quien entonces, posando una mano sobre el hombro de VAC, se dirigió a todos con su propuesta:

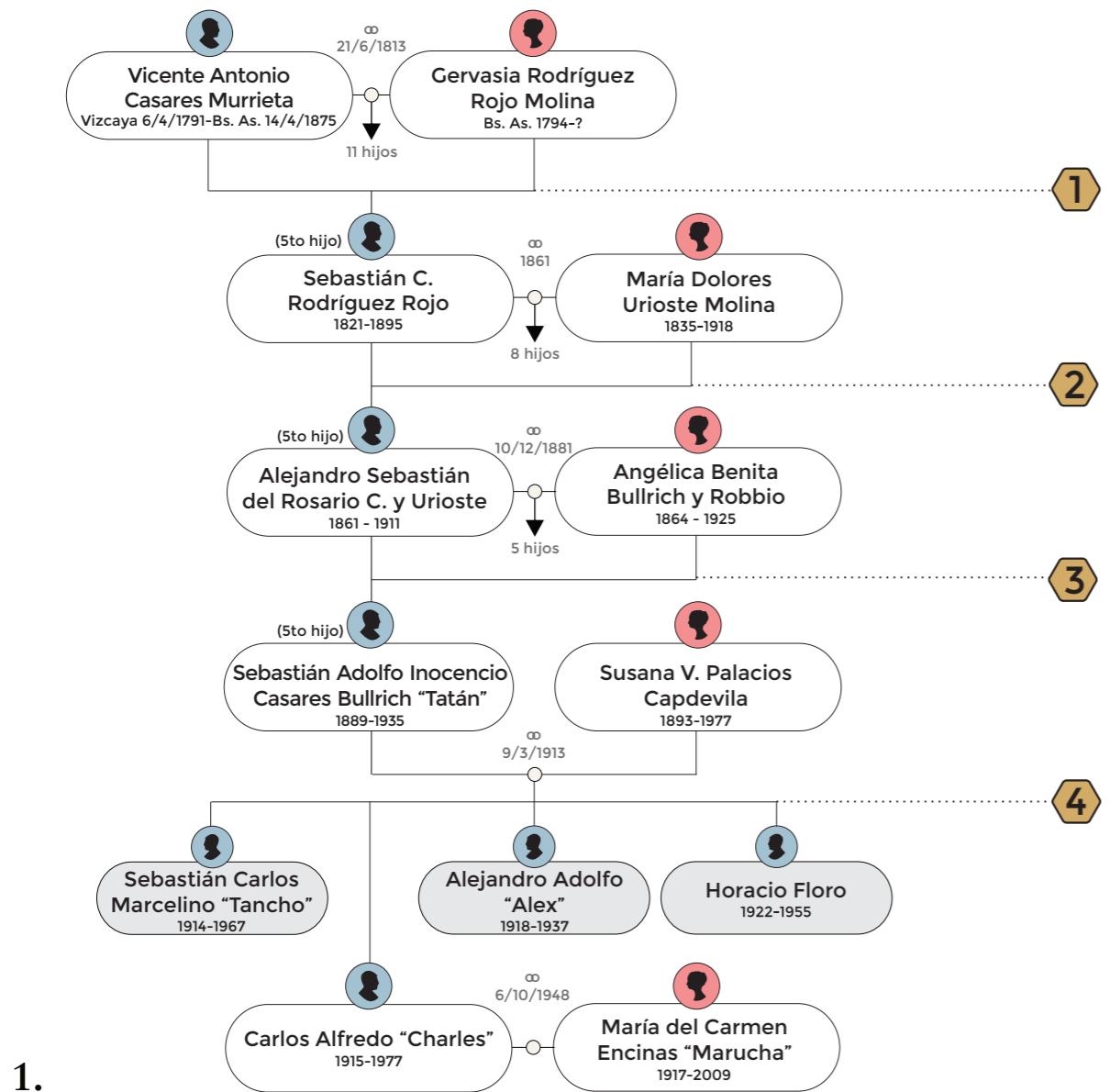
—Seguramente nuestro próximo encuentro será especial... Hay asuntos de la memoria pendientes de resolver y por eso le pedimos a nuestro patriarca que no se ausente, que vuelva a estar con nosotros. Con placer y obligación volveremos a escucharle.

Y exclamó a continuación, con voz alta y clara:

—¡Aquí es Casares!

«Aquí es Casares». Repitieron todos.

Sexta Jornada



La nueva jornada comenzó sin novedades. La casa había recuperado su ritmo propio y, al atardecer, cada uno fue ocupando su lugar en la mesa con una familiaridad que ya no necesitaba instrucciones. El asado

del día anterior había dejado un ánimo más distendido y cierta sensación de continuidad, como si el cónclave hubiera alcanzado su velocidad de crucero.

Charles apareció temprano, inspeccionando el comedor con la misma atención práctica de siempre; Alejandro Sebastián conversaban en voz baja con su mujer y su hijo... Yo repasé mis notas, intentando ordenar lo que todavía faltaba esclarecer. Intuía que lo que nos departiría VAC aquella noche sería quizá lo más importante de todo lo que de él no se sabía o que ya nadie recordaba.

Cuando todos estuvieron sentados, se hizo un silencio natural, nada ceremonioso. Bastó con que Vicente Antonio acomodara la silla para que todos entendieran que retomaría su relato.

A VAC se lo veía renovado. Pletórico y entusiasta como casi siempre.

Comenzó sin preámbulos:

—Incoaba ayer los asuntos que me tuvieron como protagonista durante aquellos años de permanentes conflictos navales con el Brasil. ¿Cuál era la causa? Las pretensiones imperiales lusitanas sobre la región mesopotámica de las Provincias Unidas y la Banda Oriental. Tanto se llevó la jarra al río que al final se terminó rompiendo...

Las finanzas del gobierno estaban arruinadas por las guerras de independencia, así que para poder hacer frente a los bloqueos que los brasileños apostaron en el Río de la Plata, se acudió al antiguo recurso de otorgar patentes de corso. También lo hizo Brasil: en su declaración de guerra incluyó un párrafo donde declaraba formalmente que autorizaba a sus marinos a hostigar a los del Río de la Plata bajo la modalidad corsaria.

¡A la ocasión la pintan calva! Fue el momento en que yo también me propuse intervenir, volviendo a involucrarme con los gobernantes de turno, mientras continuaba mis pleitos con los anteriores.

Las autoridades otorgaban estas patentes de corso a los privados para que fuéramos nosotros quienes nos ocupáramos de armar embarcaciones y capturar barcos enemigos que pirateasen por las costas del Plata, o para intentar eludir con las propias naves el bloqueo impuesto que im-

pedía la salida de mercaderías del puerto de Buenos Aires hacia el exterior.

Como era habitual en aquellas alocuciones de VAC, aunque parecía particularmente entusiasmado en transmitir sus memorias, primero nos mostraba un franco y luego viraba todo a babor para dejarnos un poco desconcertados:

—España no ha tenido grandes marinos que ejercieran la piratería, ni tampoco el bucanerismo o el filibusterismo... ¡todos parientes de la misma familia, amiga de lo ajeno!

Y es que España no tuvo que practicar los asaltos marítimos por la simple razón de que la nación se sentía propietaria de todas las riquezas de Indias por haberlas conquistado. ¡Y, además, por donación papal! De allí que, no siendo una nación pirata, sí que necesitaba hacerse de corsarios.

En Vizcaya, en el ambiente marinero, la actividad corsaria fue considerada siempre una empresa digna de honores, por sus valerosos servicios a la Corona.

Ya sabéis la diferencia entre ser corsario y ser pirata; lo he explicado unas cuantas veces a varios de vosotros... Es la diferencia entre ser marinero o polizón, aunque ambos se encuentren en la misma nave. Más aún, lo que distingue a un policía de un ladrón, puesto que el pirata se apropiá de lo que no es suyo y el corsario sale a detenerlo y confiscarle lo robado. Lo que confunde es que todos son gente de mar y utilizan los mismos medios y ardides... Pero lo hacen para fines diferentes.

En tierra, los límites siempre están claros y en todas partes las fortalezas y mangrullos salvaguardan y custodian las fronteras. Los mares, en cambio, son un gran continente líquido, donde muchos han creído que las leyes las ponen quienes flotan sobre él. Y es verdad que cada nave demarca una propia geografía... y las leyes las impone su capitán. Sin embargo, siempre hay códigos comunes que se respetan, o que deben respetarse...

Igual hubo corsarios de diferentes calañas... Si bien un corsario navegaba en toda ocasión amparado en el pabellón de su rey, lo que le impedía atacar embarcaciones de naciones con las que su monarca no hubiera declarado el estado de guerra, los ingleses a menudo se saltaban

tales normas... Y esto era algo que los españoles considerábamos una bajeza moral, contraria a todo derecho vigente entre naciones civilizadas. Los corsarios ingleses abusaron de su oficio y la reina inglesa lo consintió. Por eso muchos españoles denominaron «piratas» a tales corsarios, calificativo totalmente inapropiado, ya que los verdaderos piratas no reconocían ningún soberano, ni tenían patentes de asalto, ni respetaban ningún pabellón nacional, pues eran hombres «sin rey, ni patria».

Alguien como Drake no aceptaba ser llamado pirata porque, si robaba o asaltaba, lo hacía siempre para la Corona. Luego aparecieron también los corsarios holandeses, y con ellos el asunto incrementó su complejidad, ya que los holandeses esgrimían la teoría del «mare liberum» para poder contrabandear... Eso fue hasta que lograron sus posesiones al sur de la India... y entonces empezaron a cambiarla por la del «mare clausum», para evitar que otros se entrometieran en sus dominios.

Don Vicente volvió al ritual de otras noches: prendió su pipa con calma y llenó toda la sala con un aroma a tabaco avainillado muy agradable... Luego de dar largas pipadas, continuó:

—Durante mi niñez oía a todo el mundo hablar de la Compañía Guipuzcoana de Venezuela... Y si mis parientes Murrieta no hubieran tenido negocios en el Río de la Plata, probablemente la brújula del destino me habría señalado aquel norte... Aquellas caravanas de navíos que comerciaban con América se veían envueltas en miles de aventuras marineras que me apasionaban.

Venezuela fue uno de los territorios más apetecidos por los contrabandistas extranjeros, entre otras razones porque operaban desde islas cercanas, como las de Curaçao y Aruba. También lo hacían desde otras más lejanas: las de Jamaica, las de San Thomas, las de Martinica... Todas aquellas costas conocí... Y sé que todas ellas han vivido siempre del contrabando. Los contrabandistas obtenían enormes beneficios, ya que se ahorraban el pago de los impuestos reales de venta y de compra y luego sacaban su tajada adicional al vender las mercancías en Europa. Algo similar, a escala más reducida, se hizo persistentemente en las aguas del Río de la Plata. Desde los tiempos de Hernandarias hubo contrabandistas y piratas transitando entre las costas de Buenos Aires y las de la Banda Oriental.

Ante la situación planteada por Brasil, los gobernantes criollos decidieron seguir con la tradición española de otorgar patentes. Quienes las obtuvimos nos diferenciamos de los restantes corsarios por muchos rasgos, pero fundamentalmente porque se justificaba nuestra actuación como una forma de burlar los bloqueos y de recuperar el dinero o los productos robados por los piratas o los enemigos de turno.

A estas patentes también se las llamaba «carta partida», porque quienes las recibíamos conservábamos la mitad del documento, mientras que la otra mitad quedaba archivada. En ella se anotaba nuestro nombre, la embarcación con la que se realizaría la empresa y la zona donde operaríamos. Incluso hasta el hecho de haber entregado una importante fianza garantizaba que el corsario obraría con honestidad, según lo pactado.

Tatán, al igual que en veladas anteriores, intervino el discurso de VAC con una pregunta:

—Disculpe, don Vicente, explíqueme bien entonces, ¿por qué a ciertos corsarios también se los juzgaba? ¿Eran los famosos filibusteros?

—Ahora que todo ha cambiado, puede resultar difícil de entender lo que era una patente de corso; sin embargo, tenéis que comprender que fue un recurso muy inteligente que utilizaron las autoridades para asociar el capital y la iniciativa privada con la defensa de los intereses nacionales.

Es verdad que no pocas veces algunos corsarios cometieron excesos, de allí que sus prácticas se pudieran confundir con acciones de piratería. Pero siempre hubo una clara diferenciación entre corsario y pirata desde el punto de vista jurídico. Como he dicho, el barco corsario necesitaba de una licencia o patente para actuar. Solo podía capturar barcos enemigos o mercantes neutrales con contrabando de guerra y luego todas estas presas eran legitimadas en un juicio posterior. Los piratas, en cambio, actuaban al margen de la ley, atacando a toda embarcación que encontrasen en su camino. Su presa, jurídicamente, era un robo. O, dicho con otras palabras, una adquisición no legalizada.

La de los filibusteros era una situación intermedia... Se los llamaba «bucaneros» porque sus primeras tripulaciones fueron conformadas por antiguos cazadores de cerdos semisalvajes de la isla Española, donde preparaban la carne en forma de bucán, es decir, ahumándola... Los filibusteros, aun careciendo de patentes, fueron protegidos, en primer lugar, por los franceses o los ingleses en la isla de la Tortuga o en la de Jamaica, y

nos atacaban de forma exclusiva a nosotros. Su situación jurídica, de todas formas, se acercaba mucho más a la ilegal de los piratas que a la reglamentación de los corsarios.

—¿Se los reconocía porque usaban embarcaciones diferentes? —preguntó esta vez Susana, la mujer de Tatán.

—La experiencia nos fue demostrando que lo más eficaz para reprimir el contrabando era emplear el mismo tipo de naves que los contrabandistas, ya que ellos operaban en bajos fondos, muy próximos a la costa, con objeto de pasar desapercibidos e introducir mejor su mercancía. Con buques de gran porte resultaba imposible aproximárseles y mucho menos perseguirlos en zonas de poco calado, llenas de riscos, como suelen ser las del Río de la Plata. No fueron pocas las veces que los corsarios terminábamos empleando las embarcaciones capturadas a los contrabandistas, que se ponían a la venta en los remates... Ya ves que navegábamos todos en aguas confusas.

Nuestros barcos corsarios tenían la necesidad de ser rápidos para poder perseguir y pillar las presas. La rapidez se conseguía, obviamente, aumentando la capacidad de impulsión de los vientos mediante grandes arboladuras, pero esto iba en detrimento del tonelaje y, además, exponía a la embarcación a los fuertes vientos, que producían a veces verdaderos desastres en palos y velámenes. Otro inconveniente era el de las calmas chichas, que dejaban a nuestros buques inmóviles frente a los adversarios. Y además estaba el problema de la broma, que obligaba a carenar con cierta frecuencia... Una embarcación pequeña podía limpiarse en cualquier playa, mientras que una pesada requería buscar un lugar apropiado.

De allí que los barcos que nosotros armábamos fueran en su mayoría buques ligeros, de poco calado, impulsados por una o varias velas, fáciles de arriar llegado el momento y siempre auxiliados de remos para poder hacer mejores maniobras. Estos barcos, comandados por capitanes audaces y tripulación algo rústica pero corajuda, tenían la autoridad legal para abordar y capturar embarcaciones enemigas, confiscando sus bienes y cargamentos. Ya comprendéis entonces que las patentes de corso fueron licencias siempre otorgadas por las autoridades respectivas a marinos o armadores privados para que con sus propias naves se pudiera atacar y capturar barcos enemigos. Los postulantes debíamos depositar, para empezar, una suma de dinero en metálico cuyo monto dependía de

las operaciones planeadas y de las características de los barcos elegidos. Estas sumas estaban destinadas a cubrir indemnizaciones que pudiesen presentarse por no haber cumplido con las ordenanzas vigentes. La obediencia a todas estas órdenes, leyes y reglamentos era celosamente vigilada por las autoridades, dado que esa disciplina era la que diferenciaba a los corsarios de los aborrecidos piratas que actuaban por libre.

Nosotros teníamos que respetar reglas de conducta. Aquello no era ¡un viva la pepa! Se prohibía atacar a barcos neutrales, a civiles inocentes; se fiscalizaba toda la faena... Y se auditaban las ganancias.

Por tanto, es importante tener muy claro que una cosa es haber sido corsario y otra muy distinta, pirata. ¡Piratas o filibusteros eran los ingleses, cuatreros de los mares que actuaban bajo bandera propia!

Convertirme en un armador y obtener patentes de corso fue, sin duda, una oportunidad soberbia para participar activamente en la guerra marítima y al mismo tiempo una forma de obtener reconocimiento social... Además, no seré yo quien lo niegue, de conseguir enriquecerme. Claro que suponía una inversión a riesgo, que no siempre salía bien... E incluso, a veces, podía costar la propia vida. No obstante, para mí, resultó ser una actividad fascinante, porque fue un modo lícito de sentirme asociado a las grandes aventuras de mar que siempre admiré. Los corsarios nos embarcábamos en peligrosas expediciones en busca de botines y presas valiosas... Y haciéndolo contribuíamos a la economía y a la defensa del país.

Tatán intervino nuevamente:

—¿Y cómo eran sus compañeros de andanzas, don Vicente?

VAC se sonríe por la pregunta y contesta, no sin antes echar hacia el techo algunas volutas de humo.

—En los estrechos espacios de vida que son siempre las naves, se construyen fuertes lazos de amistad. Imaginad los nuestros, unidos todos como estábamos por los riesgos que se corrían... La solidaridad es un valor que surge espontáneo. Una colaboración que permite fortalecer los propios recursos de supervivencia ante las más difíciles situaciones. Se termina hermanado luego de superar juntos tantas inesperadas situaciones como se producen en aguas abiertas...

Un marinero experimentado es una fuente infinita de sabiduría... Siempre quise contar con ellos. Los marineros más avezados estaban comprometidos en el adiestramiento de los novatos, que provenían de las pampas. No eran gentes de mar. Me tocó presenciar en uno de nuestros bergantines cómo se les exigía hacer a unos hombres de campo, solo acostumbrados a montar sus caballos, el ejercicio de subir por las jarcias cuando, por lo picado de las aguas, los balanceos de la nave eran muy repetidos. Puestos a la faena, gran trabajo costó hacerlos subir: algunos no pudieron, por más esfuerzos y amenazas del capitán, y se abrazaron con todas sus fuerzas de los obenques... ¡No había forma de sacarlos, lo que causó las carcajadas del resto de la tripulación! Igual tortura les costó bajar. Pero quedando este ejercicio establecido a diario, no tardaron en convertirse en los más diestros marineros en poco tiempo. Yo amaba participar de aquellas cruzadas marinas, y me subía a mis naves todas las veces que mis obligaciones en tierra me lo permitían. Al inicio vivía más sobre un barco que en mi casa porteña; luego fui espaciándolo, hasta que Gervasia me prohibió seguir llevando esa vida venturosa y temeraria. Tras una de las escaramuzas más peligrosas que viví, me limité a mis tareas de armador...

Entonces, os quedó claro, ¿verdad? Yo era el socio capitalista del gobierno patriota, el que corría con los gastos y arriesgaba mi fortuna y mi pellejo en empresas de dudoso éxito... aunque con la expectativa de quizás obtener grandes dividendos. En los mares del sur no fuimos muchos los interesados en tomar tales patentes. Todo debía desarrollarse con nuestros recursos: poseer la embarcación, aprontarla para la misión con suficientes cañones y proyectiles, conseguir tripulación idónea y, sobre todo, contar con un capitán que estuviese a la altura de las peligrosas maniobras de persecución y acecho que debían realizarse. Se necesitaba mucha habilidad y una mayor velocidad para dar alcance al barco adversario, abordarlo y capturarlo con el menor daño, para no disminuir su valor o el de la carga que transportaba... Y había otra cosa más, de no menor importancia: tener un fondeadero apropiado para llevar las naves que se incautases y desarrollar allí las actividades consecuentes.

El Río de la Plata no era el adecuado... Allí se debía fondear de manera extensiva, por fuera del banco. Con embarcaciones pequeñas se entraba por el canal paralelo a la costa, ingresando al Riachuelo, y en muchos casos se podía echar anclas o tirar amarras. Pero esta forma de uso siempre estuvo muy restringida a condiciones especiales y reservada a momentos en que el clima y la dinámica de las crecidas lo permitiesen.



Puerto de Carmen de Patagones (siglo XIX), base de la actividad corsaria de VAC.

Imaginaos las operaciones marinas que realizábamos como corsarios, similares a las del entretenimiento del policía y el ladrón que juegan los niños. Cuando el «poli» captura a un ladrón, se lo lleva a la cárcel... ¿verdad? Y este allí se queda, si es que no vienen a rescatarlo sus compinches, cosa que sucede porque el poli descuida la retaguardia al salir a buscar otros ladrones... El estuario del Plata, así como facilitaba por su anchura que pudiéramos burlar el bloqueo de las naves brasileñas, también facilitaba que los acometidos pudieran recuperar las presas capturadas. Era un juego de nunca acabar.

Vistas estas características inapropiadas del Río de la Plata para los nuestros, decidí, junto a otros armadores de corso, instalar nuestra base de operaciones en Carmen de Patagones, zona que ya conocía muy bien por mis actividades previas, aquellas del «conquistador» frustrado...

Entre risas, VAC continuó:

—Patagones era un villorrio en torno a un fortín que a duras penas sobrevivía, tanto al olvido de los gobiernos como al embate de los muchos malones. Todo el territorio al sur de la ciudad de Buenos Aires estaba dominado por los indios pampas... Y, sin embargo, como paradero naval, resultaba idóneo para nuestros propósitos. Os explico por qué.

Patagones no queda sobre la costa marítima, sino sobre una de las márgenes del río Negro, ubicada a unas dieciséis millas marinas aguas arriba de su desembocadura... Para llegar al fondeadero, había que navegar esa distancia atravesando varios bancos que resultaban una verdadera trampa para los advenedizos. Yo mismo sufrí un naufragio con Fourmantin a cargo del timón...

Tanto era así que una tercera parte de las presas que se llevaban terminaban encallando a causa de aquellos bancos de la barra del río Negro. Así todo, estas dificultades eran justamente las que hacían que el fuerte de Carmen de Patagones con su fondeadero se convirtiera en un refugio seguro para los que teníamos patente de corso. Allí podíamos desembarcar nuestros botines de guerra, reparar las naves, carenarlas, abastecernos de víveres, descansar... Un paraje distanciado lo suficiente del tejemaneje político y burocrático de Buenos Aires, con el que yo estaba siempre litigando. Esta lejanía me permitió desarrollar varias iniciativas a mi aire sin tener que estar rindiendo cuenta a regimientos de inspectores, militares, envidiosos y curiosos. Todo lo que tenía en contra aquel sitio, a más de novecientos kilómetros de Buenos Aires, lo hacía ideal para nuestras actividades.

Claro que no estuve solo en esta iniciativa. En Patagones también armaron buques para la guerra de corso hombres de negocios de Buenos Aires, como Juan Aguirre, y también algunos otros vascos emprendedores, como José Julián Arriola y Ambrosio Lezica. A todos nos fue difícil contar con buena tripulación para nuestras naves. Buenos Aires, en los tiempos del virreinato, nunca tuvo una gran tradición marinera. Y pocos eran los capitanes criollos con experiencia. José María Pinedo y Diego Vélez fueron excepcionales.

Sin embargo, corrió la voz por los mares del mundo y poco a poco empezaron a aparecer por el Río de la Plata, escapados de Europa, una pléyade de marinos extranjeros estupendos, corsarios de pura sangre. Entre ellos, el francés Fourmantin y el italiano Fournier, mis dos grandes socios en la mar. También Dautant y Soulin, los estadounidenses George De Kay y Thomas Allen, y no pocos británicos que terminaron siendo legendarios por sus correrías, como Brown, Espora, Beazley, Coe... Extraordinarios marinos que batallaron de nuestro lado en la guerra contra el Imperio del Brasil.

Así fue como equipamos barcos fuertes, tripulados por casi un centenar de hombres, que terminaron aprendiendo casi todos los secretos del mar. Cuando se supo lo bien que pagaba Casares a sus oficiales y marineros, empezó a presentarse una enorme cantidad de postulantes... ¡Aque- llo parecía una agencia de colocación! En realidad, algo así supone fletar un barco para tales propósitos. Porque se necesita no solo capitán y marineros, también soldados, artilleros, carpinteros, cocineros, médicos... Tan alicaída estaba la escuadra nacional que sus pocos tripulantes la abandonaban y se venían a probar fortuna con nosotros.

En poco tiempo supimos no solo birlar el cerco impuesto y lograr establecer comercio con las costas orientales, sino también ir de exploración más allá del Río de la Plata, llegando al norte del Brasil y al Caribe.

El personaje principal de mis actividades marineras fue, como les dije, el capitán Francisco Fourmantin, a quien llamábamos «Bivois». Un corsario excepcional, hijo también de corsario. ¡Ciertas habilidades se heredan! A él le ofrecí ser capitán del primer bergantín que armé en Buenos Aires, «el Guillermo», al que luego se bautizó con el nombre de «La- valleja». La nave ya había servido a los patriotas orientales para sus luchas y andaba maltrecha. Pero tenía factura noble: era una buena embarcación, construida en los EE.UU. Nosotros la reparamos y acondicionamos para que pudiera albergar una tripulación de ochenta hombres. Desplazaba doscientas toneladas con seis cañones de doce milímetros bien montados por cada borda. Con ella obtuve mi primera patente de corso, ¡la número 92!, que pasó a ser mi número de la suerte.



Coronel Francisco Fourmantin (1799-1861) y su ahijado tehuelche, el cacique Casimiro Biguá.

Ya antes de entrar formalmente en guerra con Brasil, hicimos algunas correrías con esta nave fantástica, y llevamos interesantes presas a nuestra base de operaciones patagónicas... Entre las más valiosas, estuvieron la «Audirinha» y los bergantines «Bienvenido» y «San Juan Diligente». ¡Eran presas tan importantes que los brasileños se nos vinieron encima para tratar de recuperarlas! Primero reclamaron diplomáticamente a Buenos Aires, aunque no hicieron lugar a la protesta. Luego enviaron un bergantín a Carmen de Patagones, el «Río de la Prata». ¡Se corrió la voz de que buscaban a un tal Casares para colgarlo del mástil!

A partir de nuestras misiones corsarias, Carmen de Patagones dejó de ser una villa soñolienta. Pasó a estar, de golpe, en el centro de una disputa internacional, con barcos que intentaban cañonearla. El capitán brasileño, a pesar de ser un marino audaz, era bastante ignorante en geografía. Hizo caso omiso de los bancos. Su bergantín no pudo avanzar aguas arriba del río Negro y, furioso como estaba, siguió con dieciséis hombres en bote a remo para intentar llegar a nuestra base y así recuperar alguna de las presas que teníamos... Fracasó rotundamente en su torpe intento... ¡Los hicimos prisioneros a todos ellos!

Entre tanto, prosperó la reclamación presentada por el imperio del Brasil por lo actuado con el Lavalleja en sus costas... Entre escaramuzas victoriosas y litigios internacionales, me convertí en un personaje difícil para el gobierno. Algunos me bautizaron «el loco Casares», mientras que las acusaciones formales que se presentaron ante nuestro gobierno hicieron que se declarara pirata al «Guillermo». Figuraos la situación: apenas había empezado con mis actividades y ya me hallaba metido en fuego cruzado... El frente interno, donde algunos patriotas me tildaban de pirata e intentaban desde Buenos Aires embargar tanto al Guillermo como a los demás barcos capturados; y el externo, el imperio del Brasil contra el que en verdad peleábamos, exponiéndonos tanto Fourmantin como yo a ser capturados y merecedores de vaya a saber qué castigo...

¿Qué sucedió entonces? Si conocierais bien la historia de vuestro país, conoceríais la respuesta...

Providencialmente para nosotros, se declaró formalmente la guerra contra el Brasil... Y yo pasé de presunto pirata condenable a la horca a ser un ejemplar patriota al servicio de la más noble causa.

Formalizada oficialmente la guerra y bloqueado el puerto de Buenos Aires, hasta el punto de que el vicealmirante de la armada brasileña, Ferreira de Lobo, dijo «no van a pasar ni los pájaros», ¡a nuestro juego nos llamaron!

Con el gran Bivois, nos fuimos nuevamente de corso por las costas brasileñas: ¡los «pajarones» hicimos más de treinta presas por un valor de trescientos mil pesos! ¡Aquella cacería fue estupenda! Llegamos a librar batallas más allá de Pernambuco, por lo que tuvimos que llevar nuestras presas a pequeños puertos de las Antillas.

Una tarde de enero con un calor infernal, yo, que estaba en tierra, tuve una visión apocalíptica... Vi entrar a Fourmantin al puerto de Patagones con un barco negrero brasileño que había apresado por las costas del Polonio, en la Banda Oriental. Traía casi cuatrocientos africanos. ¡Aquel hombre sí que debió de ser pirata en otra vida! No sabíamos qué hacer con ellos, más que liberarlos de su triste destino. Si bien el grueso de las mercancías de nuestros corsos era luego reembarcado a Buenos Aires, algunas subastas se hacían allí mismo en Carmen de Patagones, las que permitían a los vecinos comprar infinidad de artículos a precios muy convenientes. Como la esclavitud en el Río de la Plata estaba felizmente prohibida desde el año 1813, aquellos desgraciados pasaron a rehacer sus vidas como pudieron. La ciudad y la campiña se llenaron de hombres negros en todo tipo de tareas. Yo contraté a siete de ellos.

La guerra, para los habitantes de la pequeña ciudad, se transformó en algo cotidiano: los buques entraban con sus mástiles rotos, sus tripulaciones maltrechas, el olor a pólvora entre marineros heridos... En las tabernas del puerto comenzaron a escucharse idiomas extraños. Muchos contaban a viva voz sus apasionantes y descabelladas historias de mar.

Era una base de operaciones donde yo me sentí muy a gusto. En Patagones almacenábamos las mercancías, se reparaban los barcos, se curaban los heridos... Allí las presas mercantes eran rebautizadas y equipadas adecuadamente para que sirvieran como naves corsarias, prestas a golpear el tráfico comercial de sus anteriores propietarios, los brasileños.

Esta guerra llevó a que el Congreso argentino buscarse organizar profesionalmente la defensa naval del país. Por una parte, a los privados nos autorizaba a hacer la guerra de corso con nuestras naves y, por otra, procuraba adquirir algunas embarcaciones para formar una escuadra na-

val. Puso al mando de ella al almirante Guillermo Brown. En verdad, la flota que inicialmente capitaneó el irlandés fue paupérrima...

La escuadra del Imperio de Brasil se nutría, en cambio, de las fortalezas de la flota portuguesa y con ella dominaba casi la totalidad de la costa septentrional del Río de la Plata, cuyos principales asentamientos eran Montevideo y Colonia. En Montevideo tenían el apostadero y sostén logístico del núcleo más importante de su flota; mientras que lo fondeado en Colonia servía de apoyo a la flotilla que operaba en el río Uruguay y a sus corsarios que jaqueaban el comercio fluvial.

Nuestra actividad principal era perseguirlos. Y, cuando podíamos, capturar aquellos barcos que eran los que llevábamos hasta Patagones. Allí se decomisaba todo. El intendente procedía a examinar la nave y comprobaba, en primer lugar, si había bienes que pertenecían a países o dueños conocidos, en cuyo caso debía restituírselos. Finalmente, se declaraba «buena presa».

El procedimiento era muy lento y los armadores reclamábamos muchas veces que se agilizase. Invertíamos mucho dinero en fianzas, armamento, sueldos de oficiales, tripulación... Todo un capital a riesgo, del que necesitábamos cuanto antes resarcirnos con el liquidado de las presas obtenidas. Luego venía otra etapa, muy compleja y riesgosa también: el operativo de trasladar los productos resultantes del decomiso de esos barcos a Buenos Aires, los cuales debíamos transportar en embarcaciones menores, muy veleras, capaces de forzar el bloqueo del Plata. O por lo menos llegar al Tuyú o al Salado, en la bahía de Samborombón, desde donde las mercaderías pudieran seguir viaje por tierra, en carretas... Para que se ocupara de estas operaciones fue que contraté a otro gran marino, de carácter impetuoso e impredecible, César Fournier. No sé si por fatalidad o por exceso de vitalidad, este hombre vivía encallando, naufragando... Y, a continuación, ¡realizando una proeza náutica mítica, que dejaba mudos a propios y adversarios!

El primer viaje de Fournier a la costa patagónica terminó, efectivamente, con el naufragio de su barco. Sin desfallecer, con renovada energía, hizo una serie de peripecias prodigiosas y logró salvar a toda su gente y llegar con ella a Patagones. Luego puso rumbo a Buenos Aires... Allí lo conocí y lo contraté. Y regresamos juntos nuevamente a nuestra base en el sur.”

Don Vicente se distrajo unos segundos con su pipa... Luego se puso de pie y avanzó hacia una ventana a través de la cual pareció observar la noche... Luego regresó a la cabecera de la mesa y continuó con su relato:

—Hablando de naufragios y barcos donde ya no queda tripulación sana... o viva, recuerdo una escena tremebunda que contemplé en aguas del Atlántico, no muy lejos de Cartagena de Indias. Debéis saber que no son pocas las veces que pueden encontrarse barcos navegando a la deriva, sin tripulación. Razones puede haber varias... Porque todos a bordo fueron víctimas de una enfermedad letal, porque quedaron gravemente heridos tras un enfrentamiento naval y no se pudo llegar a tierra; otras veces, porque las tormentas arrancaron los navíos de sus puertos... Son barcos que navegan sin capitán ni rumbo. Cuando el capitán de alguna otra nave las ve y reconoce su situación, suele tratar de hacer algo... Algunas veces se intenta abordar a estas naves solitarias, como la «Holandés Errante», de la que todos conocéis su historia... Yo mismo presencie cuando el capitán de nuestra fragata comprobó que no había nadie navegando en aquella otra y decidió abordarla...

—Y a que no os imagináis lo que encontramos?

Alguien exclamó:

—¡Un tesoro!

—¡Eso era lo que varios habíamos supuesto! Creíamos que era un barco pirata, lleno de oro robado, sin tripulación, sin bandera y sin destino. Pero no. ¡Estaba lleno de seres vivos! Cientos y cientos de ratas. Ratas caníbales. Se habían comido todo alimento, y hasta se comían entre ellas. Al primero de los nuestros que se asomó sobre la borda, le saltaron media docena encima aun antes de que tocase madera ajena. Tuvo que tirarse al agua para desprenderse de aquellos roedores enloquecidos, que así todo le birlaron media oreja. Un verdadero asco. ¡Huimos de allí como de la misma peste!

Terminaré mi alocución antes de que empiece a clarear. Quiero contáros sobre la batalla naval más peliaguda para mí de entre las varias que sobre un barco me tocó vivir. Como os dije, en aquellos años veinte, repartí mi tiempo entre Buenos Aires, donde vivía con mi familia y auditaba la liquidación de las presas obtenidas, y Carmen de Patagones, donde dirigía la reparación de las naves incautadas y equipaba los nuevos cor-

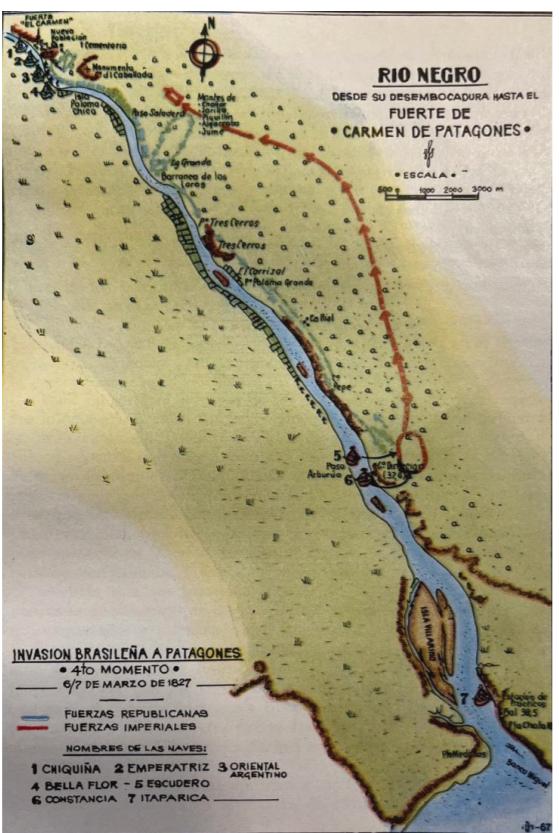
sos. En esto último estábamos cuando se supo que llegaba, remontando el río Negro, una soberbia flota brasileña con la intención de llegar a las costas de nuestro modesto fortín. Buscaba darnos el merecido por todas las fechorías corsarias que habíamos perpetrado en sus propias aguas y liberar las piezas capturadas. En sus planes, tomar Patagones resultaba estratégico porque, haciéndose de aquella base, podrían atacar Buenos Aires desde dos frentes, desde el este y desde el sur. Su flota estaba compuesta por dos corbetas, un bergantín y una goleta, que tripulaban seiscientos hombres, comandados por el almirante escocés Shepherd. No había ninguna paridad con nuestras fuerzas, que eran mínimas. El villorrio de Patagones entró en estado de pánico. Pensad que era un fortín donde había más prisioneros que tropa para cuidarlos, y en la ciudad la población estable era muy reducida. Había una sola iglesia a la que acudían las pocas mujeres existentes... Y tres tabernas con algunos marineros que aprovechaban para emborracharse a la espera de que se les reparasen las naves para volver a salir al mar a capturar nuevas presas.

Nuestra salvación fue el coraje y la rapidez con que Martín Lacarra, comandante político y militar del fortín, organizó la defensa. Hijo de vascos de Navarra, también había coincidido con él cuando las invasiones de los ingleses; y aunque me llevaba varios años, éramos muy amigos. Solía invitarme a su casa y pasábamos agradables tertulias hablando del



terruño de su padre y del mío. En Patagones, la memoria de cómo los pobladores de Buenos Aires supimos defendernos durante las invasiones inglesas seguramente se transformó en el estímulo de una similar valentía. Veinte años después, yo me encontraba en una situación análoga, pero luchando sobre una nave. Lacarra tenía bien alistados cien infantes y logró sumar unos ochenta más de todo tipo: gauchos malevos, indios amigos, negros voluntarios, corsarios, vecinos, mujeres y niños... ¡todo brazo disponible fue empeñado en repeler a estos brasileños invasores!

Lo primero que hicimos fue poner al «Chacabuco» como piquete de artillería y avisarles con nuestros cañonazos que la cosa no les sería fácil. La barra del río Negro hizo lo suyo y, al no poder atravesarla, sus tropas desembarcaron...



Croquis de la invasión -
Cuarto momento. (Avance terrestre brasileño)

Y ahí nomás se armó la refriega, a la altura de un cerro que desde entonces llaman «de la caballada». Ellos a pie fueron atropellados por los gauchos y los indios, que, aunque con pocas armas, estaban bien montados. La batalla fue feroz. Ninguno de los criollos aflojó. Lacarra también obró con picardía: había hecho vestir con gorras, oriflamas y colores militares a las mujeres en la retaguardia, quienes se asomaban por entre las empalizadas del fortín, haciendo creer a los invasores que allí los estaba

esperando una tropa bien pertrechada para propinarles lo peor. Esta noticia los perturbó. No supieron qué hacer, si avanzar o retroceder... Entre tanto, varios de nosotros, al fin y al cabo, expertos corsarios, nos ocupamos de capturar esas cuatro naves en las que habían llegado y que estaban casi abandonadas tras el desembarco. Cuando los brasileños vieron que las tropas organizadas por Lacarra no estaban dispuestas a ceder ni un centímetro y que además se les estaba haciendo daño por todos los frentes, quisieron regresar a sus naves... ¡pero estas habían desaparecido!

Nuestras operaciones sobre el río fueron vigorosas. El comandante Bynnon, desde la sumaca «Bella Flor», lideró la batalla y se encargó de la «Escudeiro», que se rindió cuando su comandante cayó mortalmente herido... Sumando esa nave brasileña a las cuatro nuestras, fuimos detrás de la corbeta «Constanza», que presentó ruda batalla. La sometimos a un fuego combinado del que no pudo zafar... Y, finalmente, se rindió.

Desde mis dos balleneros, el «Hijo de Mayo» y el «Hijo de Julio», comandado uno por el inglés James Harris y el otro por Fourmantin, a quien yo acompañaba, nos encargamos del «Itaparica», al cual redujimos rápidamente hundiéndolo a cañonazos... El capitán británico Shepherd, que comandaba la intentona brasileña, murió en combate. Un buen marino de férrea disciplina, pero carente de imaginación.

Como resultado de todos estos memorables combates, quedaron en nuestro poder tres buques, veintiocho cañones y numerosas armas. La tropa de desembarco perdió cuarenta de los suyos y se rindieron en las naves diez oficiales y trescientos soldados. En total, las fuerzas brasileñas sufrieron cien bajas y se tomaron quinientos ochenta prisioneros, entre los cuales había doscientos británicos; varios de ellos pasaron a engrosar las filas patriotas.

Sé que la población de Patagones conmemora anualmente esta victoria militar y cívica con importantes festejos... Todavía permanece hundiido el casco de uno de los barcos en el lecho del río Negro frente a la ciudad. Y dos enormes banderas de las siete que se le capturaron al enemigo en aquel memorable 7 de marzo de 1827 quedaron como trofeo de la ciudad y están expuestas en la iglesia Nuestra Señora del Carmen...

En fin, una vez reparados los buques capturados, se procedió a bautizarlos con nuevos nombres. Mi gran trofeo de guerra, el «Itaparica», pasó a llamarse «Ituzaingó» en honor a la gran batalla librada y ganada

por el general Alvear. Al «Escudeiro» lo nombraron «Patagones». Y la «Constanza» tomó el título de «Juncal», por la gran batalla a la que ya me referí. Todos estos buques integraron la flota de Guillermo Brown hasta finalizadas las guerras en aguas del Plata. Yo seguí operando desde allí hasta que el corso pasó a ser una historia superada. Concluido el conflicto, focalicé nuevamente mis negocios navieros en Buenos Aires. Porque además habían puesto precio a mi cabeza... Adivináis quién, ¿verdad?

Tras varios murmullos en la sala, VAC aclaró:

—¡Gervasia!

Os voy a contar una infidencia que quizá sea necesaria para comprender por qué los Casares tienen una descendencia tan numerosa... Hasta el punto de que ya no os reconocéis entre primos...

Gervasia tenía la pícara costumbre de que, ni bien aparecía yo por casa, luego de mis largas ausencias, antes aún de atender los reclamos más perentorios de nuestros hijos, me encerraba en la alcoba. Decía que allí dentro ella era la capitana. Escondía la llave en un lugar del que nunca supe cuál era y no me dejaba salir hasta que hubiese cumplido a satisfacción suya con mis obligaciones maritales. ¡Vaya criolla aquella!

Terminada la guerra contra el Brasil, me dio el ultimátum. Debía elegir entre estar arriesgando mi vida alegremente entre barcos o pasar a ser un marinero anclado en tierra firme... Decía que sin una presencia más permanente de mi parte, aquella familia que habíamos armado juntos se iría al garete...

Nunca supe bien si tal sentencia fuera certera o no, visto que en casa siempre había capitaneado ella. Pero comprendí que tenía razón. Y aunque no podía abandonarlo todo de la noche a la mañana, poco a poco fui delegando tareas. Mudé todo aquel tinglado que tenía en Patagones a Buenos Aires, donde mis hijos mayores ya habían aprendido el oficio y estaban prestos a convertirse en los estupendos socios míos que finalmente fueron durante varias décadas.

Lo que marcó el alejamiento definitivo de las situaciones más arriesgadas que a Gervasia fastidiaban tanto fue cuando caí preso del enemigo, a raíz del bloqueo que hizo Francia al Río de la Plata en 1838. Pasé algu-

nos meses cautivo hasta que, gracias a la intervención del propio almirante MacCan, que yo había conocido en Europa, fui liberado.

Así que ya veis... Como diría el sicalíptico de Napoleón, las mejores aventuras siempre comienzan y concluyen en un amable lecho... Como buen burgués, es allí donde yo les deseo a todos vosotros que terminéis vuestras vidas.

Alejandro Sebastián, que estuvo muy circunspecto toda la velada, le hizo entonces una pregunta incisiva:

—Abuelo, después de todo lo que ha vivido... Y de lo que ha visto que han vivido sus hijos... E incluso nosotros, sus nietos... ¿Qué enseñanza puede compartirnos sobre la vida?

—¡Que es muy difícil transmitir enseñanzas! Hay que saber escarmientar en cabeza propia. La experiencia es la gran maestra de la vida, y cada uno tiene la suya.

Cuando tenemos éxito, nos cuesta ver lo que hicimos mal, mientras que cuando fracasamos, todos nuestros errores quedan en evidencia. Esto es importante para un emprendedor empedernido como he sido yo, porque sobre esas experiencias uno puede ir perfilando el camino mayormente seguro hacia los siguientes objetivos.

Varias de las empresas que llevé a cabo no resultaron exitosas, por ejemplo, alguno de los negocios emprendidos junto a los Anchorena. ¡Salí escaldado más de una vez!

Pero siempre estuve lleno de proyectos... Intenté varias veces entusiasmar a los dirigentes del Estado nacional en algunas iniciativas importantes, cuando aún estaba todo por hacerse en este país... Fui estafado en mi buena fe. El Estado no suele ser un buen pagador. Quienes gobiernan funcionan con una lógica muy diferente a la de un emprendedor. Cambian de opinión según la ocasión. Sucede que el Estado puede incumplir sus contratos con muy pocas consecuencias negativas. En el sector privado, nuestra credibilidad, nuestra honestidad son la única fortaleza que tenemos.

Perdí mucho tiempo y dinero siendo socio del Estado... y luego litigando contra él para que me compensase la injusticia de sus incumpli-

mientos. Algunos achacan a los vascos ser obsesivos y porfiados. Yo aprendí a no obsesionarme con lo que me gusta.

A tener intereses variados. Divertirme viéndome a mí mismo siendo tiadero, soldado, padre, comerciante, marinero, corsario, fundador de ciudades, de sociedades benéficas, de instituciones educativas, cónsul... ¡jardinero!

Lo bueno de estar en familia, aunque hay familias y familias, es poder, como sucede en este cónclave, sosegar todas nuestras naturales precauciones y prejuicios y abrirnos a conversaciones francas y sinceras. Aquí podemos ser quienes en verdad somos porque ya todos nos conocen (o casi todos) y eso le quita hierro al asunto. Es muy duro estar todo el tiempo sosteniendo el personaje que hemos construido para relacionarnos con los demás... ¡nada como poder ser quien en realidad se es, y eso es más fácil entre gente que nos acepta y quiere como somos, los de nuestra familia y nuestros verdaderos amigos!

Con estas últimas palabras finalizó VAC su alocución, siendo reconocido con largos aplausos y brindis cariñosos de todos los presentes. Fue el mismo Alejandro Sebastián quien, haciendo gala de su impecable oratoria, cerró la velada con estas palabras:

—Se merece usted, querido abuelo, estos y más aplausos por los varios regalos que nos fue ofreciendo durante las entrañables noches del cónclave. Sus testimonios resultan de indudable valor, tanto para sus descendientes, que aspiran a conocer los orígenes del propio linaje, como para cualquiera que se interese por los aconteceres heroicos de nuestra patria, procurando deducir enseñanzas de los hechos relevantes de la historia. Es, o fue, la suya y la de los Casares, una microhistoria de la gran historia de la Argentina. La historia de los avatares, ilusiones y esfuerzos de una familia patricia, tal como a muchos les hubiera gustado contarla cuando sienten concluida la parábola de la propia vida.

Nos ha enseñado, sobre todo con su ejemplo, la influencia decisiva que ejerce la personalidad del jefe, del capitán, del patriarca... quienes, innumerables veces, con medios precarios, llevan a cabo épicas hazañas, logrando coronar objetivos que parecen inalcanzables. Y así, al igual que una fatigada nave puede ser conducida a la victoria no obstante la superioridad del enemigo, la historia de una familia puede trascender los meandros del tiempo si se pone empeño y amor en transmitirla junto con

sus valores fundacionales, y estos ser conservados como patrimonio intangible de la propia tradición.

Quisiera, además, abuelo, agradecerle porque al mérito de fondo de las vivencias que nos ha transmitido, usted le supo unir también la galanura de la forma. Usted sabe utilizar palabras preciosas, don Vicente... Las palabras con las cuales nos ha contado sus impresiones, sus recuerdos, sus consejos... No son simples canales de comunicación, desprovistos de alma. En ellas también resuenan los ecos de culturas antiguas, se decanta la memoria de muchas generaciones, con sus búsquedas y sus tesoros... Al escucharlo, nos hemos empapado en las aguas, cambiantes y a la vez permanentes, que en cada palabra han depositado los siglos... Así que triple gracias, don Vicente Antonio Casares. Por sus palabras, por lo que con ellas nos ha transmitido y por querer estar aquí, entre nosotros.

VAC lanzó emocionado su grito emblemático:

—¡Aquí es Casares!

Y todos a una repitieron de manera atronadora: «¡Aquí es Casares!».

Así finalizó aquella sexta jornada.

Séptima Jornada

1.

La nueva jornada trajo un cambio natural en el cónclave. Después de la intensidad acumulada por las intervenciones de don Vicente Antonio y la delicada mirada de doña Gervasia, era lógico que la voz siguiente surgiera del punto donde ambas líneas convergían: don Sebastián Casares.



Había algo en su presencia, no tanto autoridad como arraigo, lo cual modificó levemente el ambiente. Los demás convocados parecieron conscientes de que lo que vendría ya no pertenecía solo al mundo fundamental del clan, sino al tramo donde la historia empezaba a encaminarse hacia aquel extraño presente que estábamos viviendo en Los Guanacos, dando claridad a un linaje bien delimitado. Don Sebastián era, después de todo, el primero de los Casares cuyo relato conduciría directamente hasta Charles.

Ya sin VAC ni doña Gervasia, el comedor se había encogido. A don Sebastián se le ofreció la cabecera, quedando a la derecha su mujer, doña María Dolores Urioste Molina. Ni bien tomó asiento y se arregló su impresionante bigote blanco, la audiencia quedó expectante. No por solemnidad, sino porque todos intuían que lo suyo sería distinto: menos épica, quizás, pero con pasajes de una historia más reconocible.

2.

—Buenas noches a todos... También yo agradezco, como hizo mi madre, esta invitación al cónclave de los Casares, cuyo artificio se ha obrado para desconcierto de muchos que no están aquí y maravilla de todos los convocados. Aprovecharé este hermoso ámbito para contarles algo de lo que fueron mis anhelos, mis esfuerzos, mis actividades... tal como se me ha sugerido que hiciera. No fui en mi vida muy propenso a compartir estos asuntos personales, pero la ocasión no solo lo amerita... ¡sino que lo exige!

Seguramente todos ustedes conocen a qué nos referimos cuando hablamos del Riachuelo, pero me animo a suponer que poco saben de la geografía específica de La Boca...

Salvo mi padre y mis hermanos, el resto de la familia, posteriormente a los tiempos penosos de la fiebre amarilla, fue olvidándose de aquellos arrabales de la ciudad portuaria donde en gran parte se forjó nuestra fortuna. La proverbial riqueza de los Casares.

La mayoría de los porteños desdeñaron poco a poco nuestro «Río de la Plata». Fuimos dándole la espalda, obnubilados por el esplendor verde de las pampas húmedas. Y es por eso por lo que del Riachuelo y de

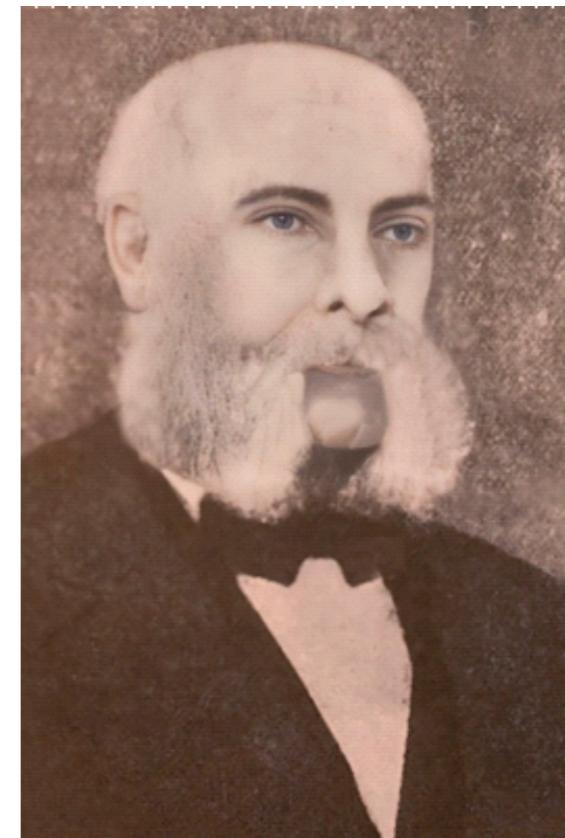
su desembocadura, es decir, de la Boca, he pensado contarles algunas anécdotas. Yo pasé gran parte de mi vida en aquellas barriadas.

Por la geografía se penetra en la historia... también en la familiar. Porque, así como no se entendería la del padre de nuestro padre sin el Nervión de Vizcaya, no se comprendería la nuestra, la historia de nuestro padre y la de sus hijos, sin el riachuelo de La Boca. Así es que, para los que no saben o ya no recuerdan nuestros orígenes boquenses, les quiero relatar algunos asuntos que me han tenido como protagonista.

Este pequeño riacho, afluente del Río de la Plata, constituye el límite natural y político de Buenos Aires al sudoeste. En el tramo de la desembocadura que forma una «boca», es donde presuntamente Pedro de Mendoza desembarcó para fundar la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre.

Puede que aún los historiadores discutan cuál es el sitio exacto donde se clavó aquel poste fundacional, pero es indudable que tanto don Pedro como sus hombres se han paseado por las riberas del «pequeño río». Bastaría leer las crónicas de Ulrico Schmidl, uno de los tripulantes de aquella incursión, capitaneada por la nave «Magdalena», que escribió de manera fervorosa y que luego editó él mismo en Alemania. El marido de mi hermana Agustina me regaló un ejemplar de ese hermoso libro y también me ayudó a leerlo, ya que estaba en idioma alemán... El Riachuelo fue, en aquellos tiempos primeros, la esperanza de los navegantes tras las incertidumbres de las travesías. Un puerto de abrigo, un puerto acogedor. Allí, en La Boca, en la curva de la Vuelta de Obligado, los barcos se hallaban al seguro de los vientos pamperos. Sin embargo, la geografía circundante durante mucho tiempo fue como se describe en aquellas crónicas del 1600: lagunajos pantanosos y anegadizos, sauzales de las riberas y juncales, pajonales espesos, valle desolado y triste. El entonces «río de Solís» ofrecía un espectáculo tenebroso, cuando no aterrador...

Solo después de la batalla de Caseros, que cambió la suerte de nuestra provincia, algunos de nosotros quisimos transformar aquel puerto natural en un puerto idóneo. Una serie de obras de dragado que lo habilitaron a recibir buques cada vez más grandes delineó definitivamente el carácter portuario del barrio. Sobre las orillas del Riachuelo, se situaron establecimientos fabriles, desde curtiembres hasta astilleros como el que papá instaló, y que fueron moldeando el paisaje, la naturaleza y la cultura de aquella cuenca hídrica.



Don Sebastián Casares (1821-1895),
quinto hijo de VAC

Como verán, yo heredé de mi padre el amor por los barcos... Y aunque no he sido un navegante consumado como él, dediqué grandes esfuerzos de mi vida a la industria naviera, dando, a partir de ella, impulso económico y empuje cultural a una localidad porteña que se identifica con un hilo de agua dulce... como es el Riachuelo. La Boca es hija del Riachuelo. Su realidad fluye sobre ese brazo líquido que la pampa extiende hacia el Plata. La mano de este brazo es La Boca.

En los primeros viajes que hice junto a mi padre, desde nuestra casa hasta las orillas del Riachuelo, fui aprendiendo muchas cosas de esa región misteriosa en los confines de la ciudad y a la que terminé amando, como se ama siempre aquellas cosas a las que les dedicamos nuestros mejores esfuerzos. En La Boca fui elegido por los vecinos como primer juez de paz del territorio, durante un tiempo de gran importancia para la historia del país en esa zona sur de su resistida capital. Pero eso fue mucho después. Y no quiero anticiparme, porque antes estuve aquel adolescente que acompañaba a su padre entusiasmado con sus emprendimientos, aunque de ellos casi nada entendía. Pero eso sí, creo que fui entre mis hermanos el que con más fidelidad lo escoltaba. Es que llegar hasta La Boca suponía toda una aventura, por más que no se distanciara de nues-

tra casa más de una legua... No era tanto la lejanía, sino la arriesgada interposición tupida y pantanosa que había que sortear de camino lo que hacía tan esforzado el propósito. Tan escabrosos eran los accesos, tan ariscos, que mis primeras impresiones eran las de acceder a un territorio remoto y salvaje, como el de los cuentos de la misteriosa Calcuta que me iba relatando mi padre durante el periplo, aquella villa de la India a la que, según contaba, llevó mercancías en su juventud marinera...

A veces, antes de llegar a nuestro destino final, él quería que nos detuviéramos en la playa que se extendía en Paseo Colón, a la altura de Independencia, para mostrarme lo que se estaba construyendo en aquel astillero de Tomás Amigo. Eran los dos primeros buques que navegarían por el litoral argentino: «El Africano» y «El Pirata». Por esos días ya empezaba a oírse allí la lengua bulliciosa de los italianos, que pronto resonaría para siempre por todos los rincones de La Boca.



«El puerto de Los Tachos», pintura realizada por Pellegrini en tiempos de VAC y Sebastián Casares (c.1840).

La sorpresa mía era mayúscula cuando, una vez cruzados todos esos obstáculos de la naturaleza bonaerense en carromatos de altas ruedas, imprescindibles para salvar todos aquellos pastizales y charqueríos, se llegaba a un territorio lleno de actividad industrial, mercantil, de telúrico trapicheo de pulperías y grandes transacciones en los galpones imposta-

dos para el comercio internacional. Nuestro padre me hacía ver las posibilidades que ofrecían las tierras ribereñas que había adquirido, se ilusionaba con la idea de la construcción del gran puerto de Buenos Aires... Algo que, como acabo de referir, intentamos hacer más tarde cuando el gobierno de turno llamó a licitación de proyectos... Y ganó el proyecto de Madero, que, si bien resultó ser una obra importante, dislocó para siempre el río de la vida de los habitantes de la ciudad.

Cuando llegó papá a tierras rioplatenses, no había población establecida firmemente en las riberas del Riachuelo. La región estaba cubierta por sauces colorados, el sarandí negro, ceibos, espesas balsas de camalotes, paja brava, duraznillos blancos... Estas y otras especies ribereñas, me contaba papá, eran la vegetación de la comarca que se extendía entre el Riachuelo y el Parque Lezama. Los navíos remontaban el curso del «pequeño riacho», como él le decía, hasta alcanzar la tierra enjuta, cerca del puente de Gálvez, donde comenzaban las barracas. Entonces, recién desde allí, se ve la llamada Boca del Trajinista, que es la que abrió un nuevo cauce al Riachuelo. Pero antes de aquel nuevo cauce, el Riachuelo no ofrecía calado suficiente para grandes buques sin que se tuvieran que hacer tareas de dragado periódicas.

A mí me fascinaba observar la actividad virtuosa del sirgadero de La Boca, que se hallaba emplazado en la ribera sur, casi en la desembocadura. Saben a qué me refiero, ¿verdad? Una habilidad que se ha ido perdiendo... Desde allí se percibían las señales que hacían las embarcaciones que no podían maniobrar por falta de agua y que, al carecer de viento, demandaban el auxilio de cuartas. Entonces aparecía un jinete experto en esas lides, con varios caballos de gran alzada, y se dirigía hacia ellas para prestarles su ayuda...

Aproximándose a la embarcación, arrojaba sobre la cubierta un largo lazo de cuero trenzado y, una vez fijada esta soga rústica a los caballos, daba inicio a sus imponentes tareas de cuartas desde el agua... y desde la orilla.

¡Un espectáculo soberbio!

Mi padre contaba que, en España, en la ría de Bilbao y en otros ríos como el Ebro, este oficio de sirgaderos se hacía sin caballo, a puro músculo y pulmón, e incluso era oficio de mujeres... pero aquello era una cuestión diferente, penalizada en nuestro registro civil, puesto que ya no

es un animal el que se destroza maniobrando barcos, sino la pobre gente reducida a estas tareas de esclavos. En uno de mis viajes a Europa he visto un cuadro de un pintor ruso que muestra de manera muy impresionante esta tragedia laboral que se efectuaba a lo largo del río Volga... En La Boca, la habilidad de estos jinetes en sus nobles cabalgaduras, diestros también en los secretos de las marejadas, ofrecía, en cambio, un espectáculo edificante.

Aunque con desbordes frecuentes, es en una de las márgenes de aquel riachuelo donde papá y varios de sus conocidos, los Meile, Corti, Juan Torres... instalaron los corralones de madera. A los codazos con los saladeros que ya infectaban la zona.

Más tarde instalamos junto a papá nuestras primeras dársenas para la construcción de los lanchones que servirían en el incesante tráfico fluvial que hubo entre Buenos Aires y las provincias mesopotámicas. Sobre aquellas barcazas que construíamos llegaban desde el interior del país las mercancías, como cueros o cebos... y, luego de preparar las encomiendas según destinos, las despachábamos en embarcaciones más grandes hacia Europa. Aprendí todo de mi padre. Y transmití ese conocimiento, sumando a la propia experiencia acumulada, a varios de mis hijos, que también trabajaron conmigo... Aquí, a mi lado, está Alejandro Sebastián, que lo sabe bien.

Les decía que en La Boca se podría haber construido el mejor puerto del Río de la Plata; al menos eso sostenía papá, que lo intentó, y también mi amigo el doctor Vicente Fidel López, que lo animó a tal empresa. Con seis millones de pesos fuerte se podrían haber solventado todas las obras para su construcción. Pero los saladeros, los mataderos y las graserías fueron infectando toda la zona con los desechos pútridos de sus industrias...

Y lo hicieron indeseable. Ciento es que la mayoría de estas manufacturas estaban instaladas no en La Boca, sino en Barracas, al sur, pero volvían al Riachuelo sus desechos pestilentes. Yo observé y viví toda esa transformación de La Boca: de puerto natural con aguas amables, de barrio laborioso y pintoresco, de tierra de arriba de ingente mano de obra extranjera a villorio inundado cada dos por tres... Los olores nauseabundos de las aguas servidas... Y las barriadas arrasadas por el drama del vómito negro... ¡Todo eso en tres lustros!

Como no podía ser de otro modo, con las frecuentes crecidas del Riachuelo, todo aquello se convirtió en un foco latente de infección cuando llegaron las oleadas de pestes que arrasaron Buenos Aires. El aluvión migratorio que fue desembarcando en sus costas sobredimensionó las viviendas de La Boca, que pronto se convirtieron en conventillos lacustres. Se levantaban sobre postes para evitar que las inundaciones hicieran mayores estragos. Tuvimos que enfrentarnos a enfermedades endémicas espantosas. El cólera en 1867, la reiterada fiebre amarilla de 1871... Alberdi tenía razón: las aguas servidas se estancaban a orillas del Riachuelo donde otros vecinos ignorantes recogían el agua de pozos infectados. Cuando se desataron estas epidemias y también cuando empezaron a propagarse los virus del tifus o de la difteria, ya poco se podía hacer. Perdimos familiares y amigos muy queridos en ese trance.

En el año 1871, arrasó el morbo. Fue una pesadilla para los boquenses. Cuando me acercaba a esos arrabales, un humo oscuro y ácido me impregnaba. Eran las piras de cadáveres que se incineraban en las esquinas a la vista de los deudos, que nada podían hacer más que llorar ante esos sacrificios de contornos dantescos. El carro fúnebre del mítico tuerto Villareal quedó desvencijado de tanto traqueteo... Hicimos lo que pudimos para aliviar las penurias de aquella muchedumbre desastrada, junto a la ayuda generosa y valiente que prestaron muchos vecinos. La Boca tiene gente muy solidaria. Sus habitantes se sienten como una gran familia viviendo en una patria chica. Al gobierno nacional se lo sintió ausente en medio de aquel desastre sanitario, sin tomar nota de las urgencias en la propia casa, enfocado como estaba en los desenlaces de la guerra del Paraguay. Y fue justamente desde el Paraguay, según los entendidos, de donde provino la fiebre amarilla...

El barrio de La Boca por entonces no tenía concejal, pero yo, que era miembro del Concejo Municipal en representación de otras zonas, quise involucrarme en tareas de saneamiento. Luego, cuando fui elegido juez de paz, me tocó reconstruir una ciudad que había sido asediada por la fiebre, los incendios, la sobre población... ¡En aquel tiempo La Boca tenía ocho mil habitantes y solo un boticario!

Nosotros siempre vivimos en nuestra casa de la calle Cochabamba 2350, en el barrio de San Cristóbal, donde también fui nombrado juez de paz... Dolores nunca quiso mudarse de nuestra casona, aunque tuve oportunidad de comprar algunos buenos lotes en La Boca. Los vendían los Brittain, dueños de los mejores terrenos desde los tiempos de la Colo-



Parroquia San Juan Evangelista. En 1883, se puso –a doscientos metros del Riachuelo– la piedra fundamental de este templo, verdaderamente monumental, gracias al empeño de Sebastián

Casares, juez de paz de La Boca. Asistieron entonces el presidente Julio A. Roca y otras importantes personalidades de la época.

Española, donde a veces desayunábamos con mi padre, en la calle Representante, que luego llamaron Perú, haciendo esquina con la calle México... Tenía horarios regulares, de ida a las 7 y a las 12... Para regresar, tomábamos desde La Boca el de las 4. Papá organizó también unas diligencias que gestionó don Pedro Pigüé, que salían y llegaban más cerca de nuestra casa paterna, en la calle de la Victoria, entre Defensa y Reconquista. Se trataba de un armatoste enorme, al estilo de las antiguas carrozas, montado sobre cuatro ruedas gigantes que, alzado de esa suerte, podía sortear sin demasiados inconvenientes los vados de los ríos y los innumerables pantanos que interponía la campaña a medida que uno iba acercándose a La Boca. Seis u ocho caballos tiraban del carromato, sin pecheras, con sogas trenzadas de cuero crudo sujetadas a las cinchas... ¡Pobres animales!

Pues así, como lesuento, eran aquellos viajes... Hasta que Federico Lacroze logró avanzar con la concesión que se le había acordado para

nia, no muy lejos de la morada del almirante Brown, que llamaban la Casa Amarilla. Finalmente hicimos bien en no mudarnos, aunque yo tuviese que hacer una penosa excursión cada día para llegar hasta mi despacho boquense. Comencé efectuando los viajes en carreta y terminé haciéndolo en tren... O más bien en tranvía. El novedoso transporte fue instalado en la zona luego del trazado de vías que construyó el Ferrocarril del Sud. Con la llegada de la electricidad, entramos a una nueva época de la civilización... Pero eso fue recién a finales del siglo. Antes, todo era con tracción de sangre. Líneas de ómnibus tirados por caballos. Un coche diario salía de la fonda La

construir una línea de tranvías en La Boca. Los trabajos para poner los rieles en la calle Colón, entre Brasil y Garay, fueron resistidos por la empresa del Camino de La Boca, que se oponía a tal modernidad al ver disminuidas sus ganancias en el ejercicio y aplicación de las tarifas del peaje que se cobraba. No obstante estas trabas y otras de origen popular, la línea de tranvías a La Boca, como las demás líneas, fue debidamente habilitada. Cada tranvía era precedido por un jinete con una trompeta. Los trompeteros hacían una labor formidable. Montados en sus hermosos pingos, iban anunciando la aproximación del vehículo con sus instrumentos de viento. Y, además, estos trompeteros montados también servían para tirar de los tranvías en los lugares barrocos y zanjas donde quedaban atascados... No sé si te acordás vos, Alejandro, que cuando te llevé por primera vez a La Boca, quedaste tan fascinado que luego te la pasaste un tiempo repitiendo que cuando fueras grande querías ser trompetero.

Los Lacroze ayudaron mucho a cambiar los ritmos e intercambios sociales en la ciudad. Una ciudad de Buenos Aires que en pocas décadas dejó de ser una gran aldea para transformarse en la metrópolis de un país que aspiró siempre a ser el mejor y el más moderno de todos los países de Sudamérica... Ese espíritu emprendedor de Lacroze fue tomado por la firma Unzué y Zemborain, emparentada con nosotros.

Los medios de transporte que unían unas y otras partes de la ciudad hicieron que, cuando las epidemias se ensañaron con la zona sur, las propiedades más valiosas y modernas de Buenos Aires pasaran a ser las del Barrio Norte, más allá de San Nicolás, Montserrat y San Telmo... Quienes pudieron huyeron de la peste. Lo cierto es que, aunque pude haberme dado el lujo de llevar una vida tranquila dada la posición acomodada en que nos habían colocado la fortuna de Dolores y los negocios prósperos que emprendí secundando a mi padre, siempre me sentí inclinado por desarrollar mi profesión de abogado y me obstiné en luchar por la cosa pública, en poner el hombro para ayudar a construir un país mejor. Varios de mis hermanos y de nuestros hijos sintieron una vocación similar. Aunque no ocupé cargo de gran relevancia a nivel nacional o provincial como alguno de ellos, mis tareas en San Cristóbal y en especial en La Boca me granjearon el cariño de la gente.

Así todo, aquel nombramiento como primer juez de paz provocó todo un revoloteo en los periódicos de la época, por las implicancias políticas que comportaba...

Instalé un despacho improvisado para atender los asuntos públicos en el corralón de nuestra propia ferretería. Hasta allí llegaban todos los vecinos: inmigrantes modestos o comerciantes ambiciosos, con sus grandes o pequeños problemas, sus litigios, sus fabulosos proyectos, sus sinceros reconocimientos. Llevo el agradecimiento de muchos de ellos en el alma... Gente solidaria que en las terribles horas del peligro prestaba ayuda pronta. A falta de mayor asistencia oficial, fuimos organizando sociedades de ayuda mutua o cuerpos de voluntarios, como el de los bomberos, los primeros que hubo en el país. Otra empresa en la que puse un celo mayor, a pesar de la fatiga que supuso, fue la construcción de la iglesia de San Juan Evangelista, que luego dimos en dirección a los padres salesianos. Yo mismo propuse a la intendencia de Buenos Aires que fuera bajo esa advocación que también se denominara a la comuna, porque aún no tenía nombre. En esta iglesia de San Juan Evangelista se llevaron a cabo los primeros actos electorales del distrito, que yo solía presidir.

A san Juan, el apóstol que Jesús amaba, lo tuvimos con Dolores siempre como nuestro santo protector. En todo momento le invocábamos para no sucumbir al destino atroz de la fiebre amarilla, visto que yo debía moverme entre sus tentáculos. Para poder erigir su iglesia, pasé la gorra a todos mis conocidos... A mi suegro Adolfo Bullrich, a Bartolomé Mitre, a Mariano Acosta, a Faustino Sarmiento, a Alejandro Leloir, a Montes de Oca... ¡Nadie se salvó de la redada! Y así la iglesia, de estilo románico, quedó preciosa. El mismísimo presidente Roca puso la piedra fundacional.

Después de la fiebre amarilla, en la que el clero había sido mermado en gran parte por su heroicidad al enfrentar la epidemia, y teniendo en cuenta el gran número de inmigrantes que se afincaban en La Boca, se hizo necesario pedir sacerdotes a Europa. Don Bosco aceptó que los salesianos asumieran el servicio pastoral de esta iglesia, y así se convirtió en la primera parroquia salesiana del mundo.

Al fin y al cabo, en una vida longeva como fue la mía, toda actividad termina siendo pasajera. Aquellos años en La Boca pasaron veloces, como tantas otras tareas que emprendí. Y de los Casares en aquel barrio solo queda hoy en día el afán dominguero de algún chozno xeneize...

Entre los comensales presentes hay Casares que descienden directamente de nuestro vínculo sagrado forjado con Dolores... De nuestros ocho retoños, los tres varones transmitieron el apellido Casares y nos die-

ron ocho nietos varones. De igual modo, nuestras mujeres, nuestras hijas y nietas han agregado, con sus matrimonios, la savia de los Casares a otras ramas familiares de nobles tradiciones porteñas: la de los Tomkinson Alvear, los Quesada, los Güiraldes Saavedra, los Amadeo, los Solvera...

Nuestro árbol familiar, cuyo tronco robusto se ha enraizado en suelo argentino gracias a nuestros padres Vicente y Gervasia, cuando todavía ni siquiera existía este bendito país, se desplegó en ramajes pujantes de nuevos brotes. Y es muy grato para mí, fundador de uno de sus linajes dentro de la espesura del gran follaje de los Casares, ver que hasta en estas indómitas tierras patagónicas han llegado algunos de nuestros vástagos... Y que haya sido por empeño y generosidad de uno de esta rama que se pueda concretar nuestro cónclave.



Como he dicho al inicio, y para ir concluyendo, repito ahora, siendo fundador del linaje familiar que conmigo comienza y perdura a través de los dueños de esta estancia: ha sido un honor y un orgullo haber podido dirigirme a todos ustedes esta noche. Creo que resulta pertinente y, en cualquier caso, interesante tener claros algunos conceptos con relación al linaje y lo que ello significa para nuestras familias. El linaje es más que una simple línea de antepasados. Representa la continuidad de una tradición familiar, la transmisión de sus características, cualidades y valores a lo largo de las generaciones.

Hablar de linaje no solo implica mencionar determinada herencia genética y la transmisión de rasgos físicos, sino también la transferencia de ideales y principios. Varios de nosotros, durante años, hemos sido testigos de la importancia de mantener nuestra identidad y preservar nues-

tra historia familiar. Cada uno de ustedes es parte de esta historia y, en cierto modo, tiene la responsabilidad de llevar adelante nuestras tradiciones y valores...

Hablo de valores, porque pertenecer a este linaje comporta no solo privilegios, sino también responsabilidades... Sentir la responsabilidad de cuidar y proteger a quienes nos rodean, a nuestra familia. Trabajar juntos para alcanzar objetivos altruistas y apoyarse mutuamente en los momentos difíciles...

Desearía, si me lo permiten decirlo, que cada uno de ustedes entendiera la importancia de transmitir nuestras mejores creencias y costumbres. Así es como se hace crecer y se fortalece nuestro legado. No todas las ramas del árbol crecen y florecen.

Algunas se secan...

Produce un sano orgullo sentirse parte de la historia de los Casares y saber que esta historia continúa, y se alimenta, de un modo u otro, sobre las bases de los talentos heredados y las habilidades adquiridas. Integridad, respeto, generosidad.

¡Brindo, pues, para que nuestro linaje perdure y prospere por muchas generaciones venideras!

¡Aquí es Casares!

Como siempre, todos repitieron a una: «¡Aquí es Casares!».

Octava Jornada

1.

La séptima jornada había terminado sin contratiempos. Don Sebastián, con su prolífica exposición, propició un equilibrio apreciable entre nuevas revelaciones y la consolidación de la verdad histórica (si es que existe tal cosa). El clima general del Cónclave parecía encarrilado: la memoria familiar estaba fortaleciéndose con nutridas aportaciones. Con esa sensación de trabajo cumplido me retiré a revisar mis notas, confiado en que todo iba sobre ruedas.

Me equivocaba, una vez más.

Primero escuché pasos en la parte alta de la casa. No ruidos, sino pasos: un ir y venir suave pero insistente, propios de quien no quiere llamar la atención y, sin embargo, no logra evitarlo. Provenían del ala antigua de la casa, que llaman el *monturero*, donde casi nadie se aventuraba porque el viento solía colarse por los marcos. Desde afuera de la casa podía verse una extraña puerta suspendida en el vacío, es decir, desde adentro de aquella habitación, si se abría una de sus puertas, se caía al vacío... Cuando pregunté a Charles qué diablos significaba aquello, me contestó lacónico: «Proyectos sin acabar».

Pues de aquella habitación provenían los pasos.

Intenté asomarme y, antes de que pudiera avanzar un par de metros, don Alejandro Sebastián apareció a mi lado. No explicó nada. Solo dijo, con un murmullo que no admitía réplica:

—Tenemos un asunto... delicado. Sígame en silencio.

Apenas accedimos al piso superior, comprendí que algo no estaba en su sitio. Había una densidad distinta, un murmullo quebrado, la vibra-

ción distorsionada que aparece cuando se cuelan presencias no autorizadas. El aire se apretaba en las esquinas.

Don Alejandro abrió una de las puertas laterales sin tocarla —un gesto que solo los muy antiguos pueden permitirse— y allí estaban.

Cinco figuras sentadas alrededor de una mesa que no habíamos dispuesto para ninguna velada. No había velas encendidas ni vajilla organizada. No era una escena ritual ni un error administrativo. Era una reunión. Una reunión trasnochada, pendiente, arrastrada quién sabe desde qué tiempos pretéritos.

Don Alejandro supo enseguida reconocerlos; eran todos hijos de VAC, incluido su padre, Sebastián. Salvo este, ninguno incluido en la lista oficial del cónclave por ser otras ramas laterales del tronco fundador. Hablaban entre sí en un tono bajo pero filoso. Parecieron no vernos, o les daba igual: nos ignoraron por completo.

Alejandro, sin entrar del todo, me dijo:

—Cuando una brecha queda abierta, no solo entra quien quiere hablar: también entra quien quiere reclamar.

Charles apareció detrás, vistiendo un pijama algo ridículo.

—Esto no estaba previsto —dijo en voz apenas audible—. Pero tampoco me extraña. Cuando los viejos empiezan a revisar asuntos, los hijos quieren intervenir.

Yo permanecí callado, porque ya entendía el peligro. Una fisura abierta en un cónclave no trae solo memorias: trae *agendas*.

Me pregunté cuánto podía resistir la estructura del cónclave sin que aquello se desbordara.

Don Alejandro me dijo con su proverbial prudencia:

—Tranquilo, usted tome nota de todo, seguro que están dirimiendo asuntos importantes. Luego nos ocuparemos del problema de fondo.

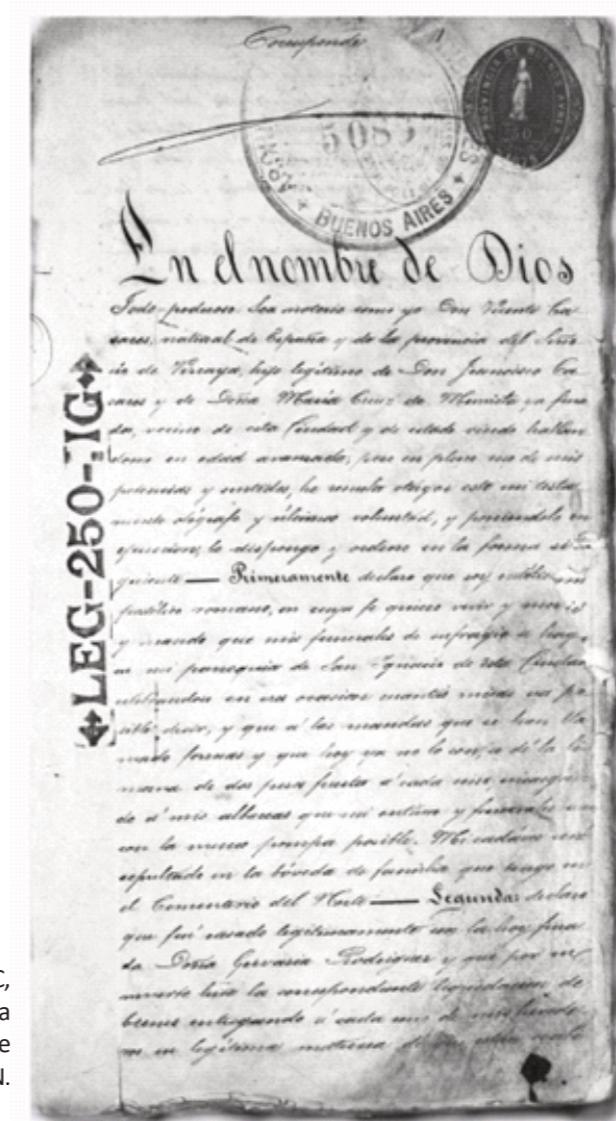
Charles acotó:

—Vamos a necesitar recalibrar todo lo que resta del cónclave... Los Guanacos no resistirán tanta presión citoplasmática. Igual, yo ahora me voy a descansar. No me interesa en absoluto lo que están diciendo.

Entonces lo tuve claro: la séptima jornada había cerrado un capítulo, pero había abierto otro más hondo. El cónclave ya no era solo un escenario para recuperar la memoria: estaba empezando a atraer asuntos que la memoria había dejado sin resolver.

2.

En realidad, aquellos hermanos parecían estar tomando un drink de medianoche... Eran cinco, aunque detrás de ellos, en el cono de sombra que se proyectaba sobre la puerta que daba al vacío, intuía que entre sombras habría alguna presencia más.



Testamentaria de VAC, firmada en su domicilio de la calle Balcarce, el 16 de diciembre de 1874. AGN.

Efectivamente, quien estaba en la cabecera hizo ingresar más gente al salón... Eran dos mujeres. Empecé a escuchar las voces con mayor nitidez. Don Alejandro me iba diciendo en la oreja quiénes eran cada uno de los que hablaban...

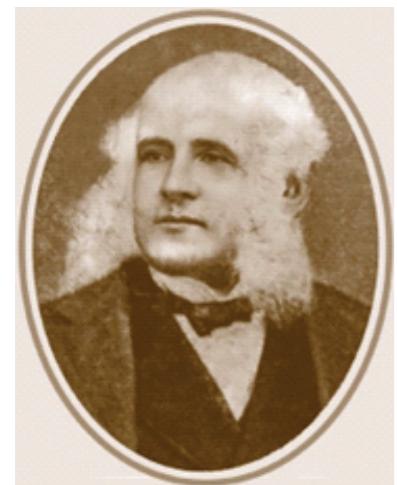
(«Ese es Mariano, el mayor de todos mis tíos», me dijo entonces)

Mariano—El testamento de papá habla claramente de lo que nos dejó a nosotros y, como albacea por él designado, me corresponde aclarar las dudas que hayan podido surgir de los trámites y pleitos efectuados. Lamento que aún se continúe con tan viejos reclamos y litigios estando en la situación que estamos... Es penoso que aquellas antiguas rencillas y recores permanezcan.

Francisco—Hubiera sido conveniente que también Mosquera apareciera por aquí... —Le replicó otro más joven, que don Alejandro dijo que era su tío Francisco Leocadio, padre del Nicomedes, el que se filtró noches pasadas. —Y no solo por los despachos de las escribanías. Que se hiciera presente, ya que tan respetable dijo siempre ser. ¿Por qué sigue ocultándose?

Mariano—Aquí estamos los que estamos, Francisco. Solo hermanos. Y solo algunos. Por lo que pude comprobar, Silvestre no ha podido o no ha querido pasar... Y Elenita, que sí lo estaba, no apareció (*«Elenita es mi tía menor, la casada con Mosquera», me subtituló don Alejandro»*).

Mariano—Aclaremos entre nosotros lo que toque aclarar y el resto que siga eternizándose en los tribunales si es que así lo quieren ellos —tomó un sorbo largo de su vaso de whisky y farfulló algunas palabras—: Igual... puede que estén por aquí y no lo sepamos. Con ellos nunca se sabe... En la testamentaria de papá está claramente reflejada su voluntad. Es generosa y ajustada a la ley. El problema surge al hacer el inventario de los bienes... Hay varios que faltan... y nosotros sabemos por qué. Sobre lo testado, les detallo ahora tal como fue expresado en su momento, cuando nos lo leyó el escribano Manuel Salas, ante los testigos don Félix O'Gormann y don José Eugenio Soria... Recordarán también que, ya en uso de mis fa-



Mariano José Casares
(1815-1877).

cultades como albacea, solicité un juicio verbal para aclarar lo que ahora nuevamente vuelvo a comentarles.

Mariano tenía una carpeta con varios papeles que fue revisando:

—De una parte, figuran esos 236.700 pesos fuerte de los que ya hemos hablado...

Sebastián, el padre de Alejandro, intervino:

—Sí, pero ve despacio, Mariano, porque eso es una verdadera fortuna.

Mariano—Bien. Esa cifra, como saben, es en pesos fuertes... El otro monto líquido del que se habla es en pesos moneda corriente. Y son 898.000.

(Don Alejandro me explicó: *«Carlos es el menor de los hermanos varones. Fue gobernador de la provincia de Buenos Aires y, en diferentes períodos, presidente del Banco Provincia... Un pez gordo, este tío mío»*).

Carlos—Te referís al saldo de lo que figuraba en sus cuentas del Banco Nacional y del Banco de la Provincia, ¿verdad?

Mariano—Así es, pero también están esas acciones encontradas que papá poseía del Ferrocarril Central Argentino... Las número 1610 y 1611.

Intervino por primera vez la tía Gervasia, «la séptima hermana»:

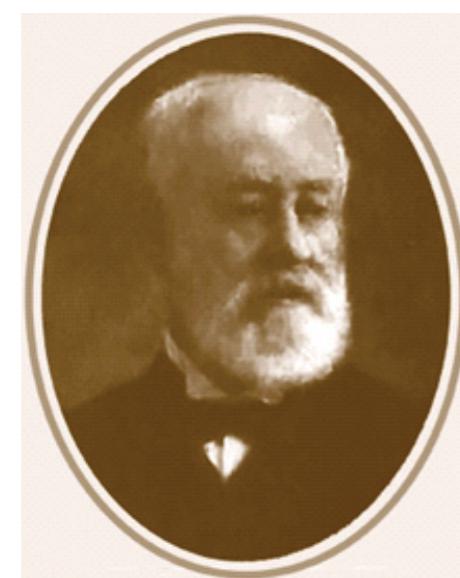
—¿Papá también tenía acciones del Ferrocarril Central? Esas acciones no valen nada, fueron un fiasco...

—Se ve que fuiste mal informada, hermana... (*«ahora el que habla es el tercer hijo de VAC, mi tío Vicente Eladio»*). O estarás equivocándote de compañía ferroviaria. Algunas empresas tuvieron nombres similares... Dejame que te explique. Cuando papá adquirió esas acciones, en 1864, el clima de euforia en Buenos Aires y en el mercado financiero de Londres ayudó a que la sociedad propietaria del Ferrocarril Central de la República Argentina tuviera una salida a la capitalización que fue muy exitosa. Gracias a estos fondos se obtuvieron concesiones para construir nuevos ramales y para imponerse como sociedad a todas las demás que

estaban también en expansión a lo largo y ancho del territorio nacional. El Ferrocarril Central a finales de la década del 90 llegó a elevar el capital hasta casi 7.000.000 de libras esterlinas. Las acciones que papá dejó, seguramente, fueron muy valiosas.

Francisco—Así fue, como dice Vicente. Pero volar muy alto hace más peligrosa la caída. Y, en este caso, el porrazo que se dieron terminó siendo grande. Levantaron mucho capital con la promesa de una jugosa remuneración; expandieron sus vías en forma extraordinaria; se hicieron cargo de otras compañías con ramales subsidiarios; pero cuando debían cosechar los frutos de su siembra... ¡sobrevino la crisis de 1890! La depreciación del papel moneda, que fue a la vez causa y consecuencia de la debacle; la cesación de pagos que siguió, del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales; la quiebra de la casa Baring... Todo ese caos provocó un pánico generalizado y mandó los valores argentinos al tacho...

Vicente—Sabemos de sobra todo lo que ocurrió en el crack del 90... ¿me lo vas a contar a mí? Pero al Ferrocarril Central no le fue mal. Las zonas atravesadas por sus vías, tanto en la provincia de Buenos Aires como en las de Santa Fe y Córdoba, por el volumen tan importante de producción agropecuaria que debía trasladar, casi ni notaron la recesión. En cambio, hubo otras compañías ferroviarias que dependían de las garantías del Estado, que al dejar de pagar se enfrentaron irremediablemente a una liquidación forzosa.



Vicente Eladio Casares (1817-1893), tercer hijo de VAC.

Francisco—Sin embargo, los ingresos del Ferrocarril Central, en moneda constante, bajaron, Vicente. No me lo discutas porque lo sé, lo sé perfectamente. Los egresos se mantuvieron y los beneficios se evaporaron. ¡Así de simple!

Sebastián—En todo el mundo la venta de acciones estuvo rodeada de enormes especulaciones financieras. En Gran Bretaña, la expansión de las compañías de ferrocarriles llevó a una especulación masiva. Decenas de empresas fueron creadas y se disparó el precio de sus acciones, muchas sin fundamentos sólidos. Finalmente, la burbuja estalló y provocó pérdidas significativas para los inverso-

res. Igual sucedió durante y después de la guerra civil norteamericana... El gobierno de los Estados Unidos emitió una gran cantidad de bonos para financiar el conflicto. Y la caída estrepitosa del precio final de esos bonos vistió de pobre a más de uno. En Argentina ocurrió lo mismo con esos bonos de compañías ferroviarias que todos quisieron comprar.

Vicente—Eso es inevitable, Sebastián. Siempre hay un componente emocional en muchos inversores. En el hipódromo, la mayoría de la gente apuesta al caballo favorito... Si finalmente gana, se reparten miserias. Y muchas veces ni gana. La gente quiere seguir, enceguecida, a quienes ven que ganan dinero... Y entonces se pudre el invento. Es lo que pasó con la compra y venta de los bonos y acciones de las empresas ferroviarias. Pero eso no quita la solidez de los ferrocarriles. Esa es la diferencia: lo que hay detrás de esos papeles. Una quimera o una realidad pujante. Ahí están los trenes, atravesando todas las regiones de la geografía argentina...

Sebastián—¡Y del mundo! Lo mismo pasó con los motores de vapor que han revolucionado toda la industria ferroviaria y la naviera. Papá siempre miró el futuro con optimismo y apostó por el progreso.

Francisco—Pero no todo progreso es justo.

Vicente—¿Por qué lo decís? Se ve que tus lecturas de Marx y Engels te embotan el cerebro, hermano.

Francisco—¡Al contrario! Me han dado más elementos de juicio y de análisis. La revolución industrial que analizan esos filósofos genera, como ellos demuestran, una clase proletaria y otra dominante. Los capitalistas viven de la especulación sobre la base de la oferta y la demanda que ellos mismos generan, lo que altera los precios de los bienes de consumo, mientras la clase trabajadora deja su vida para que sobre sus esfuerzos se asienten las grandes fortunas.

Irrumpió entonces otra de las mujeres («*ella es la tía Agustina, la mayor de todos; la casada con el alemán Borchers, de la que nos habló VAC*



Carlos Casares (1830-1883), décimo hijo de VAC.

— Vos siempre fuiste un romántico...

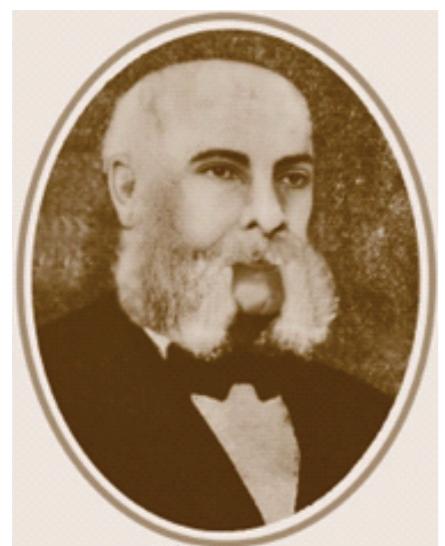
Vicente— Eso decía mamá, pero papá te llamaba revolucionario jacobino. En cualquier caso, más allá de todas esas lecturas filosóficas, deberías saber muy bien que sin capital los países quedan sumidos en la pobreza y, a la postre, su población solo sobrevive comiendo patatas y mandioca... El mundo se divide entre quienes creen en la libertad y la defienden y los temerosos que buscan seguridades, siempre víctimas de los que inoculan el miedo. Yo elijo estar entre los primeros. ¡Hay que creer en las fuerzas productivas que impulsa la libertad!

Mariano— Muy interesantes sus discusiones filosóficas, hermanos, pero lamento informarles que a nuestros fines ellas resultan vanas... Debo notificarles que las acciones de papá, gracias a Dios, se liquidaron antes del crack y engrosaron el patrimonio que todos nosotros finalmente heredamos. Así que todo lo que sucedió luego en el país no las afectó...

Gervasia— Gracias a Dios, y a vos, Mariano, que estuviste rápido administrando bien esos caudales.

Francisco— Sin embargo, el valor de las propiedades sí que se vio afectado. Y el principal patrimonio dejado por papá fue en ladrillos...

Mariano— A eso iba. Al asunto de las propiedades testadas. Repasaremos el valor según el inventario y la auditoría que hicimos en 1875, cuando papá nos dejó.



Sebastián Casares (1821-1895).

Francisco— Pero... ¿en qué moneda reflejarás los valores? Hubo varios cambios de denominación de moneda justo después de abierto el testamento.

Mariano— El acumulado patrimonial de bienes de papá fue calculado en 7.000.000 de pesos, moneda corriente. Luego están sus inversiones en el exterior y los caudales en oro que estaban depositados en el banco de los Murrieta en Londres. De esto último no quiero hablar ahora... Pero sí he de decirles que el caos económico del país en los años recién mencionados hace difícil calcular

cuánto dinero representa hoy día el total del patrimonio dejado por nuestro padre.

Vicente— Recién con Avellaneda se pudo sanear de una vez por todas las cuentas del país. No fue fácil poner algo de orden... Aunque sea un poco de orden económico, en medio de todo aquel dislate político.

Sebastián— Francisco señaló que hubo un cambio de denominación de la moneda... Y yo les recuerdo, además, que cuando nuestro padre testó no existía una moneda unificada, ni siquiera una moneda nacional. Justamente cuando se creó el Banco Nacional, por iniciativa de Avellaneda, y eso fue en 1872, sus billetes encontraron una férrea competencia por parte de la moneda más asentada y sólida acuñada por la provincia de Buenos Aires, hasta el punto de que lo hicieron quebrar, como bien sabe Carlitos... El resto del país se manejaba con piezas de plata acuñadas en Bolivia, con valores y contenido intrínseco muy disímil, y que por lo general eran rechazadas en los países limítrofes. Toda esta anarquía se fue replicando en algunas contabilidades oficiales y privadas, que llevaban sus libros en pesos fuertes, otras lo hacían en pesos bolivianos, y Buenos Aires, en su propio papel moneda...

Francisco— ¡Esos años fueron una locura!

Agustina— ¿Y cuándo no lo han sido en Argentina?

Carlos— A propósito de lo que dice Sebastián, recuerdo una charla que mantuve con Victorino en la que analizamos con profundidad aquello que había sucedido...

Gervasia— Victorino de la Plaza... ¿el que fue presidente?

Carlos— Sí, claro. Pero cuando conversamos no lo era aún... Trabajaba entonces para Pellegrini intentando arreglar en Londres todo el descalabro financiero de empréstitos que hubo con los bancos ingleses... Fue uno de los encargados de renegociar la deuda externa en los años 90.

Vicente— Quien se puso el país al hombro y arregló todo fue el gringo, el mejor presidente de la historia argentina, ¡y solo gobernó ochocientos días!

Carlos— Victorino sostenía que era una gran ilusión tratar de estabilizar el valor de la moneda cuando el país vivía una pavorosa anarquía

política; mientras sus producciones y sus bases industriales eran escasas o nulas. Y cuando el Estado aún no disponía de rentas fijas para honrar compromisos financieros de largo plazo...

Francisco—Obviamente, los agentes económicos se refugiaron en posiciones distintas a las del peso local.

Carlos—El país estaba atrapado en un periodo de violentas pujas políticas por la sucesión presidencial, las cuales alguno de ustedes recordará bien... En la elección de 1874, cuando Avellaneda fue elegido presidente, se disputaron los votos a través de la fuerza, lo que motivó que Mitre sostuviera que se había cometido fraude... Aunque él tampoco fue ajeno al asunto y decidió levantarse en armas. Las condiciones políticas no eran nada propicias para la estabilidad económica.

Francisco—Y vos siendo elegido gobernador de la provincia... en lindo kilombo te metieron.

Carlos—Bueno, eso es otra historia... Pero a lo que iba es que el argumento central de Victorino en ese momento fue enlazar la caída de la conversión con la especulación en tierras... Afirmó que la crisis iniciada en 1873 fue consecuencia de la inflación especulativa sobre los activos de la pampa bonaerense, alentada por el impulso que recibían los terratenientes desde el sistema hipotecario y de los redescuentos de documentos implementados por el banco, que posibilitaron todo tipo de actividad económica a través del endeudamiento. No le faltaba razón. Según él, la propiedad raíz se valorizó enormemente, sin su correlato en mayores niveles de producción.

Agustina—Si padre hubiese invertido en campos, como lo hicieron varios de sus consuegros, la fortuna de los Casares se hubiera triplicado... Pero él siempre apostó a lo nuevo, a la industria, a los trenes, al tranvía, a los nuevos motores a vapor para sus barcos.

Gervasia—Y cuando se involucró en la formación de esas estancias en la línea de frontera, ocurrió la desgracia de Enriquito... Nunca más se interesó por las cosas de campo.

Carlos—La explosión especulativa que hubo en Argentina con las tierras determinó que se sobreemitiera para responder a la inflación interna, sin poseer respaldo en oro. ¡Un desgraciado desastre! Esa ruptura fue

la que favoreció a los especuladores en tierras y a los deudores bancarios...

Francisco—La mayoría de los cuales eran miembros del gobierno... Devolvían sus créditos hipotecarios con papel moneda devaluado. ¡Lo de siempre!

Carlos—Así todo, decía Victorino, también hubo algunos resultados positivos con el quiebre... La caída de la caja de conversión motivó a que por fin la Nación asumiera el rol de emisor y de sostenedor de la moneda... Fue recién entonces, y gracias a ese quiebre, que se estableció la unidad y el imperio monetario desde la Nación y no desde las provincias.

Francisco—Con eso no se arregló la cosa, Carlos. Durante esa década de 1880 se produjo la euforia de las inversiones extranjeras, estimuladas por la confianza de los inversores en la economía argentina y por la propia política del gobierno, que hizo de todo para atraerlos... La fiebre inversora británica que fomentó Juárez Celman, sobre todo para los ferrocarriles, fue un dislate. Y no nos olvidemos de Cristóbal Murrieta. Tenía como socio en Londres a un tal Aguirre Solarte, que terminó siendo ministro de Hacienda de España. Sus operaciones crecieron extraordinariamente, tanto en el ámbito financiero como en el comercial. Por un lado, este Cristóbal fue corresponsal en Londres de varios bancos extranjeros; por otro, los adelantos realizados al gobierno español fueron cuantiosos, y tuvo que responder con cabeza propia a la exigencia del gobierno británico por deudas pendientes. Tanto ayudó al gobierno de España que, al igual que papá, aunque por otros méritos, recibió la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, y también el título de I marqués de Santurce para su hijo mayor, José Murrieta y del Campo, que debe tener mi edad. Sin embargo, el talón de Aquiles fue involucrarse luego en elevados préstamos a gobiernos latinoamericanos, sobre todo a los de Perú y Argentina...

Gervasia—Digamos que cayeron con las botas puestas.

Francisco—Con sus financiamientos al Perú, se hicieron beneficiarios del control comercial del guano en los mercados internacionales, que los hizo muy ricos... Me contaba papá que las actividades que desarrollaban, tanto en Europa como en América, fueron posibles gracias a una red enorme de agentes permanentes en Bilbao, Madrid y París, además de corresponsales en Chile, Perú, México, Cuba, Estados Unidos... Con-

taban con familiares y amigos, por lo general de origen vasco, y la casa central, en Londres, siempre fue manejada en el ámbito estrictamente familiar. Cristóbal se dedicó también a todo tipo de comercio con sus propios navíos, principalmente con Cuba y Filipinas.

Sebastián—Como la sociedad que tenía papá con los Anchorena... mientras duró.

Francisco—Este Murrieta, al igual que papá, nunca se olvidó de sus orígenes vascos. Aunque salió de Vizcaya muy joven, ayudó a fundar dos centros educativos en Santurce, a las afueras de Bilbao. Igual que papá, que también donó terrenos en el Ayuntamiento de Abanto. Madre me contó que estos Murrieta montaron un colegio para niños desfavorecidos y una escuela de náutica para la formación de marinos.

Sebastián—¡Ya se ve cómo, por ambas ramas de la familia vasca, los Casares y los Murrieta, nos viene el amor por el mar!

Francisco—Los hijos de Cristóbal superaron con creces todo lo iniciado por su padre. Si el patriarca tenía el sí fácil para hacer préstamos millonarios a gobiernos necesitados de fondos, los hijos de Cristóbal fueron aún más generosos... Y hasta aquí valen los paralelismos...

Vicente—Sí, es cierto. Y lo es para bien. Porque aquellos continuaron acrecentando fortuna a través de las finanzas, mientras que nosotros mantuvimos la de los Casares a través de nuestras propias actividades profesionales y la inversión en bienes raíces. Los préstamos que concedieron a los gobiernos argentinos fueron tan cuantiosos que algunos años superaron, incluso, a los realizados por la banca Baring Brothers.

Carlos—En esa época todos los bancos de Europa se peleaban por ofrecerle dinero a la Argentina, principalmente los de París, Berlín y Londres... Los ingleses fueron los más rápidos. Las casas bancarias de Londres adoptaron una estrategia a dos puntas: por un lado, participaron activamente en la emisión de numerosos empréstitos nacionales y provinciales y, por otro lado, prestaban su concurso a una amplia gama de compañías privadas que eran de propiedad inglesa y estaban establecidas en la región.

Vicente—Los banqueros británicos participaron en la emisión de unos diez empréstitos nacionales y una veintena de empréstitos provinciales y municipales. El 60% del total de bonos externos emitidos por el

Estado argentino y un porcentaje mayor del total de los bonos provinciales se vendieron en Londres a través de casas bancarias como la de nuestros parientes Murrieta... Yo calculo que entre 1880 y 1890 se transfirieron al país unos 130 millones de libras esterlinas...

Francisco—¡Qué barbaridad! ¡Un festival para los especuladores y corruptos! No hay país que pueda sostener un ritmo tal de crecimiento así...

Carlos—Estados Unidos y Australia en el mismo periodo recibieron aún mayores remesas de dinero, Francisco.

Francisco—¡Me das la razón, hermano! No por nada el crack del 90 fue una hecatombe mundial, no solo en la pampa húmeda. ¡Pero nosotros fuimos los mejores colaboradores para que sobreviniera la debacle!

Carlos—No sé si fuimos la principal causa, pero hubo tanta euforia de los tenedores de bonos argentinos, siempre alentada por la prensa inglesa especializada, que ya no fueron solo las firmas de Baring y Murrieta las que querían operar con nosotros. Desde 1880 se presentaron otras diversas empresas bancarias, como las de MortonRose, J. S. Morgan, Stern Brothers, L. Cohen and Sons, GlynMills...

Sebastián—¿Y qué le ofrecían al inversor?

Carlos—Llegaban a obtener el cuatro o cinco por ciento de intereses sobre el capital a través de una canasta selecta de bonos estatales y ferroviarios argentinos, que a veces se complementaba con valores brasileños y chilenos.

Francisco—Lo que yo sé es que Cristóbal Murrieta and Co. siempre estuvo particularmente interesado en otorgar aquellos préstamos ligados al Riensberg Cemetery, en Bremen, Alemania. Allí se encuentran los restos de Agustina Casares Rodríguez Rojo y de su marido Augusto Borchers. Estas operaciones le permitían calificar también en la adjudicación de contratos muy lucrativos de compra de equipos y materiales importados para este ferrocarril, además de que, ni lerdo ni perezoso, Murrieta se dedicaba simultáneamente al financiamiento de los gobiernos y ferrocarriles estatales de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos... Los bancos de Europa, los de Francia y Alemania, se presentaban de manera conjunta a ofrecer sus empréstitos, pero Murrieta lo hacía de manera autónoma. ¡Tanta confianza y aquiescencia tenía en el negocio con Argentina! Lo

peor del asunto para nosotros es que ellos hacían un negocio triple: el financiero, el de exportación de excedentes y el de importación de alimentos básicos. Nos vendían las máquinas y se llevaban cueros, lanas, carne y granos.

Vicente—Mientras no haya una industria nacional fuerte, le será siempre muy difícil a la Argentina dejar de lado este esquema de dependencia.

Carlos—Comprendo lo que decís, Vicente, y todos hemos visto cuánto te empeñaste siempre en desarrollar la industria local. Pero en lo que respecta a las transacciones internacionales, fijate que un porcentaje muy importante de los fondos levantados en la Bolsa de Londres para financiar el desarrollo argentino contribuyó a una fuerte transferencia multilateral de bienes de capital, incluyó no solo productos ingleses, también franceses, belgas, alemanes y hasta estadounidenses, que fueron utilizados para la construcción de los ferrocarriles estatales y para diversas obras públicas...

Gervasia—Perdonen, los veo apasionados hablando de política y economía, pero aquí estamos reunidos para otros fines... ¿verdad?

Mariano—Tiene razón Gervasia. Dejemos por un momento nuestras divergencias políticas de lado. Si me lo permiten, hermanos, continúo con lo de la sucesión. Lo que quiero aclararles es cómo quedó liquidado todo para que luego nadie les venga con cuentos. Y vos, Agustina, que sos la que no se ha enterado, tomá nota... —Extrajo un papel de una carpeta que tenía entre sus manos—. Leeré el listado de las propiedades testadas por papá y su valor de venta... Para los que continúan preguntando qué fue exactamente lo que nos dejó papá.

Agustina—Si lo decís por mí... no me ofendo. ¡Claro que me gustaría tenerlo todo más claro!

Mariano—Es que vos ya no estabas, Agustina... Pero tu marido sí que estuvo informado de todo. Y un par de hijos tuyos llegaron de Alemania para informarse y recibir de primera mano lo que les tocaba por ser herederos directos tuyos.

Agustina—¡Mi pobre Johann August! Habrá comprendido la mitad de la mitad de lo que ustedes lograban entender con todos esos cambios

nominales de la moneda. ¡Clásica costumbre argentina la de cambiar de signo monetario a cada rato!

Mariano—Se trata simplemente de ir sacándole algunos ceros, hermana. Empezando por la más querida de las propiedades, la casa de la calle Balcarce, número 110 a 114. La que todos conocemos porque allí nacimos... Donde siempre vivieron nuestros padres desde que la compraron al regresar de Londres. Esta casa, anoten, por favor, fue tasada a valor de 800.000 pesos moneda nacional.

Francisco—¡Un valor absurdo!

Mariano—Esa fue la tasación... Salió a remate... Y, ante la falta de mejores oferentes, Carlitos decidió adquirirla ofreciendo 450.000 pesos moneda corriente. ¿Algo que decir u objetar?

Gervasia—Bueno, al menos quedó en familia... —expresó Gervasia—. No me parece mal.

Mariano—Sigamos, entonces. Luego está la quinta de tres manzanas de la calle Europa y Pichincha... Que es con la que hubo algunos líos. Problemas de títulos... ya que papá compró su parte junto con la sucesión de Pedro Lezica. Todos ellos fueron copropietarios durante treinta años. Inicialmente, los papeles no estaban claros, y alguno de ustedes recordará que tuvo que intervenir el contador público Pedro Pereyra, y también, como testigo, nuestro amigo Hugo Bunge, quien declaró finalmente que la quinta había sido adquirida por papá y la sucesión. Después de todo ese galimatías, la quinta también fue vendida en remate. Y adquirida, según consta en actas, por Manuel Gradín para Francisco Monasterio, quienes abonaron, anoten, 2.500.000 de pesos... Hecha la división de bienes, quedó líquido a dividir, pesos moneda corriente 2.489.725. De los cuales corresponden al quinto 497.945 pesos y para legítimas 1.991.780 pesos.

Gervasia—¡Qué bonita era esa quinta! Mis más lindos recuerdos de infancia son los veranos pasados allí...

Mariano—Papá decidió que, a vos, Gervasia, y también a Manuela y a Elenita, se les mejorara con media manzana a cada una de la quinta de calle Europa. Luego está la casa de la calle Venezuela, que tiene frente sobre Paseo Colón, en la Rivera... Su tasación fue de 2.900.000 pesos. La propiedad, tras varios intentos intermedios de venta fallida, fue adqui-

rida por nuestros tres hermanos aquí presentes... Vicente, Francisco y Carlos. También fueron vendidas las cinco casitas de la calle Cerrito, del número 18 al 24, por valor de 1.300.000 pesos moneda corriente. Y tres lotes de la calle Pichincha, entre las calles San Juan y Cochabamba. Su valor, 80.000 pesos. Por último, voy a aclarar lo de la casa de la calle Rivadavia 40, que papá compró a nuestro cuñado, Silvestre Mosquera, por 2.200.000 con derecho a retroventa debido a que había unas letras que tenían su garantía en el Banco Provincia y en el Nacional. El problema con Silvestre fue su negación a llegar a un acuerdo sobre el valor de la propiedad en la que vivían. Según consta en varios documentos en nuestro poder, lo que nuestro padre pagó a su yerno y a nuestra hermana Elena por esa propiedad de la calle Rivadavia fueron 2.200.000. Y eso es lo que ellos debían pagar a la sucesión si es que, al cabo del plazo establecido, que era de tres años, quisieran recomprarla. Como el plazo acordado aún no había vencido, pero se necesitaban fondos para avanzar en la liquidación de la sucesión, le ofrecimos a Mosquera que recomprara en ese momento su antigua propiedad por un valor de 1.770.000, o sea, por 430.000 pesos corrientes menos de lo pagado por nuestro padre... Pero no quiso.

Francisco—¡Mosquera es un necio!

Mariano—Le propusimos un trato ventajoso que desoyó, y cuando el juez lo intimó a que en el plazo de tres días diera o no su conformidad, ambos, Silvestre y nuestra hermana, lo rechazaron esgrimiendo infundada disconformidad. Por este lamentable asunto monetario es que Elenita se distanció del resto de la familia... Y es uno de los temas pendientes que debiéramos solucionar en este cónclave.

Francisco—Ella eligió. Por el vil metal se alejó de la gente que más la quería.

Gervasia—Quizá no fue por dinero, sino por ponerse del lado de su marido. Yo no la juzgo... solo me da pena.

Sebastián—Todo lo que amamos puede perderse, Gervasia. Lo que nunca se pierde es el poder de elegir con qué actitud se enfrentarán los desafíos.

Mariano—Finalmente, les informo sobre dos anexos más a todo este inventario de bienes testados por nuestro padre. Siguiendo sus instruccio-

nes, he depositado en el Banco Provincia 100.000 pesos para cada uno de los hijos de nuestro hermano Enrique, Máximo y Olinda. Francisco fue quien quedó encargado de su administración hasta que llegaran a la mayoría de edad.

Francisco—Así fue hecho.

Mariano—Asimismo, he de comentarles también que papá guardaba 31.128 pesos como apoderado de terceros no residentes en el país. En su testamento dispuso que, si no se encontraban los legítimos herederos de tales dineros, los donáramos a la Sociedad Hospital Español.

Francisco—Eso también fue hecho.

Mariano Casares arrojó la carpeta sobre la mesa y agregó:

—Quien desee revisar las cuentas, los recibos y las autorizaciones acordadas y protocolizadas ante las autoridades competentes y escribanos intervenientes puede asomarse a los más de 130 folios de la testamentaria que allí están.

Sebastián—Disculpá, Mariano, de ese otro asunto del tesoro de Patagones y del oro depositado en la banca de Murrieta... ¿no pensás decir nada?

Mariano—Creo que no es ahora el momento ni el lugar oportuno para tratarlo, hermano.

Francisco—Si no es aquí, ¿dónde? Si no es ahora, ¿cuándo?

Hubo un cruce confuso de palabras entre los hermanos Casares... Y en medio de esos polémicos intercambios fraternales, don Alejandro me hizo señal de que sería mejor retirarnos.

En los márgenes de la habitación hubo algo más de claridad y pude ver que había allí otras presencias, aunque no logré distinguir sus rostros.



Don Vicente A. Casares (1791-1875) sobrevivió a cuatro de sus once hijos y a su mujer, Gervasia Rodríguez Rojo. Legó una importante fortuna a sus herederos.

Mientras abandonábamos la sala, bajando la escalera, don Alejandro Sebastián me dijo:

—Se ve que hay una fractura temporal con presencia arrastrada... Tratemos de solucionarlo cuanto antes, porque hoy noté a todo nuestro grupo de invitados sumamente debilitados.

Novena Jornada

1.

Cuando la luz del día alumbró otra mañana, los tres responsables del cónclave nos reunimos en la cocina, el único lugar de la casa que conservaba una proporción terrenal, con su olor tenue de leña vieja y la mesa de madera marcada por décadas de uso amable. Charles sirvió tres tazas de un mate cocido amargo que él consideraba infalible para «ordenar la cabeza», aunque no estoy seguro de que la nuestra pudiera ordenarse tan fácilmente.

—Esto se nos fue de las manos —dijo sin rodeos, pero sin dramatismo—. No porque vinieran los hermanos Casares... sino por *cómo* vinieron. Esa discusión no tenía que darse acá.

Alejandro asentía, con la mirada fija en la oscuridad del hogar donde había rescoldos persistentes.

—El problema no fue la discusión —replicó—. El problema fue el arrastre. Entraron porque alguien tiró de ellos desde adentro. No nos engañemos: no vinieron *solos*.

«Arrastre». La palabra quedó suspendida. Yo había pensado en «fisura», «brecha», «desfase»... pero «arrastre» implicaba otra cosa: *fuerza*.

—¿Cree que se produce una suerte de *abducción inversa*? —pregunté—. ¿Que alguno de los del cónclave ejerce esa fuerza de arrastre de manera voluntaria? Lo contrario de lo que pasó con Nicomedes...

Alejandro tardó en responder.

—Quizá no sea de forma consciente. Pero usted lo vio: cuando Vicente Antonio habló de los orígenes, los límites del cónclave se aflojaron. Ese tipo de discurso despierta ecos. Y los ecos buscan cuerpos donde alojarse, aunque sea por un rato.

Charles tamborileó los dedos en la mesa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó. No sonaba asustado, sino fastidiado, como si aquello complicara el orden doméstico más que el metafísico.

Expliqué lo que yo tenía en mente: reconstruir el perímetro vibratorio, reforzar cierres, recalibrar las energías de los convocados, impedir nuevas filtraciones. Un trabajo técnico, casi artesanal.

—Perfecto —dijo Charles—. Pero habría que hacerlo hoy mismo. No podemos tener más presencias sorpresa. Uno, vaya y pase... ¿Pero tantos a la vez!?

Alejandro me miró de reojo.

—Y no olvide que usted también se está gastando. Anoche estuvo pálido otra vez. Eso no es buena señal.

Le resté importancia a su comentario, aunque no estaba equivocado. La gestión del cónclave me estaba absorbiendo más energía de la prevista.

Terminamos ese encuentro sin grandes conclusiones. Decidimos pasar revista a toda la casa y sus alrededores, dividiéndonos las zonas. Charles revisaría los rincones de las habitaciones que no estaban siendo utilizados, los baños, detrás de los espejos, aparatos en desuso... Don Alejandro constataría puntos fríos, fluctuaciones energéticas en general, paseándose entre los demás asistentes, con naturalidad, pero prestando particular atención a sus registros. Yo me propuse dar una vuelta por los galpones y corralones aledaños, a ver qué encontraba.

Fue un plan sensato.

Hacia el mediodía nos volvimos a juntar para intercambiar impresiones. Quien trajo una novedad sustanciosa fue Charles.

Venía de revisar los cuartos de la planta superior... Frente al antiguo monturero oyó lo que describió como *un murmullo civilizado*, una mezcla de voces agudas y tintineo de tazas... No terminaba de entenderlo. Aunque era en el mismo sitio donde tuvo lugar la tertulia testamentaria, parecía tratarse de otra cosa... puesto que no había nadie.

Conjeturé que fuesen ecos o reminiscencias atrapadas de la noche anterior.

Pero Charles negó con la cabeza.

—No es eco. Son *voces*. Ahí sigue habiendo gente —dijo, sin alarma, pero sorprendido—. Se escuchan voces detrás de las paredes, aunque no haya nada del otro lado.

—Bueno, anoche se desarrolló allí esa reunión fraterna... —reaccionó Alejandro. Una sala había.

Charles siguió hablando, dando detalles de la casa:

—Antiguamente aquello fue un desván donde acumulábamos cosas viejas, de poco uso... o inservibles. No había en Los Guanacos los galpones que hay ahora... Pero pensé que todo eso había sido reformado, reintegrado... ¡Y en realidad no hay nada! Yo percibo que hay un portal, una especie de imán que atrae a un sitio que desconozco...

Decidimos entonces ir los tres, a sumar comprensiones.

Le pedí a Charles que caminara delante. No quería precipitar inferencias. Al llegar al corredor alto, comprendí que no exageraba: el aire tenía otra densidad, una vibración más ligera, casi mundana. No era la tensión soterrada de la tertulia testamentaria; aquello era otra cosa. Algo que no pertenecía a la lógica del cónclave: ni fantasmal, ni fluctuante, ni frágil.

—Esto no debería estar pasando —murmuré.

Alejandro se cruzó de brazos.

—Bueno... pero está pasando. Usted verá qué hace.

Abrí la puerta lo suficiente como para asomar la cabeza. Y allí estaban.

Una media docena de mujeres, de distintas edades, distintas épocas, distintos parentescos, instaladas sin ceremonia alrededor de la mesa, conversando con la naturalidad de quienes llevan horas juntas.

Hablaban todas a la vez, al parecer sin propósito solemne, sin ritual, como si se hubieran encontrado para comentar vestidos, viajes y desgracias domésticas. Había incluso un mate circulando de mano en mano, lo cual era un prodigo metafísico en sí mismo.

—Ay, por fin alguien de la organización —dijo una de ellas al vernos—. ¿Podrían traer algo de música... o un piano, por ejemplo? Estos encuentros resultan menos dramáticos cuando se baila y se canta.

No había tensión. No había solemnidad. Era un ámbito de confidencias menores, de cotilleos triviales, de historias familiares dichas en voz baja.

Me quedé en silencio un instante, traendo de captar cuál era la fuerza exacta que las reunía. Y entonces entendí lo esencial: no habían llegado arrastradas por un llamado masculino, ni por la fuerza de los discursos épicos de Vicente Antonio. Habían sido atraídas por un hueco primordial: los silencios que la genealogía deja siempre en torno a las mujeres.

Ese era el punto ciego del cónclave. Las que no habían sido invitadas estaban corrigiendo su ausencia.

Charles, desde atrás, me susurró:

—¿Las conocés?

Negué.

—A varias yo sí las identifico... —murmuró Alejandro—. Al menos de oídas.

Entonces hice lo único razonable: no responder. Cerrar la puerta con suavidad, sin sellar nada todavía, y reagruparnos en el pasillo.

—Ya ven que tenemos un nuevo problema —dije.

Alejandro respiró hondo.

—Las ramas paralelas. Claro. Si los hombres ajustan cuentas... las mujeres reclaman memoria.

—Un reequilibrio que el cónclave está exigiendo —subrayé.

Charles lo sintetizó mejor:

—No se trata entonces de una fisura energética... Es una especie de compensación genealógica espontánea... ¿verdad?

No suelo impresionarme con facilidad; después de varias jornadas administrando voces remotas y aparecidos de diversa coherencia, creía haber cartografiado más o menos los límites de aquel experimento. Pero lo que vi en aquella sala alteró algo más profundo que mis previsiones: alteró *la idea misma* de quién estaba autorizado a aparecer. Y quién no. Que el cónclave tenía autonomía, una especie de vida propia. Ellas no irrumpieron: se manifestaron. Y la diferencia no es menor. Emergieron con una lógica que no necesitaba de grietas ni portales: simplemente *ocuparon lo que ya les pertenecía*. Ese territorio de sucesiones, pactos tácitos, recelos silenciosos y acuerdos mudos que mantiene unida a una familia en el plano donde se cocina lo real: la vida cotidiana. O por donde todo se fractura.

Comprendí entonces que nuestra iniciativa partía de una arquitectura incompleta. Una ceremonia que podía estar dejando afuera a la mitad silente de un linaje. Y entendí también que Los Guanacos lo sabía. O algo en Los Guanacos lo sabía.

Tal vez no fuera una falla en nuestros dispositivos de contención. Tal vez fuera una corrección: la restitución de un equilibrio que el cónclave había desarmado sin querer.

Y por primera vez desde que tomé el encargo, sentí que el relato que estaba escribiendo no dependía de mi capacidad de ordenar voces, sino de aceptar que había voces que jamás me habían necesitado para hacerse oír.

Charles se hizo el desentendido. Dijo que él ya tenía suficiente con atender a los invitados oficiales, que estaban reclamando salir de excursión.

Don Alejandro soltó un suspiro que era mitad agotamiento, mitad resignación.

Me dio una palmada y me dijo:

—Va a tener que arreglárselas usted solito, mi amigo.

Y me dejaron allí... Como entregado al enemigo.

2.

Cuando volví a entrar al monturero, para registrar todo lo que allí adentro sucedía entre mujeres, tal como me pidió Alejandro Sebastián que hiciese, la dama que antes me había hablado estaba acomodándose un chal sobre sus hombros. Por aquel breve gesto comprendí que era ella, su presencia, la que reorganizaba la atmósfera en la sala.

—Puede escuchar, pero no interrumpa —dijo simplemente—. Estamos resolviendo nuestras cosas.

Ninguna volvió a mirarme. El tiempo dentro de la habitación parecía tener otra cadencia, más lenta, más concentrada, aunque por momentos sus diálogos fueron frenéticos.

Las mujeres no necesitaban un cónclave, pensé. Necesitaban un *lugar*.

Y Los Guanacos, por razones que recién empezaba a entrever, se los había dado.

Quizá aquello que ahora transcribía era solo la superficie de una sombra que llevaba generaciones en silencio.

Allí dentro, todas podían manifestar su voz. ¡Y lo hacían hablando al mismo tiempo! Sus diálogos me llegaban risueños y dispares. A pesar de las sonrisas amables y los modales elegantes, advertí cierta tensión en la sala...

No me resultó fácil comprender cuál de todas las conversaciones debía seguir con mayor atención...

Para mi suerte, una de ellas, con un tono muy jovial, casi infantil, tomó protagonismo sobre las demás. Fue a partir de una pregunta que le hicieron (que no llegué a escuchar con claridad) ... Tenía que ver con el argumento de un cuento que ella había escrito, que al parecer se llama «Las olvidadas». Decidí concentrarme en ella y prestar atención a lo que decía... No me equivoqué.

Las voces en su entorno fueron haciéndose menos intrusivas a medida que la de ella se cargaba de mayor fidelidad... Decidí registrar todo tal como lo escuchaba, aunque entonces no entendiese bien quién era quién. (Luego reorganicé estos diálogos, aclarando el emisor para que el lector lo tuviese claro).

Silvina—Ese cuento lo escribí cuando tenía cuarenta años; él seguía pavoneándose con Genca y yo me entretenía en asuntos más divertidos que los afanes superfluos de sus correrías... ¿Pero por qué querés saber el argumento? ¡Leelo!

—¿No te molestaba su infidelidad?

Silvina—¿La de Bioy? No. No tenía tiempo para pensar en ello. ¡Estaba ocupadísima todo el día! Me recreaba con mis propios hallazgos. Lo cierto es que Adolfo siempre regresaba a casa cada noche, antes de la cena. Ese era nuestro acuerdo. Yo sabía que lo cumpliría y eso me daba tranquilidad. Lloviése, tronase o se acabara el mundo, Bioy y yo siempre dormiríamos bajo el mismo techo.

—Cuando decís «lloviése, tronase»... o lo del apocalipsis... ¿te referís a los distintos tipos de fechorías de Adolfito?

Silvina—Ya sé que ustedes, las Casares, nunca me han querido. Y sobre todo vos, que destilás veneno... Sí, vos, querida. No me pongas esa cara. Porque te hiciste famosa solo cuando Adolfito contó que empezó a escribir mejor gracias a tu indiferencia. La verdad es que hay que agradecerte, Inés, porque lo ignoraste... Bioy se libró de una prima que era un áspid y el mundo ganó uno de los mejores escritores de todos los tiempos.

Inés—¿Eso es lo que vos pensás de Adolfito? Jamás se lo dijiste.

Silvina—A un buen escritor nunca hay que alabarla demasiado porque deja de escribir bien. La vanidad los bloquea.

Inés—No necesitaba de tus halagos. Tenía los de Borges.

Silvina—Mirá, querida, casi nada de lo que escribió Bioy se publicó sin que antes me lo hubiera mostrado a mí para que yo lo aprobara. Georgie fue su mejor amigo... pero Bioy necesitó siempre una mujer cerca para poder vivir...

—Yo no sé si esta necesidad permanente de Adolfito de tener amantes la heredó de los Bioy o de los Casares. Dicen que su madre, Marta, también fue bastante pícara...

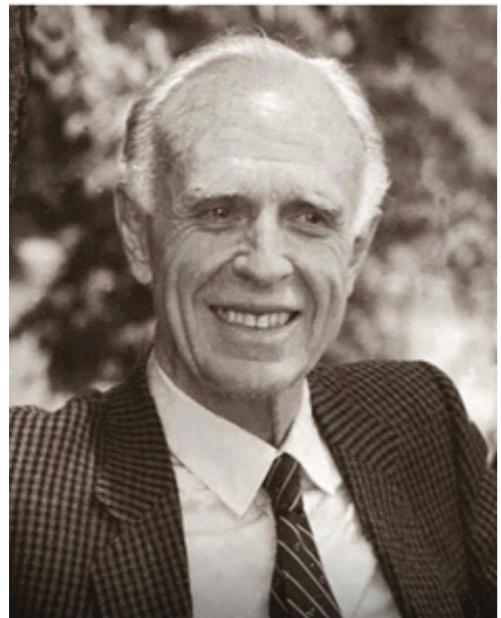
Marta—¡Hola! ¡Recuerden que estoy aquí!, ¿eh?

Las palabras de Marta Casares llegaban desde el fondo de la sala. Un candelabro con demasiado resplandor parecía que la detuviese a mitad del salón sin poder avanzar.

Inés—Alguien dijo por ahí que vos y Marta tenían su propio romance a escondidas, y que usaron al pobre Adolfito para mantenerse cerca...

Hubo un nuevo cruce de palabras fuertes y un sottovoce de murmullos que hicieron ininteligible lo que se decía. Muchas hablaban a la vez; también trató de intervenir Marta desde las penumbras...

Se impuso, una vez más, la voz de Silvina.



Adolfo Bioy Casares (1914-1999) [hijo de Marta Casares (1888-1952) y bisnieto de VAC] casado con Silvina Ocampo, y autor de la célebre novela *La invención de Morel*.

avenida Santa Fe, se acabó el romance de Adolfito con Genca, mi sobrina. Luego hubo otros, pero con ella, que vivía en el tercero de nuestro mismo edificio, nunca más. Esto demuestra que en el amor también hay poderosos lazos de practicidad... ¿No?

Bioy necesitaba representarse a sí mismo como un amante empoderado, un caballero andante buscando rescatar princesas del tedio. Una mujer no le bastaba, porque además yo siempre andaba bastante entretenida. Se ve que de pequeño su madre no pudo darle todo el amor que Adolfito necesitaba...

Desde el fondo de la sala, agitando las manos, Marta Casares seguía queriendo participar:

Marta—¡¡¡Hola!!!, ¡¡¡sigo aquí!!! Y pido la palabra por doble alusión. ¡Tengo derecho a réplica!

Entonces, una de las que estaba sentada junto a Silvina se levantó y la buscó desplazando a un lado el candelabro perturbador. Marta Casares de Bioy se sentó cerca de la cabecera de aquella mesa tan entretenida y comenzó a hablar:

Marta—Si mi nuera me lo permite, me gustaría comentar, sin detenerme en sus irónicos dardos ni en los ponzoñosos de Inés, que yo misma hice de celestina entre Silvina y mi hijo Adolfito. La conocí a ella en la casa de los Ocampo, en la calle Posadas, cuando vivía con su madre y sus hermanas. Yo solía ir a visitarlas... De todas las Ocampo, Silvina siempre me pareció la más brillante. Por eso, cuando regresaba a casa, le decía a Adolfito: «Tenés que conocer a Silvina, te va a encantar». ¡Y tal cual! Una vez fue a la casa de ellas y, apenas vio a Silvina, quedó flechado por Cupido. Él mismo declaró, incluso a la prensa, que no esperó mucho en expresarle lo que sentía: ¡se le abalanzó en el ascensor ese mismo día! Pobre Adolfito... ¡siempre tan frágil ante los embrujos femeninos! Pero, así como siempre se enamoró fácilmente de las mujeres que lo atraían, fácilmente también se desencantó de ellas. Por eso, en honor de la verdad y para la posteridad de esta familia, debo decir que la relación que mantuvieron Adolfito y Silvina fue fascinante. Un matrimonio lleno de belleza y glamour, con ese toque de crueldad de lo perfectamente acabado; de todo aquello que por su plenitud se basta a sí mismo. Después de estar con ellos, una caía en el tedio más ramplón. Bioy, mi marido, siempre fue una ostra... A mí me encantaba estar con Adolfito y Silvina...

¡La madre y la suegra! ¡Imaginen lo deslumbrantes que podían ser para sus amistades literarias! Hasta la hermana de Silvina, Victoria Ocampo, quedaba opacada junto a ellos... Ese matrimonio fue el más rutilante e imaginativo que yo conocí en mi vida. Encantadores...

Adolfito fue siempre muy Casares, muy parecido a mi padre en su brillantez y elegancia. Yo le repetía de chico lo que mi padre me repitió a mí: no hay que creerse el centro del mundo. A diferencia de mí, él lo entendió desde niño. Y eso que era hijo único... En la oscuridad habitual de nuestras vidas, él siempre fue como un sol que hace que la luna resplandezca, aunque de noche no se lo vea. Silvina brillaba a su lado, como también Borges, por supuesto, pero nadie eclipsó a nadie. La lucidez de Adolfito resistía y potenciaba la de los demás. Ver a ese trío trabajar, divertirse, era una delicia.

¡Todos nos sentíamos más inteligentes al lado de ellos!

En fin, ¡qué agregar! Adolfito era todo un caballero, igual, igualito a mi padre... Y a mí siempre me hizo saber lo a gusto que se encontraba en aquel matrimonio con Silvina. Quien diga lo contrario, miente.

Silvina se levantó de su silla para abrazarla. Entre tanto, otra voz indescifrable le hizo una pregunta.

—¿Por qué te llaman Martona? ¿Fuiste gordita de chica?

Marta—Eso fue un apelativo que me puso la criada inglesa que teníamos en casa. ¡Estuvo quince años y no aprendió una sola palabra de español! Le cambiaba el nombre a todo el mundo. A mí me puso Martona. Y así quedó. Ni se enteró de lo famoso que fue ese nombre. ¡Podría haber pedido el copyright!

Otra de las presentes le pidió a Marta Casares que contara la historia de La Martona... Cómo fue que nació ese nombre.

Marta—Bueno, sí... Fue una creación de papá, aunque luego mis hermanos le dieron una gran dimensión. Como buen Casares, papá no paraba de hacer cosas, de involucrarse con todo tipo de iniciativas, públicas y privadas. Estaba siempre pensando en cómo ayudar a que el país creciera del mejor modo, no solo poniendo el hombro en cargos institucionales que le pedían que asumiese, sino también desde su propia iniciativa privada. Decía que había que involucrarse en la transformación del

país desde los propios recursos, no esperando que fuera el Estado el que lo diera todo. Por eso con mamá dirigían o colaboraban en infinidad de emprendimientos, además de criarnos a nosotros, que éramos siete. ¡No sé de dónde sacaban tiempo!

Otra voz le insistió:

—Contá más de La Martona...

Marta—Bueno... pero allí está Hersilia, mi hermana... Es raro que ande por aquí... así que aprovechémosla... Hersilia estuvo en el directorio de La Martona... Vení, acércate más. Ayudame a contarles.

Hersilia Casares se arrimó al grupo de mujeres que estaba en la cacería.

Hersilia—¿Qué quieren que les diga? Vos también, Marta, fuiste parte del directorio... Y, al final, la única que quedó, y lo heredó todo. Papá nos puso a los siete hermanos en el directorio de «Estancias La Martona» para que continuáramos con su iniciativa. La verdad es que al final quien más se dedicó fue Vicente. El tercer Vicente. Yo soy la segunda Hersilia; mamá es la primera. Hay otra Hersilia por ahí, nieta de Francisco Leocadio...

Me contaron que ella odia su nombre, pero así son las tradiciones familiares. Se heredan los nombres antes de heredar las fortunas. Pueden perderse esas fortunas... pero no los nombres. A veces nos bautizan con nombres con los que no estamos a gusto...

¡El de La Martona sí que fue un gran hallazgo! Un nombre que en seguida les gustó a todos. Aquella fue la primera industria láctea de la Argentina y una de las más avanzadas del mundo durante muchas décadas. Papá, como decía Marta, siempre estuvo lleno de ideas. No paraba nunca de inventar cosas, pero para llevarlas adelante, no para fabular como hacen muchos en este país. Por eso, cuando yo me dediqué a los patronatos de leprosos, recogí sus enseñanzas, no solo rezar por los



Hersilia Mercedes Casares (1886-1967), hija de Vicente Lorenzo, fundador de La Martona.

enfermos... sino hacer cosas concretas por ellos.

Marta—Es verdad. Vos sacaste esa misma energía de papá... ¡Hiciste de todo! Fundaste el Hogar Obrero, el Patronato de Leprosos... Un montón de internados... Tendrías que haber sido presidenta de la Cruz Roja. ¡Qué espíritu! Mirá que atender a toda esa pobre gente enferma en sus propias casuchas... Eras como una monja de la orden de San Vicente de Paul.

Hersilia—Quien tenía un buen ánimo impresionante era papá. ¡La reencarnación de uno de los Médici! De haber vivido en la Florencia del siglo XV, hubiese sido declarado un mecenas. ¡Un Lorenzo de Médici! Aunque pocos entendieron su generosidad.

Silvina—¿Por qué dicen eso? Vicente Lorenzo fue siempre muy reconocido. ¡Hay hasta una localidad con su nombre! Fue gobernador de la provincia. Amigo del general Roca, de Mitre, de Pellegrini...

Marta—Lo cortés no quita lo valiente, Silvina. Los reconocimientos vinieron por sus actuaciones políticas, pero pocos supieron que se gastó la mitad de su fortuna intentando hacer lo que aún nadie había hecho en América por la salud pública. Viajó a Europa para adquirir conocimientos específicos y la tecnología que fuera necesaria. Nadie pensaba en ello. Los de nuestra clase social se conformaban con ser hacendados, con tener vacas pastando para después carnearlas... ¡Ya con eso estaban satisfechos!

Hersilia—Papá era lo que ahora se llama «un emprendedor». Uno de esos locos adelantados a su época que invierten tiempo y fortuna en querer hacer posible lo necesario. Entendía que era urgente desarrollar una industria nacional relacionada con el campo... Pero además a papá lo obsesionaba otro asunto principal... Él quería desarrollar una industria que pudiera dar fin a la mortalidad infantil. Un flagelo que calificaba de obsceno y absurdo en un país donde los frutos de la tierra son poco menos que infinitos. Así fue como estableció la estancia San Martín como base donde hacer todas sus experimentaciones. Eso fue hacia 1860... Una década después fue el primer agroexportador argentino en lograr cosechar y enviar trigo a Europa, hecho que le concedió fama mundial a nuestro país. Y luego, ya en 1889, fundó La Martona, que revolucionó todo el sistema de producción y distribución de la leche.

Marta—Pero contalo bien, Hersilia... Lo que pasó fue que papá y mamá viajaron a la Exposición Universal de París, esa en la que Francia quiso tirar la casa por la ventana para festejar los cien años de su revolución. No sé si alguna de ustedes se acuerda de aquello. ¡Fue una exposición increíble! El gobierno de Francia construyó como ícono aquella torre espantosa del ingeniero Eiffel que tanto afeó las vistas de la ciudad.

Silvina—Tiene personalidad... a mí me gusta.

Marta—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito.

Silvina—¡Hay mucho escrito! Solo que la gente no se toma el trabajo de leer...

Marta—El asunto es que en esa oportunidad el gobierno argentino construyó un pabellón impresionante, hecho también de hierro... bueno, de hierro y vidrio. Miguel Juárez Celman, que hacía lo que su cuñado Roca le decía, puso toda la carne en el asador. Su vice era Pellegrini, gran amigo de papá, así que también estuvo papá involucrado en seleccionar los proyectos para la mejor presencia argentina en aquella feria internacional.

Hersilia—Sin embargo, parece ser que exageraron un poco... Fue un proyecto demasiado ambicioso, tanto que se siguió construyendo cuando ya se había inaugurado... De todos modos, la exhibición se extendió por varios meses.

Marta—Contaba papá que al final resultó tan impresionante el pabellón que, una vez concluida la feria, se decidió desmontarlo y traerlo a Buenos Aires para que sirviera como museo de bellas artes. Aunque casi no llega... Al buque que trasladaba todas esas toneladas colosales de hierros y mosaicos lo agarró una tormenta en alta mar y casi se hunde... Terminaron tirando por la borda una buena cantidad de bultos porque entorpecían las maniobras... ¡Hasta unos preciosos lienzos pintados por Albert Besnard fueron a parar a las profundidades marinas!

Hersilia—Volviendo al cuento, nuestro padre también adquirió en París y trajo a la Argentina una serie de maquinarias novedosas para el tratamiento de la leche... A él lo que lo movía era salvar a miles de chicos. No sé si ustedes saben que durante todo el siglo XIX la leche comportaba un problema de salud pública enorme, porque a través de la leche que todo el mundo tomaba se transmitían gran cantidad de enferme-

dades infecciosas, especialmente la tuberculosis y la fiebre tifoidea. Se tardó mucho en terminar de comprender la relación que había entre la leche descompuesta y la propagación de estas enfermedades. Las condiciones de higiene en la producción y distribución de la leche tenían tremendas deficiencias, lo que aumentaba también el riesgo de contaminación. Amén de la falta de refrigeración adecuada. Hasta que Pasteur no descubrió los procesos de calentamiento a alta temperatura para matar bacterias y otros microorganismos, la mortalidad infantil y las enfermedades gastrointestinales fueron tremendas lacras sin solución... Y luego hubo que saber implementar todos esos procesos de «pasteurización» en la industria. Fuimos de los primeros en América... En los locales de La Martona se le ofrecía a la gente por primera vez leche y productos lácteos higienizados, filtrados, con leche controlada y clasificada que provenía de los más de cincuenta tambos que teníamos...

Marta—La raza holando argentina comenzó a criarse en nuestra estancia de Cañuelas. Era una estancia enorme, de siete mil hectáreas...

Hersilia—Así es que se comenzó a comercializar también una leche a la que llamaban «maternizada», que se producía según un sistema conocido como Backhaus. A los panes de manteca se los empezó a empaquetar con ese papel impermeable...

Marta—¡El famoso papel de manteca!, que reemplazó los trapos de tela inmundos con los que antes se envolvían estos productos...

Hersilia—También la leche dejó de ser vendida en tarros de lata sin desinfectar. Todo ese cambio fue fundamental para la salud pública. ¡Con estos procesos industriales de higienización y de pasteurización, se acabó en pocos años con la mortalidad infantil! ¡Fue algo maravilloso! Miles y miles de bebés y niños fueron salvados de una muerte segura gracias a los esfuerzos de papá, que revolucionó la industria láctea. Perdía más dinero del que ganaba con todos estos emprendimientos... ¡pero se sentía realmente satisfecho! Luego nuestros hermanos siguieron revolucionando la industria láctea, con Vicentito a la cabeza. Se estrenaron los primeros vagones térmicos para transportar la leche, se empezó a vender dulce de leche en los almacenes... Bueno, todo lo que ustedes ya saben. ¡Aquello fue estupendo! Todo hecho con excelencia. Papá siempre usaba esta palabra... «Excelencia». Por eso hasta les encargó a Borges y a Adolfito que redactaran el folleto de los productos. ¡Qué lujo!, ¿verdad?

Silvina—La Argentina les debe mucho a ustedes, los hijos de Vicente...

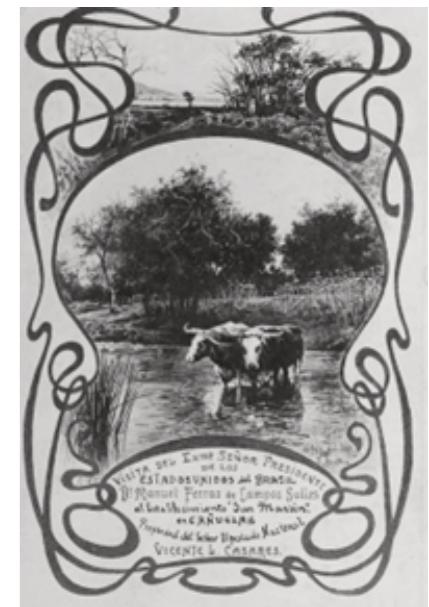
Hersilia—Eso mismo dijo el presidente de Francia cuando lo llevaron a visitar nuestro establecimiento. Por la estancia San Martín pasaba todo el mundo. Cualquier ilustre visitante que llegaba al país, y que Pellegrini quería impresionar, nos lo mandaba a nosotros para que lo agasajáramos. Después hizo lo mismo Roca... ¡Y durante los festejos del Centenario! Era un modo de mostrar lo adelantada que estaba Argentina respecto al resto del mundo. Luego siguieron pasando por la estancia infinidad de personajes... Getulio Vargas, De Gaulle... qué sé yo, por nombrarles solo algunos. Claro que el pato de la fiesta debíamos pagarla siempre nosotros... ¡pero bueno, la marca se hizo famosa!

Inés—¡Hasta se inventó allí el dulce de leche!, ¿verdad?

Hersilia—Eso es una leyenda familiar... En esos campos de la estancia San Martín hay mucha historia patria. Allí se habían encontrado Rosas y Lavalle... Se cuenta que, ese día, la mulata que estaba calentando la leche, al ver entrar la tropilla del general Lavalle, se fue asustada a llamar a su patrón Juan Manuel y se olvidó de sacar la cacerola del fuego... Cacerola que finalmente terminó oscurecida por el azúcar quemado. No sé si la historia es verdadera, pero siempre nos divertíamos mucho cuando la escuchábamos de chicas. Es un buen lugar para dar origen al postre nacional, ese de La Martona, ¿no?

Inés—¡Claro! ¡Y a la estancia le pusieron el nombre San Martín por el libertador? Ustedes están emparentados con el general... ¿verdad?

Hersilia—No, nada que ver. Nuestro abuelo Vicente Eladio y papá fundaron esa estancia en honor de San Martín de Tours, patrono de Buenos Aires. Es por el lado de la madre de Alberto, mi marido, que hay cierto parentesco con el general San Martín... Mi suegra era Oromí y Escalada, sobrina de Remedios de Escalada y prima de Merceditas...



Marta—Hablando de los Oromí, me pareció ver por allí atrás a la condesa. Estaba hablando con Ramona. Creo que también ellas tuvieron problemas con el famoso candelabro.

Inés—¿Qué Ramona?

Marta—Ramona, ¡la única Ramona de la familia, Inés! Ramona Molina.

Inés—Ah, sí. Pero, bueno... tampoco es de la familia.

Silvina—Ese «tampoco» ofende. Si a los que se casaron con Casares y tuvieron hijos Casares no los considerás de la familia, me parece que vas a reducir el clan a unos pocos primos incestuosos... Te lo voy a contar yo porque parece que tu papá no te mostró el árbol genealógico. Ramona, la mujer más rica de su época, casó a sus dos hijas con Casares. Heredó de su padre y de su marido más tierras que todas nosotras juntas. Es la madre de Victoria, casada con Mariano, y de Dolores, la mujer de Sebastián.

Inés—¿Qué Sebastián?

Silvina—Bueno... ¡volvemos a empezar! Tendrían que dar en la entra- da un plano para que sepan ubicarse dentro de la familia.

Inés—¡Siií, un plano del laberinto Casares, por favor!

Hersilia—Seguí, seguí, Silvina, ¡hacé de Ariadna!

Silvina—Sebastián, al igual que Mariano, es hijo de don Vicente Antonio, el patriarca de los Casares. O sea, Ramona Molina de Urioste fue consuegra de doña Gervasia y de don Vicente... Un matrimonio cruzado. De los descendientes de aquel Sebastián con Dolores Urioste Molina es esta estancia de Los Guanacos. Mariano era el mayor de los varones, y Sebastián el quinto de los hijos del patriarca Casares... Dolores, la mujer de Sebastián, heredó de su madre y de su padre unas quince mil hectáreas, más o menos, en la zona donde luego se fundó la ciudad de Capitán Sarmiento, que por entonces no existía, ni como estación ni como pueblo, ni como nada. Puro campo con ganado suelto de los Urioste.

Inés—¿Por qué de los Urioste?

Silvina—Urioste Molina. Prestá atención, nena, porque no me gusta repetir. Ramona estaba casada con un señor de apellido Urioste, que ve- nía también con sus campitos. Sus dos hijas se casaron con Mariano y con Sebastián Casares. ¿Eso lo entendés?

Inés—¿Pero Mariano no estaba casado con Mercedes Oromí, la condesa?

Silvina—Con la Oromí fue en segundas nupcias. Cuando enviudó de la Urioste, tras cuatro años de matrimonio, se casó con ella. Ma- riano fue quien hizo la mejor carambola de todos los hermanos Casares. Primero una Urioste y después una Oromí... ¡Imaginate lo que sumó allí!

Inés—Habrá sumado una madre para esos pobres hijos huérfanos...

Silvina—A sus cuatro hijos se los criaba la abuela, Ramona Molina. Vivían todos en su casa, también su hermano Sebastián con Dolores y sus hijos. Los hijos de Mariano y los hijos de Sebastián se criaron juntos. Como ya dije, Mariano, apenas pudo, se volvió a casar, esta segunda vez con la condesa de Oromí... Con ella tuvo dos hijas más.

Hubo entonces toda una serie de nuevos diálogos entrecruzados. Se impuso Marta Casares:

—En esta reunión no oficial, algunas personas presentes pueden re- velar asuntos desconocidos sobre nuestra noble familia... Sugiero a las que nada saben sobre los Casares que paren las orejas y no interrum- pan...

Retomó entonces la palabra, Silvina Ocampo:

—Recuerdo que, estando en Rincón Viejo, en la época que trabajaba en uno de los cuentos para *Las invitadas*, me sentía muy frustrada porque no podía avanzar con mi proyecto literario. Estaba totalmente bloquea- da. Mi mal humor por esos días comenzó a contagiar el de Adolfito. En- tonces, una mañana, me dijo: «Traete unas manzanas y al perro y subite al auto que el día está precioso, nos vamos a pasear por Capitán Sarmien- to. Vamos a conocer las estancias de mis ancestros los Oromí...». Yo pensé que tenía alguna invitación, una dirección concreta a donde iríamos... pero no, el muy canalla me llevó a la deriva. Anduvimos todo el día en el auto, de aquí para allá, con el pobre Ajax que a cada rato se quería bajar a orinar.

Adolfito decía estar investigando qué había quedado de todas esas estancias de los Urioste y de los Oromí. Pero en realidad lo que quería era que nos ventiláramos un poco. Estábamos encerrados en Rincón Viejo desde hacía varias semanas... La idea me pareció buena porque yo necesitaba impregnarme de aquel patriciado rural en decadencia. El de los Ocampo aún no lo era. Ese asunto fue parte de la trama de lo que justamente intentaba escribir. Por supuesto, pronto advertí que Adolfito no tenía ni idea de cómo llegar a la estancia El Descanso o a la estancia El Trébol. Jugaba con esos nombres... Decía que si teníamos *suerte* podríamos en algún momento *descansar a piacere*. Él tenía una vaga idea de que había una pulperia cerca de esos campos, que alguna vez había visitado de chico. Y que sus parientes lo reconocerían...

Marta—Habrá sido que estuvo con alguno de mis hermanos, porque yo nunca fui a ningún campo por esa zona...

Silvina—El caso es que dimos vueltas por carreteras solitarias, de un lado al otro, hasta que efectivamente encontramos una pulperia de mala muerte que se llamaba El Descanso, donde decidimos almorzar. Su nombre parecía ofrecerle a Adolfito una pista segura. Y tenía razón. El propietario de la pulperia nos dijo que ese camino, por donde habíamos llegado, *enhebraba*, esa palabra utilizó el pulpero, fijate vos, *enhebraba* varias de todas las estancias desmembradas de los Urioste: la estancia La Lucía, la propia estancia El Descanso, El Trébol, que buscaba Adolfito, El Ñandú... Incluso una que llamaban «la estancia de Federico Urioste».

Los hijos y nietos de Ramona Molina y de Mariano Casares heredaron todos estos campos. Son extensiones enormes y rebasan el municipio de Capitán Sarmiento: más allá de San Antonio de Areco... o de Carmen de Areco... qué sé yo. Confiamos y seguimos a rajatabla las indicaciones que nos había dibujado el dueño de la pulperia sobre una traza de papel de almacén.

Y así fue como llegamos a la estancia El Trébol. Nos franquearon la entrada gracias al interés de sus dueños por *La invención de Morel*. Se fiaron de que Adolfito era pariente. De mí no sabían ni que existía. Yo creo que más bien fueron ellos los que se hicieron pasar por parientes para divertirse un rato con nosotros. ¡Serían los caseros! Pudimos visitar el casco de una de las estancias principales, que era muy vieja, aunque no ofrecía ningún encanto histórico. No conservaba nada de sus ancestros.

«Los Oromí de aquí se han vuelto mostrencos», comentó Bioy al irnos.

Regresamos a Rincón Viejo bien entrada la noche, peleados, por supuesto. Pero al día siguiente me levanté y de un tirón escribí *La furia*.

Las mujeres parecieron solidizarse entre ellas con sus risas. Luego de varios comentarios cruzados, Silvina remató:

Silvina—En aquella época, la manía de Adolfito por sus ancestros Casares era mordaz... pero a la vez fluctuante. Él también estaba pergeñando una novela. Le había impresionado la lectura de *Los Buddenbrook* de Thomas Mann y me decía que con los Casares se podía urdir una historia aún mejor. Al final nunca la escribió. Quizá sea por eso que estamos todas aquí... andá a saber. De los personajes Casares con los que jugaba en su cabeza, la que a mí más me intrigaba era esa segunda mujer de Mariano... La condesa de Oromí.

Marta—¡No era condesa!

En ese momento, desde el fondo de la sala, avanzó una sombra oscura... Las sillas se movieron para darle paso y hacerle lugar en el centro de esa fabulosa tramoya femenina. Todo sucedió en silencio.

—Si me permiten, seré yo quien hable de la mencionada condesa María de las Mercedes Oromí y Gómez Castelló... Es deshonroso que la memoria en este país sea tan efímera. El olvido, esa omisión que nos acecha y nos arrebata pedazos de nuestra historia, es un enemigo silencioso que todas debemos enfrentar. Por ello celebro que unas cuantas de ustedes, mujeres imbricadas con Casares, hayan querido acudir a esta cita. La importancia de la memoria radica en su capacidad de preservar nuestra identidad, nuestra experiencia y nuestra humanidad. Porque es el hilo conductor que nos une con nuestro pasado, con nuestras raíces... Es a través de la memoria que podemos aprender de los errores y los aciertos



La «condeza de Oromí» (en nota de *Caras y Caretas* de 1906). Mariano Casares (hijo de VAC) contrajo matrimonio con ella en segundas nupcias en abril de 1855.

de quienes nos precedieron, así construir un futuro más sabio, menos errático... En mis tiempos, yo he ido muy buscada y tenida en cuenta por multitud de personas. A todos los que pude ayudé a salir de la pobreza, también de espíritu, porque la pobreza de espíritu es la más penosa... Aquella deferencia de las personas hacia mí se desvaneció con el tiempo. Ya nadie se acuerda de lo hecho. En fin, no me lamento. Yo sí que recuerdo todo lo vivido y la felicidad que pude propiciar. La memoria permite recordar los momentos de alegría, y asimismo los momentos de dolor... las lecciones adquiridas. Recordar a las personas que amamos... Es en la memoria donde encontramos la fuerza para seguir adelante, para superar obstáculos y para mantener viva la llama de la esperanza... Pero ya veo: es evidente, también aquí, que la desmemoria amenaza con borrar todo eso. Las más jóvenes de ustedes viven en una indolente ignorancia... Sumergidas en lo efímero, las lecciones del pasado se desvaneцен... Y así las heridas familiares no terminarán nunca de sanar...

Deberíamos ser guardianas de la memoria, como algunas de nosotras intentan hacer en esta tarde crepuscular de la Patagonia, tan lejos de todo y tan cerca de aquel fuego primigenio. El fuego en torno al cual se reunían las mujeres cuando sus hombres se iban de caza, sin saber si regresarían con alimentos... o no regresarían nunca. Y entonces criábamos unas las hijos de las otras y entre todas, confabuladas en el arte de la supervivencia, nos arropábamos con historias y sabidurías antiguas. Así se forjó poco a poco nuestra identidad y nuestra cultura; recordando que somos parte de algo más grande que nosotras mismas... ¡No permitan que la desmemoria les arrebate eso!

Al término de estas palabras, que resonaron como truenos, escuchadas en total silencio, hubo un sinfín de cruces de miradas. Nadie se animó a responder ni a decir nada. Quien habló se hundió en una taza de té que alguien discretamente le había servido. Al cabo de unos segundos eternos, fue Silvina quien se atrevió a decir:

Silvina—Disculpame... ¿vos quién sos?

Pareció que la dama de negro iba a soltar otra imponente alocución... pero esta vez fue más modesta:

—Oí que hablaban de los Oromí, y creo que puedo ilustrarles algo de su noble estirpe... Hablarles de aquella a quien todos llamaban la «duquesa». Sé bastante de su existencia, que fue como de cuento, de un cuento

como los tuyos, Silvina: un cuento raro. Sí... Un cuento demasiado raro para aquellas costumbres de convento. En su existencia, el amor, el ensueño y la belleza ocuparon el sitio de la realidad... ¡Aunque sea por tal mérito, ya es digna de respeto!

La oradora, como si fuera salida de una ópera de Toscanini, gustaba de manejar tanto la verba como el silencio... Tras unos segundos, continuó:

—Por estas manos blancas y venosas pasó mucho oro, muchas joyas y dinero... Y nada de todo eso quiso ser retenido por ellas. Fructifican ahora en decenas y decenas de obras de caridad...

Marta—Pero entonces... ¡¿sos vos...?! ¡¿Mercedes?! ¡Bienvenida a este aquelarre!

Mercedes—Estoy solo de paso, querida... Pero es así. Viví una vida de princesa, mientras iba desprendiéndome de todo. Solo tengo la felicidad de los benefactores, que se mantiene muchos años. Vivo de ensueños. Vivo de remembranzas. Pensad que mi padre me crió como una duquesa y a los diecisiete años me casé con Mariano Casares, que me trató como una reina. Tuve una vida espléndida, llena de luces y alegría, hasta que una de nuestras dos hijas se nos fue... y eso ensombreció mi existencia por completo. Pude retomar el sentido de las cosas entregándolo todo al que todo lo da y todo puede quitarnos. Doné el dinero que poseía, una buena parte heredada de mi padre y otra de Mariano, para obras de beneficencia y fondos de caridad.

Silvina—Antes de que aparecieras, discutíamos aquí si eras o no condesa pontificia...

Mercedes—De eso sabe más Cochonga. La vi por allí atrás, en aquella antesala de las sombras... Pregúntenle a ella. Le gustará hablarles del asunto. Su hermana fue marquesa...

A mí me condecoró el papa León XIII. He sido «Madrina del Santo Sepulcro». Se me honró con la Cruz y con la banda del Santo Sepulcro. Todo el Buenos Aires de bien quiso asistir a la espléndida ceremonia en la catedral donde el sumo pontífice, a través del arzobispo, monseñor Arneiro, me distinguió. Fue la apoteosis de mi vida. En el templo no cabía ni un alfiler. *La crème de la crème* se peleaba para estar cerca de mí. Y luego, mijita, llega la vejez... que es como un gran océano donde los re-

cuerdos son las olas que nos acompañan en silencio.

Dicho esto, doña María Mercedes Oromí desapareció... al menos de mi vista. Primero hubo como un fagonazo que me encegueció y luego de unos segundos de desconcierto, ya no la vi más.

Quien sí apareció de golpe entre todas aquellas mujeres fue otra gran señora. Su presencia me impresionó. Habló con una mezcla rara de dulzura y gran autoridad.



Concepción Unzué de Alvear («Cochonga»), una de las mujeres más rica de Argentina. Propietaria de Huetel. Junto a sus hermanas fue célebre beneficiaria de Obras de caridad.

—Se ve que aquí, como en las asambleas importantes, quienes pueden hacer uso de la palabra son las personas que han sido mencionadas... Dijo Marta que tenemos «derecho a réplica». Sería bueno que tengamos también derecho a dictar sentencia, cuando sea prudente ejercerlo, claro.

Marta—Aquí habla quien tenga ganas de contar sus cosas, Cochonga. Como dijo la condesa de Oromí, es importante dejar legado. Aunque no todas podamos dejar un legado tan importante como el tuyo... Vos, dale, contanos a todas por qué estás aquí, en un cónclave de los Casares.

Cochonga—Bueno, supongo que lo sabrán... Me casé con Hilario Carlos. Para las que andan medio perdidas, el hijo de Carlos Casares y Josefa Martínez de Hoz, el primo de Alejandro Sebastián...

Silvina—ahh... sí, dicen que él es el que da por izquierda los salvoconductos para pasar a este lado de Los Guanacos...

Hubo cruce de comentarios en la sala.

Cochonga—Creo, según mi entender, que mi suegro Carlos es el Casares que mejor carrera política ha hecho... Una carrera impresionante como político, como hacendado, como mecenas.

Marta—¡Parecés más enamorada de tu suegro que de tu marido, Cochonga!

Cochonga—Es que su foja de servicios a este país resultó impresionante, y se habla bastante poco de él. Además, siempre me quiso mucho... Me ayudó una enormidad cuando comencé a ver cómo disponer mejor de mi fortuna en obras de beneficencia.

Silvina—Se supone que Hilario Carlos también te ayudó, ¿no?

Cochonga—Sí, sí, claro. Pero él siempre estuvo ocupado en sus propias responsabilidades de funcionario.

Marta—Bueno, en eso tu marido fue igual que tu querido suegro... El mismo día en que su padre don Vicente, nuestro patriarca, estaba pasando a otro plano, él era proclamado gobernador de la provincia... ¡El deber por sobre los afectos!

Silvina—No siempre, ni todos, querida.

Inés—¿Con cuántos años transmutó don Vicente Antonio?

Cochonga—Hacé la cuenta: don Vicente Antonio nació en 1791 y el día en que mi suegro fue proclamado gobernador de la provincia de Buenos Aires fue el 14 de abril de 1875... Hilario Carlos también fue un campeón apasionado por la política y la vida social. Sin embargo, la importancia del padre... el peso que tiene para los hijos varones... No sé bien por qué representa para ellos un condicionante enorme. Hilario empezó a usar su nombre, Carlos, cuando su padre ya no gravitaba más en la vida pública de Buenos Aires. Tomó su nombre y empezó a crecer. Yo lo acompañaba a todas partes, aunque igualmente cada uno tenía su propia agenda social. Como Dios no nos dio hijos, pudimos volcarnos de lleno a nuestras respectivas actividades.

Él inauguraba obras públicas en nombre del Estado y yo hacía lo propio en nombre de la Iglesia. Mis dos hermanas y yo tuvimos una agenda rutilante de obras caritativas... Mi hermana María fue nombrada marquesa pontificia. El título fue para ella, pero el mérito por el que se lo otorgaron es de ambas... A mí los honores me tienen sin cuidado. Lo que importa es lo que se deja.

Si me pongo a enumerar todo lo que logramos hacer para los pobres y necesitados de la Argentina, no alcanzaría la noche.

Silvina—Aquí debería estar Manucho para hablar de ustedes...

¡Nos divertiríamos a lo grande!

Cochonga—¿Qué Manucho?

Silvina—Mujica Láinez, querida, ¿quién va a ser? Parece enamorado de vos y de tu hermana por todo lo que escribió de ustedes...

Cochonga—Ah, sí, sí. ¡Pero en todo caso estaría más enamorado de Carlos! El joven Manuel solía estar presente en aquellas fiestas tan divertidas, tan concurridas, que organizábamos en casa, llena de extravagantes y andariegos llegados de los cuatro puntos cardinales del planeta.

Marta—¡Cuánta espléndida frivolidad!

Cochonga—Eran fiestas para promover a nuestras sobrinas. Algunas veladas de aquellas parecían emerger de *Las mil y una noches*.

Inés—¡Como estas! Que no terminan nunca y están llenas de sorpresas...

Cochonga—Sí, tal cual. Aunque aquellas nuestras eran mucho más divertidas. Hasta Gardel se ponía a cantar mientras todas ensayábamos por primera vez el baile del tango.

Marta—¡Qué horror! ¡Bailando tango en lo de la marquesa pontificia!? ¡Un escándalo!

Cochonga—Era la última moda en París... En Buenos Aires la *gente bien* aún no se animaba. Pero los chicos sí. A tu Mujica Láinez lo vi bailando con un morocho de la India. Muy gracioso. Creo que era el marajá de Kapurthala.

Inés—Pero, Cochonga, explicá bien, por favor, quiénes eran ustedes, las hermanas Unzué, porque yo me las confundo...

Cochonga—Mujeres somos tres. Y hubo dos varones. No es tan difícil. Yo soy Concepción, Natalia de segundo nombre, para más información... Don Saturnino Unzué Rey fue nuestro padre. Él hizo la gran fortuna que mis hermanas y yo heredamos. Mamá también aportó lo suyo... Somos Alvear por parte de mamá, de los Alvear ricos... Cinco hermanos que quedamos huérfanos de madre a los pocos días de que yo

naciera. Imaginate que con la fortuna de papá nunca nos faltó nada en casa. Salvo el amor de una madre... Aunque estábamos rodeados de criadas y servidumbre, abuelas y tíos, todo el tiempo. Papá trabajó la vida entera como comerciante y como hacendado. Amasó una riqueza enorme... Aclaro que trabajó... porque luego, en las generaciones siguientes, los hombres no trabajaron... Se decía que los de familia «bien» no trabajaban; eso era de inmigrantes, de italianos. Los que tenían muchos campos no trabajaron nunca. Pasaban las horas del día tomando whisky en el club y lustrándose las botas. Competían para ver quién tenía los zapatos mejor lustrados... ¡Se morían de cirrosis sin haber hecho nada en la vida!

Los Casares eran de los pocos que yo vi que estaban todo el tiempo ocupados, con esa vocación pública que siempre los caracterizó. A Vicente Lorenzo, tu papá, lo criticaron mucho por lo de La Martona... Las mujeres ricas de mi generación, en cambio, estábamos muy activas en obras de beneficencia. No fuimos solo nosotras, las Unzué. También las Guerrero, Mercedes Castellanos de Anchorena, las Alvear y, por supuesto, nuestra gran amiga Adelia Harilaos de Olmos.

La primera de nosotras tres que se casó fue Ángela, con Rodolfito Álzaga Piñeyro... pobre. Enviudó pronto. Al tiempo se casó con su hermano, Félix. Con ambos matrimonios, llenó de «Álzagas» [sic] este mundo tan poco habitado por los Unzué... La Beba también se casó muy joven, con Ángel, el hijo de Torcuato de Alvear... ¡Ángel Torcuato del Corazón de Jesús de Alvear Pacheco! Muy orgulloso siempre de todos los apellidos con los que cargaba...

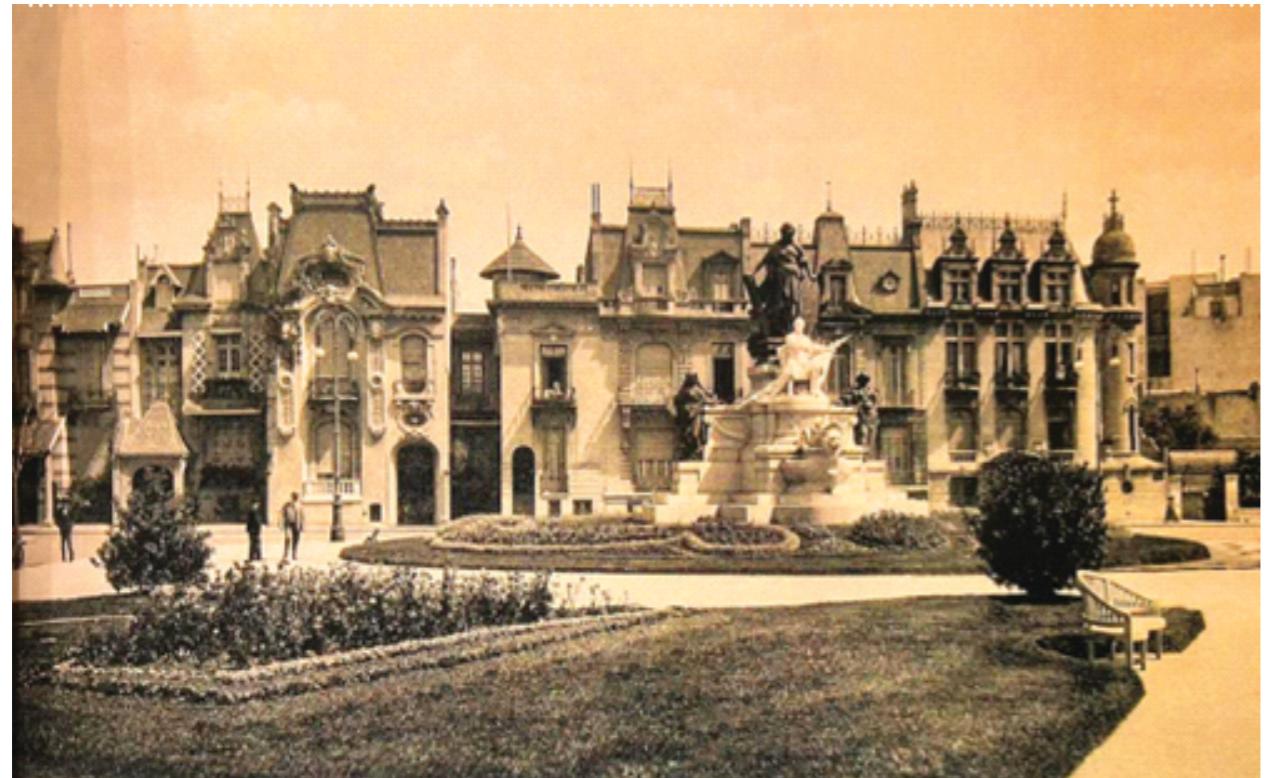
Yo estuve llena de pretendientes, y al final me casé grande, con veintinueve años. Carlitos tenía treinta y siete. No le gustaba usar su primer nombre, que era Hilario, por eso muchos se lo confunden con su padre Carlos Casares. Nuestra boda fue en la iglesia del Socorro. Mi suegra, Josefa Martínez de Hoz, estaba espléndida y me sacó un poco de protagonismo. Ella se llevó todas las miradas... Pero no me importó. La fiesta fue fastuosa. Imaginate a papá... ¡casando a la última de sus hijas con el hijo del gobernador...! Estaba medio mundo en esa fiesta. Si viviésemos en París, hubieran acudido príncipes de todos los países de Europa. Más adelante vinieron... pero a Huetel, nuestra estancia.

Silvina—¿Todas ustedes terminaron viviendo juntas en la avenida Alvear, ¿no?

Cochonga—Juntas, juntas, no. Lo que pasa es que esos eran terrenos de papá. Él fue comprando la manzana entera, y más. Con mis hermanas decidimos hacer nuestras residencias allí, así que contratamos al ingeniero Buschiazza y a un tal Cremona para que nos construyera las tres casas.

Silvina—Las tres casas de las hermanitas Unzué: la tuya, la de Remeditos, casada con Ángel de Alvear, y la de Ángela Unzué de «Álzaga-sss».

Cochonga—Sí, Ángela primero vivió allí con Rodolfo Álzaga y, cuando enviudó, siguió allí, pero casada con quien había sido su cuñado, Félix Gabino. Le pedimos a Buschiazza que construyera una única residencia, pero con distintos ingresos a la calle. Internamente, estábamos las tres comunicadas a través de pasillos interiores y enormes jardines en común.



Las casas de Cochonga Unzué de Casares y de sus dos hermanas, en plaza Carlos Pellegrini.

Nos hizo una mansión al estilo academicista italiano, un poco pesada, con una fachada llena de molduras: frontones curvos en la planta baja y frontones triangulares en los pisos superiores. Diseñó cuatro prominentes balcones que solo disfrutamos cuando había desfile o manifestaciones por la avenida. Ubicó todas las áreas de servicio en el subsuelo y no en las mansardas como hacen los franceses... Nuestra casa, igual que Huetel, fue un permanente peregrinar de personajes ilustres a los que se les

ofrecía banquetes de honor. Recuerdo bien la primera gran prueba como anfitriona que tuve que pasar al inicio del nuevo siglo, cuando al presidente Roca se le ocurrió homenajear por todo lo alto a Ferraz de Campos Salles, presidente de Brasil, venido al país en visita oficial. Quería impresionarlo paseándolo por los lugares más fastuosos de Buenos Aires, que no eran muchos, porque los arquitectos franceses que transformaron Buenos Aires en un París pujante llegarían unos años después. Así es que ahí estaba yo, teniendo que organizar los asados pantagruélicos en el campo, o esos bailes multitudinarios en casa para que la Argentina fuera bienpreciada.

Hersilia—Aquella vez también vinieron a la estancia San Martín para visitar nuestros establecimientos de La Martona... Me acuerdo perfectamente de todo aquel circo que armó Roca.

Cochonga—Sí, claro. Fue Pellegrini el que inició esa costumbre con el padre de Carlos, a quien usaba para mostrar todo lo que deseaba que tuviese brillo y elegancia. Cada vez que llegaba alguna figura importante al país, nosotros decíamos: «Tocará nuevamente ir de recorrida por las casas de los parientes». «¿La Argentina es de los Casares?», preguntó una vez uno de los brasileños de estas comitivas, algo mareado por el plan de agasajos. Fuesen por donde fuesen, siempre había algún Casares recibiendo o saludando: ya sea en la casa de gobierno, en la municipalidad, en el hipódromo, en las sedes del Banco Nación o del Banco Provincia, en Huetel, en La Martona, en el Jockey... ¡un Casares siempre entre los anfitriones!

Marta—Igual ustedes no esperaban a las visitas internacionales para hacer fiesta. ¡Siempre lo estaban!

Cochonga—Siempre no, pero las celebrábamos con cierta regularidad... Además de aquellas visitas extraordinarias. Todos los lunes, por ejemplo, en mi casa o en lo de Ángela. Cuando ella y yo quedamos viudas, decidimos directamente unificar las casas haciendo una única entrada, en el número 45. Le pedimos a Héctor Ayerza que nos rehiciera esa fachada tan bodoque que nos había hecho Buschiazza y contraté a la casa Jansen de París para que nos remodelara todos los ambientes.

Los de la planta baja; los de recepción, con una boiserie Luis XV preciosa; mármoles y estucados en pisos y techos... Me revistieron los muros con seda color oro y de brocado verde; cambiamos de lugar chime-

neas y espejos. Nos quedó una mansión impresionante, con mobiliario bien ecléctico y suntuoso, como yo quería. Me alabaron mucho el buen gusto en las mejores revistas y periódicos de entonces. Fue para mí un esfuerzo colosal lograr aquella maravilla de casa.

Silvina—La siguen disfrutando los socios del Jockey, querida.

Cochonga—Sí, claro. Carlos le dedicó muchos años de actividad al club... Fue el club de sus amores. Junto a su amigo Pellegrini fue socio fundador. El gringo lo metía de prepo en todo lo que hacía... No hubo ni habrá un presidente de la Argentina como Carlos Pellegrini. Una maravilla. Ustedes los Casares tienen mucho que ver con Pellegrini... De hecho, el padre del que luego será presidente llegó al país comisionado por Rivadavia, amigo de don Vicente Antonio, para dirigir las construcciones de un nuevo puerto para Buenos Aires, que sería el que luego se le encendió a otro Casares. Fijate cómo son las cosas, típicas de este país... Para cuando el ingeniero Pellegrini, que era italiano, saboyano, llegó a la Argentina, Rivadavia ya no era más presidente y su proyecto del puerto, tan conversado con don Vicente Antonio, había sido descartado. El pobre hombre se quedó sin trabajo, sin el pan y sin la torta. Pero no sin entusiasmo... Así es que se dedicó a ser retratista. Y fue un retratista de los buenos; tenía mucha habilidad como dibujante. Retrató a toda la alta sociedad porteña. Yo compré láminas suyas muy bien logradas. Se casó con María, la hija del ingeniero Bevans, también llegado desde Inglaterra para trabajar en las obras que se necesitaban en el Río de la Plata. Terminaron viviendo en una estancia de Cañuelas vecina a la de ustedes, ¿verdad?

Hersilia—Sí, sí, la estancia de los Bevans...

Cochonga—A Carlitos Pellegrini, que hablaba perfectamente inglés, le decían el gringo. Se hizo amigo de mi marido cuando todavía estaba en el Colegio Nacional e invitaba a toda una pandilla de compañeros a pasar días enteros en la estancia de Carlos Casares, su padre. Pellegrini era un poco mayor que él, como diez años, pero era quien los aglutinaba a todos. Tenía un carisma divertido y a la vez la energía de gran organizador, un ser excepcional. Las casas de los Casares siempre fueron hogares para Pellegrini. Era tan amigo de Carlos como de Vicente Lorenzo...

Marta—Papá se la pasaba hablando de él. A casa llegaba correspondencia del presidente Pellegrini todo el tiempo cuando estaba de viaje por

Europa... Yo la recibía e iba corriendo a dársela a papá, que se encerraba en su escritorio a leerla. Sentía que en esas cartas venían noticias importantísimas sobre asuntos que estaban ocurriendo en el país y en el mundo.

Cochonga—De adolescentes, todos ellos, en sus vacaciones, vivían como gauchos zaparrastrosos cuando visitaban alguna de sus estancias. Era un grupo extraordinario. Vicente Fidel López... Roque Sáenz Peña... Aristóbulo del Valle... Miguel Cané... Lucio López... Ignacio Pirovano... los hermanos Ramos Mexia... Todos jugando al pato o a la pelota, domando potros o cazando peludos. ¿Se los imaginan? Luego fueron los que transformaron este país: ¡hicieron de unas pampas indómitas una de las naciones más prósperas y cultas del mundo! Pero bueno... me perdí. ¿Qué les estaba contando?

Silvina—De tu casa, Cochonga, la que es sede del Jockey.

Cochonga—Ah, sí, claro... Es que Carlos presidió el Jockey por indicación de Pellegrini. Lo hizo solo por cuatro años, aunque los demás socios fundadores solían renovar mandato turnándose. Sin embargo, justo en esa época se pelearon Pellegrini y Roca, y las aguas turbias llegaron también al club... Recuerdo el malestar de Carlos con toda aquella pelotera tremenda que se armó entre los que apoyaban a Pellegrini, como Carlos, y los que eran del entorno de Roca. Por supuesto que ganaron estos últimos.

Hersilia—Tu padre, don Saturnino, fue amigo de Roca, ¿verdad?

Cochonga—Claro. También hubo algún cortocircuito entre Carlos, que era un pan de Dios, y papá, que siempre fue como un padrino para Roca. Piensen que papá ayudó a financiar con su dinero dos campañas que han sido muy importantes en la historia de este país. Primero financió a Urquiza cuando preparaba la gran batalla final contra Rosas. Fue así como, tras Caseros, derrotado el dictador, en pago por el dinero prestado, Urquiza presidente otorgó a mi padre setenta y cinco mil hectáreas en la zona de Rojas. De la noche a la mañana, papá se convirtió en un próspero hacendado. Y a partir de entonces se dedicó a la explotación agrícola y ganadera. Más tarde, cuando Julio Argentino Roca preparaba su avanzada para la conquista del desierto, papá también facilitó ingentes aportes que le fueron devueltos en tierras. Nosotras heredamos unas quinientas mil hectáreas... Decía papá que era como si nos hubieran legado

en herencia toda la región de la Lombardía italiana. A María de los Remedios, que un año antes se había casado con Alvear, le tocó la estancia San Jacinto. Al quedarse viuda de Alvear, ella y sus hijos acumularon la mayor cantidad de campos de la Argentina. La Beba le encargó el diseño y la construcción del Palacio San Jacinto al arquitecto francés Louis Faure Dujarric, que plasmó el palacete en un estilo normando francés, que hizo furor en la sociedad porteña. Un centenar de habitaciones a las que se accedía moviendo relucientes picaportes enchapados en oro, majestuosas arañas de cristales venecianos, muebles importados de Francia, porcelanas de Sèvres, estatuas de bronce, vidrios artísticos de Nancy... y muchísimos cuadros de diferentes artistas. La Beba supo posicionarse en lo más alto de la consideración social. Luego, empezó a donar todo. Hizo construir al lado de la estancia el Colegio Salesiano de la Trinidad. Aque- llo también fue una maravilla.

Inés—¿Y qué pasó con tu Huetel, que fue más famosa aún?

Cochonga—Yo heredé de papá el campo de Huetel, que él quería muchísimo. Sobre todo, por la cercanía con la capital. Llegábamos en tren hasta las puertas de la estancia. Mis hermanas quizá tenían más extensión de campo, pero no más bonitos que el nuestro, en 25 de Mayo. Eran unas sesenta mil hectáreas, muy bien ubicadas. Con Carlos empezamos también a buscar los mejores arquitectos para hacer de Huetel el



Casa de campo del Señor M Casares — Estancia Huetel — Arq. J. Dunat

epicentro de la vida social porteña. Yo quería que fuera una copia de un château que habíamos visitado en el Loira, del que reprodujimos los planos... Contratamos finalmente a un arquitecto suizo, Jacques Du- nant, de formación francesa, que nos armó gran parte del proyecto. Lo hicimos por etapas. Tanto tardó en construirse que Carlos no llegó a verlo terminado. Cuando quedé viuda, con toda la experiencia ya adquirida en la construcción y renovación de la casa de avenida Alvear, me dediqué a la estancia Huetel. La inauguré en 1909, justo para que en el centenario pudiera ser admirada por las celebridades internacionales que vinieron de medio mundo, invitadas para aquellos fastos. La casa terminó siendo tan espléndida como la había imaginado. Rodeada de un parque de densa vegetación que diseñó un paisajista alemán, Welter, al palacete lo hicimos dividir en dos plantas, con terrazas y amplios balcones en el primer piso, y decenas de salones y habitaciones. Todo lleno de detalles únicos, distri- buido en más de dos mil metros cuadrados. Quienes entraban se topaban con una escalera de mármol que cortaba el aliento hasta a quienes vivían en el palacio de Buckingham.

Inés—¿Qué príncipes te visitaron, Cochonga?

Cochonga—Varios. Pero el más famoso fue el príncipe de Gales, Eduardo. El presidente Alvear, que ya saben que estaba emparentado con nosotras, me solicitó Huetel para que fuese parte de los honores que se le brindarían para su visita. Le preparamos un programa lleno de actividades... Incluía doma de potros, boleada de avestruces, exposición de ganado vacuno, orquestas de tango y hasta la presentación del dúo Gardel Razzano. El príncipe llegó en un tren oficial, que entraba hasta nuestra estancia. ¡Una comitiva enorme la de aquel hombre! Hasta un marajá venía con él... ¡Se creó hasta un conflicto con mi propia servidumbre por todos los lacayos que traía!

El príncipe se sintió como en su casa, lo cual no es poco decir. La pasó genial. Se acercaba a la zona de los asadores y comía asado directamente desde la parrilla, a la manera de los gauchos. Jugó al fútbol, intentó jugar al pato... y nos dejó un árbol plantado. Un roble americano. También nos dejó plantadas a nosotras que queríamos llevarlo a nuestro colegio rural atendido por los salesianos... Ese día no apareció. Se quedó durmiendo la mona. La juerga de la noche anterior fue hasta tarde... Y corrió el whisky a lo loco, como pocas veces he visto. Terminó tocando el ukelele y abrazado a Gardel, intentando cantar a dúo no sé qué tango. ¡Un personaje digno de la realeza inglesa!

Cochonga—Antes de que se volviera a Gran Bretaña, lo tuve otra vez en casa, en la avenida Alvear, en recepción de despedida. Decía que nosotras éramos de la realeza rioplatense.

Silvina—Bueno, un poco de razón llevaba el príncipe. Aunque vos más bien te sentirías como María Antonieta disfrutando de tu Versalles.

Cochonga—No, te equivocas, querida. A mí siempre me gustó lo bello, pero no el lujo por el lujo mismo. Lo que pretendía era impactar a cuantos dios se acercara a mí... ¿para qué? Para que arrimaran también su ayuda a todas las obras de caridad y beneficencia que montamos con mi hermana y con Adelia Harilaos de Olmos. La Argentina, para la época del centenario, había crecido de una manera sorprendente pero poco armónica. Con la inmigración, el país se llenó de trabajadores que la transformaron en una de las naciones más prósperas del mundo y, sin embargo, ese progreso dejó a un lado a tantísimos enfermos, viudas, huérfanos... Parecía que el Estado tenía sus ojos y sus músculos enfocados únicamente en el crecimiento económico. No había recursos disponibles para los más necesitados. Así es que nos juntamos todas las que por una razón u otra teníamos un patrimonio respetable y organizamos la que creo fue la más grande red de obras solidarias y de beneficencia del mundo. Por algo el Vaticano gratificó con ese título de marquesa a María.

Yo soy más retraída, no me gusta hablar mucho y nunca me gustó pavonearme con lo que he recibido, sino sentirme orgullosa de lo que he construido. Con nuestros recursos, levantamos el Hospital Regional y la Escuela Agrícola, que quise que se llamaran Carlos M. Casares. Allí los padres salesianos impartían cada año instrucción en materia rural a unos doscientos chicos, varios de ellos huérfanos. En Mar del Plata fundamos el Asilo Unzué y el Solarium, destinados a pequeños niños enfermos. En memoria de nuestro padre, erigimos la iglesia de San Saturnino y San Judas Tadeo, también el Colegio Josefa Capdevila de Gutiérrez para niñas sin padres y la capilla Mater Admirabilis. Siempre le pedí a Dios que me ayudara para poder ayudar. A la Sociedad de Beneficencia, que había sido fundada por Rivadavia, el gran amigo de don Vicente Antonio, le proveímos fondos incansablemente. Mi hermana María fue su presidenta mucho tiempo. Las Damas Vicentinas saben bien todo lo que les hemos donado sin que nadie más tenga conocimiento de ello...

Silvina—¿Lo del marquesado cómo es, Cochonga? Porque en Argentina no hay títulos nobiliarios desde la Asamblea del Año XIII...

Cochonga—No, no, la cosa es así, querida. Son títulos nobiliarios otorgados por la Iglesia católica. Honoríficos. Marquesas pontificias en Argentina solo hubo tres: Mercedes Castellanos, Adela María Harilaos y mi hermana Beba...

Marta—O sea, María Unzué, la casada con el Alvear, hermano del presidente.

Cochonga—Así es. Como les contaba antes, ellas y yo formamos una brigada poderosa de mujeres activistas. Nosotras cuatro fuimos un equipo imbatible para promover, crear y sostener instituciones dedicadas a la protección de huérfanos, de enfermos desahuciados, de inmigrantes sin techo, de viudas caídas en desgracia... Mercedes Castellanos era más grande que nosotras tres, y quizás la más rica de todas. En 1846, el año en que yo nací, se casó con Nicolás Hugo Anchorena, el hombre con mayor fortuna de Argentina. Cuando ella enviudó, se hizo cargo de cuarenta estancias enormes y una riqueza incalculable. Fijate cómo son las cosas... ella enviudó a los veinte años de casada, sin tener hijos... igual, igual que mi hermana Beba.

En Europa no podía concebirse una riqueza como la nuestra. Meca fue la primera mujer argentina en ser nombrada marquesa pontificia y Dama de la Rosa de Oro. Posteriormente también mi hermana Beba y Adelia Harilaos de Olmos recibieron esos marquesados, principalmente como reconocimiento por sus generosas y brillantes actuaciones para la organización y el desarrollo del Congreso Eucarístico del año 34, que fue presidido por monseñor Pacelli, quien luego se convirtió en el papa Pío XII...

Hersilia—¡Un evento apoteósico!

Cochonga—Sí, realmente. En aquella época de crisis en todo el mundo, un grupete de mujeres decididas nos partimos el alma para ayudar a tener una sociedad mejor. Nos divertíamos de lo lindo, pero no parábamos de trabajar. Leonor Uriuru, Mercedes Elizalde de Blaquier, Ercilia Cabral Hunter, Damasa Saavedra, Mercedes Avellaneda, Elena Green, Elisa Alvear... Éramos un montón. ¡A cuál más rica... y generosa! Vivíamos como reinas... con más dinero que muchas reinas de verdad. Cuan-

do con la Beba nos fuimos a España, en el año 21, para la boda de Matildita Zapiola y Acosta con el hijo del marqués de San Vicente y de Valilla del Ebro, nos trataron como si fuéramos de la nobleza, algo que, claro, nunca existió en Argentina. Estaban impresionadas. Las princesas, marquesas y condesas españolas y europeas nos rodeaban y buscaban darnos charla, y se quedaban absortas ante los cuentos de las riquezas de nuestro país. De nuestras fortunas... Miraban a la Beba y no podían creer el diamante que tenía colgadito de su cuello.

Marta—¿De qué diamante hablás, Cochonga? ¿Del famoso «diamante Unzué»?

Cochonga—Sí, claro. Ese mítico diamante azul que Beba había comprado en la joyería Cartier cuando viajó a París en 1910. Estaba engarzado en un prendedor devant de corsage que simulaba flores de muguet. ¡Precioso! A la «piedrita» la habían encontrado en Sudáfrica y fue cortada en forma de corazón por el joyero francés Atanik Eknayan, exquisito orfebre. Una pena dónde fue a terminar esa joya...

Silvina—Cuando llegó el peronismo, todas ustedes tuvieron que esconderse un poco...

Cochonga—Al contrario, querida. Imaginate que cuando empezó el peronismo, nosotras fuimos las referencias para el gobierno de lo que debería hacerse desde el Estado y no solo desde la beneficencia privada. Evita nos miraba con una mezcla de admiración y apetencia... Al principio nos envidió y después nos emuló. Incluso ella quiso ser marquesa pontificia... ¡pobrecita! Pretendía que la distinguieran en el Vaticano con alguna de sus condecoraciones y dones pontificios, como a nosotras. No comprendía la pobre que no son títulos que se piden, es un reconocimiento que te dan. Y, además, lo que valora la Iglesia es lo que haces por los demás con tu dinero, no con el dinero que obligás a que otros entreguen.



Huetel en la actualidad.

En fin, imaginate vos cómo Evita nos envidiaba... ¡Se le había metido en la cabeza que también ella quería ser marquesa! En el año 47, cuando estaba por hacer esa famosa gira suya por Europa, el matrimonio Perón fue a la casa de Adela, porque nosotras, sobre todo la Beba, no queríamos saber nada con ellos. Pero Adela, una divina, los atendió en su palacete para informarles cómo eran las cosas con esos títulos pontificios. Eso sí, los recibió como si acudieran a ver a una princesa, sin levantarse de su sillón cuando la pareja presidencial la saludó. Es cierto también que por entonces Adelita ya estaba mal. Tenía dificultad para moverse, pobre. Me contaron que, cuando vio entrar a Evita, le dijo: «Mijita, ¡usted es mucho más linda al natural que en las fotografías!». Ante las preguntas por el marquesado, Adela, no sé si para reírse de ella o para asustarla, le dijo que el título de marquesa pontificia presuponía donativos no menores de ciento cincuenta mil pesos a obras benéficas... Y que, para conseguir la Rosa de Oro, se calculaban limosnas no menores a los cien mil... Ante la carita de asombro de la pobre, le dijo que no se preocupara, que seguramente el papa le daría un rosario gratis... Y tal cual, ¡eso fue lo único que Pío XII le obsequió! Perón nos tomó mucho rencor a todas. Gran parte de nuestras obras benéficas fueron luego rebautizadas como hechas por Evita, lo cual es una falsificación histórica... Por eso la gente ya ni se acuerda de nosotras... A mi hermana, años después de aquello, se le negó que tuviese su mausoleo en la basílica de Santa Rosa de Lima, la preciosa iglesia que ella misma hizo construir en el barrio de Monserrat, cerca de donde vivimos de pequeñas... Pero así son las cosas en la vida... Al final, de todo el boato que una pueda tener, solo queda lo que hemos dado.

María Concepción Unzué Alvear de Casares tomó otro sorbo de su taza de té y se produjo un breve silencio. Marta Casares insistió en que la tertulia se había extendido más de lo previsto... Comenzaron algunas a mantener conversaciones cruzadas que no alcancé a oír... Finalmente, se me hizo inaudible todo lo que cuchicheaban entre ellas.

Me entretuve, un rato más, observando las decorosas maneras que expresaban aquellas damas en sus gestos. A medida que se saludaban, iban desapareciendo. Yo me quedé sentado en un rincón de la sala hasta que todo quedó en penumbras. Como estaba cómodo —y sin ánimos para buscar otro sitio—, me quedé descansando allí mismo.

3.

El reposo duró poco.

Al cabo de un lapso de tiempo, que no puedo decir si fue breve o muy largo, el llanto de una mujer me despertó. Efectivamente, en un extremo del salón vi a tres mujeres, una de ellas llorando desconsoladamente. Reconocí a Marta Casares y también a Agustina, la hija mayor de VAC. Estaban arropando a otra que permanecía con el rostro oculto entre sus manos.

—No sé cómo hizo para ser convocada a esta reunión privada... —murmuraba Agustina Casares.

—¡No lo fue! Se metió sola... —dijo Marta Casares.

También vi sumarse a Silvina Ocampo, quien presumiblemente había ido a preparar una infusión porque traía una tetera humeante en la mano. Estaba con una ropa diferente a la que vestía unas horas atrás. Al llegar interrumpió, con sus exclamaciones, el diálogo que estaban teniendo las otras dos.

—¡Qué bien que desaparecieron todas las demás! Yo me fui a dar una vuelta por ahí para disimular... ¡qué pesadas! Algunas no sé quiénes eran...

Agustina—Marta me está contando lo de los Blaquier...

Marta—El drama que padeció Hersilia...

Silvina—Ah, sí... Imaginé... contá, contá tranquila. Que ya no podrán volver...

Marta—Fue una verdadera desgracia... pobre.

Agustina—Contame bien todo, mirá que yo ando medio perdida... Me pasé toda la vida en Alemania...

Silvina—Los Blaquier Casares son la rama de la familia con historias más trágicas...

Marta—Alberto Isidoro de la Saleta Blaquier Oromí se casó con mi hermana Hersilia Mercedes. Eso fue en 1907...

Agustina—¿Pero qué rama son ustedes?

Marta—Nosotras somos Casares Lynch, nena. Las dueñas de La Martona...

Agustina—Ah, sí, sí. Descienden de mi hermano Vicente...

Marta—Mi hermana Hersilia y Alberto Blaquier tuvieron tres hijos, Alberto Antonio, Jorge Antonio y César Alberto. Fueron chicos con muchos problemas... Los dos más grandes salieron tarambanas...

Silvina—¿Cómo es esa historia?

Marta—Vos sabrás bien, Agustina, que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Eje ya estaba prácticamente vencido por los aliados, Perón decidió declararles la guerra a ustedes, a los alemanes...

Agustina—Nací en Alemania de casualidad, pero soy más argentina que el dulce de leche.

Marta—Bueno, pero tu marido y tus hijos son todos Borchers... Supongo que habrán estado a favor de Hitler...

Agustina—¿Pero de qué guerra estás hablando?

Silvina—Eso fue en 1945, Agustina ni se enteró: ¡ya estaba trascendida!

Marta—Bueno, me da igual. El asunto es que un grupo de alemanes que vivían aquí, en Argentina, ante el temor de que les expropiasen sus posesiones, le pidió a mi cuñado Blaquier si podían poner sus bienes a nombre de ellos para que una vez terminada la guerra pudieran recuperarlos. Blaquier ocupaba entonces un cargo muy importante en un banco y sugirió que lo hicieran a nombre de sus hijos. Pero Alberto y Jorge resultaron ser unos tránsfugas porque luego no devolvieron nada. Su padre estaba hecho una furia contra aquellos vástagos que ensuciaron el apellido...

Silvina—El dinero siempre fue un tema de conflicto entre los Blaquier...

Marta—Alberto no solo estuvo peleado con su padre, sino que más

tarde también se enemistó con su hija, Pepita. Fue cuando quedó viudo...

Silvina—De Josefina Riglos Pacheco... ¿verdad?

Marta—Exacto, de Josefina. Pepita reclamó la mitad de la herencia que le correspondía... Entre otras cosas, una estancia gigantesca en Orense. Yo la conocí: tenía cien hectáreas solo de parque... ¡Una maravilla! Pepita consideraba que su reclamo era justo porque venía por parte de la madre, de los Pacheco... Pero su padre Alberto no se lo perdonó. Le dijo que le quitaría la palabra; que la próxima vez que supiera de él sería a través de abogados. No se hablaron más en la vida...

Agustina—Mal bicho...

Marta—De todos modos, lo verdaderamente dramático fue lo que sucedió con el otro hijo de mi hermana, Jorgito Blaquier. ¡Ese sí que era un tiro al aire! Un tipo muy simpático, pero que rifaba sus campos en las mesas de juego.

Silvina—Igual que Tatán... Escuché que andaba por allá, del otro lado de la casa...

Marta—Yo de Tatán no lo sé. Pero vos imagináte que la mujer de este Jorge, Susana de Ezcurra Pradere, recién se enteró de que uno de sus más grandes campos, el de La Matanza, ya no les pertenecía cuando un conocido le comentó que había visto un aviso de remate en el diario...

Silvina—Se jugaban las estancias como si fueran fichas de la ruleta...

Marta—Jorge era el hijo preferido de mi hermana Hersilia... la luz de sus ojos. Tanto que cayó en una profunda depresión cuando supo que había contraído una enfermedad incurable. Nada logró consolarla ni retenerla... Y decidió terminar con su propia vida arrojándose por el balcón desde el piso que tenían frente a la plaza Vicente López, en Recoleta... ¿Podés creerlo?

Agustina—¡Qué espanto!

Silvina—Sí. Aquellos días fueron un horror. Recuerdo lo mal que se puso también Adolfito... Nos fuimos a Rincón Viejo para alejarnos un poco de todo ese drama familiar.

Marta—Nadie lo pudo entender... Había estado toda su vida ayudando y dándoles esperanza a cientos de leprosos, construyendo iglesias... ¡Y terminar así!

Silvina—Eso se llama depresión, Marta.

Marta—Será. Pero fijate vos que la otra rama de los Blaquier, la de Unzué Baudrix, también estuvo plagada de acontecimientos trágicos... Sobre todo por desencuentros amorosos... Yo conocí mucho a Teresita, la hija de Enrique Blaquier Oromí y de Marta Unzué Baudrix... Vivían en una mansión que había sido originariamente de los Tornquist... Ocupaba dos manzanas en las barrancas de Belgrano.

Silvina—Adolfito escribió sobre ella. Después la donaron a los benedictinos para que construyeran su abadía...



Silvina Ocampo, mujer de A. Bioy Casares (fotografiada por ABC, 1959).

Agustina—Sí, una parte quedó para los curas y el resto pasó a ser la embajada de Alemania en Argentina...

Marta—No son curas, Agustina, son monjes benedictinos... Teresita se casó con Mario Hirsch, uno de los dueños de Bunge & Born. Su boda fue como la de una verdadera princesa, en la casa de su abuelo, Mariano Unzué. Pero aquella unión, si bien tuvo un comienzo digno de cuento de hadas, terminó mal. La pareja nunca se llevó bien...

Silvina—Y sí. Durante años, Teresita buscó refugio en los brazos de Lucho Aguirre, que era primo nuestro...

Marta—Bueno, no empecemos a contar historias de amantes porque nos quedaríamos aquí una eternidad...

Silvina—Si tuviéramos que elegir entre chimentos de amantes o de tragedias... me quedo con los de amantes...

Agustina—En todas las grandes familias existen desventuras. Pero en muchas se ocultan. Los secretos familiares son la verdadera catástrofe...

Marta—¿A qué te referís?

Agustina—Lo que en una generación se calla, lo que se oculta por vergüenza o por complicidad, en las siguientes vuelve a repetirse... Las tragedias silenciadas se convierten en destino.

Silvina—¿Cómo es eso?

Agustina—Los acontecimientos trágicos se repiten de manera cíclica al interno de algunas historias familiares...

Marta—Eso suena muy fatalista...

Agustina—Es que los sistemas familiares están impregnados por una conciencia común que aglutina, que une a todos los miembros del clan... Esa conciencia extendida se preocupa de que nadie sea excluido. Si hay un miembro en el sistema que es menospreciado o excluido por las causas que fuesen, esto tendrá en el futuro implicaciones...

Silvina—¿Implicaciones? No entiendo a qué te referís.

Agustina—A los típicos enredos. A nudos en el entramado familiar... Estas implicaciones son inconscientes, pero pueden causar enfermedades, trastornos psíquicos, conductas conflictivas, dificultad para avanzar en el camino de la vida... También hay determinados tipos de accidentes que se repiten una y otra vez en ciertas familias. Lo cual también significa que no todo comportamiento es atribuible a la propia persona: hay asuntos que heredamos de manera inconsciente... Que tienen su origen en generaciones anteriores, en los destinos trágicos de alguno de nuestros ancestros...

Marta—¡Qué interesante lo que decís!

Silvina—¿De dónde sacas estas cosas, Agustina?

Agustina—Son asuntos que se han investigado... Que se saben. Ya que sos tan leída, debieras ilustrarte sobre lo explorado por Jung, Bert Hellinger, Anne Ancelin Schützenberger...

Silvina—Vos y tus alemanes... Estás un poco desfasada de época. Ninguno de ellos fue contemporáneo tuyo...

Agustina—Si querés, te lo digo con palabras de un italiano del 1700: la teoría histórica del *corsi e ricorsi*... No es cosa de alemanes, son ciclos que se verifican en la humanidad. Las familias son un campo de información y de observación singular de estas dinámicas... Aquí, en estos días estamos todos resonando con estos asuntos...

Marta—¿Por qué lo decís, Agustina?

Agustina—Hace falta que en la familia vuelva a tenerse conciencia de quiénes somos, saber de quiénes se desciende y se los honre como corresponde, sin olvidarse de nadie. El silencio enferma, la palabra sana.

Silvina—No todos merecen que se les dé esa honra...

Agustina—No es por lo que han hecho o dejado de hacer, Silvina. Es porque a través de ellos ha pasado la vida... Es una gran sabiduría honrar a los ancestros.

La mujer que había estado llorando alzó la cabeza y la única vela prendida del candelabro le iluminó el rostro. Tenía un semblante joven, con rasgos indianos.

Avelina—Eso fue lo que pasó con nosotros...

Agustina—¿Quiénes son «nosotros», Avelina?

Avelina—Lo de Enrique fue una tragedia y media familia lo ocultó...

Agustina—Mi padre siempre se acordó de ustedes. De hecho, tus dos hijos, Máximo y Olinda, heredaron 100.000 pesos cada uno. Lo dejó escrito padre en su testamento de manera explícita...

Avelina—Pero a mí me ocultaron... por no estar casada con Enrique.

Silvina—¿Qué fue lo que pasó con Enrique, Avelina? Contanos bien cómo sucedió todo... ¡Eso sí que fue un secreto familiar!

Avelina—Usted, Agustina, sabrá bien que su padre, don Vicente, poseía no solo terrenos y casas en las mejores zonas de Buenos Aires, sino también algunos campos en las afueras de la ciudad con los que el Estado le pagó alguno de sus servicios... Según lo que yo escuché en su momento, don Vicente recibió esas grandes extensiones de tierra en Tapalqué, en la línea de frontera. Allí donde se acababa la civilización...

Agustina—Sí, claro, eso habrá sido hacia 1826... Fue lo que obtuvo como resultado de un largo litigio con el gobierno, que le debía ingente cantidad de dinero por servicios no saldados. Esas tierras de las que hablás son las que quiso explotar más adelante, en sociedad con mi hermano Enrique...

Avelina—Así es. Enrique se fue para aquellas tierras y allí nos conocimos nosotros... Tierras de fortines y de indios... Yo soy hija de cautiva y de un nieto del cacique Lorenzo Calpisqui... A Enrique siempre le gustó la vida rural... Por eso fue a él a quien tu padre, don Vicente, le encargó formar esas estancias al sur del Salado. La primera de todas esas enormes tierras recuperadas para la civilización fue la estancia San Vicente... Catorce leguas cuadradas regadas por el arroyo Tapalqué. Yo lo ayudé en todo y le di dos hijos. Vivíamos como colonos en tierras indígenas, entre bandoleros, asolados siempre por los malones de los hermanos Pincheira... Usted se fue para Alemania y ninguno de sus hermanos se animó a esa vida bárbara y atroz. Solo Enrique. Un valiente, un soñador, como su padre... Era una época en la que para vivir en el desierto había que tener agallas, saber negociar con milicos fortineros, salir a contratar personal para el campo entre gauchos matreros... Los campesinos de Europa aún no habían llegado. No era fácil mantener la disciplina con hombres acostumbrados a la libertad de la pampa, gente rebelde, siempre altanera... Rápidos con el cuchillo. Había que ser muy firme y autoritario para poder mantenerlos a raya...

Silvina—Lo imagino bien. Me hacés acordar a los cuentos de Borges y Adolfito.

Avelina—Fue en una tarde de mucho calor, como para fines de enero... Enrique estaba observando el trabajo en los corrales de esquila. Se había trenzado con uno de los peones porque estaba haciendo mal su labor. El maula se ofendió tanto con las instrucciones que le daba Enrique que se fue. Pero al rato regresó y ahí nomás sacó su facón y por la espalda se lo clavó... Al escuchar los gritos, salí con una escopeta. Y vi todo aquel

espectáculo penoso. Lo dejó tirado, sin vida. Ya nada podía hacer más que amenazar al asesino de que si se movía le volaba la cabeza. Me conocía bien. Estuve a punto de hacerlo.

Silvina—¡Qué horror! ¿Y qué sucedió después, Avelina?

Avelina—Decidí ir para Buenos Aires... A lo de los Casares, para llevarles a su hijo muerto. El viaje duró tres días en carreta. Iba yo en una galera con mis dos chicos. Y en otro carruaje, el cadáver de Enrique y al asesino engrillado... Las noticias y nosotros llegamos juntos. Fue una tragedia enorme para todos. Doña Gervasia y don Vicente quedaron destrozados.

Agustina—Lo sé... Todos quedamos destrozados.

Avelina—A mí me dieron unos dineros para que me arreglara sola en la vida y me despacharon de vuelta... Y allí se quedaron con sus otros nietos. A mis hijos creo que los crio su hermano Francisco, junto a los suyos... Yo nunca más los vi.

Agustina—Así fue. Francisco también se hizo cargo de la estancia San Vicente, que después fue subdividiéndose cuando la heredaron sus trece hijos... Padre no quiso saber nunca más nada de esos campos...

Avelina volvió a desdibujarse entre sus acompañantes. Agustina continuó hablando:

Agustina—Lo que nos contó Avelina es algo que no se vincula con la historia, sino con la memoria. La memoria está constituida por reminiscencias... por recuerdos que se forman sobre la base de la asociación y la rememoración... Son memorias que emergen de la experiencia, el dolor, el tormento... Y, como tales, casi siempre lo hacen bajo la forma de un juicio de valor, adoptando la vía de la mimesis... O sea, la similitud. No podemos saber cuánto hubo de cierto en su relato. Igual que ninguna de nosotras puede asegurar fehacientemente si lo que recordamos realmente sucedió... Todo lo que decimos, todo lo que hemos ido contando y escuchando en este cónclave se construye sobre la base de las palabras... ¿Cómo constatar la veracidad de los hechos? Las descripciones surgidas de las vivencias, de observaciones y reflexiones, si bien pueden contextualizarse a partir de otros relatos, hacen que la confianza en la palabra adquiera verdadero significado. Todas nuestras historias contienen, en sus partes de memoria, información encriptada de un pasado no exen-

to de situaciones traumáticas. Como las de Nicomedes, las de padre, la de Avelina... Vidas en contacto con la zozobra, la guerra, la desmesura... Son todas batallas en las que el enemigo va mutando. Papá peleó contra quienes luego fueron aliados. Nicomedes comprobó cómo sus propios jefes militares fueron luego sus enemigos. Avelina, cuya madre fue raptada por los indios, vio cómo quienes debían protegerla de ellos mataron a su hombre... Y más tarde nuestra propia familia se convirtió en un enemigo para ella.

Marta—¿Por qué decís eso, Agustina!?

Agustina—Algunos considerarían que Avelina no era *gente bien*... ¡Gente bien, gente bien! ¿Qué es *gente bien*?

En aquel momento cobró densidad la figura de otra mujer... No me había percatado de su presencia previamente. En esta velada sucedía que, cuando alguna de ellas comenzaba a hablar, la propia voz iluminaba su apariencia.

—Ser *gente bien* es ser bien educado, es tener una tradición de buena moral. Es el concepto de la hidalgía española que trajeron los labradores que llegaron a estas tierras. Es un sentido del honor... De la decencia, de evitar la traición. Esa es la quintaesencia del patriciado.

Marta—Vos tampoco sos Casares, ¿verdad?

Angélica—Soy Bullrich. Mi padre, Adolfo Jacobo, fue contemporáneo de tu padre...

Marta—¿Con cuál Casares te casaste vos?

Angélica—Con Sebastián...

Marta—¿Cuál de todos los Sebastianes?

Angélica—Alejandro Sebastián... Mi marido fue uno de los ocho hijos que tuvo Dolores Urioste Molina con don Sebastián Casares... Está ocupado con los invitados oficiales del cónclave... Me pidió que viniera a ver en qué andaban ustedes.

Silvina—¡Qué manía tienen por aquí de llamar a todos Sebastián... ¿Por qué no lo llamas Alejandro, si se llama Alejandro Sebastián?

Angélica—La abuela de Alejandro Sebastián, de mi marido, fue Ramona Molina, que anduvo por aquí más temprano...

Marta—Sí, sí. Así es. Armó un poco de confusión, pero su testimonio fue interesante...

Angélica—Una gran persona. Muy devota de la Virgen de Covadonga... En la iglesia más antigua de Buenos Aires, la de San Ignacio de Loyola, ella hizo construir un altar en su nombre...

Silvina—¿Y para qué nos contás eso ahora, querida?

Angélica—Porque yo no podía tener hijos y esta buena señora siempre me dijo que rezándole a la Virgen de Covadonga iba a quedar embarazada... Al final tuvimos cinco hijos. Aunque también la desgracia se cebó con nosotros... Con alguno de mis hijos.

Silvina—¿Por qué? ¿A ustedes qué les pasó?

Angélica—Mi hijo Tatán perdió toda la fortuna que había heredado de mi parte, la de los Bullrich, y por parte de su padre, los Casares Urioste... Dinero maldito, como siempre lo es el dinero que no se gana con el sudor de la frente. Cuando su capital se esfumó, su energía oscura lo empujó a que acometiera el peor de los errores...

Silvina—¿Tatán es el que se casó con Susana...? No recuerdo su apellido. De su carita me acuerdo bien...

Angélica—Sí, mi nuera Susana Palacios Capdevila... Ellos tuvieron cuatro hijos: Sebastián, al que llaman Tancho; Charles, que es quien nos hace de anfitrión; Alex y Horacito... Estos dos últimos también están en la zona oscura. Uno de ellos se suicidó y el otro murió en un accidente confuso.

Marta—¿Cómo es que sabés tantas cosas vos?

Angélica—Son mi familia. Los hijos de Tancho y Susana Peffavet también tuvieron destinos trágicos... Eran tres: otro Sebastián, del que prefiero no hablar...; Juan, que ha muerto en un accidente de avión, y Cristina. Como dijo antes Agustina, aún esperamos que haya algún descendiente que se ocupe de sanar todas estas desgracias.

Silvina—¿A qué te referís?

Agustina Casares tomó entonces la palabra y volvió a explicar asuntos de los que ya había estado hablando: del «sistema familiar», de las «herencias inconscientes transgeneracionales», de crear un puente desde la vida hasta el «trauma nuclear».

Silvina—¿Trauma nuclear?

Agustina—La pregunta puente es la que puede unir todos estos traumas no resueltos de la familia nuclear, sanando la raíz de estos sucesos trágicos, sin enfocarse únicamente en los síntomas posteriores.

Silvina—No entiendo nada de lo que decís, Agustina...

Agustina—La pregunta puente es la que puede llevarnos a indagar el trauma subyacente originado en todas estas tragedias familiares... El miembro sano necesita tener el valor de explorar en su propio sistema familiar el origen y el porqué de aquellos destinos trágicos que, como les decía antes, pueden de un modo no consciente también transmitirse... o heredarse. Hace falta que todos volvamos a tener conciencia de quiénes hemos sido. Casares somos todos los que somos y no puede quedar ninguno olvidado, excluido, encerrado en una cripta. Como se decía de algunos manicomios: en este cónclave no están todos los que son ni son todos los que están...

Marta—¡Viste que han faltado muchos! Escuché que los «sebastianes», promotores del Cónclave, ajustaron listas por cuestiones organizativas... Y aunque este aquelarre de mujeres no es oficial, nos hemos beneficiado de la energía contagiosa de la iniciativa que ellos han desarrollado. Todas las demás ramas deberían hacer algo parecido...

Silvina—Es cierto... Las mujeres solemos ser las grandes olvidadas, cuando no excluidas... Es lo que pretendía decir con ese cuento de *Las olvidadas*... Por aquí han aparecido algunas de las que nadie sabía nada... Como vos, Avelina.

Avelina levantó nuevamente su cabeza y susurró:

Avelina—Lo sé. Por eso vine... Me metí sola.

Silvina—Hiciste bien, nena. ¿Sabés qué es lo terrible? Que no se pierde el pasado, se pierden las personas. Bah, peor: las dejan perderse... Porque a estas mujeres nadie las recuerda ni para discutir sobre ellas. Es como si se deshicieran, ¿viste?, como si fueran ropa que ya no se usa. Y lo más triste es que siguen vivas mientras las están olvidando...

Hubo luego de estas palabras tan duras de Silvina una especie de repliegue de energía. De hecho, Marta Casares, su suegra, observó que estaba empezando a amanecer y que sería mejor desaparecer.

Y eso hicieron.

Décima Jornada



«Tatán» y sus dos hermanas.

1.

Salí de aquella tertulia con una sensación difícil de clasificar. No era tristeza; las mujeres no habían hablado desde la queja ni desde el lamento; tampoco era indignación, aunque había asistido a una forma sutil de furia antigua, hecha de siglos... Era más bien una constatación incómoda: la memoria familiar, tan orgullosa de sus genealogías, suele fallar por ceguera selectiva...

Silvina Ocampo lo había dicho a su modo, pero con claridad quirúrgica: no se pierde el pasado, se pierden las personas. Y escuchándolo de boca de alguien que conocía mejor que nadie el arte de la omisión, comprendí que aquella frase no era un juicio, sino un diagnóstico.

Quizá por eso aquellas mujeres habían aparecido con tanta nitidez: no buscaban ser restituidas a un relato heroico, sino a otro más elemental. No querían homenajes; querían *existencia*. Y ese reclamo, aunque parecía pequeño, era, en realidad, el mayor reproche que podría hacérsele al cónclave, por cómo lo habíamos organizado.

Volví a buscar a mis compañeros pensando en proponerles hacer algo práctico: si la memoria de una familia funciona como un tejido, entonces los agujeros no se producen donde falta hilo, sino donde nadie mira. Las reuniones en el cónclave habían abierto una fisura; la de las mujeres había mostrado el vacío que la sostenía.

Tal vez lo que sucedió esa noche no fuera una anomalía, sino la corrección de un error de diseño. Y apunté para mí, como experiencia para tener en cuenta en futuras iniciativas de este género: el verdadero trabajo no consiste en «ordenar la memoria», sino permitir que aparezca lo que nunca se creyó necesario recordar.

Por la tarde los encontré en un rincón del living, en una mesa pequeña junto a la chimenea, jugando al ajedrez. Ante mi asombro, Charles repuso:

—Es habitual que en esta casa haya partidas de ajedrez, aunque la mayoría prefiere otros juegos de mesa... Para matar el tiempo, ¿sabe?

A la hora señalada, al llegar al comedor, hallé a varios de los contertulios de siempre, pero no en torno a platos servidos, sino jugando al bridge. Estaban ubicados en diferentes sectores de la mesa y conformaban tres grupos mixtos, con sus cuatro jugadores dispuestos según los puntos cardinales. Este cambio de escena me perturbó tanto que no supe bien qué hacer.

A ellos los absorbía su juego. Las cartas relucían sobre el mantel de paño verde, bajo candelabros de cristales de carey. Todo el salón estaba bien iluminado, hasta en rincones que nunca había podido observar.

2.

Al sentarme, llamó mi atención una dama vestida de lentejuelas negras, con turbante turquesa, junto a un piano de cola que no supe nunca de dónde lo habían sacado. Pases de magia de Alejandro, seguramente. Ella ordenaba sus partituras. Era Susana Palacios Capdevila, la madre de Charles.

De mediana altura y regordeta, con expresión muy simpática y desenvuelta, comenzó a cantar. Tenía voz de mezzosoprano. Reconocí enseguida aquella aria: el «Vissi d'arte», de Giacomo Puccini.

Luego tomó asiento mientras todos la aplaudían. Bebió de una pequeña copa azul y volvió a pararse. Esta vez para hablar:

—Les agradezco a todos sus efusivos aplausos. Quizá ya sepan que lo mío es el canto. Amo cantar, aunque la mayoría de las veces en mi vida lo he hecho sola, en el baño, bajo la ducha...

Mis funciones de madre me alejaron de las tablas. Tener cuatro hijos varones, más que para cantar ópera, dio para estar gritándoles día y noche... Tatán nunca estaba en casa y las voces de mando masculino tuvieron que ser sustituidas por mis órdenes y prohibiciones tajantes ante aquellos imberbes. Habrán notado en algunas notas que mi voz se hace demasiado grave... Pido disculpas por las salidas de tono.

Quizá alguien me abuchee luego, pero yo debo decir ahora las cosas que siento tal como me fue indicado que hiciera al aceptar esta invitación de mi hijo Charles. No puedo decir que fui una mujer dichosa... tampoco pude desarrollar mi arte. Un arte efímero, sin duda... ¿Qué ha quedado del canto que apenas les he ofrecido? El arte lírico se esfuma pronto y solo se conservan algunas vibraciones en la memoria de quien lo ha disfrutado...

Mi hermana Lolita, en cambio, fue escultora... y con sus obras de arcilla quemada, con sus bustos de mármoles italianos, ha querido desafiar al tiempo. Ella con sus materiales inalterables... Yo con mis notas etéreas... Ambas buscando perdurar... Habría que ver quién ha logrado acercarse más rápidamente a lo inexorable...

¿Qué hay más cerca de un cadáver o de sus cenizas que el mármol oscuro de una lápida? En el cementerio de la Recoleta, Dolores dejó

esculpido su talento. Yo opté por hacerlo en los oídos de mis hijos. El mármol, por querer ser eterno, está siempre frío como el letargo postrero... Mi canto, en cambio, el canto vigoroso de un aria como las de Puccini, está vivo.

Yo ahora canté para celebrar la vida. Aquella que tuvimos. La patética fragilidad que ha tenido mi vida. Lolita esculpió estatuas funerarias para celebrar la muerte... La inexorable inmutabilidad de lo que ha muerto. Unamuno decía que si cambias, no eres verdad... Si no cambias, es que eres la muerte. Entre esa tensión de opuestos se despliega la existencia... mientras se apuesta a la inmortalidad... ¿No es cierto? Por eso en esta noche, contra toda expectativa, preferiría hablar de los Casares que, tras haber muerto, han sido olvidados... Son muchos... Y no es el caso que yo pueda recordar ahora a todos los que no han sido recordados... Pero haré lo mío: comenzaré por mis hijos.

Percibí cierto malestar en varios de los que escuchaban a Susana. No estaban de acuerdo con lo que la oradora decía... Sin embargo, su voz se elevó por encima de los que murmuraban:

—Nos guste más o nos guste menos, la vida es la que es. La que hemos vivido. La que fue. A nuestra vida y a la vida de nuestros queridos hay que saber mirarla como un todo; no podemos quedarnos solo con una parte... Algunas tendrán la experiencia de haberse sentido tan ligadas a alguien muy amado que cuando este partió, de una manera consciente o no consciente, sí deseó seguirlos... Hemos querido seguir aquel destino, aunque ese destino sea trágico... Lo hacemos por amor. Por amor ciego. Mi hijo Alex siguió a su padre dos años después de que yo quedase viuda, con cuarenta años. Fue entonces cuando yo también quise secundar a mi hijo en su destino oscuro... Deseé yo también, tras aquel trágico accidente, irme con él. Pero aún tenía tres hijos más corriendo por la vida, tres hijos que se habían quedado sin padre. Y no fui yo quien finalmente lo siguió a Alex, sino Horacito... Mis dos hijos menores se fueron, uno tras el otro...

A lo largo de mi vida, más larga de lo que hubiera querido, tuve que enterrar a tres hijos y a mi marido, que decidió dar por acabada su vida luego de acabar con nuestro dinero. Se supone que los hijos no deberían morir... ¡Lo que se espera es que tengan toda la vida por delante! Los hijos representan el comienzo de la vida, nuestra propia vida renovada, no el final. Los padres nunca contemplamos esa posibilidad, la

posibilidad de que un hijo pueda partir antes que nosotros. En el mejor de los casos, los padres nos preparamos para empujarlos a conquistar sus sueños, dejar que crezcan, que un día se independicen... Que abandonen el nido... Nos vamos preparando para morir, nosotros; nunca para que lo hagan ellos. Por eso, cuando la desgracia llega... resulta tan incomprensible de creer, tan imposible de aceptar...

En tales circunstancias, luego de sentirnos arrastradas por un torbellino de furia contra la vida, contra Dios, contra nosotras mismas... puede que caigamos en la tentación de tener la perfecta excusa para también abandonarlo todo y seguirlos... Los hombres, ante iguales circunstancias, suelen elegir diversas formas de aturdimiento, para no pensar, esperando que pase el tiempo y con él disminuya el dolor... Como dedicarse a trabajar a destajo, hasta sucumbir también ellos, exhaustos bajo el peso de esas «responsabilidades». O quizá se dedican a ingerir *pastillas mágicas*.

Tarde o temprano, sin embargo, nos damos cuenta de que es necesario comenzar de nuevo... Y cuanto antes nos hagamos cargo de esa realidad, más pronto se renace. Posiblemente esa nueva vida no será mejor que la anterior, porque ellos, los que amábamos, ya no están, pero se sabrá encontrar algo por lo que valga la pena seguir vivos.

Se hizo un incómodo silencio. La mujer de Alejandro se levantó de su sitio y la abrazó. Permanecen así, abrazadas... Luego de unos segundos de emoción, Susana Palacios continuó:

—Varias veces admiré esos espacios de soledad femenina que pintaba Hopper... Con una sensibilidad única supo mostrar los destinos cotidianos de las mujeres solas... Allí se nos ve atendiendo a lo importante, invisibles entre las cosas ordinarias de nuestras vidas, tan diferentes a las de los hombres... Atendiendo a nuestras emociones. Entretejiendo nuestros dolores con sueños y deseos...

Yo intenté transmutar el dolor en arte, los estremecimientos en música, las lágrimas en sentimientos compartidos... Durante una época me dio consuelo estudiar las imágenes de aquel pintor norteamericano, del mismo modo que siempre me sentí estimulada por las óperas de Puccini o las melodías de Offenbach...

Son portales que nos conectan con la parte en sombras de nosotros mismos; aquello que desconocemos, pero que igualmente nos constituye... Nuestro ser más profundo... Tan profundo que ya no somos nosotros. Allí confluyen nuestros antepasados y nuestros muertos, y desde allí se proyectan nuestros sueños y las ideas de infinito...

Susana pareció perder fuerzas. Se sentó y tomó nuevamente un sorbo de esa copita azul.

—Enfermedades terminales, suicidios, accidentes terribles... que se repiten. Toda esa retahíla de destinos trágicos, con perpetradores y víctimas, que en este cónclave no se han contado... Yo sé que han sido también parte de la historia de nuestra familia. Como en tantas otras. Hay destinos que se hacen recurrentes si es que dentro de las familias no sabemos honrar la vida. Hay que recordar a todos los que han sido y han estado entre nosotros... No importa qué tan ejemplar haya sido su existencia.

Y cuando se van, soltarlos. No creer mágicamente, como hacen los niños, como quise creer yo, que se les puede seguir... Quienes hemos sufrido un destino difícil, no estamos deseándoles a los sobrevivientes que vengan pronto con nosotros... Lo que les deseamos es que les vaya bien con sus vidas. Que estas sean largas y plenas. ¡Ya con nuestra desgracia o mala fortuna es suficiente!

Lo que muchos intentan hacer para poder seguir en la vida es olvidar a los que se han muerto. ¡Y eso es un error! Apartan de sus corazones y de sus almas al fallecido, al ser querido que ha muerto. Puede que hablen de ellos, pero han acallado sus sentimientos... Sin embargo, es importante que no desaparezca el amor por ellos... porque si no, lo que también fenece es la capacidad de amar. ¡Vaya catástrofe!, ¿verdad?

Creo que muchas personas, a medida que envejecen, se vuelven también amargas, porque han visto a muchos partir... y junto a cada uno de ellos dejan que se les vaya el amor que por ellos sentían. Para que el amor prospere, los muertos siempre deben tener un lugar en la familia. Como si estuvieran aún viviendo... Antes nuestras imágenes estaban en las casas, ¡seguíamos siendo parte del mobiliario! ¡Y a mucha honra! Ya me entienden.

Debe haber un lugar en los corazones... ¡pero palpable! La cosa más importante es que los vivos lleven al fallecido con ellos a sus vidas. Que permitan que su amor por el que se fue permanezca. En todas las tradiciones, desde los primeros tiempos de la humanidad, se inventaron ritos funerarios para honrar y recordar a los muertos. Esa sabiduría ancestral no debiera perderse...

Recuerdo que siempre hubo en mi casa, en Lomas de Zamora, un pequeño florero marrón junto al retrato de mi papá, en el que jamás faltó una flor fresca... Hoy los retratos y las flores han desaparecido. Mucha gente actúa como si los muertos no existieran... Pero ¡¿dónde creen que podemos ir?!

También es evidente lo otro... Lo que hemos comprobado aquí mismo, en este cónclave. Los que aún andan perdidos... Los que aún no saben o no quieren aceptar que ya partieron... ¡Que están de este otro lado!

Por eso, al menos yo estoy de acuerdo y suscribo que solo cuando la vida y la muerte se dan la mano, la historia puede continuar. Cuando se tiene un lugar apropiado dentro de la familia, las personas fallecidas brindan un efecto amistoso, amoroso. De otra manera, los fallecidos causan ansiedad, agobio, penurias... Cuando se nos da un lugar apropiado, nosotros apoyamos a los vivos para que vivan su vida con plenitud, en vez de gravitar en la ilusión de que también debieran morir.

¡No tengamos miedo! Ni los vivos a vivir ni los muertos a estar muertos. Aprendamos a permanecer sin molestar, como una caricia suave en el corazón de quienes nos recuerdan y aman.

Lo importante, mis queridos, es no estar en deuda con el destino.

Con estas palabras, Susana concluyó su alocución. Y mientras algunas presencias empezaron a esfumarse del cónclave, ella, al piano, comenzó muy lentamente a tocar las notas de una melodía muy bella de Offenbach, que luego acompañó con voz angelical... Es la «Barcarola».

La dulzura del canto impregnó el salón del cónclave de una indescriptible emoción. Y entretanto escuché muy suave, casi susurrante, otra voz... Era la de Charles que estaba traduciendo (¿para mí o para sí mismo?) lo que su madre cantaba en francés...

Hermosa noche, noche de amor, sonríe a nuestras alegrías.

Noche más dulce que el día.

¡Oh!, hermosa noche de amor.

El tiempo huye y sin retorno.

Lleva consigo nuestras ternuras, lejos de este feliz lugar.

El tiempo huye sin retorno...

Céfiros encendidos, derramad vuestras caricias sobre nosotros...

Me giré para mirar a Charles, y en esos ojos suyos, expectantes de vida, pude ver el brillo cómplice de una emoción trascendente. Sabía que el cónclave de los Casares llegaba a su fin.

Décima Primera Jornada



1.

En la mañana siguiente, cuando los fuertes ventarrones tempraneros habían disipado las presencias persistentes de todos los del cónclave, y en el quincho de afuera una serena paz hecha de ausencias, nos juntamos Charles y yo, a conversar.

Lo encontré allí, apoltronado, mirando la infinitud de la estepa patañónica en su clásica actitud contemplativa. Tenía, entre sus manos, una pequeña petaca forrada en cuero. Me había hecho saber que quería conversar conmigo y convenimos que aquel era el lugar y el momento propicio para hacerlo.

Buscó sincerarse sobre varios asuntos... O con uno solo al que fuimos entrando, abriendo diferentes tranqueras. Me dijo, por ejemplo, que estábamos consumiendo la energía vital de un lugar que ya no le pertenecía, y que se sentía algo incómodo con aquella «usurpación» del espacio.

No comprendí bien a qué se refería, pero aproveché para ir al hueso de otra cuestión importante que quizás estuviese vinculada (aunque la no presencia entre nosotros de don Alejandro para tratarla dejaba algo coja la «mesa chica»): hablar sobre los que no hablaron; sobre los que convendría que aún hablasen.

Charles repasó entonces, con los argumentos ya consabidos, el propósito principal que nos congregaba en Los Guanacos: facilitar una actualización de la memoria del linaje, para que los descendientes de esa rama de los Casares no anduviesen perdidos respecto a su propia historia... Estábamos de acuerdo. Avancé en pedirle que aclarase entonces cuáles eran para él los puntos neurálgicos de esa saga que debían aún profundizarse y cuáles pasar por alto según el plan original. Porque, dije, es evidente que la memoria familiar tiene sus propios andariveles. Discurre a veces con fuerza admirable por cauces torrentosos y otras veces avanza con dificultad por meandros vacilantes... Creo que me entendió.

—Usted me habla de los famosos secretos familiares...

—Sí, llamémoslo así, Charles. ¿Propiciamos que se ventilen... o...?

Charles no necesitó que yo continuase. Repuso con voz segura:

—Me parece importante que aquí cada quien haya contado lo que quisiera contar de su propia vida... y algo de la ajena. Pero también hay que tener en cuenta a la posteridad... A la imagen que dejamos al final del día a nuestros descendientes: hay asuntos que se explican en su contexto, en las íntimas vicisitudes de un hogar, y que pueden quedar mal acomodadas en la visión de un descendiente que carezca de todo ese montón de datos que ofrecen las circunstancias...

Fui al grano de lo que me parecía que Charles quería transmitirme (aunque sus palabras seguían resultándome algo confusas):

—VAC y Gervasia han hablado y dicho lo que han querido decir... Su hijo Sebastián también. Igual que Nicomedes. Luego estuvo esa tertulia imprevista de los hermanos Casares discutiendo asuntos testamentarios, que a pesar de lo imprevisto agregaron chicha a nuestros intereses iniciales... Y ya luego, la velada no autorizada de las mujeres... que de algún modo propició lo que anoche tuvo a bien expresar tu madre...

Charles seguía mirando el paisaje como si no me escuchara. Lo intimé:

—¿Quién o qué te provoca zozobra, Charles?

Sentí que por fin aquel ser pudo liberarse —al menos en parte— de un peso que hasta aquel momento yo no había sabido advertir que pesara tanto sobre su espíritu...

—Mi padre, Tatán. Mi propio padre... No sé si quiero escucharlo.

—Fueron ustedes quienes confeccionaron la lista de invitados al cónclave —repuse, entre asombrado y preocupado. El linaje directo desde VAC hasta tus descendientes pasa por él...

—Sí, sí. Pero por lo que supe ya hablaron las mujeres... Y con lo que dijo anoche mi madre... ya está bien.

—Bueno —dije, pretendiendo ser empático—, igual no sé si aún habrá espacio para que el campo permita nuevas veladas... Y quizá ya nadie desee agregar algo más a todo lo dicho.

A continuación, y tratando de sopesar mejor su agobio, le pregunté qué era lo que él proponía...

Sin mediar otro comentario, me respondió de la manera más absurda que hubiese esperado:

—La hora amarilla.

No supe de qué me hablaba. Luego de unos instantes de silencio en que nos cruzamos miradas húmedas, dije en broma:

—Suena bien... Podría ser el título para una buena novela...

Entro en ese momento don Alejandro Sebastián, y dirigiéndose a Charles, dijo:

—Ya está todo listo. Solo faltamos nosotros.

Me di cuenta de que habían cambiado los planes sin avisarme. Que adelantaban la velada prevista o quizá la cambiaban por otra excursión,

en búsqueda de guanacos o de pumas... Charles me disipó las dudas. Se trataba de otra cosa.

—Tranquilo. Mientras estuviste en aquella tertulia insólita de mujeres nosotros nos entretuvimos ensayando una obra de teatro. Es tradición en Los Guanacos demorarnos en estas excentricidades lúdicas... Solo nos quedó escenificar la escena final. Apreciaremos que nos observes con tu habitual espíritu crítico... Aunque la función definitiva se estrenará más adelante, del otro lado.

2.

Al llegar al salón comedor, observé que varios muebles habían cambiado de lugar. Todo el espacio en torno a la mesa oval, donde habíamos compartido tantas entrañables veladas, estaba transformado en una especie de teatrillo. Los participantes del cónclave se disponían a presenciar el espectáculo guardando total silencio.

Sorprendido me abandoné yo también a la experiencia, tomando apuntes mentales de todo. Y por fin se corrió el telón...

Reconocí enseguida que se trataba del fabuloso texto de Shakespeare en el V acto de su *The Tempest*. Todo lo anterior, las intrigas, las traiciones, los naufragios, ya había sucedido... Era el final del enredo engañoso, cuando los disfraces comienzan a resultar incómodos.

Charles asumía el papel de Próspero.

Con mucha gracia, no exenta de dramatismo, expone histriónicamente su verdad... No declama: dice. Renuncia a la magia con una sencillez que descoloca, perdona sin énfasis, restituye sin grandilocuencia...

Al darse cuenta de que se halla al final de una mascarada, Próspero recita:

«Me parece, hijo mío, que algo os perturba, como si alguna cosa temierais. ¡Alegraros que ya terminó la fiesta! Los actores, como ya os dije, eran espíritus y se desvanecieron en el aire. En la levedad del aire. Y de igual manera, la efímera obra de esta visión, las altas montañas que

las nubes tocan, las estepas espléndidas, los corrales solemnes con sus ingenuos animales... El inmenso globo y todo lo que en él habita, se disolverá... Y tal como ocurre en esta vana ficción desaparecerán sin dejar humo ni estela...

Estamos hechos de la misma sustancia que los sueños y nuestra pequeña vida cierra su círculo con un sueño».

Me estremeció oírlo. En ese gesto —más confesión que actuación— parecía sellarse algo que el cónclave apenas se atrevió a nombrar: que el verdadero poder no está en el control ni en la memoria absoluta, sino en saber retirarse a tiempo.

Cuando terminó, no hubo aplausos inmediatos; solo una breve suspensión, como si todos comprendieran que no han asistido a un divertimento teatral, sino a una escena de despedida, cuidadosamente disimulada bajo el pretexto del juego.

Décima Segunda Jornada



1.

Convenimos volver a juntarnos al mediodía para terminar de deliberar cuándo sería el mejor momento de dar por clausurado el cónclave. Era una decisión delicada. Había que comunicarlo con tiempo para evitar susceptibilidades. Nos parecía que todos estaban cada vez más a gusto con el grado de convivencia alcanzado. Podía haber riesgo de rebelión, que alguno se resistiera a regresar...

Estábamos mate ya mate viene, cuando apareció, muy agitado, casi desdibujado, don Alejandro Sebastián que era el encargado de hacer sonar la campana para congregar a los asistentes:

—¡No encuentro a nadie! ¡Desaparecieron todos!

Yo quedé mudo. Como si fuese Maratón, don Alejandro se desvaneció tras entregar su mensaje.

Recuerdo que Charles tardó un poco en encontrar la frase exacta. No estaba molesto; estaba cansado, de una manera muy específica. Quizá como la de quien siente que su casa ha dejado de obedecerle.

—Esto ya no es un cónclave. Los tres sabemos que se ha convertido en otra cosa. Y no sé si Los Guanacos está hecho para sostenerlo...

No levantó la voz ni sentenció. Simplemente dejó la frase suspendida en el aire.

Don Alejandro me miró, esperando quizá que fuera yo quien hablara primero. Pero Charles aún añadió:

—No me malinterpreten. Yo acepté que esto ocurriera aquí. Incluso lo propuse. Pero una cosa es convocar a los nuestros para que digan lo que tenían que decir... y otra muy distinta son las apariciones de todos los otros, por más parientes que sean. Ellos no tienen nada que ver con Los Guanacos, ni siquiera pisaron alguna vez suelo patagónico...

Hizo una pausa breve.

—Este sitio no es un espacio neutral. No es un centro social. Es una casa viva... Y creo que estos días estuvo demasiado concurrida.

Sentí que era el momento de intervenir.

—Yo no elegí este lugar —dije—. Lo acepté porque para ustedes era el único que tenía un sentido especial para quienes son sus descendientes. Para sus hijos. Para sus nietos y bisnietos, Charles. Para los que siguen caminando por este suelo todos los días sin saber exactamente qué historia pisan...

Charles asintió:

—Eso lo entiendo. Y no lo discuto. Sucede que para ellos Los Guanacos ahora representa otra cosa. Yo vine de afuera y me adapté como pude. Nunca fui de acá del todo...

No lo dijo con pesar, sino con una lucidez casi desapegada:

—Yo soy un porteño que terminó formando Los Guanacos por circunstancias complejas. Ellos no. Ellos sí son de este lugar... Y funciona como un enclave familiar, aunque vivan en cualquier otro sitio. Por eso, también, hay que frenarlo ahora.

Don Alejandro intervino:

—Según parece, ya se frenó solito.

Charles completó:

—Y está bien. Si siguiéramos con el invento, el conjunto simbólico puede desordenarse. Ya no estamos rescatando memoria: estamos mezclando linajes, expectativas, reclamos... Eso no fortalece a nadie.

A continuación, se dirigió a mí:

—Vos hiciste tu trabajo. Y lo hiciste bien. Las historias primigenias fueron rescatadas del olvido. Lo que tenía que emerger, emergió. Pero lo demás... quizá sea ruido.

Respiró hondo, sin solemnidad. Y esta casa ya no tolera bien el ruido. No el nuestro.

Lo supimos los tres al mismo tiempo. No hubo necesidad de que decidíéramos nada: el cónclave había llegado a su punto de culminación. No por fracaso. Por agotamiento de su cometido.

Al separarnos para salir a constatar cada uno por su lado la auto disolución del cónclave, pensé que Los Guanacos no había sido elegido por su pasado, sino por su futuro: allí latía una descendencia que aún vive en contacto con la tierra, con el tiempo presente, sin necesidad de relatos... Entendí que cerrar el cónclave no era clausurar una experiencia, sino devolverle a la casa su función original: la de ser habitada, no invocada.

2.

Poco después de hacer algunas cuentas, repasar posibles fisuras y recorrer todo el perímetro para sellarlo una y otra vez, don Alejandro Sebastián colocó una emblemática piedrita junto a esa especie de menhir

que hay a la entrada de la estancia, donde están pintados dos guanacos, y muy escuetamente, nos dijo:

—Por mi parte está todo concluido. Yo también parto. Muchas gracias a los dos. Nos vemos cuando ustedes quieran, pero del otro lado.

Sobre la hora del mediodía —la hora sin sombra, la preferida de los espíritus libres que vagan por la tierra— Charles y yo nos juntamos donde nos convenimos: un viejo banco de madera, como los de plaza, pero sin pintar, custodiado por un alegre enanito de jardín. Veía a Charles de muy buen humor, como si aquella inopinada clausura del cónclave lo hubiese alivianado de gravedades innecesarias. Antes de abandonar Los Guanacos, propuso que diésemos un largo paseo por varias zonas aledañas, y aprovechar para hablarme un poco sobre la historia de la estancia. Despuntando el vicio, yo aproveché también para sonsacarle algunas parrafadas sobre su propia vida.

Fuimos primero a inspeccionar una casucha recientemente construida en un extremo de la pista de aterrizaje que al parecer utilizan los actuales dueños de Los Guanacos, o sus más pudientes visitantes.

Luego me propuso ir hacia el cerro Bayo, beneficiéndonos del viento que empujaba hacia allá. Aprovechó entonces para hacerme un cuento, en el que caí como un chorlito:

—En su momento yo supe tener una buena yegua, que de un lado era baya...

—¿Y del otro? —me apuré a preguntarle.

—Vaya a la mierda.

La risa de Charles flotaba en el aire y parecía querer llegar hasta los corrales de ovejas.

—Son de las mejores de la Patagonia... —aclaró con orgullo—. Fuimos de los primeros en mejorar la raza trayendo sementales. He sido socio fundador de la Asociación Argentina de Criadores de Merino Australiano...

Quiso luego ir hacia el Cerro Loco. Desde su cima comenzó a relatarme historias de antiguos capataces y de los sufridos pobladores de algunas colonias que se hallan desparramadas en dirección sureste.

«Hay varios descendientes de tehuelches que aún habitan por aquí... Nuestro patriarca nombró a Francisco Fourmantin, el comandante que colaboró estrechamente con él en tiempos marineros. Aquel escocés famoso por sus actividades corsarias en el pueblo de Patagones fue llamado Bibois por el sucesor de la gran reina de todos los tehuelches, María la Grande... Una mujer muy poderosa. Cuentan que cuando ella pasó a mejor vida, para honrarla ardieron fogatas durante tres días a lo largo de toda la Patagonia... ¿Te imaginás? El que la reemplazó como líder de los suyos fue un joven cacique que se llamaba Casimiro Biguá. Este indiecito se había criado en la Estancia del Estado, en la desembocadura del río Negro, justamente al cuidado de su administrador y padrino, el apodado Bibois... Fue él, su ahijado, quien le puso ese apodo. Era como la historia de Patoruzú... Un cacique con un poder enorme. Le correspondía cuidar un inmenso territorio: desde Carmen de Patagones hasta Punta Arenas, que eran los dos únicos puntos poblados de entonces y que aún se veían libres de las disputas territoriales de la segunda mitad de aquel siglo. Gracias a una astucia sorprendente, supo mantener la integridad de sus dominios y la unidad de los tehuelches. Por ejemplo, transó con un irlandés el cuidado del estrecho de Magallanes para que se abocara a cobrar una tasa a las embarcaciones guaneras que operaban por allí... Desde sus costas, en inmediaciones de la bahía San Gregorio, Biguá se relacionaba con las tripulaciones de los buques de paso, fuesen de la nacionalidad que fueren. ¿Te das cuenta? Supo pactar, tanto con los gobiernos de Argentina como con los de Chile, y recibió rango y raciones de ambos para ejercer la soberanía del pueblo tehuelche en todo el inmenso territorio que había heredado y que recorría incansablemente. Yo nunca recorri todo Los Guanacos... ¡Y aquel indio inspeccionaba toda la Patagonia!

Luis Piedra Buena se hizo muy amigo suyo y por eso podía contar con una escala intermedia para sus travesías de un extremo al otro de la Patagonia. Entre ambos idearon un proyecto de colonia de tehuelches para detener el avance de los chilenos sobre el estrecho de Magallanes... Biguá, con las credenciales dadas por el presidente Mitre, fue quien izó la bandera argentina en la isla Pavón, en un claro acto de reafirmación de la soberanía nacional. Un hombre extraordinario... Fue el primero de estos indios que posó para una fotografía... Cuando estaba en Patagones, no se alojaba en tolderías, se alojaba en el hotel principal... ¡Y alquilaba

durante días la banda de la guarnición para que le tocara música mientras almorzaba! Amaba la música... y era un modo también de mostrar su poderío como cacique de estas tierras.

Bueno... Y fijate cómo son las cosas. Aquí nomás, en José de San Martín, el pueblo más cercano, antes de Gobernador Costa, hay varios testimonios interesantes relacionados con los pueblos tehuelches... Y allí se encuentra el Monumento a Casimiro Biguá, el gran cacique de la Patagonia, ahijado de Bibois, aquel gran amigo y colega de correrías marítimas de mi tatarabuelo.

Charles hizo un largo silencio... mirándome como para ver si su cuento me había causado efecto. Luego, sin solución de continuidad, pasó a contarme algo de cómo fue que adquirió Los Guanacos.

—¿Qué se les perdió en la Patagonia para decidir probar suerte por aquí?

—Yo trabajaba entonces en la CAP, la Corporación Argentina Productora de Carne, y me dieron el encargo de venir a visitar estos pagos. Ahí Jorge Mitre y yo tomamos conocimiento de la oportunidad que había para hacerse de estas tierras, y compramos. Mis tíos Mercedes y Cristina me facilitaron el dinero. Lo que adquirimos inicialmente con mi socio fueron veinte mil hectáreas: una gran extensión de tierra quasi fiscal. Pertenecían a unos alemanes, los Staut, obligados por Perón a entregar sus campos. Eran dos parcelas: El Puma y Los Guanacos. Luego Perón empezó a expropiar. Mitre, mi socio, vendió lo suyo y yo me quedé con esta parte, con Los Guanacos. Eran enormes campos vacíos, con algún que otro puesto, casas muy precarias de adobe. Los títulos de propiedad estaban todos enmarañados. Una sucesión complicada. Solo después de algunos años, sería por mil novecientos cuarenta y pico, se resolvió lo que estuvo en litigio durante décadas y entonces nos pudimos hacer cargo nosotros. Recuerdo que era en invierno, uno de esos inviernos largos, como suelen serlos por aquí. El que se iba, desalojado, un tal Benjamín Altamirano, gauchazo el hombre, nos dejó seis mil de sus ovejas ¡para que pudiéramos atravesar el invierno!

—Hambre no habrán pasado...

—Aquí ovejas para comer nunca faltaron. Lo que tampoco faltó desde entonces fue trabajo. Las ovejas se cuentan de a diez mil ahora, pero

antes tuvieron que hacerse aguadas, zanjas, alambrados, molinos de viento; instalar baldes volcadores. Aprender a manejar potreros para los cambios de pasturas, refinar las razas, incorporar tecnología para el proceso de la esquila. ¡Y también construir la casa... para que a la familia no se la lleve el viento! Aquí solo había un sauce... —Charles, desde la lomada en la que estábamos me iba indicando todo—. Fue al lado de aquel sauce que se ve allá que empezamos a levantar las primeras paredes.

—¿Y todo prosperó gracias al ganado pecuario?

—Principalmente a las ovejas, sí. Aunque también criamos cabras y mulas, que se le vendían al ejército. La leña que se consumía llegaba entonces en una carreta tirada por seis mulas... Noble animal para estos terrenos. Pero lo nuestro fueron siempre las ovejas... El negocio lanar crece si el país acompaña... Nos tocó atravesar ciclos muy duros en los que la lana pasó a costar nada...

—Hay que tener ganas de vivir en estos parajes, luchando siempre contra viento y marea...

—Bueno... por algo mi hijo salió patagónico y marinero... ja, ja, ja.

—¿Tu mujer de dónde es? —pregunté, sabiendo que era española como yo.

—Marucha es de la zona del Bierzo. De allí, de León, una provincia lindante con Galicia.

—Claro, atravesé el Bierzo un par de veces... caminando, que es bellísimo. Los mejores vinos que he tomado haciendo el Camino de Santiago fueron los de esa zona... ¿De qué pueblo? ¿Te acordás?

—De Corullón...

—Vaya, ¡Corullón! Pasé por allí, muy cerquita de Villafranca del Camino. Recuerdo una iglesia románica del siglo XI, espléndida. San Esteban, si no me equivoco...

—Estuve allí yo también! —exclamó Charles—. Me acuerdo porque esa iglesia tiene una ornamentación medieval llena de imágenes sacras, que más bien son eróticas. Muy impresionante... Imposible olvidarlas. Con Marucha nos conocimos en Buenos Aires, pero nos casamos allá, en

la catedral de Astorga. Ella y su familia querían mostrarles a todos los del pueblo, los de Corullón, que se había casado con un estanciero argentino. Imaginate... ¡Lo máximo a que podía aspirar una española en aquella época de tanta pobreza en Europa! Pero la realidad es que a mí de estanciero me quedaba poco. Para entonces yo era el hijo huérfano de un expatrón de estancias. Mi padre ya se había fumado todos los campos heredados... y hasta su vida. Solo me quedaron mis tíos para ayudarme a comprar estas tierras.

Notaba a Charles con ganas de hablar... Quise intimar un poco más en sus sentimientos:

—¿Y tu mujer te acompañó en todo? Debe ser difícil para una mozuela vivir en estos páramos...

—Bueno... ya sabés cómo son las mujeres. Acompañan... pero con críticas. Tuvimos casa en la Capital Federal, luego en Esquel. Ella era muy trabajadora, todo hay que decirlo. Se ocupaba de las tareas administrativas, desde Buenos Aires o desde Esquel, porque mucho no permanecíamos en Los Guanacos. Solo en los veranos. Nuestro hijo más tarde se fue ocupando de todo. Entre las paredes de Los Guanacos vivieron hijos, nacieron nietos. Toda esa preciosa arboleda que se ve en torno a las casas la plantó ella, Marucha. También mi nuera ayudó, que tiene mano verde. Luego Marucha se cansó de todo... Del viento, del frío... de mí. Y se quedó en Esquel. Yo iba y venía, hasta que también me cansé... Me cansé de tener el culo arriba de una camioneta, atravesando nubes de polvos, esquivando calafates...

—Mucho petróleo en la provincia, pero ya vi que el asfalto en la Patagonia brilla por su ausencia...

—¡Esto no es Europa, mi amigo! Si en la Capital Federal, a quince minutos de la Casa Rosada, hay calles sin asfaltar, imagínate aquí, donde el diablo sigue buscando el poncho, ese que dicen que alguna vez se le perdió...

—¿Ha sido feliz viviendo en Los Guanacos, Charles?

—Los porteños solemos tener una idea romántica de la Patagonia... pero luego hay que vivir en estas soledades. Así todo, yo preferí escaparme del resto de mi familia... de todos los Casares de Barrio Norte. Por eso hablaba antes de que una cosa es la historia de los nuestros, y otra,

la de todo el clan. A mí mucho no me representan los demás Casares. Los de las estancias bonaerenses... Esa historia terminó para mí con mi padre. Yo hice mi propio sitio en este rincón modesto del país. Este sitio terminó siendo mi lugar en el mundo. Por eso ofrecí Los Guanacos para que se celebrara el cónclave. Pero respondiendo a tu pregunta: sí, aquí fui feliz. También desgraciado... como todo hombre al que la vida se lo traga. Una cosa es estar de visita, de paso... Otra, habitar siempre estas soledades. Aquí, en cada noche de aquella existencia, he tenido que lidiar con muchos otros fantasmas. Hasta terminar siendo yo mismo uno de ellos. Ya me ves. La soledad no siempre es buena compañía.

—Comprendo a tu mujer... —dije, para darle tiempo a que se recompusiera de su estado emocional—. El gran aspiracional de los españoles emigrados siempre fue vivir en la ciudad de Buenos Aires. No hay ciudad española que se le asemeje. Lo raro es dejar España para venir a la Patagonia. Eso es cosa de alemanes... o de galeses.

—Los padres de Marucha eran de aquella aldea de la región leonesa... pero desde allí mis suegros emigraron hacia la Argentina y se instalaron en Buenos Aires, en Castelar. Ellos también huyeron de la dura vida que atravesaron los españoles después de la Guerra Civil, con el franquismo... Allá por el 48...

—Una década después de terminada la guerra...

—La vida de los que emigran es muy curiosa. Llena de dilemas, de claros oscuros, de capítulos diversos... Lo sabrás bien: es una historia con final abierto. Pareciera que no tienen paz lejos de sus orígenes, pero tampoco desean regresar. Lo que contó Gervasia sobre VAC, ¿no? Es como que allí anidan demonios que los demás desconocemos... Marucha nunca habló demasiado de esa época. Se ve que intentaba olvidarla. Ella fue la que empujó a su familia, a los padres, a emigrar hacia las Américas. Fijate cómo fueron las cosas... Primero vinieron las mujeres. ¡Qué extraño! Vino para la Argentina mi suegra Amalia con sus dos hijas, Marucha y Ovidia. Antonio, el padre de Marucha, en cambio, llegó después, junto con el hijo varón que les quedaba, Victorino. El otro hermano, Luis, había muerto luchando en la Guerra Civil. Argentina fue la tierra donde decidieron hacer una nueva vida, luego de aquella tragedia. Aunque antes habían intentado instalarse en Cuba. Pero se ve que aquello no cuajó. No sé bien por qué. Cuentan que mi suegro se ganó allí la lotería. ¡Imaginate!

Pero migraron también de Cuba. Cosas raras de los que se van del lugar donde nacieron.

Charles hizo una pausa, larga, mirando hacia los corrales como si allí quedara flotando la respuesta a preguntas que no se había animado a formular en vida.

—Al final —dijo— uno nunca sabe bien qué lo expulsa y qué lo llama. Mis suegros cruzaron mares buscando un sitio donde asentarse, y yo terminé aquí, en Los Guanacos, sin haberlo planeado mucho tampoco. Supongo que cada familia tiene su modo de seguir andando, aunque a veces no entienda muy bien hacia dónde.

Después me miró con un gesto mitad resignado, mitad agradecido:

—Por eso vale la pena que escribas todo esto. Para que alguna vez alguien lo entienda mejor que nosotros.

Charles me recordaba esos versos de Machado cuando decían... «de espíritu burlón y alma quieta». Desde que coincidimos, lo percibí achispado, lleno de humor... y, por otro lado, con esos resabios de melancolía filosófica, quizá un destilado inevitable de su antigua inclinación por el alcohol, algo que me confesó con dignidad trascendida. Un personaje pintoresco este Casares, un espíritu inaprensible. Tan porteño y a la vez tan español de sangre, como sus hijos. Habitante de la Patagonia, casado en España con oriunda de allí. Como si fuese el envés de su tatarabuelo, Vicente Antonio Casares.

Traté de meter cuchara como pude (en definitiva, me habían contratado para eso). Dije:

—De tu padre no hablas nunca...

Entonces me respondió, no desde la memoria, sino desde un dolor muy antiguo.

—No porque no hubiera cosas que decir, sino porque no encuentro cómo decirlas... Tuve una relación pésima con él. Mi padre fue poseedor de una fortuna inmensa, heredada tanto por el lado de los Casares como por el lado de su madre, los Bullrich. Es incomprensible para mí que alguien, en media vida, logre dilapidar la riqueza de tres generaciones...

Fue un hombre al que la fortuna se le dio vuelta de golpe. Yo lo vi perderlo todo sin saber todavía qué le pasa a un hombre cuando eso ocurre...

Después de aquello, aprendí una sola cosa: hay caídas que no admiten espectadores. Tal vez por eso yo me quedé al margen.

No supe, o no quise, ocupar el centro. Algunos llaman a eso... ser un contemplativo... Otros, un inútil. Yo nunca encontré un adjetivo que me definiera por completo.

Sé que para mi hijo eso fue insopportable. Y no lo discuto. Cada generación termina pagando algo que no eligió. Mis nietos llegaron más tarde. No vieron la caída ni la vergüenza. Me encontraron ya manso. De vuelta de las cosas... A veces, eso alcanza para el amor. No te digo esto para que me entiendas ni para que me justifiques. Solo para dejar constancia de algo: no todo silencio es vacío, ni toda retirada es abandono. Hay hombres que sobreviven quedándose un paso atrás, para que otros, si pueden, avancen. Yo veo a todos mis nietos con un empuje fenomenal... ¡Eso no sabes cuánto alegra mi espíritu!

No volvimos a hablar de Tatán. Tampoco hacía falta.

Charles miraba el horizonte, observando cómo el día estaba acabándose. Entonces fue cuando me dijo:

—Apurémonos. Quiero que seas testigo de algo único.

3.

—Aquí nos detendremos —me explicó al fin, llegando a la cima de un cerro rocoso que parecía una especie de milagro frente a un páramo infinito—. Llegamos justo...

Comprendí que aquella caminata que había querido hacer Charles no se trataba de un simple paseo, sino de un rito. Coronamos la cumbre justo cuando la luz comenzaba a cambiar...

«La hora amarilla», repitió para sí...

No era un color, era un espesor. La Patagonia entera parecía contener la respiración: los pastizales adquirían un brillo dorado que no provenía del sol, sino de algún pliegue secreto del paisaje; las lomas lejanas se volvían planos suaves, casi líquidos, y el aire tomaba una claridad quieta, como si el mundo entero entrara por un instante en una nota sostenida. Charles permaneció de pie, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la hondonada donde estaban las casas y donde la tarde empezaba a recogerse. Se mantuvo en silencio. El paisaje expresaba acabadamente lo que él prefería silenciar. Había en su postura algo que no era orgullo ni nostalgia, sino una forma de reconocimiento: lo que no se dice porque no cabe en palabras profanas.

—Aquí venía con mis nietos —murmuró finalmente, sin apartar la vista del horizonte—. Para que vieran esto... y para que aprendieran a callar. De solo estar uno aprende muchas cosas...

La frase quedó suspendida entre nosotros, sin peso, sin prisa.

En aquel silencio numinoso, bajo ese cielo mágico y dorado de la Patagonia, entendí que Charles quería mostrarme su modo de haber estado en el mundo; una verdad que se revela cuando la luz se vuelve obliqua y el día, por un instante, parece recordar su origen.

Aspiró hondo, dejando que la intimidad de lo dicho regresara a su propio silencio.

—Es raro —dijo—. La gente cree que uno elige los lugares donde vive. Muchas veces es al revés.

Nos quedamos allí hasta que el amarillo cedió al gris.

Cuando emprendimos el descenso, tuve la sensación de que el relato que estaba escribiendo, al menos en gran parte, solo podía ser comprendido desde ese cerro, en esa luz, en ese silencio concedido.

4.

Charles abandonó Los Guanacos esa misma noche.

Yo me entretuve un tiempo más, hasta el alba, para asegurarme de que el trabajo estuviese completado y que todo, en aquel espacio prover-

bial en el que se había desplegado el cónclave de los Casares, quedase exactamente igual a como lo encontramos antes de intrusarlo.

Y mientras me preparaba yo también para irme, imaginé a quienes regresaría a Los Guanacos. Los que están en la vida, yendo y viniendo del mar infinito a la inmensidad de las estepas australes. A los que siguen anclados sobre el viento, cumpliendo esa costumbre extraña de la Patagonia, que se asemeja mucho a un mandato: permanecer.

5.

Debo agregar —nobleza obliga— que, en mi ronda final por las habitaciones, altillo, cocina... de Los Guanacos, me entretuve observando algunos objetos curiosos; olfateando el cuero de los sillones; admirando los ejemplares raros de la biblioteca... Dándome tiempo para releer —ya sin apuros— el final del mencionado informe de Bioy Casares sobre la fabulosa invención de Morel... Allí me esperaba un tesoro escondido o quizás olvidado: en la última página de aquella novela, hice un hallazgo significativo que no me resisto a dejar de compartir con mis lectores. En un folio plegado en cuatro, alguien —seguramente el hijo de Charles— había escrito lo siguiente:

“Es la hora amarilla. Miro desde la ventana del living las sombras que se van alargando y la luz del sol del atardecer que le da a los coirones ese tono que hizo que le pongas ese nombre a esta hora tan especial... y me acuerdo de vos, viejo.

Me acuerdo de vos cuando estabas aquí. No son los recuerdos de cuando vivías en Buenos Aires, ya hacia el final. Es aquí, donde todavía hay tantos rastros tuyos. Porque los he ido dejando como estaban. No tanto como una veneración ni como nada enfermizo, sino como un simple respeto. Cuando llega la hora de ordenar, acomodar o arreglar, si hay algo que tirar, se tira, pero, mientras tanto, la mayoría de las cosas permanecen como estaban entonces. Incluso muchas de tus mañas... Y descubro cada tanto alguna de esas cosas que hoy son códigos entre vos y yo. Porque solo yo sé para qué lo hiciste, en qué momento o con qué intención...

Como, por ejemplo, «la mira». La que indefectiblemente tropiezo cada vez que miro por la ventana a la distancia.

¿A quién se le puede ocurrir para qué sirve ese toscos pedacito de alambre en forma de medialuna, clavado en el marco de la ventana, sobre uno de los vidrios?

¿Cómo es posible adivinar la profundidad de su significado? ¿Cómo saber que por dentro de ese arito de alambre se otearon tantas horas de ansiedad, de esperanza, de soledad...? Sí, fundamentalmente soledad.

Y mientras escribo esto, estoy esperando que llegue Ezequiel con el camión y miro hacia aquel rincón del campo al cual apunta tu mira. No me hace falta mirar por dentro del círculo de la mira, porque en tantos años he aprendido de memoria el punto lejano por donde asoman a la distancia los vehículos que vienen. Esos que jamás imaginan la ansiedad del que espera y la esperanza que transportan...

Y cuando recuerdo estas cosas, se me humedecen los ojos y siento un cosquilleo...

Qué cosas tiene la vida... Te fuiste y me dejaste a mí aquí.

Mirando por la misma ventana, viendo el mismo paisaje, esperando ver aparecer a alguien por el mismo rincón..."

6.

Deje ese texto guardado donde lo había encontrado. Era un pequeño tesoro oculto. A mí aquel texto me hizo recordar algo más que había contado Charles días atrás, en una de esas mañanas que lo encontré en la galería, en silencio, como procesando el paisaje.

Me dijo que llegaban a su memoria ecos de las risas de sus nietos divertidos por los cuentos que él les hacía.

—Fueron los mejores años de mi vida... verlos disfrutar a mí lado con las anécdotas y chistes que le contaba.

—Un verdadero abuelo...— dije.

—Nunca me gustó que me llamaran así... Me decían Charles. Con eso estaba bien.

Fue cuándo explicitó su molestia por las apariciones de Casares de ramas lejanas, historias que no tocaban esta tierra, disputas que pertenecían a otras geografías. Y, sin embargo, que el lugar seguía sosteniendo

la faena, como si aceptara por cortesía lo que no le correspondía del todo.

Entonces, haciendo asociación de ideas -que me fueron ajenas- pasó a contarme una anécdota familiar, cuya trama coherente y bella, fue para mí como contemplar un tapiz maravilloso...

Su nuera tuvo su último hijo en Los Guanacos: no llegaba a tiempo a Gobernador Costa y decidieron que el parto fuese allí.

En la casa sus otros tres hijos dormían, igual que él. Nadie participó de esas urgidas deliberaciones más que los padres.

-Cuando desperté, había un nuevo habitante en Los Guanacos. Un nacido acá... Imagínate. mi nieto menor, Ezequiel.

Al amanecer, como quién lleva un mate a la cama, su hijo fue a mostárselo... Charles alcanzó a mirarlo, a reconocer en ese cuerpo mínimo algo que no supo expresar y se desmayó.

—No fue solo emoción —aclaró—. Fue sorpresa.

Con esa anécdota comprendí que aquel nacimiento había sellado algo que ningún cónclave podía producir: la inscripción de la casa en la sangre, aunque fuera por una sola vez. No importaba que luego ninguno de sus nietos viviese allí. No importaba siquiera que él mismo hubiera sido, durante años, más porteño que patagónico. Los Guanacos ya había hecho lo suyo.

Cuando nos despedimos, tampoco hubo con Charles rituales finales. Bastó con cerrar bien lo que había quedado abierto.

Pensé entonces que una familia se parece menos a un árbol que a un tapiz. De frente, uno ve la escena que se cuenta: los nacimientos, los nombres que continúan, los gestos que se repiten. Pero ese dibujo solo existe porque detrás hubo un trabajo silencioso, un embrollo de hilos tensados, nudos apretados, ajustes de fibras torcidas que nadie exhibe.

Ese nieto nacido en Los Guanacos no era una nueva figura en el anverso. Era otra urdimbre inesperada de la trama, hecha desde el revés, que venía a fijar algo antiguo y frágil: que incluso lo que no se elige, lo que ocurre mientras alguien parece ausente, termina sosteniendo toda la forma.

Quizá por eso Charles se desmayó. No por el nacimiento, sino por haber comprendido —aunque fuera por un segundo— qué parte del tapiz le había tocado tejer sin saberlo.

Ahora entiendo también que no todas las historias familiares se transmiten por la palabra: algunas quedan fijadas para siempre en el lugar donde, sin proponérselo, la vida decide comenzar.

Coda

Una vez producido el original de mi reporte, envié estas crónicas para su materialización a una imprenta de Puerto Madryn, usando una interfaz que me había proporcionado Robert Jones Berwyn, amigo imprentero trascendido y primer periodista de la Patagonia, donde residió desde 1865.

¡Sus recomendaciones valen oro!



BBB. 2025

